

**EDWIN LUGO**

**DESPEGUE A LA ETERNIDAD**

**(Novela)**

**El ánade en un mismo  
murmullo tenso y doloroso  
desde su forzado reposo  
dice nostálgico atavismo  
del hondo cielo luminoso**

**y símbolo de estéril vida,  
de inútil ilusión fallida  
mueve en vano el ala trunca  
el ala inválida y herida  
que ya no habrá de volar nunca.**

**José Juan Tablada**

**La mujer es un dolor que no nos deja.  
Menandro**

## PRIMERA PARTE

-1-

En aquel entibiecido atardecer de junio el sofocante calor primaveral aún prevalecía como un cálido halo del sol ya casi vencido, que se desparramaba sobre el pavimento de las calles aledañas al aeropuerto capitalino; y aunque estaban a punto de dar las siete de la noche una testaruda claridad se empeñaba en combatir a las inevitables sombras.

En el ancho aunque insuficiente boulevard, una multitud de autos, camiones, motocicletas y ciclistas se empeñaban por llegar a ese no se donde, entrometido en los cientos de pies que oprimían denodadamente el acelerador, y todo ello en detrimento de los siempre marginados peatones que para atravesar la concurrida arteria debían emprender penosas subidas y bajadas por los incómodos puentes de acero y cemento o aguardar con paciencia en las esquinas para arriesgarse a cruzarla.

Hacia una hora que acababa de llover y las aguas encharcadas y su lenta evaporación provocaban ese sopor pegajoso que se ensaña sobre todo en los abigarrados transportes públicos que carecen del privilegio burgués del aire acondicionado.

El Viaducto Miguel Alemán y la calzada Ignacio Zaragoza arrojaban imparables decenas de autos cuyo destino era en su gran mayoría la concurrida Terminal Aérea, en la que cómo casi todos los viernes una considerable afluencia de viajeros y visitantes se congregaba en los pasillos exteriores, precisamente donde el ascenso y descenso continuo de pasajeros, el incesante ir y venir de los taxis y la carga y descarga continua de equipajes, y maletas ocupaba la casi totalidad de los carretilleros aeroportuarios quienes apenas se daban abasto para atender tantos requerimientos, conduciendo las pertenencias de muchos viajeros hasta la sección internacional que profusamente iluminada, igual que el resto de las modernas instalaciones, agrupaba tres hileras de mostradores con los emblemas de las empresas transportistas multinacionales, donde eran sometidos a la báscula, por ayudantes de camisa blanca y corbata reglamentaria quienes los revisaban, etiquetaban y documentaban antes de ser introducidos por una ranura que no era sino una disimulada carretilla trasera que los conducía hasta el mismo pie de los aviones, en tanto que diligentes empleados o amables edecanes requerían cortésmente a los viajeros por sus pasaportes, visas, boletos, certificados de vacuna y todo esa burocrática pero indispensable documentación, sin la cual es imposible atravesar fronteras, -desvirtuando así la teórica ilusión de que todos igualmente somos inquilinos del planeta- quienes una vez que habían obtenido su pase de abordar se decidían por fin a regalarse con una copa, un refresco o alguna taza de oloroso café en alguno de los múltiples restaurantes próximos, para intercambiar con sus familiares o amigos las consabidas palabras de despedida, disimulando así mediante algún subterfugio alusivo, la inquietud y el escondido temor, oculto pero latente, que conlleva casi siempre el placer de volar.

Otros viajeros cambiaban divisas o husmeaban por la librería y los stands de revistas, mientras que algunos de los recién llegados recurrían a los puestos de información turística, reservación de hoteles, renta de automóviles o alquiler de taxis.

De pronto por la sala de llegadas irrumpió una multitud procedente de algún lado del mundo, entonces quienes esperaban a los suyos ansiosos por identificarlos, se congregaron en derredor de los recién llegados agitando manos, pronunciando nombres, mientras que el subalterno de alguna poderosa trasnacional, quién había levantado previamente el cartel de identificación, ensayaba una amplia sonrisa y un sonoro *welcome* al supervisor extranjero que llegaba con un atiborrado portafolio cargado de

codicia a tierra de conquista. Un alud de besos, apretones de manos, congratulaciones, y jubilosos recibimientos se sucedió entre cálidas demostraciones.

En las aduanas de salida no menos efusivas eran las despedidas para los que se iban, y así las voces y los murmullos, no cesaban ni de día ni de noche confirmando a las instalaciones esa calidez humana que produce la multitud y que se apaga apenas se traspasaban las puertas automáticas y se desembocaba en las calles, retornando a la rutina cotidiana.

El aeropuerto ha sido siempre el sinónimo de la vida moderna, la muestra irrefutable del progreso, y por consecuencia el puente mágico que conduce a las ciudades ricas y opulentas del globo, la puerta abierta para arribar a los lugares exóticos y a los más sofisticados centros de placer, donde se agotan las chequeras, tarjetas, billetes y monedas de todos los países, entre lujosos hoteles, comidas suntuosas, o canjeándolos por artículos suntuarios, u objetos de lujo tales como perfumes, cigarrillos, licores, bombones, figuras, ropas de marcas internacionales, caprichos de gourmet, juguetes, chucherías y toda esa pléyade de cosas innecesarias que en ocasiones ni siquiera sabemos donde colocar, pero que sin satisfacer ninguna verdadera necesidad, proporcionan esa tiránica satisfacción por la que nos desvivimos: ¡Alimentar nuestra vanidad! aparentar para los demás que tenemos dinero, mundo, buen gusto y que estamos habituados a los placeres y refinamientos no accesibles para las mayorías, proporcionándonos además con el gusto de la compra la fingida cordialidad del vendedor, y ese siempre insatisfecho orgullo de parecer distinguidos y solventes aunque el costo futuro represente el consabido arrepentimiento del derroche, o las amenazantes premuras de los requerimientos de pago de los bancos.

En las salas de espera destinadas a los pasajeros próximos a abordar, el tiempo se diluye con la lectura del diario mañanero, o la revista de modas que entretiene a las damas con sus mundanos y superficiales reportajes, elegante tipografía y afectadas fotos de los personajes cuyo poder y prestigio se cotizan en la alta sociedad, acercándonos así a esos ambientes inalcanzables, a las elites ostentosas donde la felicidad aparenta ser una constante, y por supuesto a las hermosas modelos, maravillas vivientes inalcanzables y seductoras, armadas de sus intocables encantos que se lucen en las portadas, y cuyas satisfechas sonrisas las hacen aparecer muy distantes de la esposa ventruda cuyo rostro amargado a pesar de los disimulos del maquillaje delata las arrugas y los estigmas que dejan las cocinas, los años y los hijos; y todo ello hábilmente diseñado e impreso en fino papel couché, y por supuesto bombardeado de los inevitables avisos, en los que el producto anunciado se confunde con el agraciado rostro de la chica que despierta nada más de contemplarla el apetito de poseer, no se sabe finalmente si la mercadería propuesta o la mujer, o ambas cosas a la vez. Sin embargo que grato es asomarse a ese universo contrastante, inaccesible, donde los entrenados redactores transforman al artista de moda en un simpático ser que vive, duerme y ama como cualquier otro mortal, aunque nos separen de él las candilejas, las cámaras y por supuesto la fama y la multitud de admiradoras.

Algunos pasajeros aquietan su impaciencia contemplando a través de los amplios ventanales el pájaro de acero dentro del cual, en pocos minutos, habrán de traspasar el cielo, conduciéndolos al anhelado destino; y el que ahora reposa impassible, sobre la pista, iluminado por los reflectores, tal si se tratara de un burilado instrumento de plata, del que sólo sobresale el logotipo de colores representativo de la imagen de la poderosa compañía que lo regentea.

Más allá, alrededor de los hangares, se estacionan aeronaves de cien líneas aéreas que surcan todos los rincones del globo, mientras un grupo de mecánicos portando sus overoles reglamentarios, verifica escrupulosamente los aparatos que pronto

habrán de emprender el vuelo, revisando cada pieza con minuciosidad, pues una sola falla en el complicado mecanismo puede acarrear problemas y hasta desembocar en un accidente de fatales consecuencias.

Otro grupo de empleados se ocupa de subir provisiones, bebidas y cuanto es necesario para convertir el viaje en un placer, mientras una góndola que arrastraba tres vagoncitos deposita su cargamento de equipajes.

La música ambiental suele amenizar la espera y el viajero puede además disfrutar visitando el bien surtido panel de tiendas *tax free* que tientan a los posibles compradores con mercancías importadas y por supuesto también con las nacionales destinadas para quienes desean agasajar a sus amistades con las buenas cosas de México.

Pizarrones electrónicos colocados estratégicamente anuncian en luminosos letreros las llegadas y salidas de los vuelos, por cierto mucho más frecuentes en esa hora, en la que casi todas las pistas aparecen congestionadas, y los de la torre de control desquitan bien sus salarios, poniendo en marcha su pericia y procurando con precisión matemática que despegues y aterrizajes se sucedan sin novedad.

Dentro de poco otros empleados dispondrán escalerillas, acordeones o transportes para acercar a los pasajeros al avión previamente ocupado por la amable tripulación.

Y el aeropuerto será una vez más el emporio donde se dan cita el lujo, la tecnología, el artificio, en una palabra, uno de los eslabones del imperio desde donde gobierna nuestro verdadero amo ¡El dinero!

-2-

En la sala de azafatas de la Air Hemisphere las aeromozas van llegando con su bagage montado sobre ruedas que arrastran displicentes, algunas portan además una cartera que cuelga sobre el hombro sujeta con una correa, otras simplemente con el bolso de mano abultado con todos los múltiples objetos que suele precisar una mujer, desde los indispensables afeites, perfumes, barnices, limas y tijeras para las uñas, pinzas para las cejas y klenex hasta las indispensables toallas femeninas, los panti –protectores y en veces hasta dos o tres pares de medias.

En la sala regamente iluminada, con mapas incrustados sobre los muros indicativos de las decenas de rutas aéreas que conducen a los destinos más lejanos, destacan cinco relojes de pared señalando las horas de Nueva Cork, Londres, San Francisco, Buenos Aires y México y sobre los mostradores las listas donde aparecen los vuelos próximos y las tripulaciones asignadas inscribiendo sus nombres en una línea sobre la que deberán firmar sus componentes.

La sala está provista además de sofás muy cómodos y en el fondo destaca dominante el logotipo de la compañía, que es un enorme ánade, cuyo significado zoológico consiste en un pato medio salvaje que va volando alegremente sin sentir en apariencia ningún cansancio. El emblema fue ideado y diseñado al capricho de uno de los principales accionistas de la empresa, sueco de nacimiento y quién seguramente en su infancia debió haber leído “Los Viajes de Nills Horgenson” de la escritora Selma Lagerlof galardonada con el premio Nobel.

Las bien seleccionadas sobrecargos deben cubrir estrictos requisitos: 1:70 de estatura, no más de 52 kilos. de peso, medidas alrededor de 90-50-90 y por supuesto rostro agradable, cuerpo esbelto, carácter sociable, valentía a prueba de miedo y control de emociones, capacidad de aparecer tranquilas en momentos difíciles y aún de auxiliar

a viajeros asustados y por supuesto gusto y afición por los viajes, la aventura, la buena vida, los hoteles de cinco estrellas, la comida de todas partes del mundo; y como complemento ser además elegantes, finas, bien educadas, saber por lo menos dos o tres idiomas y tener gusto por la gente y espíritu de servicio.

Los uniformes en tono azul claro se complementan con las blusas de un amarillo pálido, las mascaradas combinan ambos tonos, el sombrero incluye la escarapela con el ánade y en el lado izquierdo sobre el busto portan un prendedor con el famoso pato que aparece con las alas extendidas. La empresa suele proporcionarles además elegantes abrigos, gabardinas, guantes y bolsos de mano, dejando solamente a su discreción la elección de su lencería que ellas eligen en razón directa de la moda y el gusto de alguno de sus amantes quién suele excitarse por tal o cual color y estilo, y ante todo por la comodidad que además les permita soltura en sus movimientos y realce la armonía de sus formas.

Los hombres aunque frecuentemente feminoides deben ser discretos en cuanto a sus apetencias sexuales, y su característica fundamental debe ser el comedimiento, la gentileza y al igual que sus compañeras portar una sonrisa sino inseparable al menos pronta.

En un rincón de la sala una puerta conduce, en secciones separadas para ambos sexos, a los baños y lavabos. Allí algunas chicas suelen ducharse y salen escurriéndoles el agua de los cabellos sobre los hombros y resbalando por el femenino hueco de la espalda, por entre los senos, y la voluptuosa curvatura de las nalgas; otras, se contentan con lavarse el rostro y se las ve con la toalla al hombro, con la secadora en una mano, o con el protector gorrito de plástico que les ha impedido mojarse los cabellos, algunas en pantaletas y sostén se dedican a retocar su peinado y maquillaje, empolvándose, perfumándose, pintándose las uñas de manos y pies, metiéndose el medio fondo y plantándose el uniforme que han descolgado de una gaveta etiquetada con su nombre y cuya llave guardan celosamente.

Solveig ríe en tono agudo mientras se introduce las pantimedias, Cynthia suele llegar uniformada y se sienta en el sofá un cuarto de hora antes de abordar charlando socarronamente sobre sus flirts y affaires con sus compañeras, a quienes sin embargo en su ausencia trata de mojígatas y envidiosas.

Denia quién se ve muy alta con tacones, proclama a voces que está locamente enamorada de un estudiante que conoció en un vuelo a Montreal y al que frecuenta cada vez que vuela allá.

Jacqueline se empolva auxiliándose de un espejito cuya tapa tiene una incrustación con una J primorosamente dibujada, Maritza lucha con denuedo por meter sus hermosos senos que rebasan las copas del sostén, Jennifer se mira repetidas veces en el espejo de cuerpo entero, dándose la vuelta mientras aplana su falda con las palmas de las manos, tratando en vano de disimular los reveladores pliegues de la ajustada tanga, e Ivone quién tronchó su exitosa carrera de modelo por la aviación declara que estaba harta de las exigencias de los fotógrafos dedicados a inventar las poses más libidinosas para vender cualquier mercancía que poco o nada tenía que ver con el sexo.

-¡Aquí estoy mejor! –rectifica- estaba fastidiada de pasarme la vida encuerándome a diario y con la luz encima de mí, aparte de padecer hambre a todas horas pues me tenían sometida a un espantoso régimen de inanición continua, y todo además por un trabajo temporal sin prestaciones.

-¡Pero si ya eras famosa! –responde Pamela- Yo te llegué a ver en repetidas ocasiones en la televisión, cuando participabas en los desfiles de Chanel, caminando segura, sonriente, realmente majestuosa.

-Gracias –responde la aludida- ahora mi escenario es el pasillo de la cabina y te juro que aquí sigo cosechando piropos y la admiración de los machos que me miran con ojos de borrego a medio morir y que al menos deberán tomarse el trabajo de imaginarme desnuda, en lugar de la pléyade de viejas jamonas que suponían que por ponerse los trapos que llevaba iban a verse igualitas a mí. ¡Imagínate con sus panzas llenas de estrías y señales de cesáreas!

La ocurrencia las pone a todas de buen humor.

-Pues yo de tonta me dejaba embarazar –asegura Maritza-

--Pero el día que te toca, pues te toca y ni modo –asienta Solveig.

-¡Bah! ¡Eso era antes chiquita! Ahora cualquier campesina sabe como impedirlo.

-Pero si algún día tienes ganas de un bebé...-insinúa Mayela.

-¡Ah, pues la que por su gusto cae!

-Si el hombre te gusta hasta se te olvida lo de la píldora o del dichoso condón...- advierte Silvia.

-Sí, para que luego se desaparezca –insiste Maritza- a los machos no les interesan los hijos fuera del matrimonio.

-¡Pero que tal si me caso! –Insiste Maritza.

-¡Qué aburrido chiquita! ¡La misma sopa todos los días!... ¡Si en la variedad está el gusto!

-Pero es que hay que darle vueltas al asunto ¿No has leído el Kama-Sutra? pregunta Denia.

Maritza va a responderle, pero en la bocina se escucha la voz de la Coordinadora: *Tripulación del vuelo Constelation, uno, seis, siete, ocho con destino a Los Angeles y San Francisco, favor de registrarse y presentarse en cabina.*

En ese instante llegó Azalea portando el impecable uniforme perfectamente planchado, ataviada con la gorra, los guantes y arrastrando su equipaje. Su paso sereno, su porte distinguido y parsimonioso tiene algo de zarina, las chicas la saludan con inevitable envidia y recelo.

-¡Hola Aza! –le saluda Cinthya dándole la mano- creíamos que ya no llegabas y te iban a poner relevo.

-Estoy a tiempo –responde ella con tranquilidad consultando su pequeño reloj de pulsera.

-¡Tú siempre tan puntual! – Le dice Mayela con sorna.

-Te toca de mayor a la Dora ... te compadezco, porque es bien latosa.-Advierte Jennifer.

-Eso que importa –declara Jaimito, un sobrecargo entrometido- ¡Si haces bien tu trabajo, no tiene porque meterse contigo ni decirte nada! ... y además hoy volarás con el as

--¿El as? –Inquieta Azalea.

-Sí. Con el comandante Marco Ordoñez. ¡El mejor de los pilotos de la Hemisphere, ¡Y además es guapísimo! –declara el homosexual sin avergonzarse- ¡Y bien machote! – agrega.

Azalea le sonrío con desprecio.

-¿Y eso a mí que? Nunca he volado con él, y eso que casi conozco a todos los comandantes.

-Pues ya verás lo que es amar a Dios en tierra de indios! –Insiste con terquedad el maricón- ¡Ninguna se le ha escapado! ¡Y tú vas a caer, redondita!

*Tripulación del vuelo Constelation, uno, seis, siete, ocho, con destino a San Francisco y Los Angeles, favor de reportarse y presentarse inmediatamente en cabina.*

Repite la convocatoria.

Azalea y sus compañeras: Denia, Cynthia, Silvia, Alexandra, Mayela y Jaimito firmaron la consabida lista y enfilaron sus pasos hacia la cabina del 747 subiendo la escalerilla instalada en la parte posterior del avión.

- 3-

El comandante Marco Ordoñez frisaba muy cerca de los cuarenta años, si bien su cuerpo atlético, con brazos y hombros musculosos, su rostro siempre bien afeitado, el cabello castaño quebrado e impecablemente peinado, su porte elegante, caminar seguro, movimientos pausados y una mirada inteligente, le hacían aparecer tal si tuviera treinta y cuatro o treinta y cinco años.

La varonil distinción que emanaba de toda su persona le granjeaba lo mismo la amistad entre los hombres a quienes ofrecía una mano llena y franca, que denunciaba la maestría con la que sujetaba los controles del 747, sin hacer distingo alguno hacia los jefes de la Hemisphere o los boleros del aeropuerto; y a la vez una avasallante simpatía que despertaba entre las mujeres a quienes apenas acababa de conocer y ya tuteaba, cautivándolas con su trato en el que no estaban excluidas cierta frialdad y rudeza que abarcaba incluso a las más hermosas; aunque en alguna ocasión una dama a quién molestó el repentino tuteo, lo reclamó airada sólo para recibir una ingeniosa explicación que tenía indudablemente su lado galante: -¿Y desde cuando los amigos se hablan de usted? porque supongo que podemos ser amigos, ¿O no es así?- la pregunta dirigida con una irreprochable sonrisa y mirando a los ojos de su interlocutora bastó para dar por concluido el incidente, y declararse ambos una supuesta camaradería que debió culminar cómo todas sus amistades femeninas en la cama. Azalea y sus compañeras: Denia, Cynthia, Silvia, Alexandra, Mayela y Jaimito firmaron la consabida lista y enfilaron sus pasos hacia la cabina del 747 subiendo la escalerilla instalada en la parte posterior del avión.

- 3-

El comandante Marco Ordoñez frisaba muy cerca de los cuarenta años, si bien su cuerpo atlético, con brazos y hombros musculosos, su rostro siempre bien afeitado, el cabello castaño quebrado e impecablemente peinado, su porte elegante, caminar seguro, movimientos pausados y una mirada inteligente, le hacían aparecer tal si tuviera treinta y cuatro o treinta y cinco años.

La varonil distinción que emanaba de toda su persona le granjeaba lo mismo la amistad entre los hombres a quienes ofrecía una mano llena y franca, que denunciaba la maestría con la que sujetaba los controles del 747, sin hacer distingo alguno hacia los jefes de la Hemisphere o los boleros del aeropuerto; y a la vez una avasallante simpatía que despertaba entre las mujeres a quienes apenas acababa de conocer y ya tuteaba, cautivándolas con su trato en el que no estaban excluidas cierta frialdad y rudeza que abarcaba incluso a las más hermosas; aunque en alguna ocasión una dama a quién molestó el repentino tuteo, lo reclamó airada sólo para recibir una ingeniosa explicación que tenía indudablemente su lado galante: -¿Y desde cuando los amigos se hablan de usted? porque supongo que podemos ser amigos, ¿O no es así?- la pregunta dirigida con una irreprochable sonrisa y mirando a los ojos de su interlocutora bastó para dar por concluido el incidente, y declararse ambos una supuesta camaradería que debió culminar cómo todas sus amistades femeninas en la cama. Azalea y sus compañeras:

Denia, Cynthia, Silvia, Alexandra, Mayela y Jaimito firmaron la consabida lista y enfilaron sus pasos hacia la cabina del 747 subiendo la escalerilla instalada en la parte posterior del avión.

- 3-

El comandante Marco Ordoñez frisaba muy cerca de los cuarenta años, si bien su cuerpo atlético, con brazos y hombros musculosos, su rostro siempre bien afeitado, el cabello castaño quebrado e impecablemente peinado, su porte elegante, caminar seguro, movimientos pausados y una mirada inteligente, le hacían aparecer tal si tuviera treinta y cuatro o treinta y cinco años.

La varonil distinción que emanaba de toda su persona le granjeaba lo mismo la amistad entre los hombres a quienes ofrecía una mano llena y franca, que denunciaba la maestría con la que sujetaba los controles del 747, sin hacer distingo alguno hacia los jefes de la Hemisphere o los boleros del aeropuerto; y a la vez una avasallante simpatía que despertaba entre las mujeres a quienes apenas acababa de conocer y ya tuteaba, cautivándolas con su trato en el que no estaban excluidas cierta frialdad y rudeza que abarcaba incluso a las más hermosas; aunque en alguna ocasión una dama a quien molestó el repentino tuteo, lo reclamó airada sólo para recibir una ingeniosa explicación que tenía indudablemente su lado galante: -¿Y desde cuando los amigos se hablan de usted? porque supongo que podemos ser amigos, ¿O no es así?- la pregunta dirigida con una irreprochable sonrisa y mirando a los ojos de su interlocutora bastó para dar por concluido el incidente, y declararse ambos una supuesta camaradería que debió culminar cómo todas sus amistades femeninas en la cama. Azalea y sus compañeras: Denia, Cynthia, Silvia, Alexandra, Mayela y Jaimito firmaron la consabida lista y enfilaron sus pasos hacia la cabina del 747 subiendo la escalerilla instalada en la parte posterior del avión.

- 3-

El comandante Marco Ordoñez frisaba muy cerca de los cuarenta años, si bien su cuerpo atlético, con brazos y hombros musculosos, su rostro siempre bien afeitado, el cabello castaño quebrado e impecablemente peinado, su porte elegante, caminar seguro, movimientos pausados y una mirada inteligente, le hacían aparecer tal si tuviera treinta y cuatro o treinta y cinco años.

La varonil distinción que emanaba de toda su persona le granjeaba lo mismo la amistad entre los hombres a quienes ofrecía una mano llena y franca, que denunciaba la maestría con la que sujetaba los controles del 747, sin hacer distingo alguno hacia los jefes de la Hemisphere o los boleros del aeropuerto; y a la vez una avasallante simpatía que despertaba entre las mujeres a quienes apenas acababa de conocer y ya tuteaba, cautivándolas con su trato en el que no estaban excluidas cierta frialdad y rudeza que abarcaba incluso a las más hermosas; aunque en alguna ocasión una dama a quien molestó el repentino tuteo, lo reclamó airada sólo para recibir una ingeniosa explicación que tenía indudablemente su lado galante: -¿Y desde cuando los amigos se hablan de usted? porque supongo que podemos ser amigos, ¿O no es así?- la pregunta dirigida con una irreprochable sonrisa y mirando a los ojos de su interlocutora bastó para dar por concluido el incidente, y declararse ambos una supuesta camaradería que debió culminar cómo todas sus amistades femeninas en la cama.

Ordoñez ignoraba lo que era la resistencia de las mujeres. Se diría que en el fondo el piloto era sólo un animalito afortunado que iba devotamente tras del olor de la hembra, cumpliéndose en él esa consigna que proclama que es por y para el sexo por lo que los hombres viven, o más bien, soportan la carga de vivir.

Otras veces la que unos minutos antes había regateado el acostumbrado tuteo, tachando al intruso de igualado o con epítetos por el estilo, al poco rato estaba desternillándose de risa escuchando un divertido chiste narrado con una mímica, y un tono festivo del que no estaba exenta una fina ironía. .

No obstante Marco distaba mucho de ser uno de esos fanfarrones de club deportivo, asiduos de piscina, fanáticos del foot, engolosinados por el tenis, o el boliche; ufanándose de que el único deporte que practicaba, aparte de emprender frecuentemente largas caminatas por las ciudades que visitaba en sus vuelos, era el de ser un auténtico garañón, o cómo el mismo se hacía llamar, un macho mayor, nacido, escogido y habituado para dominar a todas las hembras, incluyendo las más insumisas, tal si en su persona el grito sibarita de la carne, que clamaba por otra carne, fuera un reclamo constante, que lejos de perturbarle, le halagaba, ufanándose de ser sin ostentarlo, un afortunado que obtenía con mínimo esfuerzo cuanta mujer se proponía conquistar, sin que invirtiera dinero, ni compromisos, ni promesas, y sólo mediaran el buen humor, la simpatía y unas intensas ganas de vivir y de disfrutar plenamente a la eterna propiciadora de la vida y del amor: la mujer.

Del mismo modo y con idéntica fórmula, en otros ámbitos, el connotado piloto había conseguido ascensos, distinciones, trato señaladamente preferencial de sus superiores y hasta algún dinerillo obtenido en negocios, a veces no muy claros, y que sin llegar a ser abiertamente turbios le habían abonado con el jugoso ingreso extra, lo que el llamaba, una cierta tranquilidad a su vejez, aunque esta la contemplaba aún demasiado lejana. No obstante, saliéndose de sus reglas alguna vez había admitido: ¡Si he hecho locuras en mi vida, la belleza de una mujer ha sido mi mala consejera! Y la tal consejera le había costado algunos cientos de pesos y un pasajero dolorcillo de cabeza.

Justo era además reconocer que el piloto estrella de la Hemisphere, nunca, ni aún en sus más modestos tiempos había conocido la avaricia, y por el momento, sus ingresos nada despreciables, aunque administrados con cierta prudencia, no excluían una habitual generosidad en las propinas, prendas de vestir de marca internacional, uso de lociones importadas, estilográfica de oro de veintidós quilates, reloj mido, un acogedor apartamento de soltero, al que él llamaba su guarida, lujosamente amueblado, encortinado, alfombrado, equipado con aire acondicionado, jacuzi, cocineta repleta de raras exquisiteces, cantina bien provista con vinos y licores traídos de medio mundo, y por supuesto un auto medio sport puntualmente renovado cada año y que conservaba impecable, aunque escondiera las huellas hábilmente ocultas de dos o tres docenas de devaneos amorosos que eran desde los besos más castos hasta los más atrevidos encuentros amparados por el color humo de los cristales, a la sombra de una calle quieta y semi alumbrada por una luminaria demasiado elevada, y esa amigable y dúctil facilidad de convertir el asiento delantero en un lecho que aunque incómodo se prestaba de mil maravillas a la culminación sexual de una noche, cuando el baile, la cena y los tragos, se confabulaban para ser propiciatorios a la anhelada apoteosis

Ordoñez pretendía que todos los hombres podían conseguir otro tanto siempre y cuando se esforzaran siempre por aparecer seguros, triunfadores, e hicieran cuanto fuera posible por divertir a sus parejas y jamás se quejaban de nada que tuviera que ver con el dinero, la salud, el trabajo, o los problemas en el hogar; las mujeres detestaban a los tímidos, los fracasados, conflictivos, o inseguros, su naturaleza reclamaba siempre quién las protegiera y fuera más fuerte que ellas; recomendaba también evitar críticas,

chismes, presunciones, y desterrar todo tipo de prejuicios, incluso los concernientes a la infidelidad; pues de hecho aceptaba que una mujer era tan libre como el hombre y por lo tanto tenía los mismos derechos de elegir, divertirse y tener cuantas parejas le viniese en gana, puesto que no era propiedad de nadie, por más que en nuestros atrasados países latinos, la religión, y los prejuicios la intentaran colocar siempre en el tradicional papel de esposa sumisa, virgen y virtuosa aunque no todas dispusieran de esa heroica aptitud para desempeñar ninguno de esos roles. Esta liberalidad que aún sin mencionarla se volvía presente en su trato, sumada al hecho de saber escuchar más que hablar y el dejar que las féminas decidieran su entrega sin presión alguna, terquedad, o pegajosa insistencia, le habían acarreado siempre excelentes resultados. No toleraba los celos que le parecían ridículos, y conociendo demasiado al género femenino, sabía que sus lindas componentes disponían siempre de mil tretas y argucias para ser infieles, sin que sus parejas: novios, amantes o maridos se enteraran jamás de sus devaneos. Así cuando una vez la esposa de un connotado industrial de Monterrey se le insinuó, se propuso inmediatamente la tarea de informarse sobre la ubicación del hotel donde la familia iba a parar, alquiló una habitación inmediata a la que ocupaba y con paciencia franciscana estuvo espionando la hora en que la dama podía sustraerse a la vista del marido y de los hijos y acudir discretamente hasta su cuarto; entonces cual una serpiente hipnotizada ante el turbante armado de una cítara, y sin mediar nada más que unos besos apresurados, Ordoñez, debió recordar el rápido amor del gallo y la apresuró con una sola palabra: -¡Desnúdate! proferida en el mismo tono con que César hubiera ordenado al último de sus esclavos probar el vino o los manjares que pudieran estar envenados.

Sin embargo no todo había sido tan fácil en la vida del ahora afortunado *chofer del aire*, como solía titularse a si mismo con burlesca socarronería.

Joven y sin recursos, hijo de una familia clasedediera venida a menos, incapaz de costearle la costosa carrera de piloto aviador, se inscribió en la Fuerza Aérea Mexicana a sabiendas de la dura disciplina a la que había de ser sometido. Allí se distinguió por la puntualidad, la obediencia y el trato amable y respetuoso para con sus superiores e iguales; y por el sólo gusto de volar cumplió todos los deberes, y obedeció sin chistar todas las órdenes, incluyendo las más necias o disparatadas, siempre y cuando provinieran de algún superior, lo que le valió la suerte de nunca haber sido amonestado, y hasta le hubiera permitido continuar exitosamente la carrera militar sino le hubiese motivado el ansia de disfrutar plenamente la libertad.

La experiencia le adiestró en volar decenas de veces en pequeños aviones de hélice, muchos de ellos destinados a la fumigación, rescate de gente en zonas inundadas, transporte de funcionarios y militares, y por supuesto captura de traficantes de personas, drogas y hasta contrabandistas; desplegando en todas las misiones conferidas, inclusive en las más peligrosas, pruebas contundentes de valor y serenidad.

Aprendió también a descender en pistas improvisadas e insuficientes, a administrar hasta la última gota de combustible, a sobrevolar ciudades y poblados cuando las pistas de los aeropuertos estaban congestionadas, a realizar cálculos exactísimos para despegar y aterrizar sin salirse diez centímetros de la pista asignada y a enfrentarse con todo tipo de desagradables contingencias atmosféricas tales como: huracanes, tormentas eléctricas, ciclones, tornados, y todo género de calamidades propias de la baja altura a la que se volaba.

Salirse de la corporación le implicó una espera de dos años

Apenas liberado se dedicó a perseguir el apoyo del sindicato de pilotos y a buscar una colocación en una línea aérea comercial. La carencia de plazas, de relaciones y de una recomendación retrasó demasiado tiempo la búsqueda del anhelado acomodo,

pero un día llegó la tan ansiada oportunidad y fue llamado a una prueba de la que con más valor que valer, y más audacia que conocimientos, salió airoso.

Admitido a los veintiséis años, apreció la enorme diferencia de lo que era volar en los aparatos de la FAM en comparación con los aviones comerciales. Al principio se le destinó al transporte de mercancías, y sólo cuando adquirió mayor experiencia al de pasajeros. Entonces piloteó aviones con destinos domésticos, y trasladarse a Tijuana o Nogales, significaba hacer seis escalas con sus respectivos despegues y aterrizajes, y sólo cuando transcurrió un año le fueron conferidos vuelos internacionales.

Finalmente un día obtuvo su más caro sueño: verse rodeado de instrumentos fosforescentes que parecían hacerle guiños entre un ritual interminable.

Había asistido con fanática puntualidad a todos los cursos de entrenamiento y actualización, indagando con empeño cuanto manual cayó a sus manos en inglés o en español, conciente de que el correcto manejo de los instrumentos determinaría no sólo la preservación de su propia vida, sino la de los tripulantes y pasajeros que compartieran confiando en él la maravillosa aventura de navegar por los aires, y armado de tan excelente preparación consiguió dominar con pericia absoluta: controles, manómetros, carátulas, palancas, relojes, mapas, y toda esa pléyade de botones, focos, tableros, cuyas señales sólo podrían ser interpretadas correctamente por los expertos, efectivos conciliadores de esa armonía que enlaza la ciencia y de la técnica. Su absoluto dominio de cuanto concernía al manejo de aviones provenientes de distintos fabricantes, le propició evadirse de la monotonía de los vuelos, en los que normalmente escaseaban las situaciones de emergencia; así la dio por usar con frecuencia el piloto automático lo que le concedía la oportunidad –aunque violando el reglamento- de pasearse por el pasillo de la cabina para admirar las piernas de alguna compañera nueva o de alguna pasajera apetecible.

A la vez se le fue despertando una pasión por ver el mundo, viajar a países remotos, pisar tierras desconocidas, acostarse con mujeres de todas las razas, viajar en todas las líneas aéreas del globo, así como en ferrocarriles, ferrys, barcos y transportes los más sofisticados y los más primitivos, Marco quería devorar todo el mundo tal si su cabeza fuera una boca insaciable por donde pudieran caber todos los logros humanos compendiando el pasado el presente y aún el porvenir y asesorado por libros de antropología, historia y geografía aprovechó las facilidades que le otorgaba su trabajo y se hartó de contemplar paisajes, visitar templos, palacios, museos, teatros, hoteles y cabarets, y si bien no consiguió profundizar verdaderamente en nada, se formó un idea precisa de la tierra, en tanto que en la Hemisphere, era ya considerado como el Napoleón del aire.

-4-

Aquella noche el comandante Ordoñez portando un maletín negro en la mano derecha, impecablemente uniformado, tuvo que valerse de un taxi para acudir a su trabajo, pues su flamante auto estaba en mantenimiento desde temprana hora y sólo habrían de entregárselo después de dos o tres días, luego de someterlo a una escrupulosa revisión, así que en lugar de arribar al parquímetro reservado a los pilotos, descendió frente a una de las puertas que conducían al largo pasillo de pasajeros del aeropuerto

Siempre a la caza de alguna sorpresa, no tardaron en llamar su atención dos chicas conversando alegremente, trepadas sobre dos taburetes altos en la barra de algún bar, el inquieto piloto consultó su reloj y al cerciorarse de que aún le restaban veinte minutos para presentarse en cabina, buscó la mesa desocupada de algún café vecino y se puso a observarlas a distancia; pero esta vez el destino le tenía deparada la primer sorpresa de la noche, si bien diferente e inesperada,

Al principio se resistió a creerlo, pero entre la multitud de entrantes y salientes distinguió a lo lejos la inconfundible figura de Emilio, su antiguo condiscípulo, con el que fraternizó durante toda su educación media y hasta un año en la facultad, cuando intentaba iniciar una carrera universitaria.

-¡Emilio! -Gritó- haciéndole señas para que se acercara.

Al escuchar que le llamaban por su nombre el portador de lentes con algunas canas prematuras, aunque con buena y saludable apariencia, giró rápidamente la cabeza y levantó los brazos con entusiasta júbilo.

-¡Marco!... ¡Mi querido Marco!... repitió acercándose y corriendo a abrazarle- algo me estaba susurrando que te encontraría aquí. ¿Dónde sino? -agregó palmeándole la espalda.

-¡Esto si que es bueno!...-admitió Ordoñez estrechándole repetidamente las manos. ¿Dónde diablos has andado?... Te he buscado repetidas veces pero sin resultado.

-Trabajo para la Hemisphere hace diez años.

-Volar ha sido siempre tu mayor ilusión.

-Es que asomarse al infinito es una experiencia maravillosa. Pero dime ¿Tú concluíste finalmente la carrera?

-Sí. Soy matemático y hace cinco años obtuve el doctorado.

-¡El doctorado! -Repitió Ordoñez asombrado- ¡Te felicito! -añadió calurosamente- ¿En eso te ocupas ahora?

-Hago investigación científica para la Universidad y además imparto clases.

-¡Toda una realización! Pero siéntate por Dios.

-Realizarse es un deber. ¡El innegable deber de vivir! -Agregó el recién llegado, situándose en la mesa- No habemos demasiados matemáticos en México, no los que el país requiere, aunque la matemática está en todo lo que nos rodea, y por supuesto en lo tuyo... pero hablemos de otra cosa, cuéntame ¿Te has casado?

-No. Y confío en que no se me habrá de ocurrir nunca. ¿Y tú?

-Yo me casé cuando terminé la licenciatura y soy padre de dos niños. -contestó Emilio llevándose la mano a la patilla medio canosa.

-Se te habrán olvidado nuestras correrías...

-No del todo. Cuando paso por la colonia Roma siempre te recuerdo.

-¡Claro! Nos amanecimos muchas veces en casa de Irma.

-Doña Quitapesares.-agregó Emilio.

-¡Y vaya que tenía siempre un buen surtido la vieja! -admitió el aviador mientras una sonrisa se le dibujaba en la comisura de los labios.

-Y tú eras el más asiduo cliente del mejor prostíbulo de México en aquel entonces... y como doña Irma te mimaba mucho te escogía siempre las mejores.

-¡Bah! El amor que se compra o se consigue fácilmente es de poco valor, pero al menos nos divertíamos dándonos cada noche un atracón de senos, muslos, nalgas y todo lo demás...estábamos en la edad y lo disfrutábamos, aunque tú, siempre fuiste muy retraído y te limitabas a verme, apenas si te alcancé a ver bailar alguna vez y una sola copa te duraba toda la noche, nunca te ví entrar con ninguna, ni siquiera con Vicky que era el hada de la sensualidad y del deseo ¡Una real hembra! En cada noche por lo menos se la tiraban tres o cuatro fulanos, pero ella regresaba a la sala como nueva, con la cara sonriente de la mujer bien cogida y bien saciada.

-Te diré, en ocasiones rebosaba vulgaridad, haciendo gala de una absoluta estupidez, y aunque sabía ser labiosa y ladina, era mal hablada y hasta grosera. Recuerdo que le gustaba contar sus chistes obscenos en un tono tan natural y carente de afectación que resultaba a fin de cuentas divertido.

-¿Desean ordenar los señores?-preguntó el mesero.

-¿Qué apetece? –preguntó Marco-

Emilio pidió un té y Marco café con crema.

-Cuando estaba alegre y con algunas copas la daba por abrazar y besar a todo el que tenía por delante, así que cuando menos lo esperabas te plantaba un beso donde mejor le parecía. – Insistió Marco

-Pero tenía además su enamorado, el cual pasaba un trago amargo cada vez que la veía entrar a la recámara.

-¡Valiente enamoramiento! ¡Pedirle a una puta fidelidad en el burdel!

-Pero... ¿Y que me dices de Kitty tu enamorada?... ¿La recuerdas?

-Sí, alguna vez. Los hombres somos inconstantes y las pasiones nos suelen durar poco.

-No siempre, te lo puedo asegurar.

-Sólo me acuerdo que en cuanto me veía aparecer me tiraba los brazos al cuello y llenándome de besos me susurraba: ¡Entra conmigo y no te cobro! ¡Pobre chica! ¡No merecía estar allí! Por supuesto que nunca acepté semejante trato, ella estaba para ganar dinero. Recuerdo que cuando visité alguna vez Italia me pareció que su rostro de rubia pálida estaba plasmado en algún cuadro de Tiziano, o tal vez de algún otro pintor del Renacimiento. Sus ojos tenían ese tono verdoso de las algas sumergidas en algún río poco profundo y las guedejas rubias le caían sobre los hombros tan blancos como el mismo mármol de Carrara . Todavía me parece verla vestida con una falda corta muy ajustada y un sweter color violeta con cuello de tortuga. Ahora todo eso se acabó para mí. He corrido tantas aventuras que ni por asomo se me ocurriría ir a pagarle a una mujer ¡Aquí las tengo gratis!

-Ya veo que sigues siendo el mismo -concedió Emilio mientras le ponía azúcar a su té recién servido- no has cambiado un ápice en tantos años que nos hemos dejado de ver y casi juraría que nunca te has enamorado.

-¿Enamorarme? ¿Te refieres a caer presa de ese sentimentalismo propio de la inmadurez de la adolescencia y que es apenas una máscara que encubre disimuladamente los deseos eróticos?

-Justamente a eso que llamamos amor, y sin el cual no se puede conseguir la verdadera dicha.

-Eso es sólo un engaño; porque en el fondo nos gusta vivir autoengañándonos...- respondió Marco.

-No obstante el amor juega un papel muy importante en nuestra vida y tarde o temprano seguramente tú cómo cualquier mortal te vas a enamorar y tu independencia se te volverá polvo, porque sólo cuando conseguimos amar y ser amados, es posible encontrar una razón por que y para quién vivir.

-¿Quieres decirme que sólo es posible ser feliz cuando se tiene una sola pareja? ¡Eso no es para mí! Me imagino que el matrimonio es como vivir en un eterno combate, donde uno pretende sujetar a la mujer y ella juega a evadirse, ó al revés, y al final nunca terminan por tenerse realmente uno al otro, porque en esencia hombres y mujeres somos seres diametralmente opuestos, absolutamente diferentes, y además ¡Somos polígamos por naturaleza!

-Es posible que te asista cierta razón -concedió Emilio- tal vez cuando trascurren algunos siglos la pareja humana evolucionará hasta constituirse en una unidad espiritual dispuesta a vivir en el perdido paraíso.

-¡Qué utopía! Y me parece increíble que un matemático como tú, piense como un idealista.

-¿Un idealista?

-Ni más ni menos. Observa cualquier pareja, el hombre exhibe a la mujer suponiendo que con ella muestra un mérito envidiable, porque a la gran mayoría de nosotros nos agrada que otros hombres deseen a la mujer que va a nuestro lado,

-Y así es porque poseer a una mujer es como tener al mundo, y admitámoslo o no, ella es su auténtica soberana y su belleza es el mayor de los poderes humanos.

Marco iba a replicarle, pero una voz dominante lo detuvo:

*Pasajeros del vuelo Constellation uno, seis, siete ocho, de Hemisphere Air Lines con destino a Los Angeles y San Francisco, favor de presentarse con sus pases de abordar en la sala número cuatro.*

-Tengo que dejarte –aclaró el piloto- Es tiempo de mi vuelo –se levantó y dejando un billete sobre la mesa agregó: -Ha sido un verdadero placer volver a verte y confío que nos encontraremos pronto.

-Yo también –aceptó Emilio- y ojalá en nuestro próximo encuentro, me des la sorpresa de que te has enamorado y hasta pienses en casarte- agregó alargándole una tarjeta, mientras el piloto le anotaba nerviosamente su teléfono en un papel que extrajo de su cartera

-Eso sería cómo darte la prueba fehaciente de haberme convencido. –aclaró Ordoñez estrechándole las manos, y en seguida tomó el maletín alejándose con pasos apresurados, impaciente por presentarse en la cabina del 747.

Emilio se quedó unos minutos más para dar el último sorbo a su té, luego se levantó pensativo, La personalidad de su antiguo discípulo lo volvía a sumir en una intrincada red de sentimientos contradictorios, y si por una parte envidiaba su buena suerte, en el fondo su incapacidad de llegar a querer verdaderamente a una mujer lo incitaba a compadecerlo, finalmente sucumbió ante una pregunta sin respuesta: -¿Por qué siempre lloverá sobre el mar y nunca en el desierto? ¿Por qué hay hombres a quienes sobran las mujeres y otros apenas conseguimos una sola o ninguna? ¿Por que amamos si el amor es sólo una utopía momentánea condenada a extinguirse irrevocablemente? ¿Y por que hay tanto amor desperdiciado por el mundo, tantos seres solitarios dispuestos a amar y que en cambio tienen que concentrar sus afectos hasta en los animales? Luego, recordó que Clara su esposa y sus dos hijos estaban por llegar después de visitar a los padres de ella que vivían en Guadalajara y apresuró sus pasos a la sala de llegadas.

-5-

No cabe duda en el mundo civilizado, lo más civilizado son los aviones. Y por supuesto el 747 de la Hemisphere no podía ser la excepción. El avión lucía perfectamente iluminado, la espaciosa cabina que parecía agrandarse por dentro estaba alegremente decorada en un tono oro en tanto que los asientos lucían una combinación de azules con bordados de flores y pájaros, para compaginar un armonioso equilibrio con la alfombra, las cortinas y hasta los uniformes de las aeromozas, y proporcionando además un ambiente de tranquilidad, como podía encontrarse a veces en los etéreos espacios donde el ánade flotaba.

La primera clase contenía diez secciones de dos amplios asientos cada una, colocados a derecha e izquierda de un amplio pasillo. Los mullidos sillones estaban espaciados con tan estratégica distancia que permitía estirar las piernas con comodidad absoluta y habían también mesas destinadas a colocar: platos, vasos, copas, ceniceros y fuentes; y era generalmente atendida por las sobrecargos que dominaban absolutamente el idioma inglés ya que en buen número los pasajeros solían ser extranjeros.

La clase turista –la Hemisphere había eliminado el calificativo de económica- constaba de dos largas filas con secciones a derecha e izquierda de tres asientos cada una, los espacios eran mucho más reducidos y detrás de cada butaca había una mesa que se desdoblaba, y debajo de la cual protegidos por una red se podían localizar el salvavidas y la indispensable mascarilla para emergencias, en tanto que en cada asiento de ambas secciones pendían los consiguientes sujetadores. En la parte superior se ubicaban espacios para guardar maletas y bolsos de mano que se cerraban a presión. Las hileras de asientos convergían hacia los ventanillos y frente a cada pasajero letreros luminosos advertían las restricciones de no fumar y abrochar los cinturones de seguridad durante despegues, aterrizajes y posibles turbulencias.

Los sitios destinados a la tripulación se ubicaban hasta el fondo, al lado de los higiénicos lavabos provistos de jabones y loción, cuyos envases ostentaban los emblemas de la compañía.

Las secciones destinadas a primera y turista se separaban por un bloque que albergaba las cocinetas provistas de estufillas eléctricas, refrigeradores, fregaderos y alacenas que contenían un verdadero arsenal de vasos, copas, hieleras, envases de vino, de jugo y refrescos, y un amplio contenedor de comidas empaquetadas en higiénicos envases de aluminio, en tanto que en otro espacio se ubicaban compactos carritos rodantes destinados al reparto de doscientas comidas calientes, y decenas de botellas.

Aquella noche, apenas se había estacionado el avión en la pista correspondiente ya se hallaban instalados en la cabina de mando el copiloto y el ingeniero quién examinaba por segunda vez el plan de vuelo, después de haber realizado la exhaustiva revisión de rutina, concediéndoles el okey a los controles.

Las sobrecargos con el sombrero y los guantes de rigor se hallaban en la puerta de la cabina dispuestas a recibir a los viajeros que llegaban a través de un vehículo provisto de un acordeón que facilitaba el acceso al avión. Cynthia quién revisaba con un lápiz bien afilado la lista comentó:

-Tenemos vuelo completo.

Alexandra y Azalea se plantaron al frente, mientras Dora se instaló a un lado presta a supervisar el trabajo del personal a sus órdenes. Era una mujer de cuarenta años a quién la gordura y una que otra cana empezaban a preocupar orillándola al retiro, aunque cuando sonreía volvían a hacerse presentes los frescos encantos de la juventud a la que se aferraba con ansiedad. Las chicas la trataban de señora con el usted por delante, pero ella las tuteaba a todas, procurando que desempeñaran eficazmente su trabajo y solicitándoles de vez en cuando que dejaran en casa sus preocupaciones y no regatearan la sonrisa- recuerden –solía decirles- es nuestra arma para mantenerlos tranquilos y hacer que vuelvan a volar con la Hemisphere.

Los viajantes con el apellido que iniciaba con A fueron los primeros en arribar y Azalea los recibió con los ojos brillantes y una cálida sonrisa. Alexandra la imitaba casi cantando un ¡Buenas noches, bienvenido a bordo! En tanto que Denia, Silvia y Mayela, ubicaban a cada pasajero en el asiento designado, Jaimito muy diligente y comedido ayudaba a quienes portaban maletas o bultos para introducirlos en los casilleros, pronto el desfile con todo el abecedario se fue intensificando y la sonrisa de Alexandra se fue volviendo más sincera que mecánica, pues gustaba de la gente y hacia con agrado su trabajo. Las muchachas iban y venían acomodando a los niños y personas mayores que merecían una especial atención y no faltaba quién protestaba airado por que no le satisfacía el lugar, o discutiendo por el ventanillo, entonces la chica compensaba el desacuerdo explicando que por la noche era nula la visibilidad y que en cambio el sitio era ideal para disfrutar la película.

Azalea procuraba colaborar con sus compañeras ocupándose de responder preguntas, dar bienvenidas y acomodar viajeros; tan absorta estaba en su trabajo que ni siquiera se había enterado que en la cabina de pilotaje permanecía vacío el sitio destinado a quién debía dirigir la nave, así que su sorpresa fue mayor cuando una voz varonil y una mano tendida hacia ella se le acercaron.

-Buenas noches –dijo su dueño con una voz varonil, sonriéndole con suavidad.

La joven estrechó mecánicamente la mano que se ofrecía y se quedó momentáneamente pasmada, entonces él quién seguramente la había estado observando unos segundos antes agregó:

-Capitán Marco Ordoñez para servirle.

-Buenas noches capitán –tartamudeó indecisa- yo soy Azalea Cervantes, a sus órdenes.

-¿Azalea? –repitió Marco- pensaba que solamente era un nombre de flor.

-¿Qué quiere usted? –respondió ella más dueña de sí y con irreprímible coquetería asentó: -así me pusieron... y me bautizaron.

Marco la vio breve pero intensamente y ella sintió que su mirada se había deslizado de los ojos hasta el glorioso nacimiento de los senos, luego enfiló hacia la cabina de mando mientras le susurraba:

-¡Oh Dios! ¡Cuánta mujer en un nombre tan breve!

Al verlo aparecer el ingeniero y el copiloto se levantaron muy corteses para saludarle. Marco les estrechó la mano, luego se despojó de la gorra y se instaló en su asiento de pilotaje. En su mente repiqueteaban las palabras de Emilio: -Sólo con el amor se obtiene la verdadera dicha- entonces él, quién no sabía lo que era enamorarse ¿No había sido jamás realmente dichoso? Y al contemplar aquella linda muchacha con nombre de flor, la había asociado casi al instante con sus pensamientos.

-¡Quién es la nueva? –le preguntó distraídamente al copiloto.

-Se llama Azalea. Le respondió el interpelado.

-Si ya me dijo, pero...

-No se más de ella –se excusó el muchacho- pero es muy guapa. –argumentó.

-No hay duda –Asintió Ordoñez- y se puso a consultar los aparatos, mientras comprobaba la hora con su reloj pulsera.

Azalea más repuesta del encuentro, pero impactada de la gallardía del piloto, se sonrió para sí, pero volvió a su trabajo.

Ahora embarcaban los últimos pasajeros, y dentro de unos minutos se retiraría el acordeón, luego se cerrarían automáticamente las puertas y entre el relampaguear de las luces y la profusión del incesante ronroneo de los motores habría de añadir a sus quinientas horas de vuelo, algunas más.

Luego, todo se desarrolló puntualmente. El ascenso se inició tras una carrera por la pista hasta alcanzar la velocidad de despegue con los motores encendidos al máximo, entonces el avión empezó a elevarse, durante la maniobra la tripulación permaneció sentada con el cinturón abrochado.

Cuando cesaron los ruidos de los motores de despegue, se iniciaron los de los aparatos de ventilación, estabilizando el avión, que al cobrar altura comenzó a flotar en su verdadero elemento: el aire. La tripulación se liberó e inició su trabajo. Se apagaron los controles con la consigna de no fumar y abrochar los cinturones y los pasajeros mucho más tranquilos empezaron a mirar por los ventanillos cómo las luces de la gran metrópoli se iban disolviendo entre las algodonosas cortinas de nubes, pronto no quedaría ni siquiera un rastro de tierra borrándose por completo el paisaje citadino.

Entonces se escuchó la voz de la mayora: *Damas y caballeros el comandante Marco Ordoñez y su tripulación les damos la bienvenida a bordo del vuelo uno, seis, siete, ocho de Hemisphere Air Lines, con destino a la ciudad de Los Angeles. Nuestro tiempo de vuelo será de aproximadamente de dos horas cuarenta minutos y volaremos a una altura de treinta mil pies. Ahora les solicitamos su atención para darles a conocer las medidas de seguridad, inherentes a una remota situación de emergencia.*

Entonces Azalea en primera clase y Silvia en turista realizaron la obligatoria rutina de mostrar a los pasajeros el modo de emplear los paracaídas y mascarillas indicándoles que se hallaban situados dentro del bolso delantero.

Jaimito inició su ronda ofreciendo los periódicos de la tarde. Denia y Mayela empezaron a repartir mantas y almohadillas para los viajeros friolentos por el vaho del aire acondicionado y Azalea con encantadora sencillez proporcionó a los viajeros las formas migratorias que debían ser llenadas escrupulosamente y entregadas con el pasaporte y el visado a las quisquillosas autoridades yanquis, muchos viajeros pretendían que la hermosa sobrecargo les respondiera sobre asuntos técnicos del vuelo, a lo que ella contestaba explicándoles con palabras sencillas, como funcionaban los motores, las alas, el tren de aterrizaje, los depósitos de combustible, los sitios donde se guardaban los equipajes, y hasta algunos detalles concernientes a la cabina de mando, cuyo insospechado mundo despertaba interés.

Cynthia y Maritza se ocupaban de proyectar en la pantalla la película de estreno, mientras otros viajeros hacían uso de los audífonos colocados en el brazo de su asiento, seleccionando la música que resultaba de su agrado.

Media hora después las chicas empezaron a ofrecer a los ocupantes en primera clase —a quienes no se regateaban las bebidas- cognac o champagne franceses, whisky norteamericano o el sabroso tequila nacional, mientras que por la clase turista Azalea y Alexandra auxiliadas por el diligente Jaimito ofrecían sonrientes: refrescos, jugos, y hasta un trago de vodka. Los pasajeros agradecidos correspondían con palabras corteses el privilegio de ser servidos por aquella reina, cuyas monumentales piernas se elevaban con los tacones, acrecentando el precioso relieve de las caderas donde asomaban tenues las líneas del bikini, aquella presencia deliciosamente femenina, esbelta, estatuaria, cómo si estuviera hecha de una carne diferente, se disolvía en aquellas dos espléndidos muslos, que descendían prolongándose en formas exquisitas hasta las rodillas enjoyadas con las medias transparentes, las bien delineadas pantorrillas y los pequeños pies calzados con elegantes zapatillas.

La joven dejaba en las manos del viajero el consabido vaso con una sonrisa que lo hacía sentir que estaba destinada sólo para él, lo que le validaba sentirse único y privilegiado, ella recibía las expresiones de agradecimiento fijando sus ojos en cada uno sin distingo de sexo, edad o apariencia. ¡Oh! ¡Cuántas ilusiones, deseos, sueños, despertaba aquella incomparable criatura mientras se entregaba a su labor, sin regatear su feminidad, su trato gentil y su innata coquetería! Y los viajeros apartaban los ojos de la película, del periódico, o de la revista de la Hemisphere concentrándose en el momento que ella se acercaba y con encantadora voz les preguntaba: -¿Qué le agradaría tomar? Puedo ofrecerle: vodka, jugo, o refresco- y al pedido las manos blancas cuidadosamente manicuradas y concluidas en las uñas bañadas en barniz rojo tendían el vaso y la servilleta con el inseparable emblema del ánade y una dulce sonrisa. -¡Qué disfrute su bebida!- añadía. Los pasajeros entrecortados murmuraban tímidamente las gracias, y ella les correspondía: -¡Estoy encantada de servirle! Y continuaba su caminata de muchos kilómetros dentro del limitado espacio de la cabina, mientras a su vez la seguían cien ojos masculinos, con el aliento suspendido, devorando cada milímetro de su cuerpo verdaderamente majestuoso.

Denia por su parte recordaba a los viajeros que el final del pasillo había una fuente con dulces y chocolates y un buen surtido de revistas.

Veinte minutos después se les solicitaba a los pasajeros de primera clase elegir el platillo que deseaban para cenar, mientras que en la turista se empezaba a repartir en charolas compactas el menú de la cena que incluía a elección del pasajero pollo o ternera con verduras, ensalada, pan, mantequilla y un pastelillo de postre, con sus respectivas raciones de azúcar, pimienta, y sal. La compañía obsequiaba además un vaso de vino tinto, cerveza, jugo o refresco y Jaimito hacía los cumplimientos del café con crema a gusto del viajero.

De pronto una inesperada desestabilización encendió las luces previniendo a los viajeros que debían abrocharse los cinturones, pero después de tres o cuatro minutos se restableció la calma y hasta pudo escucharse la voz del comandante anunciando que la nave volaba ahora sobre el estado de Sinaloa prediciendo la temperatura y tiempo probable en Los Angeles, y dando por hecho que la llegada sería a la hora anunciada.

Un ejecutivo untaba su pan con mantequilla, mientras tenía a mano una calculadora, una anciana se cobijaba hasta el cuello con la manta, en tanto que un muchacho lanzaba miradas de ciervo cauteloso a las lindas azafatas, sin decidirse a solicitar más vino contentándose simplemente con contemplarlas.

Algún pasajero mucho más audaz se plantó frente a Azalea para decirle:

-Usted no es bonita, ¡Es preciosa!

-Ella se sonrió y le respondió.

-Muchas gracias caballero –y agregó- estoy para servirle -dejando claro que era una profesional en su trabajo y no estaba allí para oír proposiciones. El atrevido no se animó a entregarle su tarjeta ni mucho menos a solicitarle su teléfono. Seguramente Alexandra hubiera mordido el anzuelo y Mayela primero habría medido las posibilidades del sujeto, para luego sondearlo y tras una breve plática detectar las ventajas que pudiera acarrearle un posible encuentro.

Pero un detalle vino a variar la escena, el comandante abandonó la cabina de mando para pasearse tranquilamente por el pasillo, previamente asegurado de que el avión se encontraba a la altura de crucero y con el piloto automático. Sus ojos rodaban de un sitio a otro siempre insaciables, un pasajero inquirió alguna información a la que Ordoñez contestó cortés pero brevemente. La inquietud lo devoraba, sus ojos buscaban a Azalea que ahora lucía de cuerpo entero y a distancia ocupada en recoger charolas, vasos y botellas vacías amontonándolas en el carrito. La muchacha sintió que unos ojos penetraban en su carne recorriendo su nuca, la espalda, sus caderas, y sus piernas, desnudándola y devorándola.

Ordoñez llegó hasta ella.

-¿Capitán? –inquirió.

Una sonrisa se dibujó en el semblante de Marco.

-Hola señorita con nombre de flor.

Ella se quedó pensativa unos segundos mirándole con los ojos muy abiertos.

-¿Gusta un café capitán?

Jaimito sostenía a unos pasos la cafetera.

-Bueno se lo acepto, pero llévemelo a la cabina por favor.

Marco se dio la media vuelta y se encaminó a su sitio. Azalea tomó su tiempo, sirvió el café y puso la taza sobre una pequeña charola y fue hasta la cabina de mando

El piloto se había despojado de la chaqueta y estaba en mangas de camisa, cruzó las manos sobre la nuca invadido de cierto aburrimiento.

La joven abrió la puerta de la cabina de pilotaje y le presentó la taza.

-Capitán... murmuró.

-¡Oh! Gracias. ¿Siempre eres tan diligente? –la interrogó.  
-Estoy para servirle capitán.  
-¿Y a los muchachos no les invitas nada? –volvió a preguntarle-  
El copiloto la miró sonriente y el ingeniero susurró.  
-Bueno, lo acompañaremos con otro café.  
Azalea respondió:  
-Ahora mismo se los sirvo.  
Pero cuando iba a hacerlo la voz de Marco la detuvo  
-Espera –le dijo, tomándole el brazo con decisión y delicadeza.  
Si... dijo Azalea deshaciéndose sin disgusto de la mano que la oprimía.  
-¿Sabes que eres muy hermosa?  
Azalea iba a protestar, alegando que todos los días escuchaba la misma cantinela, pero él la atajó antes de que alcanzara a abrir la boca.  
-Se diría que estás hecha para el amor.  
Azalea le miró con los ojos muy abiertos cómo asombrada de lo que acababa de escuchar y salió de la cabina.  
Tres minutos después se presentó Alexandra con los cafés solicitados.

-7-

Azalea sintió que sus senos se habían estremecido como dos pajarillos espantados. Aunque acostumbrada a despertar una polivalente admiración, aquellas palabras proferidas en un tono donde se daban cita la seguridad del hombre y su destino de mujer la hicieron avergonzarse hasta la raíz de los cabellos, y no es que la sorprendieran demasiado; sabía que a sus veinticinco años una mujer joven y bonita cómo se consideraba, despertaba siempre deseos y emociones y que ella misma se sentía halagada de motivarlos, toda vez que una íntima seguridad la había habituado a seguir sus impulsos y enfrentar las consecuencias, conciente de que a fin de cuentas era dueña de las armas invencibles de toda mujer: la juventud y la belleza, y que con ellas se sabía capaz de fascinar a jóvenes y viejos, solteros y casados, y que donde ponía un pie despertaba inmediatamente una incontenible admiración. Aquellas repetidas situaciones más que inquietarla la divertían impregnando en sus ojos una expresión de chiquilla traviesa cogida en una trampa ¡La eterna trampa de la Eva milenaria sonsacando a Adán para sacarlo del aburrido y monótono paraíso, y sumergirlo en el edén infernal de la concupiscencia, donde el placer y dolor se entremezclaban hasta confundirse! Y Azalea quería convertir su vida en eso ¡En una burbujeante cascada de placer!

No en balde había luchado tanto por llegar a ser, precisamente lo que era, una mujer de mundo, a pesar de su todavía temprana edad; dotada de una natural vocación por la alegría, por las diversiones y por el puro gusto de haber nacido mujer y bonita.

Aunque Azalea no había sido exactamente lo que era ahora: una mezcla de dulzura, autoestima, optimismo, alguna bondad y al mismo tiempo, como cualquier otro ser humano, capaz de contener otras cualidades, no tan admirables, y que con pesar sabía reconocer que también formaban parte de su personalidad, pero admitiendo que además de ser disciplinada, estudiosa, observadora, podía ser también a la vez: dura, egoísta, cruel, calculadora y sobre todo muy astuta. Dueña de una femenina intuición, presente en todas las mujeres pero exacerbada en ella, era capaz de sopesar todo en un minuto, tal si los hombres y los acontecimientos fueran sólo ecuaciones algebraicas que tuvieran que resolverse y desembocar inexorablemente tal y cómo ella las había previsto con un mínimo de esfuerzo.

Independiente y voluntariosa, tenía la indiscutible cualidad de saber doblegar hasta su propia voluntad, para hacer eso que la fría lógica le dictaba; así, con aparente sencillez, sabía obtener todo cuanto quería y de quién lo deseaba, imponiendo siempre su capricho.

Lejos habían quedado para ella aquellos tiempos, es decir los correspondientes a su otra vida, reciente pero muy lejana, cuando era sólo una chiquilla fea, tímida, asustadiza, a quién le gustaba morderse las uñas y que apenas si se soportaba a si misma su insoportable olor a orines.

Su padre había abandonado demasiado pronto a mamá Lucrecia, incapaz de sostener un hogar y probablemente dolido por los continuos reproches de ésta, que lo increpaba a todas horas. Así que su madre se quedó con el retoño, sin odiarlo, pero sin quererlo, pues hubiera preferido a un varón, con la ilusoria esperanza de que al crecer la protegiera, entonces poca gracia debió haberle hecho aquella criatura: débil, flacucha, llorona, con los negros cabellos siempre enmarañados, caprichosa y demandante de comida, dulces, baños, ropas nuevas y que le significaba el consabido reproche por su descuido, su credulidad, o su miedo mitad religioso, mitad físico, que habían conspirado para impedir que el no deseado embarazo se trastocara en un aborto, lo que la hubiese librado definitivamente del problema de ser una madre soltera, pago demasiado elevado por su torpeza de haber caído con aquel manirroto que sin tener nada que ofrecerle la había seducido, aunque si bien recordaba, tampoco le había prometido nada, sabedor de su incapacidad. Un rencor no clausurado por la responsabilidad no pedida, y por la carga no deseada la habían agriado hasta el grado de que atendía a la pobre chiquilla más por deber que por auténtica convicción de madre. Tan encontrados como opuestos sentimientos no impidieron que atormentada por el remordimiento no abrazara a veces a la pequeña a quién veía no sólo fea sino desvalida. La criatura no se parecía ni a ella, que por cierto no era ninguna belleza, ni al padre, a quién a su vez no se le encontraba ninguna gracia.

Apenas cumplió los cuatro años Azalea ingresó al kinder, y Lucrecia quién tuvo que ponerse a trabajar como obrera en una fábrica de telas se vio en la necesidad de encargarla con la portera a quién pidió que la llevara y trajera a la escuela, caminando las seis cuadras que mediaban de las calles de Rosas Moreno hasta la Verónica llamada después avenida Melchor Ocampo.

No se distinguió Azalea ni por su inteligencia ni por su carácter. Era más bien una niña huraña, aunque cuando se le trataba con dulzura sabía ser agradecida y obediente, sonriendo con una cordialidad que despertaba cierta compasión por la pequeña, eternamente sucia, mal vestida, y con las inequívocas trazas del desvalimiento. Azalea recordaba cómo a la salida de la escuela, media docena de vendedores ambulantes ofrecían a los niños sus modestas mercancías: chicharrones con salsa picante y limón, dulces, barquillos de nieve, papas fritas correosas y llenas de polvo y cacahuates y garbanzos enchilados, la niña miraba las golosinas con codicia pero no se atrevía nunca a pedírselas a la portera y sólo en una ocasión cuando su madre fue por ella, le compró una bolsa de palomitas que la niña agradeció dándole un beso que conmovió tanto a la mujer, que a partir de ese día le puso siempre en el bolsillo de su delantal una moneda destinada a satisfacer sus deseos infantiles.

A su llegada a casa la portera le servía una comida que no variaba mucho, y que la pequeña aceptaba incapaz de solicitar lo que no conocía.

La posibilidad de doblar turno y salario en la fábrica decidió a la señora Lucrecia, incapaz de atender a su hija por carecer de tiempo, a internarla en un colegio atendido por hermanas quienes por una módica cuota asistían, cuidaban, alimentaban y proporcionaban con la enseñanza elemental y sobre todo la religiosa a doscientos

educandos, allí teniendo por compañeros a niños y niñas huérfanos, que llegaban con trazas de estar mal alimentados y portando parásitos, cursó su enseñanza elemental. Los internos debían portar el modesto uniforme reglamentario y sólo hasta el sábado por la tarde, podían abandonar el plantel ubicado en un escondido barrio de Tacuba. La vida aunque programada, no era del todo desagradable, las hermanas eran por lo general pacientes, y había clases todo el día, destinándose las mañanas a cursar el grado correspondiente, en tanto que por la tarde se impartían además de las clases de religión, las de cocina, bordado, tejido, mecanografía y taquigrafía para las niñas, mientras a los varones se les adiestraba en la carpintería y debían atender además al cultivo de una pequeña hortaliza.

No faltaban los festejos escolares en los que Azalea participaba recitando “Los motivos del lobo” de Rubén Darío, se improvisaban bailables y coros que la hermana Consuelo acompañaba en un desafinado piano vertical y hasta se otorgaban premios por aplicación y obediencia.

La señora Lucrecia traía a su hija a casa y ambas disfrutaban los domingos por la mañana entretenidos paseos por el parque Tezozomoc, mientras la pequeña estrenaba los vestidos de confección casera que su madre le hacía con retazos de las telas de la fábrica donde laboraba, premios con que gratificaba su aplicación y buena conducta.

Para el quinto grado llegó al colegio una hermana joven, doce años mayor que ella y candidata a convertirse en monja, la novicia a quién llamaban la hermana Isolda, era maestra normalista e impartía clases de pintura y dibujo; cuando pidió a las alumnas que pintaran un tema libre, Azalea dibujó un avión, el tema sorprendió a la maestra, aquella criatura quién seguramente jamás habría visto de cerca un avión lo idealizaba volando en un cielo despejado.

-¿De donde sacas tú eso? –le preguntó la hermana.

Azalea le explicó que había visto los aviones en las sesiones de cine César a las que su madre la llevaba los sábados por la tarde.

-Cuando sea grande –agregó- seguramente emprenderé muchos viajes y me subiré a los aviones.

-Pero los pasajes deben ser muy caros- advirtió la maestra.

Entonces Azalea le repuso.

-A mí no me costarán nada, porque voy a ser una de esas chicas que dan de comer a los viajeros, y que además parecen estar siempre muy sonrientes.

-¡Ah! Entonces lo que tú quieres es ser aeromoza.

-Sí. Creo que se llaman así –respondió Azalea.

La vida tranquila y una mejor alimentación contribuyeron a hacer de ella una muchachita con un rostro agraciado que enmarcaban los cabellos largos que solía dejárselos crecer hasta la cintura y juntaba con un listón a media cabeza. Una simpatía desbordante le valió abrazos, besos y felicitaciones de maestras y compañeros al terminar la primaria y abandonar para siempre la escuela.

Seguía cultivando en su interior su interés por los aviones y cuando se despidió prometió a su maestra de dibujo escribirle el día que realizara su primer vuelo, promesa que cumplió once años después cuando la designaron a hacer su debut en un viaje de ida y vuelta el mismo día a Oaxaca.

Azalea abandonó la escuela con inevitable pesar, si bien todavía durante algunos meses de haberse retirado cultivó el trato con las hermanas a quienes iba a visitar, cosechando como regalo estampas de la Virgen, también frecuentó algunas

condiscípulas que al igual que ella habían egresado. Su madre tenía un pretendiente, al que llamaba Willy, era un hombre silencioso que solía acompañarla hasta la puerta de su casa, y que al despedirse prometía ir al siguiente día a la salida de su trabajo en la fábrica.

Por esos años cursó la secundaria donde conoció a Luís, un muchacho alto que usaba lentes y tenía un carácter sosegado, ambos coincidían en la biblioteca pública y él solía ayudarle a resolver los problemas geométricos. Aunque se buscaban mutuamente solían pasarla silenciosos, sus conversaciones se reducían a las clases, los maestros y los libros que se prestaban mutuamente.

Sus quince años coincidieron cuando terminó la secundaria y fueron celebrados aunque modestamente con el consabido baile familiar que alegró a todo el vecindario. Las hermanas le regalaron el pastel y su madre la obsequió con su primer vestido largo que la hizo verse como un pavo real, uno de sus chambelanes fue Luís con quién bailó el obligado vals. En la reunión que reunió a muchos vecinos del rumbo se sirvió una cena consistente en trozos de pollo rostizado aderezados con ensalada rusa y se brindó con refrescos.

Había llegado ese momento único en que convergían la niña y la adolescente, la inocencia y la frescura, la prudencia y la audacia, la inteligencia y la sensibilidad, pero bajo aquella cabecita ornada de bucles ya despuntaban los pensamientos de una mujer dueña de una voluntad y un carácter capaz de vencer muchos obstáculos, todo ello envuelto en el celofán de una inocente feminidad, una sensualidad todavía escondida y un deseo, no acentuado, pero ya presente de ser admirada y halagada.

Azalea lució bellísima, sonriente recibió los primeros homenajes, las miradas y las palabras amables que habrían de ser a partir de entonces la constante a la que terminó por acostumbrarse.

La señora Lucrecia al fin satisfecha de su hija habló con su patrón judío tratando de colocarla en la factoría, el señor Marcos alegó que aún estaba demasiado joven para desempeñar cualquier trabajo, pero accedió al enterarse de que sabía escribir a máquina, tomar correspondencia en taquigrafía y dominar las cuentas, y la empleó, con un salario modesto, que al poco tiempo fue incrementándose cuando ella dio pruebas de educación, inteligencia y disposición de hacer cuanto le mandaban con prontitud y eficiencia.

A los dieciséis años ingresó a la preparatoria nocturna. Al principio la doble obligación de estudiar y trabajar le pareció dura, pero cuando consiguió habituarse a dormir sólo cuatro o cinco horas, suficientes para recuperar las energías gastadas, se le vio fresca con la amplia sonrisa que parecía haberse alojado perpetuamente en su rostro.

Los sábados solía reunirse con su amigo Luis a estudiar, o a leer los libros que les prestaban en la biblioteca pública, cuando terminaban los deberes escolares, entonces la joven lectora copiaba algunas frases, y sólo si los volúmenes eran de su propiedad, subrayaba párrafos enteros o ponía notas al margen de los libros, cuando sentía cansancio, dejaba huir las miradas perdidas tras una meditación, sumergida en quién sabe que ocultos pensamientos.

Ahora vivía con madre e hija Guillermo, a quién nunca consideró como su padrastro, y más bien trataba como un amigo mayor.

Pero a sus dieciocho años, sobrevino la transformación y Azalea empezó a lucir como una princesa real. Poseía un rostro al que la luz se le había embebido incrustándosele en las mejillas, una frente soñadora abierta a la contemplación o quizás a la quimera, una boca propensa siempre a la sonrisa, un arco perfecto sobre las cejas, una nariz recta dotada de una suave firmeza y una ola de cabellos castaño oscuro que gustaba llevar desparramados sobre el hombro izquierdo, y todo ello complementado

con un cuerpo escultural. Azalea era una plegaria, un don, un ensueño o un remanso, y Luís su eterno compañero miraba entre confuso y admirado aquella piel canela que envolvía el adorado y adorable cuerpo de una mujer hecha y derecha, y que aunque albergaba: huesos, tripas, órganos, nervios, líquidos, estos se convertían en senos, piernas, glúteos, vientre y rostro tan inquietantes que le quitaban el sueño.

Aunque apacible el muchacho no tardó en percatarse de que se había enamorado de la que hasta entonces veía como una amiga, y de la que cada vez se volvía más dependiente, al grado de que el dejar de verla dos o tres días eran suficientes para mantenerlo desasosegado.

No tardó en buscar la ocasión de hablarle de sus sentimientos buscando un noviazgo, Azalea le escuchó complacida mientras vagaba por sus labios y sus ojos la sonrisa que tanto dulcificaba su rostro, pero fue terminante en la respuesta:

-Luís te aprecio como un buen amigo, pero no puedo acceder a lo que me pides porque no te amo, y además porque tengo otros planes para mi vida.

-¿Qué planes? –interrogó el muchacho tembloroso

-Viajar. Conocer países, subirme a los aviones. Yo siento que no he nacido para vivir como mi madre, es decir para quedarme quieta en casa, aguardando a un hombre y cuidando niños... ¿Comprendes ahora? Por eso no deseo compromisos que tampoco podría cumplir. El noviazgo es para conocerse mejor, tú yo nos conocemos demasiado, el otro fin, sería proyectar un matrimonio y yo no pienso casarme, al menos por ahora. Mejor sigamos siendo lo que ahora somos: dos buenos camaradas, sin proyectos para el futuro. Disfrutemos juntos el tiempo que estamos juntos, siempre he preferido tu compañía y por ella he rechazado salir con otros muchachos que me la han pedido.

Luís bebió aquel trago amargo pero no insistió más, al menos ella había sido sincera –admitió- y para no parecer dura y sin que él se lo pidiera, puso un beso, su primer beso en los labios de Luís que los sentía secos tal si su infortunio se hubiese aposentado en ellos. El contacto con aquella boca fresca debió electrizarlo y el calor de aquel cuerpo anhelado del que parecía emanar un delicioso perfume lo impactó todavía más, pero herido en lo íntimo, conciente de que las palabras que acababa de escuchar eran una sentencia irrevocable se dejó besar, sin que los brazos hicieran el más leve intento de atraerla, ni las manos de tocarla.

Aquella tarde se alejó triste y aunque ella reiteró su disposición a continuarse viendo y a compartir como siempre un café, un helado o un cine juntos, el muchacho permaneció silencioso y apenas pronunció un desabrido adios para despedirse.

Era su primer amor y también su primera desilusión. De pronto comprendió que sus aspiraciones lo habían empujado a pretender algo que estaba muy distante de merecer, entonces reflexionó que no podía ofrecerle realmente nada y que era apenas un estudiante de preparatoria, casarse era soñar en un imposible. Azalea a pesar de ser dos años menor que él discernía cuerdamente. ¿A que embarcarse en un noviazgo que tendría que durar aún muchos años antes de consumarse en el matrimonio? Ambos eran todavía demasiado jóvenes, tenían toda la vida por delante y su meta inmediata era realizarse, hacer una carrera, fincar un porvenir y luego pensar en casarse, fundar un hogar y hasta tener una familia. Mucho más tranquilo con aquellas crueles pero certeras reflexiones se puso a pensar en estudiar. Concentrarse en la elección profesional le iría alejando forzosamente de la obsesión de pensar a todas horas en ella, en cuanto a dejar de verse, lo iría haciendo paulatinamente sin que ella lo percibiera y que aparentara ser algo natural, con ello se proponía evitar escenas, ahorrarse reproches, y no poner caras trágicas ni mucho menos emplear chantajes sentimentales.

A los cuatro o cinco días volvieron a encontrarse como si nada, se fueron a remar al parque Tezozomoc, y sólo después de que jugaron a lanzarse agua uno al otro

con los remos Azalea comentó:-¿Sabes? He encontrado una escuela en la Avenida Insurgentes donde preparan muchachas para ser sobrecargos de aviación.

-Pero... ¿Tú quieres ser eso?

-Quiero ver el mundo –agregó con los ojos brillantes.

Luis la contempló con verdadera adoración, de pronto comprendió que él era impotente para encerrar el ave que buscaba el vuelo, y que era preciso abrirle la jaula de su mal correspondido afecto.

-9-

Ahora Azalea estaba en el lugar donde había deseado siempre estar. ¡Y como lo disfrutaba! Volar ya no era ese sueño de chiquilla que ponía la cara al sol para ver pasar los aviones que cruzaban el cielo por encima de su cabeza. No era la ilusión que la impulsaba los domingos a ir hasta el aeropuerto sólo para observar como despegaban y aterrizaban aquellas maravillosas máquinas flotantes, anhelando con verdadera obsesión estar en cada una de ellas. Volar era contemplar desde muy arriba las ciudades que se empequeñecían cada vez más tal si fueran miniaturas luciendo como casas de muñecas y a las que bastara asomarse para tocar con la punta de los dedos, otras veces los poblados se le antojaban como regueros de luces, y en los días soleados cuando lucía el verde tierno de los campos que se alternaba con las manchas oscuras de los lagos.

También había los momentos difíciles, en que no se veía más que una niebla gris y el avión parecía dar tumbos tal si transitara por un camino pedregoso, aunque en realidad, sólo buscaba no perder altura. En esos instantes aciagos la tranquila sonrisa de la sobrecarga paseando por el pasillo y balanceando las caderas con fascinadora sensualidad, o incluso sentada pero con semblante sereno, avalaban la seguridad de que no pasaba nada grave y las vidas de los pasajeros estaban más que protegidas y confiadas a la pericia del piloto entrenado para sortear todas las dificultades, contando además con los adelantos de la tecnología condensados en el majestuoso pájaro de acero.

Volar resultaba mucho más seguro que conducir en una carretera donde cualquier imprudencia o falla podía ser causa de accidentes fatales, y la aviación registraba mucho menos desastres que los ocurridos en tierra; así que una vez que habían dejado atrás esas turbulencias, todo volvía a la normalidad, y la máquina volante aparentando inmovilidad se deslizaba a cientos de kilómetros atravesando el espacio.

Cuando le asignaban vuelos al Canadá, Azalea se encantaba observando aquel inacabable horizonte lechoso, iluminado perennemente por una luz auroral, y sólo cuando empezaban a descender se iban multiplicando las luces del puerto de Vancouver, descubriéndose los inmensos bosques, las montañas que parecían azules en la lejanía pero que al irse acercando a ellas recobraban su verdura y los inmensos lagos que espejeaban el firmamento azul pálido.

Otras veces cuando le tocaba trabajar por la noche dirigiéndose a Québec o Montreal se asomaba a contemplar la majestuosa comba del firmamento tachonado de estrellas, tal si fuera una amplísima ventana por donde se hiciera posible asomarse al cosmos inconmensurable. Lejos se adivinaban las nebulosas, los planetas, y Selene lucía como un enorme disco plateado, un enorme bloque de hielo o de granito cuya proximidad casi rozaba la nave

Cuando la compañía obtuvo la concesión para volar al Japón realizó su primer vuelo a Tokio. Ser asignada le proporcionó una inmensa alegría, pero al sobrevolar el mar del Japón tuvieron que enfrentar una tormenta, pese que el coloso debió hacerlo a

cuarenta mil pies de altura. Nubes negruscas vagaban en un cielo oscurecido, tenuemente alumbrado por los faros del avión, el aterrador despliegue de los elementos no sólo puso nerviosos a los pasajeros sino a la misma tripulación, pero ella siguió siendo movimiento y alegría, tal si estuviera divertida de todo, y con el obligado cinturón abrochado después de una fuerte sacudida que provocó el pánico en los ya asustados pasajeros, que vieron caer vasos, botellas y sus propias pertenencias, recordó que la regla de oro de su profesión consistía en no tener ni mucho menos mostrar miedo jamás. Afuera lluvia y viento hacían de las suyas filtrando su furia por los ventanillos, no obstante ella exhortó a sus compañeras a mantener la calma procurando tranquilizar a los viajeros. Al aproximarse a su destino la inmensa urbe debió haberles parecido el arca salvadora que al fin los rescataba del peligro, y aunque el aterrizaje debió implicar riesgos y dificultades, una hábil maniobra del experimentado piloto que era nada menos que Marco Ordoñez puso a pasajeros y tripulantes sanos y salvos en las pistas del aeropuerto y mientras los viajantes aplaudían entusiasmados la proeza del piloto, ella tomó el micrófono para decir la última rutina: *Damas y caballeros dentro de breves instantes aterrizaremos en el Aeropuerto de la ciudad de Tokio, a nombre del comandante Ordoñez y de su tripulación les damos las gracias por haber volado con nosotros, esperando volver a verlos muy pronto en otro servicio de Hemisphere Air Lines. Les rogamos tener a mano sus documentos que les serán requeridos por las autoridades, no olvidar ninguna de sus pertenencias, y mantener sus cinturones hasta que el avión se haya detenido totalmente La temperatura es de dos grados bajo cero y la hora local marca las 23:15.*

Azalea y sus compañeras aunque friolentas con los abrigos y guantes puestos se apresuraron a despedir a los viajeros. Una hora después el New Otani hospedaba a la tripulación, y Azalea con los nervios crispados decidió beber un té, darse un baño caliente y meterse a la cama colocando en la puerta de su cuarto el consabido aviso: *Dont disturb please*, esperando que ello contuviera al osado capitán que no tardaría en intentar buscarla, después de haberlo hecho seguramente por el teléfono que previamente había descolgado.

Otras ocasiones cuando le programaban vuelos a La Habana, a San José Costa Rica, La Dominicana o alguna de las ciudades de Sud-América: Quito, Sao Paulo, o Caracas. al bajar del avión el pavimento quemaba emanando un aliento cálido, pero no obstante el pegajoso sudor que sobrevenía, Azalea aceptaba y disfrutaba cuanto aquella vida podía proporcionarle obteniendo todo el provecho posible; y por supuesto cuando volaba con el impulsivo piloto se repetía el eterno cuento del gato y el ratón, uno persiguiendo incesantemente al otro que se ha amañado para evadirse.

La hermosa azafata gustaba de ver comer a los pasajeros, entonces los comentarios cesaban y ella se quedaba con la sensación de encontrarse ante una clase, tal y como ocurría en el sobrio refectorio del colegio, cuando las alumnas masticaban en silencio las verduras cocidas y la hermana Isolda leía la historia de algún santo. Pero en el avión el respiro era mínimo, pues pronto la requerían solicitando pan, mantequilla o más bebida, a veces debía preparar el menú vegetariano y sus manos trabajaban apresuradas en las cocinetas, y como el tiempo reservado para los alimentos era mínimo había que dar la espalda a la fatiga.

En los retrasos se hacía obvia en los pasajeros cierta irritación mal contenida, entonces ella les ofrecía una ronda extra de tragos y encaraba a quienes suponía más enojados dándoles todas las explicaciones posibles. Un pasajero solitario reclamaba una plática con la sobrecarga. Luego sobrevenía el descenso y la nave iba bajando con los faros delanteros encendidos, de pronto motores y turbinas parecían detenerse para reanudar su ronroneo con mayor intensidad, a fin de impulsar la carrera del aterrizaje,

mientras tanto las montañas con sus picos empinados como aristas se iban agrandando y los valles circundaban las ciudades.

Los rostros de los viajeros variaban mucho entre la salida y el regreso, generalmente al abordar el avión iban sonrientes, las mujeres lucían sus peinados y maquillajes recién hechos, los hombres olían a loción, pero cuando finalizaba la feliz aventura de desafiar la gravedad y sobre todo después de los vuelos largos, de muchas horas, solían verse ojos enrojecidos por el sueño o el cansancio, cabellos despeinados e hirsutos, trajes arrugados y barbas que solicitaban urgentemente la navaja de rasurar.

En los viajes cortos era posible conservar más dignamente la compostura, no obstante Azalea al despedirse les entregaba con el obligado gracias en inglés o en español, una partícula de su persona, prodigando una mirada directa y sincera, que irradiaba perennemente una turbadora fascinación.

Luego, la tripulación era conducida en un auto especial hasta un hotel, casi siempre de cinco estrellas donde era preciso pernoctar para regresar a México al día siguiente. Azalea amaba aquel lujo, al principio desconocido para ella, y que de pronto alcanzaba un lugar muy importante en su vida, entonces aburrída de probar todos los menús de la compañía y aunque la comida era siempre abundante en el avión, se decidía por gastarse los jugosos viáticos que la Hemisphere proporcionaba a sus tripulaciones y deleitaba su paladar con los exóticos manjares propios de cada país que visitaba. Muchas de sus compañeras en cambio preferían embolsarse los dineros, acarreado de la cocina aérea comida y bebida, o presentarse al bar del hotel y con el consumo de un café disponerse a la caza de compañía masculina y por supuesto a la búsqueda de un extra ya fuera en cheque o en efectivo que nunca caía mal,

Cuando volaba con Ordoñez rechazaba regularmente sus insinuaciones de ir a un teatro o a bailar a algún cabaret, pero le concedía en cambio la gracia de cenar o desayunar juntos en el restaurante del hotel, o hasta compartir un martini en el bar. El piloto entonces no desaprovechaba la ocasión de cortejarla pero ella se evadía con sagacidad y alegando cansancio daba las gracias cortésmente y se retiraba a su habitación cuya chapa cerraba por dentro asegurándose además con todos los pasadores.

Al fin Ordoñez cansando de repetirle el sobado discurso, cuyas variantes ella había aprendido casi de memoria, encontró un medio de retenerla, incluso en algunas ocasiones por muchas horas; y ello fue conseguido acumulando sus lecturas y viajes por los lugares más remotos del mundo, y motivando con estudiada estrategia la insaciable curiosidad de la muchacha. El capitán se volvía un buen conversador narrándole las maravillas que sus ojos habían visto: islas medio desconocidas, nieves polares, desiertos, cabarets que se ufanaban de tener a quinientas mujeres cada noche, templos suntuosos, palacios cómo los de las mil y una noches, y monumentos espectaculares. Ordoñez terminaba su narración invitándola a compartir en su compañía los famosos *intocables*.

-Te encantará el templo de los monos en la ciudad de Benarés, donde nació Buda, al pie del río Ganges, el río sagrado de los hindis. ¿O preferirías contemplar las columnas hipóstilas que guardan los misterios del antiguo Egipto en Luxor, una mole de piedra en mitad del desierto?... si eres cristiana, estar en la Basílica de Belén seguramente te conmoverá, o el oasis de Jericó en Israel ...y no te perderías comprar una alhaja a bajo precio en los bazares de joyas de Estambul, un collar de jades en Hong Kong, o subir en un tren de cremallera hasta el Corcovado en Río de Janeiro Aquí tienes a tu disposición un guía experto que se desviviría seguramente por servirte, es tan sencillo decir si y embarcarse, la Hemisphere te concede pases en todas sus rutas y en cuanto a otras líneas se refiere, el pago es meramente simbólico, las cadenas de hoteles están desparramadas en todo el mundo y nuestra calidad de empleados de una importante corporación aérea

nos abre las puertas automáticamente en todas partes, un viaje a Yakarta visitando la prodigiosa isla de Bali te fascinaría y ¿Qué te parece una noche en el Bolshoi deleitándote con *El Lago de los Cisnes* después de que hayas disfrutado una visita al *Ermitage*, el museo más maravilloso de San Petersburgo?... mira, si eres romántica como me lo parece, te puedo proponer un paseo en góndola en Venecia, o si soportas el frío una visita a Rejavik en Islandia, donde quedarías como nueva después de darte un reconfortante baño en un geisher, y luego haríamos el viaje hasta Oslo para abordar un espectacular ferrocarril que nos llevaría a visitar los fiordos escandinavos; y Ordoñez volvía a su cantinela: hablaba: inglés, francés, alemán, y entendía el ruso, el italiano y el portugués, ¡Un guía como yo y gratis no te lo volverás a encontrar nunca!

Azalea se sentía tentada a aceptar tan atractivas proposiciones, que ella sabía de sobra que incluían además algunas noches de amor con un hombre que no le desagradaba, pero que consideraba demasiado peligroso, luego se reía a solas; darse a desear tanto había propiciado que el consabido Don Juan acostumbrado a que a la primera insinuación cayeran en sus brazos todas las mujeres, se extralimitara, eludiendo llegar al grano con tantos rodeos; y aunque seguramente debió ufanarse de haber conseguido a la mitad del personal femenino de la Hemisphere sin ofrecerle más que el lujo de haberse acostado con el as, lograr que ella le amara, le costaba tanto trabajo; que se sintió halagada en el fondo; después de todo la cortejaba un hombre interesante, intrépido, capaz, y ella era a su vez una mujer codiciada, lejos de la muchacha que sin más capital que su juventud intentó llegar a la tierra prometida. Y se puso a recordar aquellos días, aquellas otras horas, lejanas, pero aún presentes.

-10-

En las puertas del edificio que albergaba las lujosas oficinas generales de la Hemisphere el celoso vigilante la retuvo para preguntarle:

-¿Adonde va? ¿A quién viene a ver? ¿Tiene usted cita?

-Señor. Vengo en busca de trabajo.

-No hay vacantes –respondió el hombre.

-Quiero ser sobrecargo, aquí traigo mi diploma, si usted gusta se lo muestro, he terminado mis estudios.

El sujeto se ablandó, prefiriendo cederle el paso a enfrentarse con el reto de ponerse a leer.

-Vaya con la recepcionista, a ver con quién la pasa.

Azalea se adelantó abrazando una carpeta con sus documentos escolares, que acreditaban haber terminado los estudios de sobrecargo, todavía saboreaba el gusto que la graduación le había proporcionado, aunque la directora y la media docena de *maestros* que no sabían ni lo que era un avión de juguete, instruían a las ingenuas muchachas atiborrándolas de sandeces y haciéndolas cursar materias que poco o nada tenían que ver con el trabajo de una steward; aunque para disimular su insolencia y justificar el cobro de las colegiaturas, las paredes del instituto estaban plagadas de carteles con aviones y paisajes de diferentes lugares del mundo; en cuanto a prácticas jamás habían subido en un avión y apenas les habían enseñado a que un vaso no debe tomarse jamás adentrando los dedos. La directora que se las daba de gran dama las aconsejaba como peinarse y caminar con elegancia y por supuesto, abominar del chicle, evitar maquillarse con exceso, cuidar los escotes, el largo de las faldas, abrir demasiado las piernas y sobre todo ser siempre amables

La recepcionista miró a la recién llegada con indiferencia, pero al percatarse de que se trataba de una joven muy hermosa se dignó preguntarle:

-¿Qué buscas? ¿Con quién vienes?

Azalea le respondió:

-Buenos días señorita, quisiera rogar su ayuda para entrevistarme con la persona que maneja recursos humanos. Creo que se llama así, ¿Verdad? Quiero trabajar como aeromoza y he terminado mis estudios.

-¿Qué estudios? Preguntó la tipa con manifiesta burla.

Azalea alargó el diploma. La mujer que aunque joven ya usaba anteojos tomó con desdén el documento y después de echarle una ojeada dictaminó.

-Esto aquí no sirve para nada. La compañía tiene sus propios cursos de capacitación.

-¿Y cómo podría yo inscribirme en ellos?

-Son sólo para el personal calificado y que además labore con nosotros, no para principiantas.

-Entonces ¿Qué puedo hacer?

-¿Qué puedes hacer de que?

-Pues para llegar a eso. Quiero ser aeromoza.

-¡Ah! Eres una de esas chifladas que me molestan a diario, ya les tengo advertido a los de seguridad que no permitan la entrada a solicitantes.

-Disculpe si la he interrumpido señorita, y perdone por favor el atrevimiento. Sólo quería ver si alguien pudiera atenderme.

La humildad de aquella belleza debió desconcertarla tanto que tomando el teléfono marcó un número y preguntó:

-¿Está el Ingeniero Ayala? Se encuentra en la recepción una muchacha que pretende entrevistarse con alguno de personal, y como supongo que Mr. Dustin no la va a recibir...sí, seguramente se trata de una de esas solicitantes que vienen en busca de trabajo, pensé que si usted no estaba demasiado ocupado podría recibirla...entonces le diré que regrese otro día. -y dirigiéndose a la recién llegada agregó- Ya lo has escuchado, ven otro día.

Azalea con los ojos brillantes le dio las gracias.

-Claro que regresaré -prometió- es usted muy amable y le agradezco mucho su ayuda.

La fulana masculló alguna despedida con displicencia, pero Azalea regresó al siguiente día.

-El ingeniero está en junta -le informaron- y no sabemos hasta que hora vaya a salir.

-Puedo esperar. -Admitió la muchacha.

-No. Será mejor que regreses otro día. Quién sabe cuanto tiempo durará la junta.

Después de varios intentos, al fin, la secretaria del ingeniero con una libreta y un lápiz se asomó.

-Me dicen que ha venido varias veces a buscar al ingeniero.

-Sí señorita, deseo ponerme a sus órdenes par trabajar en la Hemisphere.

-¿Hablas inglés? -Le preguntó la dama, en un tono que presuponía que hablar inglés era cómo poseer algo así como un compendio de sabiduría.

-Sí señorita. Bueno, no domino el idioma, pero hablo y entiendo lo necesario.

-El ingeniero está muy ocupado estos días. Y la semana próxima va a estar en New Jersey, tal vez después del día dieciocho en adelante pueda recibirla. Hábleme y le diré cuando puede volver.

Azalea habló seis o siete veces hasta que al fin consiguió que le dieran cita, un jueves a las diez de la mañana.

El día fijado Azalea se presentó puntualmente. El ingeniero Ayala la recibió después de casi una hora de espera. Se trataba de un individuo de edad indefinida, aunque

seguramente no menor de cuarenta años, medio calvo. El individuo lucía un traje bien cortado y al recibir a Azalea le brillaron los ojos de codicia sorprendido de la belleza de la muchacha, por lo que se adelantó a levantarse del escritorio y a darle la mano.

-Perdone que la haya hecho esperar.

-Yo soy quién se disculpa señor, por que he estado insistiendo tanto en molestarlo.

-¿Cómo? ¿Es que ha venido otras veces a buscarme? Siéntese por favor.

-Sí señor ingeniero, y le ruego perdonar mi insistencia.

-No me han avisado nada. ¡Qué descuido! ¿En que puedo serle útil?

-Vengo a ponerme a sus órdenes, porque deseo trabajar como sobrecargo. He terminado mis estudios... -y le alargó el diploma.

-Sí, ya lo veo señorita -dijo Ayala enterándose del documento- pero debo decirle que nosotros no contratamos directamente a nuestro personal, sino a través del sindicato, es allí donde usted debe presentarse..

-No me lo habían informado.

-Le voy a proporcionar la dirección, los teléfonos y el nombre del secretario a quién usted debe dirigirse -tomó el teléfono y ordenó- Alicia proporcione por favor a la señorita el domicilio y teléfonos del sindicato de sobrecargos.

Azalea se levantó previendo que la entrevista había concluido, el fulano que aunque aparentemente parecía fijar los ojos en la pared, se percató de la belleza de la solicitante, agregó:

-Por ahora no tenemos plazas, pero la compañía está planeando abrir nuevas rutas. Entonces... tal vez...

-¿Usted lo cree posible señor ingeniero? ..

-Podría haber alguna oportunidad. Desde luego una recomendación de nuestra parte es siempre bien atendida por el sindicato.

-¿Y haría usted eso por mí señor ingeniero?- Interrogó Azalea con una amplia sonrisa.

-Bueno, si, yo hablaría con ellos. Depende el acuerdo al que llegáramos usted y yo.

-¿Acuerdo?

-Bueno, no quise decir eso exactamente.¿Qué le parece si va al sindicato y me echa después una llamadita par invitarla a cenar?

-Pero...

-Supongo que las mujeres bonitas también comen.

-Sí, desde luego -asintió Azalea

--Pues ya me diría usted lo que le agrada. Entonces tendremos tiempo de platicar más ampliamente, y ya me comentará porque desea tanto entrar al mundo de la aviación.

Una llamada telefónica interrumpió el dialogo y el ingeniero con la mano izquierda en el aparato escribió en una tarjeta el que debía ser su teléfono directo y la alargó sonriendo, señalándole con un gesto la puerta y dando por terminada la entrevista.

-11-

Azalea recabó los informes y abandonó la oficina. Había entendido cual era la condicionante para conseguir la recomendación, pero se dispuso a visitar al siguiente día al secretario del sindicato.

El líder la recibió sin tantos tapujos y la escuchó con atención.

-¿Así que quieres trabajar como sobrecargo?

-Sí señor licenciado. -Asintió Azalea

-¿Y por que te interesa la Hemisphere? -volvió a interrogarla- nuestra organización agrupa al personal de todas las líneas aéreas que operan en el país.

-Señor licenciado, yo iría a trabajar gustosamente donde usted me concediera una oportunidad.

-Eso me gusta más.

-Pero el ingeniero Ayala de la Hemisphere me ha ofrecido recomendarme con usted.

-¿Ayala?... ¡Bueno, si ellos te aceptan! Pero mira, yo estoy ahora muy ocupado, porque estoy planeando mi campaña para diputado, pero te invito a un fiesta al próximo sábado, es mi cumpleaños y me gustará verte por ahí. Te presentaré con el secretario del trabajo y ya te indicaremos los documentos que necesitas. Esta es mi dirección –añadió garrapateando un domicilio sobre una tarjeta- la reunión va a empezar a las nueve de la noche, pero puedes llegar después, cuando esté más animada. Conocerás a nuestros compañeros y tomaremos un copa juntos ¿Te parece?

Azalea iba a rechazar la invitación pero se detuvo y sugirió sonriendo.

-¿Puedo venir con mi novio?

-¿Con tu novio? ¡Qué ocurrencia! Eso sería inadecuado, en primer lugar porque te estoy invitando sólo a ti, y en seguida se trata de divertimos un rato. Deja a tu novio en paz.

-Pero es que al terminar la reunión no habrá quién me acompañe a casa.

-Olvido eso. Mi chofer te llevará donde tú quieras. Te aseguro que no te aburrirás. –añadió abriendo la puerta de su despacho para que la visitante saliera.

Azalea no respondió pero estaba resuelta a asistir a la dichosa reunión. Mientras bajaba por el elevador tomó una decisión. Ahora sabía cual era el precio y estaba dispuesta a pagarlo... pero regateó algo, por cierto muy importante para una mujer. Y al llegar a casa telefoneó a Luis. El muchacho respondió.

-Luis, fíjate que ya se fueron mamá y el señor Guillermo a la peregrinación a San Juan de los Lagos.

El muchacho guardó silencio.

-Entonces podemos vernos hoy por la noche.

-Si tú quieres, pero yo estoy estudiando. El lunes hago el examen de admisión para la escuela.

-¡No pierdes nada con estar conmigo unas horas!

-Bueno, iré un rato. ¿Está bien a las ocho?

-Sí. Aquí te espero.

Y colgaron.

-12-

Azalea se mordió los labios imaginando la cara que Luis iba a poner cuando enfrentara lo que ella llamó sería una inesperada aventura. ¡La más extraordinaria aventura que es capaz de urdir una mujer!

El muchacho se encontraba bastante amoscado con ella después de su rotunda negativa a aceptar un noviazgo, le faltaba asimilar en que consistía esa gradación afectiva por la que las féminas deciden a quién amar y al que solamente pueden conceder una estimación que poco o nada tiene que ver con el amor. No obstante se presentó a su casa a la hora concertada. Al verlo llegar Azalea le echó los brazos al cuello sin muchos remilgos, denotando que había entre ellos una familiar intimidad.

-Me alegra que siempre seas tan formal –dijo Azalea mientras se cepillaba rápidamente el cabello. Luego se plantó frente al espejo para dibujarse los labios con un estilizado lápiz labial, pasó su mano para corregir los defectos de su peinado y se volvió para regalarle una sonrisa en la que campeaba la juguetona alegría que parecía inundar sus ojos.

Luis la miraba con una mezcla de devoción y reverencia, observando que el corte del vestido le dejaba desnudo uno de los hombros.

-Luis, llévame a bailar. Esta noche quiero divertirme contigo y hasta tomaría alguna copa.

El muchacho se quedó desconcertado.

-Pero... es que yo no vengo preparado y además ¿Por qué se te ha ocurrido esa idea así de pronto?... podías habérmelo prevenido.

-¡No importa! ¿Me llevarás o no?

-Sí, desde luego aunque... verás seguramente no debo traer suficiente dinero. Tú sabes que soy sólo un estudiante y los únicos recursos de los que dispongo, consisten en lo que mi padre me da cada semana.

-¡No importa! –repitió con un mohín- Yo tengo dinero, el señor Marcos me ha liquidado.

-Entonces, ¿No vas a trabajar más en la fábrica?

-¡Ni de chiste! –Respondió Azalea y puso en el bolso de la camisa de su amigo algunos billetes- Con que... vámonos. ¿Sabes de algún lugar?

-Francamente no... pero me han hablado de algunos.

-Ya veremos, los taxistas conocen muchos.

Salieron del brazo, media hora después entraban muy campantes al bar de un hotel situado en plena zona rosa. Se encontraban apenas unos cuantos clientes, pero una orquesta formada por cuatro o cinco músicos tocaba alguna melodía dulzona.

Apenas llegaron Azalea se despojó del abrigo y tomando a Luis del brazo lo condujo hasta la pista, el muchacho estaba desconcertado, aún no terminaba de asimilar cuanto estaba viviendo, y cómo apenas seguía los pasos de la música, conduciendo tímidamente a su atrevida pareja, ella debió acomodarle los brazos a fin que le rodearan bien el talle.

Al terminar la pieza se sentaron y pidieron, ella, las siempre demandadas medias de seda y él una copa de ron con coca-cola. Después de beber los tragos, Luis pareció mucho más animado y hasta feliz de comportarse obediente y complacerla.

Volvieron a la pista no menos de quince veces, y Azalea solicitó un par de rondas más.

Luis se decidió a ponerle palabras a sus pensamientos.

-¿Y ahora que mosquito te ha picado? –Le preguntó.

-Nada. Sólo quería estar contigo –respondió, y no mentía, simplemente era reservada y discreta en cuanto a su vida personal concernía.

-Pero...

-No seas tan preguntón –lo atajó- y estampó los labios en los del muchacho introduciendo entre sus dientes la punta de su lengua roja. El dulzor de aquellos labios, que se entregaban a la prolongación del beso lo enardeció, desparramando en todo su cuerpo el delicioso escalofrío de la pasión.

Se besaron veinte veces más, hasta que en los labios de Azalea no quedaba ni una pizca de su lápiz labial.

A las dos de la mañana cuando el baile hallaba en su apogeo, Azalea le dijo suavemente:

-Pide la cuenta y vámonos.

En ese momento Luis hubiera preferido quedarse, pero accedió y cuarenta minutos después estaban de nuevo frente a la casa de Azalea, Luis pensó dejarla y continuar a la suya, se sentía ligeramente mareado, seguramente por la falta de la costumbre, pero ella le reconvino vivamente.

-¡Qué descortés eres! ¿Cómo se te ocurre dejarme así?

Luis despidió al taxi y se excusó torpemente.

-Perdona. Nada más te dejo y me voy, luego buscaré otro taxi.

Pero Azalea insistió:

-Pasa. Estoy sola.

Luis la siguió prendiendo la luz, pero ella que también había hecho lo mismo en una lámpara de buró añadió:

-¡Por Dios! Es demasiada luz. Apágala por favor.

Luis obedeció y se desplomó luego sobre el sofá, mientras la observaba cómo se deshacía de los zapatos con tacones altos con un leve impulso de los pies, entonces le pareció más accesible, mucho más humana; luego se enteró de que aquel vestido muy ajustado más que cubrirla se diría que subrayaba sus encantos: las caderas mórbidas, las piernas, el busto y la cintura, de pronto el muchacho se levantó y tomándola de las manos se abrazaron riendo

-¡Estás preciosa! ¡Si eres preciosa! –Murmuró con voz enronquecida.

Ella se desprendió de sus brazos y se fue a meter en la recámara, al muchacho le pareció que tardaba mucho y habló con voz alta.

-¿Qué haces?

-Ya voy –le respondió- y se le apareció en medio fondo, el cual, por cierto era muy cortito y le dejaba las piernas desnudos.

Luis la contempló incrédulo, tal si estuviera soñando ante el prodigioso cuerpo de mujer que tenía en frente de él, ella se acomodó a su lado y recargó su cabeza en su hombro, el muchacho volvió a besarla, entonces ella tomó sus manos y las llevó a sus pechos.

-¿Por qué haces eso? –le preguntó- ¿Quieres volverme loco? Pero Azalea ya no le respondió. El empezó a llenarla de besos en la nuca, en el cuello, en los hombros desnudos, enajenado de aquella estupenda sensualidad. Azalea se desprendió del sostén con un rápido movimiento y Luis con las manos extendidas abarcó aquellos senos espléndidos.

Cuando amaneció, abrazados, el asombrado estudiante aún no terminaba de creer que había sido el protagonista de aquella inesperada noche, luego volviendo a la realidad, le asaltaron algunos temores:

-Cuándo íbamos al cine veíamos como las parejas hacen el amor hasta el cansancio y ella parece que nunca se embaraza... pero en la realidad puede suceder lo contrario.

-¡Olvidalo! –dijo ella con tranquilidad. –Yo se cuidarme.

Y volvió a acurrucarse junto a él, cuando se levantaron por fin, daban las doce del día y el sol había penetrado por las habitaciones. El chico se percató que había manchas de sangre sobre las sábanas.

-¡Mira lo que hicimos!

-Que me has vuelto repentinamente mujer –respondió ella- y enrollando las prendas añadió:-ya las lavaré.

Aturdido el muchacho se despidió, apreciando la donación que una mujer hace de si misma.

En la puerta volvieron a besarse.

Luis reconoció que una parte de su vida se quedaba inexorablemente pegada a ella, pero cuando le preguntó cuando se volverían a ver, ella le respondió:

-No me busques, yo te llamaré.

Por supuesto que nunca lo hizo.

Azalea lo vio alejarse satisfecha. –*Al menos no les regalaré mi virginidad-* pensó- y echó sobre el sartén caliente huevos y jamón, mientras el agua hervía en la cafetera.

La perseverancia consigue hasta lo inalcanzable, si hubo o no un precio que pagar debió haberlo olvidado, y hasta es posible que no haya sucedido nada más que una inocente cena y unas copas en compañía del ingeniero Ayala quién no era nada más que un subordinado del gerente de personal de la aerolínea, un flemático gringo medio puritano quién veía a las sobrecargos debidamente cómo empleadas de la corporación y no como un harén disponible al capricho de nadie; y por lo que concernía al líder sindical al que desde luego le sobran mujeres, pudo haber renunciado o pospuesto un encuentro con la guapa muchacha que ingresaba como una agremiada más. Así que después de reunir documentos, someterse a exámenes físicos y psicológicos Azalea Cervantes fue declarada apta para el puesto ya que reunía el perfil requerido y por lo tanto admitida en los cursos de capacitación. Al terminar su entrenamiento le fueron asignados vuelos de ida y regreso el mismo día, que ella cubrió con absoluta regularidad. Pronto tuvo que habituarse a comer y a dormir en las horas que su trabajo se lo permitía, y al cumplir sus veintiún años decidió independizarse alejándose definitivamente del barrio que la vio nacer. Lucrecia la dejó ir sin reproches, y ella se instaló con Karina, otra compañera de reciente ingreso, en un cómodo apartamento dispuesta a gozar de su libertad; si bien al principio su educación un tanto mojjigata debió de haber influido en su conducta. Poco a poco se fue imponiendo su instinto hedonista y decidió no desaprovechar las buenas oportunidades de divertirse que se presentaban después de cada vuelo y en las horas que supuestamente se debía descansar, entonces llovían las invitaciones para restaurantes, teatros, bares donde era posible departir, bailar y hacer relaciones con gente de todo el mundo. Pocas horas le bastaban para recuperarse totalmente y después de un apresurado baño, un peinado ingenioso y de aplicarse el indispensable maquillaje, ya se encontraba recuperada y lista para emprender puntualmente el viaje de regreso o el inicio de otro vuelo a partir de la ciudad de México. En los meses en que le asignaban vuelos cortos, le era posible hacer una vida mucho más tranquila, aunque en ocasiones era necesario madrugar, sin embargo el quedarse libre de obligaciones a la mitad del día, le era posible aceptar un almuerzo con algún amigo o con un muchacho solía presentar habitualmente cómo su novio y con quién compartía ocasionalmente una película, una cerveza bien helada o un café en los restaurantes de Polanco o de la Condesa. ¡Eran tantas sus vidas simultáneas! Al día seguramente se encontraría con otra cara sonriéndole en alguna playa de Acapulco, Can Cun o Puerto Vallarta donde estrenaría un minúsculo bikini, y por las calurosas noches opacaría la luminosa luz de sus ojos, el resplandor de los luceros, mientras caminaba cogida de la mano por las playas de arena blanca en busca de un rincón tupido de palmeras donde refrescarse y bailar alegremente.

Azalea amaba el placer y aceptaba gustosa la vida como venía, aprovechando todas las oportunidades que se le presentaban, no la ligaba otro deber que su trabajo, ni la detenían escrúpulos morales que hubiese considerado anticuados, y se sentía feliz de ser una insaciable aventurera sin complicaciones, tan llamativa e inestable cual una inquieta mariposa imposible de ser atrapada; de pronto se le había revelado que detrás de su vocación de volar, se escondía una acentuada adicción por la aventura, y que si bien no se había imaginado cabalmente en los años de su adolescencia cual sería la vida de una chica del aire, debió haber intuido que conllevaba una enorme posibilidad de convertirle en una inagotable fuente de placer, y el placer se hallaba allí sin el trabajo de buscarlo y sin proponérselo.

Pronto empezó a intimar con algunas de sus compañeras que le enseñaron la regla de oro: ser discreta y jamás delatar las aventuras, amoríos o como les llamaba

Cynthia por su nombre puterías de nadie. El infringir la norma ameritaba que se le aplicara a la infractora la ley del hielo por muchos meses. Cada una era dueña absoluta de su vida y el pasado era un asunto personal. Se prohibía al menos en apariencia, el quitarse lo que habían dado por llamar amigos o novios que eran más bien amantes; aunque desde luego también solían darse casos, si bien no muy frecuentes, en que mediante acuerdos mutuos se compartía la misma pareja, admitiéndose que las mujeres modernas destinaban su cuerpo a muchos hombres y no a uno solo, y que el mundo actual estaba cada vez más acéfalo de sentimientos, entonces Azalea se preguntaba si acaso lo único que quedaba eran los instintos, incluso los más primitivos, y terminó por aceptar con indiferencia que ella y sus compañeras pertenecían en realidad a muchos hombres por que la especial condición de su trabajo que las llevaba continuamente de un lugar a otro propiciaba el que no pudieran dedicarse a uno solo; entonces ninguno podía jactarse de poseer su predilección, ni su lealtad, ni su tiempo completo, ni mucho menos su amor en el buen sentido de la palabra, y que lo más que podían conceder eran amoríos y aventuras cuando y a quién se les daba la gana, tal si en una sola mujer pudieran coexistir muchas mujeres posibles, en otras tantas versiones de Eva.

En algunas de sus compañeras, a las que no precisamente podía aceptar cómo amigas, Azalea descubrió que siempre buscaban relacionarse con hombres a quienes pudieran usar, explotar y manipular a su antojo y se imaginaba que sus calculados pensamientos eran como un verdadero abismo de lodo; y en su misma compañera de vivienda, la sensual Karina, Azalea admitía que la chica parecía estar perpetuamente lista para la cama y que era una consumada puta por el gusto de serlo.

No obstante y aunque pretendía ponerse al ritmo de la época que le había tocado vivir, y hasta trataba de conciliar y respetar las vidas ajenas, se aferraba en ocasiones sin falsas hipocresías a ciertos principios que más que por su educación recibida, reclamaban su autoestima de mujer; y si era cierto que el amor, los sentimientos, las ilusiones y hasta otro futuro perfilaban una ausencia a perpetuidad, de repente, los matrimonios consumados entre sus conocidos, parecían motivarla hacia la búsqueda de otra vida menos vacía; luego las consabidas peleas, divorcios, o desuniones la desmoralizaban cómo si fueran propias, entonces Azalea pensaba que el matrimonio debía de ser otra cosa muy diferente, algo tan arrebatador, que conmocionara el fondo de la conciencia, que inquietara y al pasar por la vida, para bien o para mal, la cambiara por completo, operándose una transformación tal, que después de que ocurriera ya no fuésemos los mismos, la muchacha admitía que la mutación podía conllevar el riesgo de resultar incluso dolorosa, pero al menos habría de descubrir el verdadero sentido de la existencia, la razón por la que realmente valía la pena soportar la carga de vivir, y aún más por la que era justificable embarazarse y traer un hijo al mundo, aunque ello significara incluso abandonar la Hemisphere.

Ciertos acontecimientos repudiaron bastante a Azalea, lo suficiente cómo para alejarse definitivamente de ciertos grupos de sus camaradas, a quienes gustaba organizar frecuentemente lo que llamaban fiestas o reuniones, a una de las que ella fue invitada. Allí el alcohol diversificado en: whisky, tequila, ron, brandy, vodka o ginebra pasaba por ser lo más inocente, porque además se fumaba marihuana, un boletero había ingerido alguna vez peyote y relataba cómo los colores de los objetos se tornaban excesivamente brillantes, menudeaban también las grapas de LSD y no se prescindía de la cocaína, así presencié como una pareja hacía el amor sobre un sofá sin precaverse demasiado de proporcionar todo un espectáculo a los demás invitados, pero lo que propició que repudiara acceder a aceptar otra invitación semejante fue el bochorno que le ocasionó presenciar, como entre la excitación que producía el cocktail del alcohol y la droga, una muchacha extranjera, seguramente perteneciente a una aerolínea europea,

había arrojado a la mitad de la sala la blusa, la corta falda y el sostén, mientras bailoteaba una musiquilla pegajosa que palmeaban estrepitosamente algunos del grupo, entonces un sujeto la tomó, entre los gimoteos y protestas de la mujer y la fue a recostar sobre una mesa, allí le desprendió las pantaletas y abriéndole las piernas se pegó a su sexo como un ternero, practicándole un oral hasta que un sordo gemido de ella proclamó el orgasmo, el fulano había embestido la punta de su lengua al clítoris de la muchacha, y la hizo venirse un par de veces por lo menos, entre los aplausos y risas de los concurrentes, propiciando que otras dos parejas excitadas por el espectáculo, decidieran imitarlos, pero al menos haciéndolo en la intimidad de las recámaras.

Azalea se abstuvo de hacer el menor comentario, hubiera deseado no haber estado presente en la bochornosa escena y procuró olvidarla para siempre, más tarde sólo habría de recordar la cara de Christi quién solía llevar impregnada de una sonrisa casi estúpida de la que no se despedía, tal si estuviera perpetuamente despidiendo pasajeros, pero que en aquella aciaga ocasión se le fue borrando poco a poco hasta disolverse, volviéndola seria y hasta grave, y si bien no ignoraba que existían muchas variantes del sexo, entre ellas el oral, no justificó que semejante acto fuera objeto de una exhibición pública.

Al día siguiente, Azalea quién solía multiplicarse peinados y maquillajes buscando escapar a la monotonía, se presentó puntualmente dispuesta a emprender el consabido viaje que la condujera a través del edénico cielo azul. El avión despegó como si suavemente resbalara sobre la pista, abajo se despertaba la metrópoli, y arriba el enorme techo se iluminaba por los oros de los primeros rayos del sol, entonces reflexionó en el puro resplandor de la naturaleza y mientras recitaba su rutina, aceptó que Dios había concedido al hombre un hermoso espacio donde vivir, crecer y ser feliz, pero que lejos de disfrutar su mundo multicolor, la mente humana se obstinaba en divagar incesantemente por los oscuros vericuetos del vicio y la degradación, y mientras repartía entre los pasajeros los diarios de la mañana, pensó que el amor, incluso con la combinación del sexo, debía ser algo mucho más sublime y elevado que la burda parodia que le había tocado presenciar; y recordó con gusto, al comandante Ordoñez.

-14

Muy pronto volvieron a volar juntos y esta ocasión a la capital del juego: Las Vegas.

Marco no desaprovechó la oportunidad para convencerla para que salieran juntos por la noche a recorrer ese mundo casi fantástico donde el lujo, el derroche y los deslumbrantes espectáculos se daban cita, como el más abierto desafío del país más poderoso del mundo a la miseria, marginación y aún prevaleciente esclavitud a la que sistemáticamente eran sometidos más de la mitad de los habitantes del planeta.

Marco quién había pensado insistentemente en Azalea, le hizo una invitación formal, ceremoniosa, tal si en lugar de inducirla a divertirse le estuviera solicitando un privilegio. ¡Y así era! El dominador se doblegaba y ahora pedía un favor. Azalea percibió al instante aquel cambio inusitado y accedió.

Tenían la noche entera a su disposición pues el retorno a la ciudad de México a las cuatro de la tarde del día siguiente, les abría un abanico de posibilidades.

La Hemisphere hospedaba a sus tripulaciones en el hotel Excalibur en plena zona de casinos, y Marco alquiló un auto en el que se proponía visitar con su pareja todos los lugares posibles, procurando que ella eligiera el performance más atractivo.

Tanta galantería debió de agradar a Azalea quién cortésmente declinó integrarse al grupo que proyectaba hacer otro tanto y donde seguramente habría tenido por

compañero a Jorge otro sobrecargo joven y bien parecido cuyo trato no le había desagradado. La negativa de Azalea debió haberle decepcionado un poco, pero le fue recompensada con la compañía de Solveig que lo contentó, y sus compañeras celebraron con risitas y el consabido ¡Ya caíste! la elección de Azalea que les respondió: ¡Mal pensadas!

En vano pretendieron descansar un par de horas Marco y Azalea, inquietos por engalanarse uno para el otro, y a las diez de la noche se encontraron con puntualidad cortesana en el lobby del hotel. Al verla llegar Marco le alargó las dos manos con un gesto que conllevaba la admiración, el agradecimiento y hasta la alegría de tenerla unas horas cerca. Se había puesto un impecable smoking, zapatos de charol y la albeante camisa se remataba con unos puños almidonados que clausuraban mancuernillas de oro. Azalea lucía un traje largo en un tono azul tan oscuro, como el que priva en las nacientes plumas de un pavo real, tal si la envolvieran los misterios de la noche, y la marmórea blancura de su rostro, de los brazos, la espalda, los hombros desnudos y el arco de una adorable garganta adornado con las pequeñas perlas de un collar, la convirtieran en una Isis, ahijada de la luna, no obstante aquel atuendo que subrayaba una belleza casi etérea, le daba un aire, aparentemente, de fragilidad, haciéndola más susceptible, más necesitada de ser cuidada y protegida. Agréguese a tan grata imagen la deliciosa tersura de su piel, el singular encanto de su sonrisa, la simetría de sus facciones, la pureza de líneas de su cuerpo y aquella gracia natural que deleitaba a medio mundo, todo envuelto en el halo de un perfume que era como el aroma de una flor lujuriosa capaz de adormecer la razón y los sentidos, y se tendrá idea del don que significó Azalea aquella noche inolvidable.

Ordoñez susurró:

-Gracias porque te has embellecido para felicidad y orgullo mío. Aprecio mucho tu delicadeza.

Azalea se quedó pensativa unos instantes y luego ensanchando la sonrisa respondió:

-¡Usted también está muy guapo!

Ordoñez aún insistió en los elogios:

-¡Estás más esbelta!

-Es el vestido el que me hace ver así –aclaró ella- y atrajo su abrigo que Marco se acomodó a echarse sobre los hombros.

-Hace algo de frío –admitió- esto es el desierto- y lo mejor será que lo cierres hasta el cuello, aunque sólo sea por un momento mientras subes al coche.

Un valet acudió a una señal de Marco y mientras traía el automóvil volvió a mirarla con atención, adivinando que bajo el abrigo los pliegues del vestido disimulaban aquella carne espléndida, y eran el estuche que atesoraba: senos, muslos, caderas, vientre, de ese delicioso universo que se llama mujer. Azalea le despertó:

-¿Es que se ha quedado mudo?

-Sí. Reconozco que el verte hoy tan bella me ha detenido la lengua- -Reiteró el piloto.

-¡Mira quién lo dice! Habrás salido con tantas mujeres. –Y puso por primera vez el tu de los amantes.

-¡Olvida eso por favor! Puedo asegurarte que ninguna como tú. Nadie que pudiera irradiar ese magnetismo tuyo, esa mezcla de dulzura, seguridad, optimismo y alegría que vibran en toda tu persona.

-¡Por Dios comandante, me está haciendo sentir avergonzada! –Replicó ella, pero el auto ya estaba estacionado frente a ellos, Marco deslizó un billete en la mano del valet, seguramente mexicano, que comedidamente abrió la portezuela. Marco acomodó a su

dama. Ahora estaban juntos y el hombre acostumbrado a tratar a las mujeres, se volvió tímido y balbució:

-He pensado que podríamos recorrer algunos lugares, entonces tú escogerás el que más te agrade, y ver el show que elijas, cenar y si te place, podríamos probar suerte...

Azalea atajó su inseguridad y con una sonrisa respondió:

-Haremos lo que tú dispongas. Es mi primer viaje a Las Vegas, tu debes conocer esto a la perfección, y yo soy sólo una invitada que tengo la suerte de tener a mi lado al más experto guía ¡Tú!

-¡Al fin me tuteas? ¿Quieres que brinque de gusto?

-No aquí comandante, estás manejando...

Transitaban efectivamente por el concurrido boulevard atiborrado de autos lujosos, y a cuyos lados les guiñaban las luces multicolores que iluminaban los anuncios de los casinos: Bally, Flamingo Milton, Hacienda, Imperial Palace, Luxor, Montecarlo, Rivera, Sahara, Fitzgerald, Tour Queens, Gold Coast, Lady Lucy y Milton Las Vegas, invitando sus atractivas marquesinas multicolores a ingresar a sus lujosas instalaciones a cual más sofisticada, original y espectacular.

Azalea no cabía de asombro.

-Tú mandas esta noche –le repetía Marco- elige lo que más te agrade y nos detendremos.

-Quisiera verlo todo. –Respondió ella.

-¡Eso sería imposible en una sola noche! Pero podemos darnos una vuelta por el Circus-Circus, donde cada cinco minutos se presenta un número de circo con atrevidos trapeceistas y prestidigitadores, o si te gusta ver otra versión del Lido de Paris iremos al Stardust ... ¿O te gustaría escuchar a Frank Sinatra o a Tom Jones?

Azalea no se decidía, estaba fascinada, aquel mundo imaginable la había deslumbrado. Hubiera querido devorar cada centímetro, poner los pies en cada lugar, degustar todos los platillos, beber champagne, jugar en cada ruleta y hasta probar su suerte en las máquinas tragamonedas, deambulando por todos los rincones, escuchando todas las músicas, incluyendo las de los pianos, bandas y conjuntos, admirando todas las escenografías que le traían recuerdos de países exóticos y casi desconocidos. Marco en cambio, acostumbrado a caminar por el mundo del juego y de la diversión, se sentía como un papá que lleva su chiquilla a una feria, y sólo tenía ojos para ver lo más valioso, lo que valía por todos los edificios, luces, diversiones, autos, fortunas, ruletas que anunciaban la suerte o la ruina; ella, Azalea, la única que merecía su atención, y de la que estaba pendiente de su risa, del menor gesto que delatara un deseo, y que él estaba pronto a satisfacer, y aquella muchacha tan valiosa como difícil, y cuya incomparable belleza le cautivaba, le hacía ver con claridad que tenía al alcance de sus manos la verdadera fortuna, no la de los jugadores que se ufanaban de ganar un puñado de monedas o de billetes, no la de sus pasadas conquistas desprovistas de ese algo que se desprendía de ella y que equivalía a un fluido mágico, encantador y prodigioso. Y Marco, el seductor habituado a llevar a su lado rubias o morenas, trigueñas o pelirrojas, ostentaba con gallardía su suerte, y mientras sus pies se hundían en las alfombras de los casinos que recorrían, se recreaba en llevar a su lado a una verdadera reina. Y cuando degustaban la cena en el lujoso restaurante del MGM: caviar, langosta, rib-eye rociados con la champagne dorada, Marco levantó la copa de cristal checoeslovaco para proclamarla:

-¡A la salud de Su Majestad!

Azalea desconcertada desparramó los ojos en su derredor buscando a quién se refería su galán, pero Ordoñez la atajó diciendo:

-¡Azalea Cervantes!

Ella porrumpió en la risa, una risa cristalina, más fina que el sonido que pudiera producir el choque de las copas de cristal.

-¡Marco por Dios! ¡Qué tonterías estás diciendo!

-Ninguna tontería. Eres una reina, una soberana, con vasallos, palacios y todo...

-Pero... ¿Donde están? – Clamó ella buscando lo que le decía y siguiéndole la broma que atribuyó a la efusión que debió producirle el espumoso champagne.

-Tú primer vasallo soy yo y tu reino será mi corazón.

De pronto Marco había pronunciado aquellas palabras brotadas no supo de que rincón de su mente, ¡Su corazón! ¿Es que lo había sentido alguna vez? ¿Estaba cierto de que lo tenía? Bien que lo sentía latir, pero era un órgano de su cuerpo, nada que tuviera que ver con sus emociones, con los sentimientos... ¿Pero es que en su larga vida había tenido eso: sentimientos? Y recordó las palabras de Emilio: ¡Algún día te llegarás a enamorar!... y he aquí que ya estaba enamorado... ¡Enamorado por primera vez y a sus cuarenta años! Azalea turbada por aquella gentileza inesperada, se quedó mirándolo intensamente con el tenedor en la mano en el que sostenía un trocito de langosta que detuvo antes de llevárselo a la boca.

-15-

El amor es algo que no se elige, ni siquiera se desea, simplemente se da ¡Y ya! Así nació entre Marco y Azalea, casi al unísono, no hubo ningún plan premeditado ni de uno y del otro. Si al principio el deseo carnal motivó a Marco, los sucesivos encuentros fueron matizando el primitivo impulso sexual hasta convertirlo en un sentimiento en el que la satisfacción del cuerpo, si bien continuaba ocupando un lugar importante, a fin de cuentas, llegó a convertirse en una tajada de ese complicado pastel que se llama mujer. En Azalea ocurrió otro tanto, si al principio le importó sólo rendir aquel mujeriego insaciable e insensible a todo cuanto no representara el goce físico, transformando la voluntad egocéntrica de un hombre habituado a satisfacer sus instintos, en un ser mucho más humano capaz de apreciar y conceder la ternura; cuando vio concluido su objetivo, ella misma se había envuelto en la red que había tendido. Al principio lo aceptó con esa mezcla de curiosidad e indiferencia que solían ser su constante en el trato con los hombres que la rondaban como abejas en derredor de un panal de miel, pero a las pocas semanas de frecuentarse, uno y otro habían claudicado a todo cuanto habían sido y hasta a su propio pasado, en cuyas vidas jamás había sido inscrita la palabra amor

Marco fue el primero en reconocer que en la conquista de Azalea ya no mediaba solamente la satisfacción que pudieran proporcionarle. una o varias horas de placer que seguramente sellaría el olvido, sino que se iba imponiendo la otra posibilidad, la más ambiciosa, aunque comprometedora, y que consistía en tenerla para siempre, la de conocer quién era realmente, que pensaba, cuales eran sus ambiciones y como podía llegar a dominar su corazón y su voluntad; su perspicacia le advirtió que se enfrentaba a una muchacha independiente, voluntariosa, uno de esos sueños difíciles de retener, porque al igual que las imágenes que soñamos, huyen cuando aún no acabamos de despertar; entonces pasó por su mente como un relámpago la palabra matrimonio, al principio la hesitación lo hizo casi temblar, recordando que se había prometido que nunca se casaría y mucho menos con una sobrecargo, el sólo admitirlo en sus proyectos equivalía a la renuncia a su forma de vivir, a su libertad que tan obstinadamente había siempre defendido, sin importarle lloriqueos, amenazas, ruegos, lamentaciones y toda esa caterva del repertorio femenino, sin que ni siquiera sus propios remordimientos lo indujeran a ceder.

De pronto se imaginó rodeado de un par de chiquillos que demandaban alimento, cariño, cuidados y le exigían, lo que él a su vez había precisado de sus padres: protección, tiempo, entrega, educación, justamente lo que nunca se había sentido capaz ni deseoso de conceder, atado a su narcisismo brutal; y cómo desagradable complemento de aquella suposición que la entrevió catastrófica, se imaginó a Azalea transformada por la maternidad, con la belleza decadente y la frescura que ahora lo seducía y que propiciaba que todos los hombres la desearan, totalmente ajada, para entonces el cuerpo escultural se habría deformado, la aterciopelada tez estaría manchada por el velo pañoso, los cabellos sin brillo y la cantarina voz se habría esfumado tal y como se evade en una fuente cuando se seca, el agua juguetona y diamantina; y aún su comportamiento, que era el resultado de una estudiada actuación femenina, donde el equilibrio en el tono de la voz, la sonrisa, los miradas, los gestos y hasta los mínimos ademanes cuidadosamente medidos, se unían en ese algo que se llama encanto; se habrían ido ante el inevitable embate que conllevaban las responsabilidades de un hogar, de los hijos y de esa cochambrosa entropía incrustada en la vida que no perdona la juventud, y que carcome la última brizna del romanticismo, que suele embellecer con su apariencia engañosa la monotonía grisácea de la existencia. En una palabra: la burbuja que se deshace..

Tan oscuros pensamientos lo turbaban sumiéndolo en un profundo pesimismo, entonces se quedaba pensativo guiando el 747 mecánicamente y salvo que se encontrara Azalea en la cabina de pasajeros, el comandante Ordoñez ya no se valía del piloto automático para pasearse por el pasillo a la caza de conquistas fáciles. Luego, las reflexiones lo conducían a lo mismo: admitir que era la ley de la vida y que a ella debía sujetarse inexorablemente. ¿O no era él acaso un hombre igual que todos los demás? ¿Gozaba por fortuna de algún privilegio que lo hiciera diferente? Entonces era preciso alinearse como lo habían hecho su padre y su antiguo condiscípulo quién le había hablado del amor tal si se tratara de un verdadero reino maravilloso, como el de los cuentos que leyó en su juventud, cuando el consabido final relataba como la princesa y el príncipe vivieron muy felices y tuvieron muchos hijos, y cuya burda ingenuidad lo hacía sonreír, adivinando el consabido desenlace con el que sellaban sus aburridas historias los poco imaginativos escritores.

Sin embargo, aunque medio convencido por sus reflexiones, Marco aún se resistía, pidiéndole más a la vida, más tiempo para gozar muchas mujeres, para conocer países remotos, para hacer cuanto le viniera en gana sin ataduras ni condicionamientos.

Para Azalea dejarse seducir era parte de su feminidad, para eso había nacido mujer, para ser atrapada, sometida y enclaustrada en algo que llamaban pomposamente hogar, pero que era la tumba de la juventud y de la libertad, el pago irreversible por conocer el amor, por ilusionarse, apasionarse, embarazarse y agregar a su sensibilidad un sentimiento todavía oculto pero latente y que intuía positivamente espléndido: ser madre. Y ella titubeaba en renunciar a su libertad apenas cuatro años gozada, en perder su apariencia y liquidar para siempre su poder de seducción que le había permitido jugar con todos los hombres, excepto con él, a quién ella empezaba a tratar con la seriedad que una mujer otorga solamente al que está destinado para ser el padre de sus hijos.

Y después de esos encuentros a treinta mil pies de altura o de aquellas noches bailando en algún club de Los Angeles, en una taberna de Manhattan, en alguna discoteca de Mérida, o tomando un trago en el cenote de Valladolid, Azalea anhelaba prolongar indefinidamente lo que llamaba su noviazgo, y se propuso regatear el sexo, defendiendo su entrega con obstinación de virgen, segura que el ceder significaría para ambos apagar la antorcha de la ilusión. ¿Qué podría ofrecerte después? Alegaba ella y

Marco cedía pues había empezado a sentir algo que nunca había le había despertado ninguna mujer: eso que muchos tachaban de obsoleto y hasta ridículo y que ciertos sectores de la sociedad llaman respeto

Y fue precisamente su trato desusual, irreprochable el que acabó de convencer a Azalea; y un día en que transitaban después de un vuelo por la monumental plaza de Guadalajara teniendo por escenario la catedral, la fuente, el kiosco y el Museo Cabañas, se inclinó y rozándole el pecho con los cabellos le susurró con el aire de revelar un gran secreto, su secreto: Marco estoy enamorada de ti y te amo. Soy tuya, pero no me tomes ahora, sino hasta que te decidas a ser mío para siempre. Marco se detuvo para besarle la frente, ella entrecerró los ojos y él repitió un beso casto y delicado sobre sus párpados.

-16-

Ajustaron con la administración juntar sus intocables y pasarlos juntos en Buenos Aires y un mañana a temprana hora con música de tango descendieron en el aeropuerto de lo que fue la antigua estancia de Ezeiza.

La capital argentina colmó a Azalea de asombro. -Esto es Europa en español – concedió Marco satisfecho de complacer a su acompañante.

En un dos por tres se alojaron en el hotel Gran Colón ubicado en la avenida Pellegrini situado dentro de la zona peatonal. Esta vez Azalea no rehusó compartir con su pretendiente la habitación, si bien esta contenía dos camas separadas.

Una hora más tarde Azalea ataviada con una blusa de mangas bombachas y una falda amplia muy propia para la calurosa ciudad en pleno verano esperaba en el comedor del hotel a su pareja pintándose los labios que primero los juntaba cómo disponiéndose para chupar algo y luego los estiraba procurando extenderles la perfumada pintura y teniendo delante un espejito.

-¡Dormilón! Le reprochó Azalea con una cálida sonrisa, acariciándole la barba con la palma de la mano.

-Nada de eso –protestó él- y dejó sobre la mesa mapas y folletos sobre la ciudad- Fui a conseguir información.

-Pensé que te habías quedado todavía en el baño, con eso de que los hombres deben rasurarse todos los días, tardan más que nosotras que tenemos que secarnos el cabello y maquillarnos, pero ya veo que me equivoqué –añadió, tomando un mapa de la ciudad que desdobló- y hasta te has preocupado en planear nuestro tour.

-Buenos Aires es una verdadera sorpresa –explicó Marco- ahorra recorreremos la zona peatonal que comprende el antiguo centro de la capital. ¿Estás dispuesta a emprender una buena caminata?

-¡Claro que sí! Con los zapatos bajos que llevo puestos puedo recorrer sin cansarme todos los kilómetros que quieras.

Pidieron: jugo, frutas, café, tostadas y probaron dos o tres variedades de quesos.

-Aquí no es como en México que se desayuna abundantemente –explicó el piloto, mientras le daba un sorbo a su oloroso café. Argentina es un país formado por inmigrantes italianos y alemanes, aunque desde luego, como en toda América hubo mezclas con los naturales, que en estas tierras fueron particularmente indómitos.

Azalea le escuchaba embelesada.

-¿Conoces el mundo entero verdad? Y tengo curiosidad en saber como has encontrado tiempo para visitar tantos lugares, hacer carrera, volar y hasta leer no se cuantas decenas de libros.

-Exageras –respondió él modestamente-sólo he intentado aprovechar las oportunidades, pero puedo anticiparte que este será el mejor de mis viajes porque habré de disfrutarlo plenamente a tu lado.

-Y yo al tuyo. –aceptó Azalea entusiasmada.

Despacharon deprisa el desayuno y a los pocos minutos ya estaban deambulando por la ancha Avenida 9 de Julio, y contemplando el obelisco de la Plaza de la República.

-Ahora visitaremos la famosa Plaza de Mayo, y encontraremos la Casa de Gobierno con la fachada pintada de rosa que es la residencia presidencial, custodiada por los Granaderos de San Martín, y en frente de la cual se localiza la Pirámide de Mayo.

Azalea a quién el paseo le encantó puso en punta sus pies y besó suavemente los labios de su guía.

-No empieces ahora –protestó él- debemos ver la ciudad.

-Desde luego –asintió ella con la cabeza y suavizando la sonrisa añadió con picardía- ¡Mal pensado!

A unos pasos encontraron la Basílica de San Francisco de Alsina y Defensa, y a tres cuadros la suntuosa catedral metropolitana, luego entraron al Museo del Cabildo y recorrieron la manzana de las luces con la antigua iglesia de San Ignacio.

Azalea deseaba verlo todo y no cesaba de dirigir preguntas a su acompañante que procuraba satisfacerla. Marco siempre previsor había alquilado un auto y ahora consultaba los mapas extendidos sobre las rodillas de ella; pronto se toparon ante el Museo de la Ciudad pleno de reminiscencias del romántico Buenos Aires de principios del siglo XX con la más antigua farmacia de la ciudad fundada en el año de 1900 y que aún conserva el anuncio que la identifica como “La Estrella”.

En el auto se encaminaron a la Plaza Borrego atravesando las calles transversales que llevan nombres de países del continente: Venezuela, Chile, México, Estados Unidos.

A las dos de la tarde exhaustos y sudorosos y seguramente hambrientos empezaron a planear el consiguiente almuerzo. Marco educado y galante consultó a su compañera sus preferencias y después de echarles un vistazo a las guías decidieron probar la cocina italiana y enfilaron hacia el restaurante El Gran Caruso, donde dieron buena cuenta de spaghetti, ravioles, lasaña y crepas, todo rociado con un vino chianti muy espumoso.

La tarde la destinaron a disfrutar del fresco bajo las arboledas de Palermo donde se detuvieron a visitar el Planetario Galileo Galilei, y luego alquilaron un bote de remos que el aviador manejó diestramente atravesando el lago central y fueron a detenerse en El Rosedal donde el galán ofreció una bella rosa a su dama. Azalea la agradeció casi sorprendida, Don Juan se trastocaba en un juglar enamorado que ofrecía rosas y madrigales y se reclinó suavemente sobre su hombro mientras descansaban en un acogedor banco del parque

De regreso pasaron frente al Teatro Colón, uno de los más importantes coliseos de América y del mundo.

-Si por fuera es majestuoso no puedo imaginarme como será por dentro.

Marco por toda respuesta se bajó del auto y se puso a indagar que espectáculo se presentaría esa noche, y como descubriera que la compañía de ballet ofrecía Copelia regresó al cabo de diez minutos con dos entradas en la mano.

-Verás algo que te gustará –anunció mostrándole el programa.

-¡Será algo maravilloso! –exclamó ella en el colmo del entusiasmo.

-Pero ahora debemos apresurarnos, apenas tenemos tiempo de vestirnos y la función empieza a las nueve de la noche.

Un baño tibio, un cambio de ropa y a las nueve menos diez a punto de cerraran las puertas de acceso, Marco y Azalea del brazo entraban en la iluminada sala, ella portando vestido bolso y zapatillas en un tono claro de gris y él: pulcro, sobrio, impecable con un traje del mismo color combinado por una corbata plateada.

El teatro lucía su tapiz, alfombra y butacas en fino terciopelo rojo oscurecido por la enorme araña y decenas de arbotantes dorados. Daban la segunda llamada y la acomodadora ganaba su propina, situando a la elegante pareja en la primera fila de la luneta.

La orquesta afinaba sus instrumentos, mientras un público vestido impecablemente iba ocupando sus localidades. Azalea envidió a muchas mujeres que lucían soirés escotados ostentando sobre los cuellos perlas y diamantes, previamente habían dejado en el guardarropa sus “tapados” de piel y algunas se abanicaban con un aire ducal, los caballeros portaban smoking o trajes sobrios y aunque se hablaba en voz baja un murmullo se esparcía por el teatro subiendo hasta el artístico techado, sembrado de candiles.

A las nueve en punto y apenas cuando los timbres daban la tercera llamada apareció en el podium el director de orquesta quién fue recibido por un aplauso del público mientras los integrantes de la orquesta se ponían respetuosamente de pie.

El prelude anunció el inicio de la obra de Leo Delibes, produciéndose un absoluto silencio. En la escena el viejo Copelius, el fabricante de muñecos, muestra su última ocurrencia, una preciosa muñeca a la que procura animar procurándola movimientos humanos, y a la cual llama Copelia. La mágica creación al cobrar vida se escapa de las manos de su creador.

Azalea contemplaba fascinada el arte y la destreza de la bailarina, cuyos vaivenes seguía fielmente la música.

En el entreacto, mientras degustaban una copa, Marco refirió a su novia que en ese mismo escenario había dirigido nada menos que Arturo Toscanini entre otras celebridades,

La función concluyó a la media noche y Azalea demasiado fatigada declinó la cena.

Media hora después Marco dormía profundamente medio vestido y ella que como toda mujer no se acostaba sin hacerse su previa toilette se reclinó suavemente para cubrirlo con una manta.

Despertaron tarde y destinaron la mañana para asomarse al ancho río De La Plata..

-Allá en frente está Uruguay –dijo Marco señalando un punto casi invisible en el horizonte.

-Me encantaría conocer ese país –respondió Azalea.

-Otro día, si nos queda tiempo cruzaremos en barco y te llevaré a Montevideo, después regresaremos por Austral en un viaje de diez minutos.

-¿Diez minutos de vuelo para atravesar un río? –preguntó asombrada.

-Uno de los más caudalosos de Sud-américa, sin contar el Amazonas por supuesto. –  
Aclaró Marco.

-Nunca imaginé que pudiera realizar un viaje así...

-Tampoco yo, y hoy debo admitir que en mis viajes por medio mundo me ha faltado lo principal.

-¿Lo principal?

-¡Tú!

Azalea rompió a reír.

-¡Qué gentileza! No me dejas la menor duda de que eres un perfecto caballero.

-Y tú la dama que nunca me hubiese atrevido a soñar.

Y volvieron a besarse. Despertando la curiosidad y la envidia de los transeúntes.

-Hacen una espléndida pareja –se le oyó decir a un señor a otro quién también los observaba- ¡Son mexicanos! E hizo a un lado la edición matutina del diario “La Nación” para verlos tomados amorosamente de las manos mientras observaban los barcos que se deslizaban lentamente sobre las aguas; los novios agradecieron con una sonrisa el comentario y se dirigieron a San Telmo para admirar los almacenes atiborrados de antigüedades, su iglesia ortodoxa rusa y el Museo Histórico Nacional.

Al filo del mediodía Marco encaminó el auto sobre la ruta Panamericana hasta encontrar el ramal que los llevaría hasta la delta del río Tigre.

-Hoy vas a almorzar el mejor churrasco que hayas probado en tu vida.

-¿Churrasco? ¿Y que es eso?

-Un bife, como aquí le llaman, que es una enorme porción de excelente carne a la que le añaden chorizos chistorra, asado, chompián y otras menudencias más, y todo ello acompañado de una ensalada fresca, un kilométrico birote y una buena dotación de papas a la francesa.

-Se me está haciendo agua la boca –anunció Azalea.

-Y por si esto fuera poco entre un paraje selvático semi-tropical surcado por más de cincuenta ríos y arroyos que refrescan los atardeceres húmedos y deliciosamente cálidos, además si lo deseas puedes practicar el yatching, la mononáutica y el remo.

Unos minutos después almorzaban en una acogedora hostería ubicada en una de las islas.

El paisaje resultaba un deleite para los ojos: ceibas encendidas rebosantes de flores, sauces melancólicos, esbeltos álamos, empinados eucaliptos, árboles colmados de frutos en medio de hortalizas cercando suntuosas residencias y construcciones que reposaban sobre la superficie del agua cristalina asentadas en sólidos pilares, y todo ello en esa confluencia del río Paraná que vuelca su vasto caudal en el Plata a través de una zizagueante red fluvial que abarca más de 270,000 hectáreas de islas.

-Y decir que en medio de este marco de belleza se suicidó el gran poeta Leopoldo Lugones –dijo con incontenible pesar Marco y añadió- ¡Qué gran tragedia debe ser suicidarse!

-Eso debe ser terrible –admitió Azalea dejando el tenedor sobre el platillo- pero cuando no hay ya otra salida y la desesperación y el sufrimiento son insoportables...

Marco la interrumpió tajante.

-Ahora olvídale, ni siquiera debí habértelo mencionado –y más conciliador agregó- pero come por favor

La tarde se les disolvió mirando vitrinas en la Avenida Santa Fe. Azalea se detenía a cada momento para admirar los modelos que se exhibían, algunos increíblemente elegantes y con las firmas de los más prestigiados modistos de París o de Roma. Quería probarse todo lo que veía, de pronto descubrió un vestido negro cuyo corte le vino a la perfección. Ella se lo puso y después de mirarse en los espejos del probador se plantó ante Marco para dirigirle la pregunta de rigor:

-¿Te gusta? Le preguntó con los ojos resplandecientes.

-¿Qué si me gustas? –Respondió el piloto subyugado de verla- ¡Vaya pregunta! Y la atrajo a sus brazos devorándola con los ojos ardientes de deseo y aunque la escuchaba hablar sobre la textura de la tela y la elegancia del corte, Marco se dejaba seducir por la belleza de los senos, de las caderas, de las piernas, donde se revelaban tenuemente los misterios de la ropa interior.

Azalea anunció: -Me lo quedaré!

-Desde luego- Aceptó él y se apresuró a ofrecerle una de sus tarjetas bancarias.

Pero Azalea se lo prohibió terminante.

-No. Esto me lo compro yo. Y ahora espérame, porque falta el complemento, lo que va debajo, y eso no debes verlo tú.

-¿Me lo prohibes? –susurró él

--Sí –reiteró ella y luego acercándose murmuró junto a su oído- porque será mejor que me lo veas puesto –Y le lanzó en la mirada una promesa de amor mientras se dirigía al departamento de corsetería.

Marco la aguardó hebetado. Ella dejó las señas del hotel para que le enviaran el paquete con las prendas y regresó.

Se tomaron de las manos y continuaron a la calle Florida y Quintana donde entre iluminadas vitrinas se exhibían abrigos, capas y estolas de zorros, martas, cibelinas, pieles de oso y toda esa variedad de preciosidades antárticas cuyo costo representa la muerte de las pobres bestias inmoladas para halagar la vanidad femenina, aunque, ¡Qué bello resultaba aquel abrigo de mink! ¡Qué elegante el diseño y que agradable al tacto, al poder, más que tocar, acariciar aquella piel preciosa!

-¡Es una prenda soberbia! –admitió Marco.

Sí, sólo que el precio equivalía a algunos cientos de dólares.

Azalea se despojó del abrigo con la cara llena de pesar, pero luego se olvidó del asunto y dándole el brazo a su novio se fueron a compartir un helado que refrescó también sus sentidos excitados por aquella tarde memorable; y por la noche, antes de conciliar el sueño, Azalea se despidió dejándole un beso en la mejilla.

-Gracias –le dijo- hoy me has hecho sentirme realmente feliz.

-Yo también he estado muy contento –aseguró Marco- y la perspectiva de que mañana volveré a tenerte, habrá de sumirme en un sueño tranquilo y profundo.

-17-

Aquella mañana visitaron la Torre Espacial que se ubica en el parque de la ciudad cosmopolita ubicada entre las calles de Cruz y Escalada. Desde su altura se divisaban: cúpulas y torres, parques y avenidas, y luego, perdiéndose entre el horizonte la franja casi inacabable de la costañera.

Comieron el asado criollo en el afamado asador “Las Nazarenas” y por la tarde fueron a Recoleta donde se persignaron en la Basílica del Pilar visitando luego la Facultad de Derecho y el Museo de Bellas Artes.

-Con esta visita concluye por hoy nuestro tour cultural –decretó Marco- ahora viene la diversión y lo demás.

-¿Lo demás? –repetió echándole los brazos al cuello- ¿Y que es lo demás?

-Bueno, pues que te llevaré esta noche al Karim, un cabaret tanguero.

Azalea se estremeció de alegría.

-¿Y bailaremos tango? ¡Me muero por bailar!... aunque supongo que no sabría seguir los pasos...

-Lo intentaremos. Hay que fijarnos como lo hacen y tratar de imitarlos.

-Entonces me pondré el vestido negro que tanto te ha gustado.

-Tú me gustas de todos modos –aseguró él con galantería.

Y se besaron largamente en el pórtico del museo sin importarles los entrantes y salientes, que los veían con curiosidad.

-Y como faltan aún muchas horas para que llegue la noche, aprovecharemos para visitar el barrio de La Boca.

Y allá fueron.

-Es un barrio italiano –precisó Marco- ahora verás el riachuelo donde navegan embarcaciones y boteros y conocerás el viejo puente Nicolás Avellaneda y la calle Caminito donde se originó el conocido tango.

A las seis de la tarde calurosa los obligó a buscar una cerveza en las cantinas de ambientación italiana.

Cuando volvieron a Buenos Aires iban a dar las ocho de la noche y Marco se excusó previniendo a su pareja.

-Te dejo unos minutos, tengo algo que hacer, mientras tanto podrás tomar un baño, descansar y vestirme.

Azalea lo dejó ir y subió a la habitación preguntándose que asunto podía haber distanciado momentáneamente a su pareja, sintió que lo extrañaba y que no obstante el poco tiempo se había acostumbrado demasiado a su compañía, aceptando que ya nunca podría sentirse tranquila sin tenerlo a su lado. La ducha la refrescó y empezó a elucubrar el peinado que elegiría. Eva se multiplicaba en cien imágenes, con maquillajes y arreglos diferentes de acuerdo con las horas y lugares. Deseaba estar particularmente hermosa en aquella velada, después de todo iba a ser una noche de cabaret donde iba a aprender sus primeros pasos de tango. Ningún peinado la satisfizo y optó por bajar en busca de la coiffure del hotel. Le agradó un peinado alto que le hicieron dejándole la nuca descubierta y haciéndola verse más alta. Cuando subió nuevamente a la habitación se puso apresuradamente: sostén, bikini y vestido negro y las zapatillas del mismo color.

Eran las diez de la noche y Marco regresaba. Al verla radiante la atrajo a sus brazos estrechándola con excesiva fuerza tal si ya fuera algo suyo, Azalea no intentó zafarse de aquellos brazos nervudos, de aquellas manos callosas como garfios, cerrando con los dedos su cintura; por un momento suspendió la respiración, que luego se tornó jadeante librando el aire con libertad. El sintió que al oprimirla aplastaba aquellos globos de carne y la besó suavemente, pero entonces fue ella la que buscó sus labios con frenesí.

-¡Marco! –le susurró con voz apenas perceptible- ¿Dónde te has ido? Ya me tenías inquieta... ¿Sabes que te he extrañado?

-¿De veras? –preguntó él incrédulo.

Azalea le miró por toda respuesta, pero su mirada equivalía a una promesa de amor.

-Pues verás –dijo él torpemente- estaba ocupado en satisfacer el pequeño capricho de una princesa.

Y hasta entonces se apercibió Azalea que llegó con una enorme caja rematada con un listón y un moño rojo. El piloto levantó la tapa y cómo un mago que extiende su capa de seda, extendió el precioso mink sobre los hombros de la joven.

-¡Marco! –gritó Azalea acariciando la piel- pero luego reaccionando se lanzó a sus brazos- ¿Pero que has hecho? ¿Estás loco? ¡Esto debe haberte costado un dineral! Yo no pretendía semejante derroche –se disculpaba.

Marco se explicó:

-Es mi regalo de bodas para la futura señora Ordoñez.

Azalea le vio a los ojos con adoración, llevando sus manos hasta las mejillas del piloto y acercándole la cara la cubrió de besos. Y sus besos contenían ese veneno que condena a una esclavitud sin escapatoria, ni aún siquiera cuando el placer saciado reviste algún alivio, que más que pausa, es como una compuerta que abre incontenible, cómo una atormenta que nunca amaina, y eso era ¡La pasión! La pasión subyugante, atrofiante, devoradora... la pasión que es también padecimiento.

-¿Luego entonces es cierto? ¿Es verdad que te casarás conmigo? ¿Qué serás definitivamente mío? ¡Mío! ¡Porque te voy a querer sólo para mí!

Y volvió a besarlo una y otra, y otra vez, cien veces entre un incontenible delirio.

Al fin entre un paroxismo desesperado murmuró:

-¡Me has excitado demasiado! ¡Ahora el desquite! ¡Tómame! –gimió.

Y él volvió a estrecharle los senos mientras ella con los labios entreabiertos y respirando con dificultad jadeaba encantada y satisfecha de ser adorada. Entonces arrojó los zapatos y se sacó el vestido, mientras él se desprendía del saco, la camisa, entre un ansia incontenible por quedar desnudo, luego la llevó a la cama cual si se tratara de una niña, depositándola suavemente, y con sus manos de experto le desprendió el broche del sostén, estrujándole los senos y llenándoselos de besos hasta ponerle erectos los pezones, mientras con los ojos semi cerrados admiraba la blanca columna del cuello, la nuca graciosa, exquisita, la espalda que descendía hacia la breve cintura y se bifurcaba en la excitante curvatura de las más perfectas esferas de carne que hubiese contemplado en mujer alguna. Y se perdió entre los labios, las mejillas, los oídos, el cuello, el vientre, subyugado por el color negro del bikini tan breve como el pétalo negro que contuviera el cáliz de una flor rosada y espléndida y con voraz glotonería besó aquella prenda minúscula cuya seda transparentaba los vellitos del pubis.

-¡Marco! –exclamó ella, tomándole con desesperación las orejas para atraer su rostro hacia el vientre curvado, espléndido, apoteosis triunfal de la mujer.

Marco le deslizó la prenda entre los muslos blancos que llenaba de besos, excitándola y excitándose, Azalea totalmente desnuda, delirante, húmeda, descubría su sexo como una rosada flor de maravilla que se abría cual un imán incontenible. Y él la hizo suya con prisa, embistiéndola con verdadero furor ¡El furor huracanado de la pasión! Y el estremecimiento glorioso de la carne que se llama orgasmo en las mujeres y eyaculación en ellos se dieron al unísono, ¡Y fue como un despegue a la eternidad! Como el parpadeo de un relámpago que después de rasgar el velo que oculta el infinito, mostrara brevemente las galaxias y los tiempos, el pasado y el futuro, los nacimientos y las muertes, las vidas y los destinos.

Luego se quedaron exhaustos y silenciosos por unos momentos. Marco se volvió para besar la frente de su adorada.

-Perdona si he sido demasiado brusco o vehemente, el color negro de tu vestido me ha excitado. –Se disculpó todavía jadeante.

-Entonces me voy a vestir siempre de negro-respondió ella arrastrando las palabras.

Y en su interior él eterno filósofo que todos llevamos dentro le advirtió a Marco que la carne es esa servidumbre que hemos dado en llamar instinto, pero luego admitió que ninguna de las mujeres a quienes había gozado, podrían aproximarse a lo que era ella.

-18-

Llegaron a la media noche al cabaret. Azalea fascinada con el abrigo hubiera preferido rehusarse a dejarlo en el guardarropa. El lugar estaba muy concurrido por extranjeros y nacionales que ocupaban todas las mesas, el comedido mesero les preguntó si deseaban ordenar las bebidas antes de la cena y Marco consultando a su pareja solicitó una botella de champagne que al punto les fue presentada en una elegante hielera con sus respectivas copas. El mesero destapó la botella con el consiguiente estallido y júbilo de la pareja y de los comensales de las mesas vecinas y al punto derramó el ambarino líquido en las copas.

-¡A tu salud! –dijo Marco alargando su copa.

-¡A la tuya Marco! –respondió Azalea.

-Porque te quedes por siempre a mi lado.

-Y tú al mío.

Y chocaron sus copas.

Al momento el mesero les acercó el menú pidiéndoles ordenar la cena.

El amor les había dado apetito y Marco consultó nuevamente a su prometida que le agradaría cenar.

Azalea sugirió algo ligero, más interesada en bailar que en la comida, pidió una ensalada de camarones y su galán optó por el salmón preparado con la receta del chef de la casa.

Apenas se hubo retirado el mesero con la orden se encendieron las luces de la pista y se anunció con un acorde de los músicos la aparición de las parejas que habrían de bailar aquella música casi enfermiza y nostálgica saturada de una pegajosa y melancólica armonía.

Seis parejas, ellos: esbeltos, enfundados en trajes oscuros, con pañuelo salido del bolsillo superior de la chaqueta, flor en el ojal, camisa blanca y gazo de seda blanco alrededor del cuello, ellas con playeras a rayas muy escotadas que les llegaban hasta el ombligo, pañuelo alrededor del cuello y faldas deliberadamente abiertas para mostrar los muslos enfundados en medias negras y zapatillas del mismo color; y los músicos al fondo con su bandoneón, acordeones y quejumbrosos violines, luego aquella danza pasional, casi frenética, que cuan presto juntaba a las parejas, cómo propiciaba que se desprendieran entre movimientos bruscos, sensuales, donde parecía campear esa inevitable dualidad que son los acontecimientos y los seres en la vida, cuan presto unidos, estrechándose, juntándose, incrustándose y luego distantes, apartándose casi con furia, como si la fuerza de la pasión que los había consumido, actuara con su ímpetu destructor para apartarlos y volverlos a unir.

Azalea seguía con atención los movimientos de las bailarinas, perfectamente sincronizados, ligeros, bruscos pero siempre estéticos, aunque la pinta de los hombres no distara mucho de la de los apaches parisinos, y la de las hembras, pese a su incuestionable belleza las marcará con la máscara de la putería. El número fue muy aplaudido y la ejecución continuó por treinta minutos, permitiendo que al fin las parejas sudorosas pudieran respirar.

Marco y Azalea estaban por terminar su cena, y ella impaciente por bailar, se levantó y alargando la mano a su compañero lo condujo hasta la pista, Marco se dispuso a complacerla feliz de tener un motivo para estrecharla rodeándole el brazo por la cintura. Azalea bailó como una consumada experta, y él, verdadero hombre de mundo tenía los pies ligeros. Las melodías se repetían ininterrumpidamente y los músicos que no paraban de tocar, parecían habituados a resistir aquellos maratones de resistencia. Bailar era un vicio. El delicioso vicio de tenerse, de acariciarse e impregnarse uno del otro, aspirando el perfume, el aliento, el calor de los cuerpos que se atraían como imanes, la voracidad de las bocas que no cesaban de besarse.

Cuando al se volvieron a encender las luces del escenario, anunciando la segunda parte del espectáculo con la intervención de un cantor, Marco y Azalea se fueron a sentar a su mesa y el anfitrión solicitó una segunda botella de champagne.

El tanguero se presentó dispuesto a complacer a un público ansioso de escuchar las eternas quejas y lamentos que son el leit-motiv de los tangos, e inició su actuación interpretando el famoso "Caminito" y luego en sucesiva prolongación "Pianito de Jugete", "Mocosita", "El día que me quieras", "Quiero verte una vez más", "Mano a mano", "Noche de reyes", "Nostalgia", "Adios muchachos", "Uno", "Percal", "A media luz", "En este tarde gris" "Nostalgia" y todo ese repertorio que tanta fama dieran a Carlos Gardel y que aún continuaba cautivando el gusto del público.

Marco con las manos entrelazadas a las de su novia, escuchaba al cantor:

...En un café de céntrica avenida,  
bailaba el tanto inspirando amor,  
iba de negro como ella se vestía,  
y resaltaba más su perdición.

Jugóme una negra traición,  
por otro querer me dejó ...

Pero Azalea no le dejó seguir, porque acercando su boca a su oído susurró: ¡Vamonos!  
¡Quiero estar contigo!

El piloto captó lo que ella insinuaba, hizo una seña al mesero quién trajo la cuenta y mientras Azalea recogía su abrigo en la ropería, hizo traer el auto a la puerta del cabaret. Quince minutos después al filo de las cuatro de la mañana la pareja arribaba al hotel.

Entrar a la habitación y echarle ella los brazos al cuello de su hombre besándolo con furioso frenesí, fue todo uno; Marco al sentir los marmóreos brazos sobre sus hombros se volvió a electrizar y el insaciable varón hundió los dedos en los cabellos de su amada quién se los desmadejó sobre la espalda, su boca húmeda volvió a tantear las sienes, los lóbulos, las mejillas, como si al principio eludiera besarla en los labios, pero para estampar finalmente un beso húmedo que la hizo a ella jadear de placer; y tocó a ella ir desnudando a su pareja besándole a su vez el tórax.; entonces la locura se apoderó de ellos, que ni siquiera se cuidaron de atenuar las luces, Marco deslumbrado por aquel cuerpo que era como un compendio de insospechados goces quería contemplarlo a sus anchas, grabándose cada recoveco, cada pliegue, lamiéndola, mordiéndola, incitándola a una posición, ensayando otra y otro, colocándola en la orilla de la cama, o haciéndola montarse sobre él, o poniéndola de espaldas para penetrarla por aquellas nalgas soberbias, ora rápido, ora lentamente ella obedecía, sumergida en ese magnífico desenfreno de la razón que Balzac llamaba amor, mientras el orgasmo, como sismo del cuerpo, volvía una y otra vez a humedecer su vagina.

-Por este momento es por lo que realmente vale la pena vivir –le dijo a Marco.

A las ocho de la mañana aún ensayaban todas las posibles posturas, hasta que ya agotada la última gota de semen y con el miembro flácido el piloto se desperezó voluptuosamente sobre el lecho, ella, desnuda a su lado, en lugar de buscar las mantas esparcidas por la habitación, se replegó junto a él buscando un poco de calor.

A las dos de la tarde se despertaron y Marco ordenó que les subieran algo de comer.

Como si estuvieran pegados entraron al baño y metidos en la bañera jugaron como dos chiquillos hasta que escucharon que llamaban a la puerta y el mesero armado de una mesa plegadiza dejaba una charola conteniendo huevos fritos y jamón, tostadas, café, jugos, y queso, que devoraron entre risas. Luego retornaron a la bañera y uno al otro se dieron masaje. Al fin, cansados decidieron vestirse él con una bata, ella con un gracioso baby-doll que le dejaba las piernas desnudas.

El café caliente y la comida los reanimó. Azalea lucía fresca como si la noche de amor la hubiese rejuvenecido más. No cabe duda que el haber cogido toda la noche, la volvía resplandeciente y los senos erectos parecían erguirse más bajo la tela donde se transparentaban.

Intentaron distraer el pensamiento y encendieron el radio que esparcía una música ligera.

Azalea se volvió a prender en los brazos de su novio y empezó a dar pasos ceñida a él, Marco la seguía por toda la habitación incapaz de desprenderse de aquella

beldad, pues abrazarla equivalía a estrechar su amabilidad, su sonrisa, su inagotable feminidad.

Trataron de hacer planes para continuar la excursión, las horas habían avanzado, pero ellos olvidados del reloj, suponían que aún era de mañana, y que todavía era posible embarcarse para abordar el dichoso barco que los conduciría al Uruguay. Azalea fue a buscar un trajecito sastre y él desparramó sus pertenencias en busca de una camisa sport, luego, como descubriera que su barba ameritaba la necesaria rasurada fue en busca de la rasuradora eléctrica, cuando regresó a la habitación Azalea terminaba de maquillarse y se rociaba de perfume, Marco la estrechó, volvieron a besarse, y presas de aquel frenesí ingobernable, se volvieron a desnudar y regresaron a la carga, ella le abrió las piernas ansiosa de gozar de cada centímetro de su hombre, y él, incapaz de otra eyaculación, prolongaba el placer de su compañera con visible esfuerzo, entonces Azalea le echó las piernas sobre los hombros atrapándole con los pies el cuello. Esto debió enardecerlo y follaron hasta sentirse agotados.

A las ocho de la noche, seguros que de seguir así, acabarían locos, se decidieron nuevamente a vestirse y a bajar en busca de aire fresco. Caminaron algunas cuadras y fueron a cenar comida china al más afamado lugar de Buenos Aires “La Cantina”.

A las doce medio dormidos retornaron al hotel. El esfuerzo los había vencido.

Los días siguientes vivieron en aquel ingobernable frenesí: sexo, sexo, sexo todos los días, por la mañana, al anochecer, Marco terminaba sudoroso, agotado pero cuando ella se reincorporaba buscando sus pantaletas, el hombre quién sentía una debilidad fetichista por la prenda, volvía a desnudarla tornando a gozar aquel cuerpo que lo enloquecía.

Una mañana descubrieron que las vacaciones se habían acabado, Marco compró dos docenas de discos con todos los tangos que había escuchado y se apresuraron a volver a México apresuradamente para integrarse a sus puestos.

Y mientras volaban a la metrópoli azteca, Marco planeaba comprar a su prometida el anillo de compromiso e iniciar los trámites para la boda.

-19-

En la casa de Emilio de la Rivera y Robles una pareja de niños jugaban mientras la señora Clara preparaba en compañía de la sirvienta la cena que sería servida en ocasión de la visita del capitán Marco Ordoñez., quién por cierto se había presentado esa noche con el flamante uniforme negro de piloto aviador, luciendo en la chaqueta los galones dorados.

Emilio había hablado a su consorte acerca de su ex-condiscípulo y su presencia era esperada con particular agrado, cuando la motivaba entregar la invitación a la ceremonia de la que serían padrinos el matrimonio.

Clara y Emilio lamentaron que Azalea, su futura ahijada, no estuviera presente pues deseaban conocerla, y Marco debió disculparla explicando que le habían asignado un vuelo a Chicago y no regresaría sino hasta el próximo día..

-Nos hubiera encantado conocer a tu novia –aseguró Emilio.

-Y a ella lo mismo –respondió Marco- pero hemos decidido que ella continúe trabajando, es una muchacha moderna a quién no solamente agrada sino que yo les aseguro que disfruta su trabajo.

-Y un hombre que ama siempre termina por hacer lo que la mujer quiere. –Acotó Emilio filosóficamente.

-En ocasiones convenimos en los vuelos –aclaró el aviador- pero otras transitamos por rumbos muy distintos.

-Pero lo mejor es que al final coinciden –añadió sonriendo Clara.

-Y te deseamos una larga y dichosa coincidencia –añadió Emilio levantando su copa.

En la bien dispuesta mesa se había colocado el cubierto de Azalea, detalle que Marco, por primera vez enamorado en su vida, agradeció infinitamente.

La señora Clara ostentaba con su título de psicóloga, la reputación de ser una excelente cocinera, y Marco aseguró que ni en los más reputados hoteles y restaurantes asistidos por chefs internacionales había degustado una cena tan exquisita. A los postres la gentil ama de casa debió retirarse unos minutos para atender a los pequeños y Emilio y Marco se quedaron solos para saborear una copa de Curvosier que calentaban entre las manos.

-Me causa una profunda satisfacción el que hayas decidido estabilizarte, y te reitero nuestros deseos de que alcances una plena satisfacción y felicidad.

Marco mostró entonces orgullosamente una foto de Azalea.

-Aquí tienes a tu futura ahijada. Podría jurarte que es una suma de perfecciones de las que sobresalen: distinción, nobleza, gracia y elegancia, y ya lo ves, yo que he tratado a tantas mujeres extranjeras me he venido a enamorar de una mexicana.

-No importa la nacionalidad –convino Emilio- lo esencial es que la amas y por supuesto que ella también te quiere a ti.

-De ello puedo jactarme.

-Y yo me congratulo, porque lo más difícil en la vida es encontrar quién realmente nos ame, siempre habrá alguna mujer que se decida a casarse, pero el amor es otra cosa, y ya lo ves que a veces suele darse incluso fuera del matrimonio, aunque desde luego es en la pareja legalmente constituida donde la sociedad permite que resplandezca en toda su plenitud. Stendhal, o más bien, Henry Boyle, que era su nombre verdadero, afirmaba que el amor y la felicidad son las cosas más serias en este mundo, y que una vida sin amor es como andar en un camino que nunca llega a ninguna parte.

-¿Recuerdas nuestro encuentro en el aeropuerto? Tus palabras me llegaron. Siempre tuve por ti un respeto y ya en nuestros años de juventud admiraba tu buen juicio y tu sensatez. Y a decir verdad creo que me predispusiste, porque fue precisamente en esa noche cuando conocí a Azalea. ¡Imagínate! Llevaba ya tres años trabajando en la compañía y nunca habíamos coincidido. Entonces, yo pensaba que la pasión romántica no era otra cosa que la sexualidad sublimada y que las alas de Cupido, ese dios cruel, con su hipócrita cara de niño inocente, son la inequívoca señal de la inconstancia, el signo de la desolación que suele acompañarnos una vez que el incontrolable demonio de la carne ha sido satisfecho. Así que en esos tiempos yo veía el enamoramiento con una especie de desconfianza y desdén, cómo una enajenación más, o una de esas utopías a las que tan aficionados somos los hombres.

Emilio sonrió.

-Y dices en esos tiempos, pero en realidad querido amigo, hace apenas escasos once meses que nos encontramos, y debes creerme que yo soy el primer sorprendido de tu transformación, y doblemente curioso de conocer a la autora de ese cambio de ciento ochenta grados; pero de todos modos, aprecio que me hayas escuchado, aunque yo juraba que era casi imposible convencerte. Cada quién tenemos nuestra verdad y yo creo en la mía, aunque puede ser que el amor no sea otra cosa que el más maravilloso de los engaños, pero no podemos sustraernos a vivirlo, porque las mujeres no sólo son para nosotros una necesidad, sino que además son la llave de la vida.

-Tienes razón –aceptó Marco y miró el reloj- ahora ella debe estar llegando a Chicago, si habrán tenido buen tiempo...

-¿Ya lo ves? El amor es eso: ansiedad y aún desesperación. Clara podría hablarte largamente de ello pues se ha especializado como consultora de parejas; pero en último

caso te faltaba conocer eso, era la lección pendiente que te debía la vida y me complazco que la estés aprendiendo bien.

-¡Claro que sí! Y me felicito por ello. Pero te faltó decir algo: el amor es también es euforia, y cuando la veo experimento la felicidad que no había conocido jamás, y hasta pienso que nada de cuanto he conseguido hasta entonces, valdría la pena si ella no estuviera cerca para poder ofrecérselo. Entonces yo creía que conocía de sobra a las mujeres, detectando sus defectos y debilidades, por lo que me desinteresaban demasiado pronto, al grado de que después del primer o segundo encuentro, no me motivaba insistir más, en cambio con Azalea ha sido todo lo contrario, y no es sólo que me atraigan su juventud y su belleza, porque después de contemplarle el cuerpo he intentado mirarle el alma, y puedo asegurarte que es una buena muchacha, a quién incluso, el ambiente de trabajo, que suele ser en ocasiones bastante liberal, no la ha relajado.. Al principio no admití que pudiera llegar al matrimonio, pues he sido siempre bastante celoso de mi tranquilidad, ahora todo es distinto, y el saber que ella me quiere y que es además una mujer tan bella, me inclina a renunciar a lo que tanto defendía.

-Una mujer enamorada resplandece. Un hombre triunfa. Y aunque tú eres un triunfador, como me consta, deseo que sigas logrando todo lo que te propones y tengas éxito. Ahora debes pensar en un patrimonio para ella y para ti, porque llega un día en que ya no podemos trabajar, ni producir igual, porque las energías físicas se agotan hasta consumirse, aunque paradójicamente las necesidades crecen, y créeme que lo que la sociedad más desdeña son los viejos pobres.

-Tienes razón. Llegó la hora de poner freno a mis pequeños despilfarros, y pensar en el porvenir. Después de todo guardamos una diferencia de edad ¡Casi dieciséis años!

-Pero tú eres un hombre muy fuerte, y puedo asegurarte que te encuentras en la plenitud de la vida.

-Y anhelo vivir por ella y para ella.

Volvieron a llenar las copas y cuando se incorporó Leonor la conversación se desvió hacia los detalles de la ceremonia y la instalación en la que sería la residencia del matrimonio.

- He comprado un piso en un edificio de la colonia Nápoles, es el último –explicó Marco- pero está muy bien ventilado y con un amplio ventanal desde el que se puede apreciar un precioso parque a los pies.

-El perfecto nido para unos polluelos voladores... -afirmó Clara..

Y con el último brindis el capitán Ordoñez se despidió de sus amables anfitriones.

Emilio le vio alejarse, sinceramente satisfecho, era el amigo recobrado, a quién deseaba de todo corazón, éxito y dicha en su gran carrera: la de ser hombre; y tomando por los hombros a su esposa entraron a su casa.

-20-

Si sobran adjetivos para expresar el dolor, faltan para describir la felicidad, acaso lo más raro y fugaz de nuestra vida, pero en cuya búsqueda invertimos cuanto somos.

La elegante invitación congregó en la iglesia consagrada al culto del arcángel San Rafael en la colonia de su mismo nombre y a la que pertenecía la novia, a los múltiples amigos de la pareja que se anticiparon a la hora anunciada.

El templo regiamente adornado e iluminado, lucía verdaderamente espléndido, el altar mayor y los laterales estaban primorosamente engalanados con gladiolos blancos.

A las siete en punto de la noche, un elegante mercedes negro, propiedad de uno de los altos ejecutivos de la Hemisphere se posesionó frente al templo, donde descendieron los novios; él con el frac perfectamente ajustado, ella engalanada cual una diosa mitológica a quién circundara la mágica aureola traída de un Olimpo extraterrenal, portando un vestido de princesa rematado por cinco metros de cola que debían sostener cuatro pequeñas que habrían de acompañarla en el desfile a través de un pasillo alfombrado con una mullida alfombra roja.

El oficiante portando los ornamentos de rigor salió a recibirles a las puertas de la casa de Dios, conduciéndolos hasta el interior a los acordes de la tradicional marcha nupcial del Sueño de una Noche de Verano de Félix Mendelshsohn Bartoldi, allí, postrados ante los reclinatorios cubiertos de blanco previamente dispuestos, habría de oficiarse la misa y la ceremonia del matrimonio, acompañados por los padrinos, la señora Lucrecia enfundada en un vestido negro, y el viudo don Pascual, padre de Marco quién residía en Torreón y había venido expresamente a la boda de su vástago. .

Solveig quién en sus años de juventud había estudiado piano y hasta pertenecido a algún coro, se encargó de organizar el magnífico concierto que habría de engalanar el acto, saturando al templo de armonías, cuando a los violines y órgano se unieron las voces de cuatro cantantes para entonar pasajes del “Gloria” de Vivaldi y el “Ave María” de Franz Schubert.

Emilio y Clara, él de riguroso smoking y ella con traje largo azul oscuro, cumplieron su oficio de padrinos, mientras las graciosas madrinas de velo, arras y lazo, ataviadas con vestidos en tono rosa pálido y zapatillas del mismo color, rivalizaron en guapura, con tal distinción que bien habrían podido figurar en esas suntuosas bodas que se realizan entre miembros de la realeza europea y que oficiosamente se publican a todo color en las exclusivas publicaciones que circulan en la high society.

Al término de la imponente ceremonia, los invitados se apresuraron a felicitar calurosamente a los recién casados.

La señora Lucrecia no se cansaba de repetir el estribillo: ¡Esa es mi niña! Incrédula de que aquella chiquilla que la había visto crecer con desganado y desilusión se hubiese convertido en aquella criatura resplandeciente admirada y reverenciada por aquellos caballeros tan elegantes y damas tan bien vestidas, ¿Y qué decir del novio cuyo porte y parsimonia pregonaban al perfecto caballero?

La hermana Isolda se acercó entre tímida y recelosa a saludar a la recién casada, quién la recibió con un grito de júbilo y le echó inmediatamente los brazos al cuello.

A continuación los novios y sus invitados se dirigieron al Centro Libanés en cuyos salones tendría lugar la recepción con el consabido baile y la cena de rigor; y la llegada de la pareja motivó una entusiasta lluvia de aplausos y vivas.

Jorge aunque aparentemente resignado a perder lo que no había conseguido, conversaba con otro piloto joven, ante quién ponderaba que la desposada era una joven única, tal si tuviera una piel diferente y estuviera hecha de una carne especial. El muchacho, seguramente enamorado, no cesaba de elogiar las curvas ondulantes que convertían a Azalea, según él, en la más hermosa mujer que hubiera contemplado en su vida. El piloto lo escuchaba divertido, recetándose para sus adentros la consigna de que mujer exhibida es mujer deseada.

A poco fueron llegando en pequeños grupos sus compañeras de la Hemisphere engalanadas como si vinieran a competir en un concurso de belleza, tal era el precioso conjunto del que hubiera sido casi imposible elegir a la más hermosa, ya que se trataba de un abanico donde campeaban: trajes, maquillajes, peinados, joyas, perfumes y toda esa parafernalia femenina que hace de las Evas las sirenas de ese encantamiento que es el más embriagador de los licores.

A poco de haber concluido la exquisita cena servida por diligentes camareros, la orquesta inició el prelude de un vals que el novio comedido y galante solicitó a su consorte bailaran juntos, suscitando otra tanda de aplausos, y envidias. Observando girar aquella pareja, muchas de las compañeras de la contrayente se preguntaban de que subterfugios se habría valido Azalea para atrapar al empedernido soltero de quien medio mundo aseguraba que no se habría de casar nunca, feliz de obtener siempre cuanto mujer le gustaba sin ningún compromiso.

Jaimito no se contuvo para lanzarle a su compañera un ¡Te lo dije! que la hizo sonrojarse.

La señora Lucrecia y su anónimo acompañante Willy visiblemente amoscados y aislados, a pesar de que Azalea les había destinado asientos en la mesa honor se contentaban con sonreír agradecidos a quienes se dignaban saludarles; y la hermana Isolda revaloraba la decisión que implicaba su renuncia a vivir una fecha así.

El baile se puso en su apogeo y muchas parejas no se apartaban de la pista en los breves momentos que paraba la orquesta, los brindis menudearon y cuando la novia lanzó el ramo y la liga decenas de manos se apresuraron a recogerles.

Volvieron a repetirse los aplausos, las felicitaciones, los parabienes, el vino y la comida los había vuelto alegres y generosos y una larga fila con todas las compañeras de Azalea se formó para darle sus parabienes

Vicki, Vanesa, Mabel, Yasmín, Astrid y Sissi embadurnaron con sus besos de lápiz labial a los novios, Barbie y Gladis abrazaron a su compañera enumerándole las maravillas que iban a gozar en Hawai, y Sharon, Candy y Silvia, entregaron sus regalos; un preciso juego de aretes y collar, una bata acolchada y un juego de tocador.

A la hora de marcharse Azalea abrazó a su madre y se despidió de la hermana Isolda ofreciendo enviarles postales de Mauna Loa. Don Pascual felicitó efusivamente a su hijo alabándole el gusto por la hermosura de su consorte a la que llamó hija.

Jorge le tomó las manos y le dio un beso en la mejilla. La fiesta debió haber continuado hasta el amanecer, pero la pareja se retiró a las dos y media de la mañana urgidos de preparar el equipaje para el viaje lunamielero que la empresa les había obsequiado.

A la despedida Marco se apartó un momento para conversar con su padrino.

-Es la más formidable aventura de mi vida –admitió

-Y deseo que la dicha de este día presida para siempre tu unión. Cuidate y cuidala a ella para que así sea y recuerda siempre que lo más importante es conciliar con nuestro yo los sentimientos y la razón. Luego se volvieron a abrazar, en tanto que madrina y ahijada hacían a su vez otro tanto.

En el recién estrenado domicilio encontraron una mesa repleta de tarjetas y regalos: vajillas, utensilios de cocina, unas preciosa colcha digna de una cama de emperatriz regalo de Cynthia, y una verdadera colección de cuadros, cubiertos, cafeteras, manteles, juegos de té, floreros y cien objetos más con las tarjetas de: Alexandra, Silvia, Ivone, Pamela, Mayela, y Dunia, algunos pilotos como el capitán Franco hicieron también valiosos presentes y a Marco lo surtieron de lociones finas, juegos de plumas, pisa-corbatas, y los padrinos: Emilio y Leonor obsequiaron un servicio completo de copas de cristal de Bohemia.

Azalea pese al cansancio y la desvelada tenía incrustada la felicidad en el semblante, tal si su ternura de mujer se le hubiese impregnado en el rostro y le humedeciera continuamente los ojos

-Estoy feliz de entregarte toda mi vida. –Le dijo a su esposo.

-¡Y yo a ti la mía!- le respondió él.

En una hora prepararon las maletas y Azalea se despojó con pesar de su vestido de desesposada.

Les restaba una hora y media para llegar al aeropuerto y abordar el vuelo a San Francisco donde deberían hacer el cambio de avión para llegar a Honolulu, pero Marco al contemplar desnuda a su mujer la acometió a besos y estrenaron el flamante lecho con el primer encuentro; y en la recámara enteramente tapizada de rosa se escucharon los gemidos anunciadores del orgasmo, mientras Eva rasgaba con sus uñas largas y afiladas las espaldas de Adán potente y viril que la hacía vibrar de placer con sólo tocarla.

El baño los revivió y cuando se les vio abordar el avión lucían tan frescos tal si hubieran dormido diez horas seguidas, en las escalerillas los esperaba otra multitud de amigos y conocidos, que por diversas causas no habían podido asistir a la boda. Marco abrazó a todos y Azalea repartió generosamente besos en las mejillas y sonrisas al por mayor.

Su privilegiada posición de empleados de la Hemisphere les permitió subir los últimos al avión donde fueron recibidos en la primera clase como dos soberanos, y en punto de las ocho de la mañana, cuando el sol ya resplandeciente anunciaba un nuevo día, emprendieron el viaje de bodas a las islas del Pacífico.

-20-

/En ocasiones el hado parece prodigarnos mucho más de lo que aguardamos de la vida, y otras, desgraciadamente las más frecuentes, nos regatea, ya no se diga la más mínima migaja de satisfacción, sino que ni siquiera nos concede la gracia de poder resignarnos. Por esos momentos dichosos, casi siempre irrepetibles, vale la pena existir.

A casi 4,000 kilómetros de San Francisco, se localizan las antiguamente llamadas islas Sanwich, rosario de veinte ínsulas del pacífico norte, y hoy territorio del 50°. Estado de la Unión Norteamericana y que comprende además las islas Demiwai, todas descubiertas por Cook en 1778 y anexadas al imperio en 1898, después de haber destronado a la reina y con la resistencia de los polinesios que se negaban a ser despojados de su tierra y que desde luego fueron sofocados brutalmente. El territorio anexado cuenta con 17,000 kilómetros cuadrados y comprende las islas de: Hawai, Maule, Molokai, Kauai, Lanal, Nilhau y Kaloolave. todas volcánicas.

Hawai es la más extensa y meridional, ya que comprende 10,395 kilómetros, alojando en su territorio tres volcanes activos: el Mauna Kea con 4201 metros, el Mauna Loa que se halla en sus laderas donde se encuentra el cráter Halemaumau, y los también colosos, autores de frecuentes erupciones y sismos: el Hualalai y el Kilauea.

A la entrada de Hawai se encuentra también el volcán apagado Diamante y en Huau, principal población del archipiélago, se asientan las instalaciones de la base naval norteamericana de Pearl Harbor.

El edén tropical está surcado de cocoteros, ananás, tamarindos, bananeros y todos los árboles frutales de la costa, entre los que predominan las piñas; abundan también los bosques de koa, caoba y pándanos, y proliferan los enormes cultivos de caña de azúcar, café y arroz, cuyos productos se exportan en grandes cantidades; y aunque la actividad más remunerativa es el turismo, proporcionan a su vez excelentes

rendimientos que generan un alto nivel de vida, del que desgraciadamente y cómo sucede siempre en los lugares regentados por el imperialismo yanqui, los antiguos pobladores, legítimos dueños de esas tierras, quienes son apenas una minoría que en poco o nada se beneficia de este auge; son reservados por el racismo imperante para desempeñarse como peones en las pesadas tareas agrícolas y pesqueras, o cómo sirvientes en los hoteles donde asumen las faenas de chofer, mesero, camarera, lavandera, maletero o cocinero; si bien la esclavitud en su forma más benigna, se vuelve llevadera cuando se vive bajo un clima tropical de tipo oceánico con excelente temperatura todo el año y abundancia de lluvias en las faldas de las montañas, entonces se podría decir que la naturaleza está en perpetua fiesta y aunque los temblores de tierra causan pánico y estragos, basta dirigir una mirada en cualquier dirección para recrear los ojos en belleza.

La discriminación es imperceptible cuando se lleva dinero, como si el metal aclarara las pieles y hasta azuleara los ojos negros o castaños; y el lujoso hotel donde la pareja había de pernoctar envió al aeropuerto no sólo el transporte que había de conducir a los viajeros, sino que además media docena de sonrientes bellezas indígenas se apostaron a los lados para que al bajar del avión Marco y Azalea fueron recibidos con collares de flores que les fueron colocados en el cuello, simbolizando con aquel bouquet fresco, perfumado y reluciente, la bienvenida –por cierto irreplicable en cualquier otro lugar del mundo- con que se recibe a los visitantes.

Azalea y Marco sonriendo encantados agradecieron el florido obsequio, pero apenas llegados al hotel, se registraron y fueron conducidos a la preciosa cabaña dotada de todas las comodidades inimaginables, yacieron exhaustos, aunque el aire acondicionado atenuaba en el interior la temperatura tropical que predominaba en el ambiente, cuyo entorno estaba adornado por la más exótica vegetación.

Al siguiente día, seguramente fueron obligados a despertar por los nerviosos aleteos y trinos de una multitud de aves, pero apenas medio abrieron los ojos los volvieron a cerrar vencidos por el cansancio que los obligó a reposar hasta bien entrada la mañana.

Cuando por fin abandonaron la cabaña un cielo azul, rosa y blanco bañaba los lujuriosos jardines que rodeaban la estancia, y a lo lejos el sol, cual un enorme granate enrojecido hacia cintilar sus rayos sobre los dientes de la serranía circundante, en cuyos picos se advertía la imponente y temible presencia volcánica.

Azalea como una chiquilla en hora de recreo se plantó de inmediato un minúsculo bikini floreado y corrió apresurada en busca de la piscina donde se zambulló a placer, acompañada por la suave música tradicional, el nostálgico hula-hula, que emitían los altavoces.

Marco se demoró ocupado en la inevitable tarea de rasurarse y se presentó después de colocarse la crema bronceadora que compartió con su esposa, lanzándose luego como buen nadador, hasta que ambos hambrientos y ligeramente fatigados fueron en busca del restaurador desayuno.

Azalea se colocó una falda abierta que le dejaba una buena parte de los muslos desnudos y un abreviado sostén. Su traje era como un reflejo primaveral que más que velar resaltaba sus encantos. Marco no se cansaba de admirarla y la llenaba en todo momento de besos y caricias, encantado de recibir aquella constante vaharada de aire caliente y húmedo que traspasaba la delgadez de las ropas.

La tarde los sorprendió hartándose de frutas y mariscos y sustituyeron la consabida coca-cola por la deliciosa piña colada con su estimulante chorrito de ron, luego se pusieron a planear la exploración a las más importantes poblaciones: en Oahu,

Diamond Head y Waipahu; y sucesivamente en Waimea en Kauai; y Kalaupapa en Molokai.

Marco fiel a su costumbre se armó de mapas y después de alquilar el indispensable auto se dirigieron el siguiente día a conocer el poblado de Hilo en Hawai y el afamado parque nacional de Acotado.

Jóvenes, impetuosos, incansables, subieron laderas, sacaron fotografías, y Azalea se desprendió los zapatos para disfrutar en las plantas de los pies la frescura del pasto, luego, atendiendo a la sugerencia de Marco prescindió del brazier y sus hermosos pechos bailotearon sin la presión de la tela delgada, para encanto de su esposo que no paraba de besarlos.

Se rieron a más no poder de tres gringas gordas que mascaban estruendosamente sus chicles, mientras charlaban con su incomprensible jerigonza, aumentense su fealdad y estupidez y se tendrá el perfecto retrato de sus grasientas humanidades coronadas por sombreros anchos que les volvían más grotescos sus rostros insípidos, donde los ojos se les habían convertido en dos aberturas.

En contraste la belleza latina y la juventud de Azalea resplandecían, sus cabellos sobre el hombro izquierdo, como a ella le gustaba desparramarlos, la hacían verse realmente adorable.

Accedieron a un masaje que les expertas manos de las indígenas les hicieron revivir como nuevos.

Y los abundantes manjares les compensaron ampliamente las energías consumidas en maravillosas noches de amor.

Un día, casi asustados, reconocieron que debían abordar el avión que los devolviera a Los Angeles, para continuar casi inmediatamente a México.

Los esperaba su nuevo hogar.

Dejaron Hawai con tristeza. Habían vivido unos días inolvidables; mientras volaban de regreso lamentaron que la imposibilidad de disponer de más tiempo les hubiese privado de conocer Haliakla en Maul y Kilauea, pero tenían la vida por delante y otro día podrían retornar.

¿Qué importaba Hawai si se tenían uno al otro?... lo más importante no era dejar las ciudades, que se quedaban allí, esperando su regreso, sino no perderse uno al otro, y seguir tan juntos, como en aquel día en que no pudieron salir de la cabaña porque llovió mucho. ¡Si los buenos recuerdos se pudieran quedar en nosotros para siempre, cuando vienen las horas tristes, seríamos mucho menos desgraciados!

## **SEGUNDA PARTE**

-1

La paz, esa anhelada y buscada paz se instaló en el hogar de los Ordoñez. El apuesto piloto, si cabe decirlo cada día más enamorado de su esposa, cambió radicalmente su vida; ya no era el insaciable buscador de aventuras a quién sólo excitaba lo novedoso para caer después en la monotonía, el hastío, la desilusión y el vacío, ese profundo vacío que no se llena jamás con las aventuras transitorias y que apenas deja la mediocre satisfacción de añadir una conquista más a la inacabable lista; o acaso en el mejor de los casos, una reafirmación del poder de persuasión, de la masculinidad, del desfogue sexual o de la buena suerte; que se habían ido volviendo inevitablemente cada vez más borrosos hasta evadirse totalmente de sus recuerdos.

Ahora todo se había vuelto diferente, porque cada palabra, cada gesto, cada entrega de la mujer adorada significaban momentos inolvidables, remembranzas que se iban atesorando en el joyel del corazón. Marco amaba. Confiaba. Creía. Y ella, Azalea, se volvía más mujer; sus encantos ya no eran la carnada para muchos, sino reservados para uno solo. Y para su esposo se arreglaba, para él y sólo para él elegía los vestidos que mejor acentuaban su belleza, las prendas interiores que sabía que le excitaban, el perfume que ya no sólo se esparcía en el cuello o bajo el hueco de los oídos, sino que ahora solía desparramarlo por todo su cuerpo al que cuidaba con mayor esmero, porque era su ofrenda para el amado, el sagrado vaso donde él depositaba su pasión, la piel que él y sólo él acariciaba, los cabellos, los senos, las nalgas, donde sus dedos devotos se posaban, obsesionado por sus redondeces.

Azalea se transformó a su vez, y si bien continuó siendo eficiente, cubriendo sus asignación con puntualidad, se volvió cada vez más reservada, rechazando insinuaciones, disculpándose por no asistir a fiestas y cuando no volaba al lado de su marido, se posesionaba en cada pernocta en la intimidad de su cuarto, del que no salía más que para tomar el desayuno o refrigerio, si bien en algunas ocasiones prefería consumirlo en la habitación. Alguna vez visitaba tiendas donde elegía una corbata que sentara bien con un traje de Marco, la loción que pudiera agradarle o cualquier objeto o adorno que decorara su hogar. Con particular empeño divulgó su condición de mujer casada, sintiéndose orgullosa de llamarse una señora y por lo tanto acreedora al respeto y a la consideración de los demás. Ahora tenía a su lado un varón que la protegía, que velaba por ella y que reclamaba con cada detalle su presencia. ¡Y ella se sentía feliz de pertenecerle! De ser exclusivamente suya, de sentir que no sólo su cuerpo, sino sus pensamientos, su voluntad, cuanto representaba su persona, eran para él, y de que ella, era sólo la cuidadora, la depositaria de cuanto sumaba, encantada de concluir que ambos eran uno, y que él también le pertenecía. Y los dos se desvivían por coincidir en el trabajo, por concederse todo el tiempo, regateándose a los demás. Aquel empeño por estar siempre juntos, por tenerse y gozarse uno al otro llegaba al extremo de que cuando tenían que estar separados se programaban a una hora para aproximarse con el pensamiento, burlando así a la distancia física, y luego cuando volvían a reencontrarse en el hogar, en el aeropuerto, en algún restaurante, se volvían a abrazar, a besar en frente de todos, aún cuando hubieran dejado de verse apenas unas pocas horas antes.

Marco y Azalea vivieron intensamente un matrimonio, que tenía más de noviazgo, de luna de miel prolongada, o mejor aún de relación de amantes que deliran por encontrarse. Se rieron de los psiquiatras que pronosticaban una duración de cuatro meses a la pasión amorosa, antes de empezar a deteriorarse o de plano a extinguirse; su amor superó las crisis o distanciamientos que salpican la dicha de los casados y cuando la gregaria necesidad de la convivencia los obligaba a aceptar invitaciones, jamás asistieron solos, sino siempre en pareja, coincidiendo con matrimonios establecidos, entonces, los anfitriones tenían que soportar que sus invitados parecían interesarse más en conversar, mirarse y besarse entre ellos, que en alternar con quienes habían solicitado su compañía. Aquello resultaba descortés y aburrido. Otro tanto sucedía cuando los Ordoñez invitaban a otra pareja, entonces si bien era recibida con amabilidad, a los diez minutos era totalmente ignorada y debía resignarse a sonreír ante los interminables besuqueos de sus amigos, que ni siquiera se enteraban de que también los demás tenían derecho a ser atendidos y escuchados, y cuando al fin se marchaban, Marco y Azalea sentían casi un alivio y se lanzaban uno a los brazos del otro sin importarles en lo más mínimo la presencia de Ursula la sirvienta, que terminó por acostumbrarse a sus devaneos.

Algunas tardes el matrimonio ponía música suave y ambos se ponían a bailar, y si el teléfono repiqueteaba poco les importaba contestarlo o lo hacían con palabras breves pretextando prisa, al cabo se trataba de los demás, de los extraños a su mundo, de los excluidos, porque a la pareja sólo interesaba lo que concernía al otro. Un día resolvieron finalmente que Azalea se embarazara y la idea de un hijo los ilusionó a tal grado que acordaron que para mayor cuidado de la criatura, Azalea tendría que renunciar a la Hemisphere. Ella lo aceptó sin pestañear, después de todo su vida, como la de cualquier mujer, estaba allí, en el hogar y al lado de su marido; ya había degustado el placer de volar, de ganar y disponer de su propio dinero, ahora estaba decidida a ser lo que apenas unos años antes la hubiera casi horrorizado: una madre cuidando a un hijo, es decir al hijo de él, de su hombre, de su dueño.

-2-

Pero la felicidad no es la constante de los humanos, sino apenas una chispa luminosa, semejante a la de los juegos pirotécnicos que apenas se encienden por unos segundos y ya están comenzando a extinguirse haciendo retornar más negra a la negrura.

Aquella mañana el capitán Ordoñez amaneció inquieto y malhumorado pues había tenido que dormir solo, su consorte había salido la noche anterior a Denver y él debía emprender por la tarde un vuelo a Santa Fe de Bogotá que despegaría a las cinco de la tarde.

Refunfuñó a la sirvienta que el omelette de queso estuviera mal sazonado, dio algunos tragos al café, mordisqueó un panecillo y llamó a su esposa por teléfono, quién como supuso se encontraba dormida. Azalea le respondió soñolienta, pero al escucharlo se repuso de inmediato.

Les quedaban tres o cuatro días de trabajo y luego disfrutarían juntos de sus intocables que siempre procuraban planear con antelación, eligiendo entre cumplir con algunos compromisos sociales pendientes, ir de excursión al campo, o mejor quedarse en casa donde Marco ensayaba hacerla de chef preparando sofisticados platillos cuyas recetas había conseguido en sus numerosos viajes por países lejanos y que ofrecía a su esposa procurando agradarla, y quién anotaba cuidadosamente los ingredientes, las cantidades y los modos de hornear, cocer, freír, marinar y presentar los platos. Ursula, la sirvienta, se quejaba de que después de cada intromisión del señor a la cocina, ésta quedaba convertida en un caos, ya que utilizaba todas las vasijas y desparramaba residuos de comida sobre los muebles y piso.

Pero una vez enterado de los pormenores del vuelo a Denver Marco le preguntó -¿No te agradaría conocer algunas de las antiguas haciendas de San Luis Potosí, aunque seguramente no todas habrán de conservarse bien, resultará interesante enterarnos cómo vivían nuestros abuelos.

-Por esta vez preferiría que nos quedáramos en casa, -le respondió ella- después de tanto ajeteo de estos días, seguramente tendrás deseos de cocinarle algo rico a tu antojadiza mujercita.

Marco condescendió al instante.

-Lo dejaremos para otra ocasión.

-Lo dices de un modo...

-Es que me había entusiasmado con la idea, leí un interesante reportaje en México Desconocido, pero haremos lo que tú quieras..

-No te arrepentirás de ser galante –advirtió ella- porque es posible que te de una sorpresa.

-¿Una sorpresa? ¿Qué sorpresa?

-¡Oh! después te lo diré, si no, pues no será sorpresa.

-Me dejas intrigado.

-Pero confío que cuando lo sepas te pondrás muy contento –pronosticó ella-

Marco titubeó picado por la curiosidad pero se abstuvo de insistir y después de una calurosa despedida colgaron. El capitán se puso de mucho mejor humor, aunque cavilando mil conjeturas, y ella, volvió a acurrucarse en su cama de hotel dispuesta a continuar con el sueño interrumpido.

A las tres de la tarde el piloto portando ya el impecable uniforme se reportó en las oficinas de la Hemisphere. Allí volvió a llamar a su consorte.

-Me tienes en ascuas –le dijo nervioso- ¿Cuál es la sorpresa?

Azalea se rió de la impaciencia de su esposo.

-¿No te lo imaginas?

-Me supongo que será alguna chuchería que has conseguido para la casa, o tal vez un bonito vestido ¿No es así?

-¡Eso no sería sorpresa!

-Entonces...

-Imagínate que dentro de poco vamos a ser tres.

-¡Azalea! –exclamó Marco lleno de gozo y su voz sonó tan fuerte que propició que todos se volvieran a observarlo. -¡Eres un encanto! ¡Eres maravillosa! ¡Sí, lo más maravilloso que hay sobre la tierra!

Los compañeros que ya se alistaban para el vuelo se miraron sonrientes.

-Mira a Don Juan- dijo Esmirna al copiloto.

Marco habló otros cinco minutos con su esposa y luego abandonó apresurado la oficina y se encaminó al avión que ya estaban aprovisionando. Saludó eufórico al ingeniero de vuelo y al copiloto.

Silvia y Esmirna se adelantaron a darle la mano.

Veinte minutos después los pasajeros iban tomando posesión de sus asientos.

-3-

En la cabina de mando, el copiloto y el ingeniero de vuelo con los audífonos puestos informaron a Ordoñez del reporte que anunciaba mal tiempo

-Hay un huracán.- Advirtió el copiloto

-Ya estamos acostumbrados a eso capitán Iriarte.-respondió Marco.

-Por si las dudas, sería mejor apartarnos de la zona turbulenta, tomar otra ruta –propuso el ingeniero de vuelo.

-Ya veremos, eso nos representaría más tiempo y me gustaría llegar a la hora precisa a Bogotá.

En realidad Marco aunque actuaba siempre como un profesional atento y cuidadoso, se encontraba aquella tarde bastante distraído pensando seguramente en la noticia que su esposa le acababa de dar.

A las cinco en punto de la tarde la torre de control les autorizó que podían despegar, se cerraron las puertas, retiraron las plataformas de embarque y tripulantes y pasajeros se previnieron para iniciar el despegue, y Marco con su habitual pericia condujo el tubo viajante a los cielos.

La tarde lucía espléndida en el valle de México, el sol derrochaba sus oros, una luz aperlada parecía presidir las alturas, si bien cuando atravesaron un denso manto de

nubes y el firmamento lució limpio, se adivinaba muy a lo lejos una bruma opalescente. Pronto el avión se horizontalizó, calmado, imperturbable, aparentando que se deslizaba lentamente, aunque en realidad volaba a casi ochocientos kilómetros por hora.

Jaimito había terminado de distribuir los diarios atrasados de la mañana, y se disponía a ayudar a sus compañeras, que a su vez acababan de repetir la rutina indicando a los pasajeros la ubicación y el uso de mascarillas y paracaídas, luego Silvia se puso a repartir visas y formatos aduanales, mientras las otras chicas empezaron a aprovisionar los carritos para la primera ronda de bebidas.

Una hora después se escuchó la voz del comandante informando a los pasajeros que volaban a 38,000 pies de altura, que la temperatura exterior era de 39 grados bajo cero y que estaban atravesando la frontera mexicana, luego agregó que la hora estimada de llegada sería a las diez de la noche tiempo local, y que deseaba que todos disfrutaran del vuelo.

A las 19:00 horas se sirvió la cena que transcurrió tranquila y sólo cuando Jaimito repartía el café una bolsa de aire le hizo derramar el líquido sobre la alfombra.

Hasta ese momento todo el mundo se percató de que a través de los ventanillos se empezaba a transparentar una intensa neblina, la nave se encontraba atravesando por un nutrido banco de nubes provocando los consiguientes bamboleos lo que originó que se encendieran los anuncios de apretarse los cinturones. Silvia y Denia aferrándose a los guarda equipajes revisaban minuciosamente que todos los pasajeros mantuvieran rectos los asientos y permanecieran sujetos.

Media hora después el piloto anunció que estaban dentro de una fuerte turbulencia y que recomendaba por lo tanto que mantuvieran la calma y evitaran abandonar los asientos, para entonces la neblina exterior era absoluta y las nubes negras danzaban una macabra danza.

Ordoñez pese al optimismo con el que había iniciado el vuelo, estaba inquieto y sudoroso, se había desprendido del saco y tenía los ojos clavados en aquella sombra espesa medio alumbrada por el reflector de la nave, el copiloto y el ingeniero de vuelo lucían también fatigados y Marco comentó que se sentía ligeramente mareado.

Las muchachas incapaces de mantenerse en pie se habían ido a sentar muy juiciosas, sujetándose los cinturones de seguridad, y sólo Jaimito manteniéndose de pie tenía humor de chismear con Esmirna.

-Mala suerte que encontramos mal tiempo –comentó.

-Pero afortunadamente estamos en manos del as –le respondió ella auto-consolándose con la pericia del comandante.

-Esperamos que nos saque con bien de esta –respondió el sobrecargo- el amor desgasta y el practicarle con exceso puede hacer que se debilite la capacidad física...

-¡El amor? –respondió la pelirroja- ¿Y que tiene que ver el amor con el trabajo? Yo veo que Ordoñez sigue igual, exactamente cómo siempre lo hemos visto.

-Y además ¿Tú que sabes de eso? –intervino Cyntia que no perdía el hilo de la conversación- Lo mejor es no meterse en las vidas ajenas.

-Yo no más digo que como el capitán está muy enamorado, se la debe pasar cogiendo a todas horas.

Pero las chicas no alcanzaron a responderle. Una violenta sacudida lanzó al muchacho por tierra, que apenas se repuso se fue a sentar muy asustado atándose con el cinturón. Denia tuvo la osadía de replicarle

-Ahí te va por entrometido.

No alcanzó a decir más porque la voz de Marco se escuchó para anunciar que debido al mal tiempo se iban a ver obligados a efectuar un aterrizaje de emergencia, probablemente en algún lugar de la costa, Barranquilla o Cartagena.

-Las emergencias son asunto que debe resolver el comandante –opinó Silvia, pero sus palabras se perdieron.

Ahora la nave parecía que era sólo la débil hoja de un árbol arrastrada al capricho del viento, una precaria señal luminosa encendida en señal de peligro relampagueaba, haciendo ver de vez en cuando un cielo turbulento mientras la furiosa tormenta sobre el mar Caribe azotaba con furia inaudita los flancos del pájaro de acero.

En la cabina de mando se esforzaban por seguir la línea de la costa tratando de llegar primero al aeropuerto Barranquilla y al medir sus dificultades para aterrizar Marco optó por intentarlo en el de Cartagena, bastante inadaptado por cierto para recibir el 747, no obstante el copiloto, atendiendo a las instrucciones del comandante, solicitó permiso y facilidades para aterrizar, que desde luego le fueron concedidos.

A las 20:05 se empezó a divisar un mínimo resplandor que conforme iba descendiendo la nave se volvía más preciso. Era Cartagena..

Ordoñez advirtió a sus pasajeros que se dispusieran para un aterrizaje de emergencia. Las sobrecargos entrenadas para dominar el miedo e inspirar confianza, permanecían aparentando serenidad y sólo Jaimito a quién la humillante caída le había cerrado la boca asistía ligeramente pálido.

El aterrizaje se iba dando gradual, las muchachas sabían que la menor falla podía ser mortalmente peligrosa. Al irse acercando a tierra se accionaron todos los motores y turbinas y el aparato fue aminorando la velocidad. Se escuchó bajar el tren de aterrizaje y se bajaron las escotillas para ir frenando, no obstante las alas no parecían propicias para enfrentar la tempestad. y el forzoso aterrizaje; las luces de Cartagena se fueron haciendo cada vez más evidentes provocando que se apreciara la tormenta en toda su pavorosa intensidad. En la cabina el copiloto señaló una montaña que surgió de pronto como puesta por un genio demoníaco, se diría que estuvieron a punto de rozarla, pero la evadió la pericia de Marco. Tres minutos después el aparato se cimbró fuertemente como si se fuera a deshacer y cayó con una pesadez brutal, entonces se escuchó el chocar de las llantas sobre el pavimento de la pista, resbalando vertiginosas y haciendo desfilar ante los empavorecidos pasajeros, algunos con los ojos desorbitados, todo el arsenal aeroportuario; en esos aciagos momentos hubo rezos, maldiciones, pánico, risas forzadas, caras pálidas, mareos, alguien que se mordió las uñas, un niño que gritaba a todo pulmón y hasta una señora que anunció iba a dar a luz. La nave engullía la cinta asfáltica que resultaba con seguridad insuficiente, a gran velocidad, y cuando el pavimento de la pista estaba a punto de terminar Ordoñez hizo un supremo esfuerzo para evitar estrellarse frente a un cúmulo de rocas y ante el inminente peligro impulsó el avión fuertemente hacia la derecha; la desesperada maniobra si bien aminoró lo que hubiera sido un choque fatal al que habría seguido inevitablemente un incendio con la consabida muerte de muchos pasajeros y tripulantes no los libró de ir a estrellarse contra un hangar, ocasionando que la trompa del aparato se dañara seriamente. El ingeniero de vuelo golpeado con el brutal impacto comenzó a sangrar, y el copiloto más pálido que un muerto se incorporó como pudo después de hacer el último esfuerzo por detener la nave. Pronto se escucharon las sirenas de las ambulancias y del equipo contra incendios.

En la cabina todo se convirtió en una horrible confusión, aparentemente nadie tenía una herida mortal, si bien algunos habían sufrido golpes contusos, pero todos habían visto muy de cerca el rostro de la muerte. Los gritos y los lamentos se volvieron ensordecedores. Las azafatas y Jaimito que se habían desprendido de sus cinturones, con los rostros desencajados acudieron a calmar a los pasajeros, conminándolos a abandonar la nave, siempre con el temor latente de que se produjera un incendio. La escena no pudo ser más caótica, el terror se había apoderado de todos, se abrieron las puertas del avión y hubo quién se empeñaba en saltar a tierra enfrentando el riesgo de romperse una

pierna o la cabeza, Esmirna y Silvia aunque asustadas procuraban calmar a todos, advirtiéndoles a gritos:

-¡Conserven la calma, el peligro ha pasado, ahora vendrán a recogerlos!

Cinco minutos después, chorreando agua entre truenos espantosos y relámpagos se aprontaron escalerillas y los asustados pasajeros comenzaron a abandonar el avión.

Una ambulancia recogió al ingeniero quién sangraba abundantemente, el copiloto aturdido, mudo, aunque sin una herida visible miraba aterrorizado a su alrededor como si la tragedia lo hubiera idiotizado, los camilleros que debieron subir a la cabina en busca de víctimas encontraron a Ordoñez que yacía clavado sobre los controles, se pensó que desmayado, pero tan pronto intentaron acomodarlo sobre una camilla, al moverlo de su lugar el hombre lanzó un grito espantoso, desgarrado.

Cuando los médicos del hospital lo desnudaron después de aplicarle una inyección que le ayudara a soportar los agudos dolores que le obligaban a lanzar desesperados quejidos, detectaron que tenía rota la columna vertebral.

-4-

Durante su pernocta en la ciudad de Denver, Azalea había aprovechado las primeras horas de la mañana para pasear por las riberas del río South Plate y el arroyo Cherry, luego tomó algunas fotos frente a la fachada del colegio Loretta Heights y deambuló una hora por el Museo de Historia Natural, a las dos de la tarde regresó al hotel, y mientras caía un fuerte aguacero aprovechó para comer un sandwich y una ensalada en el restaurante de comida rápida, recibió complacida la llamada de Marco, y con tranquilidad se dispuso a descansar un par de horas, a fin de soportar mejor la jornada de trabajo que le esperaba, cuando se levantó, al mirar por la ventana se percató que aún caía una lluvia fina sesgada por el viento empecinado en soplar hacia la izquierda. Se hizo un peinado rápido, se maquilló y con el tiempo justo se plantó el uniforme disponiéndose a abordar con sus compañero la camioneta que los habría de conducir al aeropuerto; esta vez Jorge formaba parte de la tripulación lo que propició que la hubiese recibido con sincera alegría, aunque ella apenas le había correspondido con un desabrido apretón de manos, en realidad lo único que le importaba era regresar a México para reunirse con su esposa, imaginando como habría de recibirla después de haberle comunicado la buena noticia; seguramente les esperaba mucho que hacer, desde acondicionar un espacio para el bebé, comprar una cuna, adquirir adornos, juguetes, ropas y todo cuanto fuera necesario para recibirla, los meses faltantes se irían volando y ella, mientras le fuera posible disfrutaría cumpliendo lo mejor posible con su trabajo al que seguramente más tarde tendría que renunciar; por lo pronto, lo que le parecía más importante era saber si se trataba de un varoncito o de una niña, aunque sin predilección por uno u otro sexo, la certeza de que iba a ser madre le proporcionaba una anticipada alegría, recibiendo a los pasajeros con una cálida sonrisa y un amable: ¡Bienvenido a bordo! mirándoles a los ojos, lo que despertó la curiosidad de Nancy quién le preguntó: -¿Y ahora tú por qué estás tan contenta?

Azalea se sonrió por toda respuesta y una hora después de iniciado el vuelo se la vio muy sonriente repartiendo bebidas en primera clase. Por ahora deseaba guardar su secreto, ya lo descubriría a tiempo y sospechaba que seguramente sería un motivo de legítima satisfacción.

Pero la vida parece que no quiere concedernos nada completo sino la desgracia.

Es factible suponer que los astros dictan e influyen en nuestros destinos y que conocen nuestros más profundos secretos y hasta el misterio de nuestras vidas anteriores y futuras y hasta no del todo descabellado creer también que detrás de los signos

zodiacales está Dios, el Gran Dios de todo y de todos, el Dios universal, el Anubis de los egipcios, el implacable juez que preside el tribunal del karma, decretando su voluntad, trazando con mano implacable lo que ha de ocurrirle a cada uno de sus hijos en cada momento de su vida, y expresándolo en ocasiones anticipadamente, en los sofisticados jeroglíficos de esa ciencia tan vieja como la humanidad misma que los caldeos dieron por llamar astrología, y que es la legítima madre de la ciencia astronómica.

Bajo esta premisa, podríamos también aceptar que no vencemos a la vida, ni doblegamos al destino, ni mucho menos que nos sería posible desandar el camino del que es imposible separarnos un solo milímetro, y que por lo tanto, tampoco resultaría disparatado imaginar que nuestras vidas semejan una enorme pantalla blanca donde ese poder oculto va proyectando a su voluntad: el decorado, el ambiente y la trama, sobre la que habremos de actuar inexorablemente, tal si sólo fuéramos actores sujetos a un script preconcebido, en otras palabras, unas pobres marionetas atadas a los hilos pendientes de una fuerza superior, y a quienes no obstante, les ha sido concedida la patraña de que son poseedores del ilusorio libre albedrío, lo cual no pasa de ser una mentira piadosa, por no llamarla una superchería, porque los terrícolas somos tan ignorantes que ni siquiera sabemos porque nacimos y por que debemos enfrentarnos y superar la penosa cuesta de vivir y de tener que enfrentarnos al dolor que presupone la muerte física. Y ante tan desconsoladoras conclusiones debemos también admitir que los ignorantes ni pueden, ni saben elegir y por lo tanto no son libres.

-¿A que hora vamos a llegar? –le preguntó un señor entrado en años a la amable sobrecarga..

-Estamos un poco retrasados –le respondió ella- pero no creo que sea sino hasta después de media noche. –aclaró ampliando su sonrisa- pero confío que aunque un poquito más tarde, llegaremos con bien. –La cálida sonrisa de Azalea y otro trago debieron tranquilizar al pasajero quién hundió los ojos en la inmensidad oscura buscando no se que horizontes inalcanzables.

Conforme se iban acercando a la ciudad de México la joven se fue poniendo más inquieta y cuando vio a sus pies las luces moradas sobre la pista de aterrizaje le pareció que se estaba acercando un poco más la tan deseada hora de reunirse con Marco y se puso a planear la bata, el peinado y el maquillaje que elegiría para recibirlo al día siguiente cuando él regresara de Sud-América. Qué lejos estaba de imaginar que apenas se abrieron las puertas del avión para permitir el descenso de los pasajeros la estaban aguardando dos empleados de la compañía.

-Señora –le dijo uno de ellos adelantándose- es preciso que nos haga el favor de acompañarnos a la oficina, tenemos algo urgente que comunicarle

Azalea no alcanzó a percibir claramente que podía ser lo urgente y respondió:

-Aún debo despedir a mis pasajeros.

-Deje eso por favor –dijo el otro- sus compañeras se encargaran de ello.

Azalea entró a la cabina y extrajo su maleta y su abrigo.

-¿Qué es lo urgente? –les preguntó.

-Su esposo ha tenido problemas.

-¿Problemas? ¿Qué problemas? Respondió ella palideciendo.

Azalea los siguió apresurada, de pronto uno de sus tacones altos se atoró en un peldaño de la escalerilla y la muchacha después de perder la zapatilla rodó hasta el piso, lastimándose aparte del pie todo el cuerpo; instintivamente había adelantado los brazos, los codos, las manos y las rodillas. Con la estupefacción y alarma derivados del grito de una pasajera quién alcanzó a presenciar el percance, acudió la tripulación, algunos pasajeros y los empleados que ya habían acercado sus góndolas para desembarcar los

equipajes, Jorge apenas se enteró de lo ocurrido acudió a auxiliarla inmediatamente procurando indagar el alcance de los golpes, pero apenas había conseguido ponerla en pie cuando acudieron en su ayuda los empleados del aeropuerto que la condujeron con solícitos cuidados a la enfermería. Allí recostada sobre la mesa de exploración después de medio desnudarla la revisó el médico quién afirmó no haber encontrado ninguna fractura, si bien los golpes sufridos sangraban mucho, lo que obligó al galeno a inyectarla para proporcionarle tranquilidad y luego a limpiarle cuidadosamente las heridas, desinfectándolas y aplicando un coagulante que impidiera la hemorragia, luego vendó los tobillos, una rodilla, codos, brazos y las palmas y falanges de las manos que si bien no sufrieron una lesión seria estaban muy maltratadas. Con las uñas quebradas y dos dedos en la mano derecha, que sin estar dislocados se habían inflamado mucho con el impacto, y no obstante estar bajo el poderoso efecto del calmante administrado, ella se pronunciaba renuente de perder el conocimiento y mascullaba algunos vocablos que contenían la súplica de que por favor le informaran que percance había sufrido Marco, Jorge quién no se había apartado un instante de su lado, intentaba tranquilizarla y el médico empezó a verificar su presión arterial y el funcionamiento de su corazón, mientras a los pocos minutos el sedante hacía su bienhechor efecto.

-Ahora está bajo un stress muy fuerte y debe descansar –anunció el galeno a sus compañeros que se fueron reuniendo para conocer el estado de su compañera. Jorge decidió que pasaría la noche allí hasta que la paciente se restableciera y los demás fueron desfilando poco a poco, mientras el médico ordenaba a la enfermera administrar algunos medicamentos más tarde.

Fue hasta las once de la mañana del siguiente día cuando Azalea empezó a recuperarse y apenas despierta su primer pensamiento fue indagar en que había consistido el percance de su esposo. En vano trataron de detenerla, ella se levantó apenas cubierta con una bata blanca y empezó a dar voces, al fin el médico de turno ofreció que inmediatamente llamaría a la Administración de la Hemisphere, para solicitarles que sin tardanza informaran a la paciente de los pormenores de lo que había sido el accidente; mientras ella mordiéndose las uñas, llorando, gimiendo, con una desesperación que conmovía esperó casi veinticinco minutos para que llegaran precisamente los mismos funcionarios que la noche anterior la habían ido a buscar a su llegada. Al verla en tal estado de desolación ellos intentaron minimizar el hecho

-Se trató de un aterrizaje forzoso en la costa del mar Caribe motivado por el mal tiempo. El comandante que había capeado el temporal durante todo el vuelo tuvo que aterrizar en el aeropuerto de Cartagena, no obstante que éste no reunía las condiciones adecuadas para recibir al 747. En el descenso impulsado por una alocada carrera, se vio obligado a desviar el avión fuera de la pista, realizando una maniobra verdaderamente audaz, digna del primer piloto de la Hemisphere, quién para evitar estrellarse empleó esa estrategia procurando salvar la integridad física de tripulantes y pasajeros.

Azalea impaciente seguía el relato con los ojos vidriosos, sentada sobre el lecho y con medio cuerpo vendado.

-Y luego, y luego –exigió nerviosa- ¿Qué es lo que pasó? ¿Qué le sucedió a mi esposo?

-Bueno, pues que fue una hazaña heroica lo que hizo...

-¿Pero que le pasó a él? –insistió impaciente.

Los hombres se miraron consultándose con los ojos cual debía ser la respuesta

Azalea nerviosa gritó:.

-¡Díganme que pasó!

-Buen... -dijo uno de ellos- el avión... se contuvo finalmente.

Un temblor repentino sacudió todo el cuerpo de la muchacha.

-Pero Marco ¿Cómo está? ¿Qué le pasó?

-Pues... se golpeó un poco, naturalmente... -explicó el hombre.

-¿Un poco? ¿Quiere usted hacerme el favor de no desesperarme más?

-Bueno, -habló por fin el otro- el aparato sufrió un choque contra un hangar, y claro tanto el comandante Ordoñez como el copiloto fueron golpeados... naturalmente... y sufrieron algunas lesiones.

Azalea agrandó los ojos y lanzó un grito desplomándose desmayada. Jorge la recibió en brazos y la acomodó nuevamente en la cama.

Debieron aplicarle nuevamente otro tranquilizante que ya no consiguió otro efecto que el de medio adormecerla por el fuerte stress que padecía y aún bajo los efectos del medicamento se levantó después de cuatro horas si bien padeciendo un intenso mareo que le impedía mantenerse equilibrada. Deseaba ir inmediatamente a Colombia y después de hablar telefónicamente con funcionarios de la empresa, el Gerente de Tráfico quien aceptó tomar su llamada, la convenció de que no era necesario hacer un viaje tan precipitado, pues lo más probable era que en cuanto se encontrara mejor el comandante Ordoñez sería trasladado a la ciudad de México.

-Ahora lo importante es que usted conserve la calma y se restablezca completamente – recomendó el funcionario- para que en cuanto su esposo pueda regresar la encuentre en buenas condiciones.

-¿Pero a qué horas regresará? ¿Cuándo lo podrán traer? –Inquirió ella hecha un mar de llanto.

-No lo sabemos aún –le respondió el funcionario- No depende de nosotros, sino de que los médicos que deben estarle atendiendo en el Hospital de la localidad, le permitan abandonarlo.

Azalea colgó el teléfono y decidida a salir de la enfermería y plantarse ante los dirigentes de la compañía exigió su ropa que finalmente y para evitarle otra crisis le fue devuelta.

-Su ropa interior está manchada de sangre –explicó la enfermera- voy a intentar conseguirle algo...

-Yo debo traer en mi maleta...

El doctor se acercó para preguntarle:

-¿Estaba usted embarazada?

-¿Por qué me lo pregunta? ¡Estoy! -Aseguró ella- Debo haber pasado el segundo mes.

-Me temo que ha perdido momentáneamente...

-¿Qué he perdido? ¿Qué cosa he perdido?

Se sintió húmeda y apercibiéndose de lo que se trataba gritó:

-¡He perdido a mi hijo! ¡Mi hijo! ...

-¡Por Dios señora! ...¡Ningún hijo todavía! Apenas se iniciaba...

-Pero ella no le escuchó y volvió a gritar:

-¡Perdí a mi hijo!

Y entre desesperados sollozos hundió el rostro entre las manos, mientras el doctor y las enfermeras trataban en vano de controlarla, en tanto en la antesala Jorge quien había retornado portando un enorme ramo de rosas, aguardaba el momento de hablar con su compañera.

Al hospital de Bocagrande situado en las afueras de Cartagena fueron trasladados: Marco, el ingeniero Santiago Domínguez, el piloto Salvador Iriarte y ocho

pasajeros que además de haber sufrido lesiones que ameritaron internación se hallaban seriamente afectados del sistema nervioso, dos de ellos, un hombre adulto y una joven padeciendo un fuerte traumatismo psíquico, que de no ser atendido rápidamente podría acarrearles severas consecuencias.

De todos ellos el comandante resultó ser el paciente de mayor gravedad por lo que fue sometido inmediatamente a una pronta evaluación de los médicos quienes decretaron la extremada urgencia de practicarle una intervención quirúrgica para salvarle la vida; y apenas se obtuvo tanto de la Hemisphere cómo del director del aeropuerto la autorización indispensable, fue llevado al quirófano donde se hicieron cargo de él los más calificados cirujanos del nosocomio auxiliados por un anesesiólogo y un traumatólogo traído expresamente de Bogotá.

La operación dio comienzo pasadas las cuatro de la tarde.

Al filo de la media noche del siguiente día que siguió al percance, se presentó el gerente de la Hemisphere en Bogotá Douglas Harrison acompañado de dos funcionarios locales de la compañía, quienes se encontraron con el sombrío cuadro que ofrecía la tripulación del desafortunado vuelo reunida en el hospital: Cyntia, Solveig, Esmirna, Silvia, Denia y Jaime, temblando de angustia, con los ojos hundidos en profundas ojeras, al borde la histeria y rodeados de autoridades locales, empleados aeroportuarios periodistas y comunicadores de la estación televisiva.

Los funcionarios saludaron de mano a cada uno de los atribulados miembros de la empresa, recomendándoles guardar calma, y advirtiéndoles que al día siguiente cuando se valoraran los peritajes tendrían que responder a un exhaustivo cuestionamiento por lo que convenía que conservaran la lucidez y descansaran.

Silvia respondió casi desafiante.

-Por ningún motivo habremos de separarnos de aquí hasta no enterarnos del estado que guarde el comandante Ordoñez después de la intervención.

Harrison se abstuvo de responderle aunque ya se había dispuesto que la tripulación debería trasladarse a Bogotá para conectar a México inmediatamente.

A la una y media de la madrugada, con la bata manchada de sangre, portando aún la gorra y el tapabocas, sudoroso y con las inequívocas trazas de una intensa fatiga, tal si hubiera acabado de salir del sepulcro, apareció el doctor Rafael Losada a cuyo cargo había estado la intervención, seguido de otro médico de cabello entrecano, portando anteojos y de baja estatura, quién fue presentado como el doctor José María Arias, ortopedista y traumatólogo.

Esmirna se adelantó a abordarlo:

-¿Cómo se encuentra el capitán? –preguntó clavándole los ojos.

-Su fortaleza física le ha favorecido –respondió evasivo..

-Eso no nos dice nada –declaró el gringo, con la habitual prepotencia con la que esta gente suele tratar a todo el mundo

Losada le miró de arriba abajo, entonces uno de los acompañantes del funcionario se adelantó empleando un tono más comedido, mientras eran rodeados por autoridades y periodistas.

-Doctor Losada buenas noches. Soy el licenciado Daniel Salcedo sub gerente de la Hemisphere en Sud-América el señor Harrison es nuestro gerente general.

-Debo informarle –declaró el galeno- que el estado del capitán Ordoñez es bastante delicado, si bien mis colegas y yo opinamos que si su buena constitución física logra superar las consecuencias de la intervención, podría irse recuperando gradualmente...

-Doctor, no dudamos que usted y sus colegas han hecho el mejor esfuerzo –añadió el director del aeropuerto.

-Sin duda, sólo que el estado del paciente es crítico. El impacto tocó órganos vitales y...

-¿Y que doctor? –preguntó Jaimito con la voz quebrada por los sollozos.

-El paciente presenta dos graves problemas que han ameritado una intervención en los órganos lesionados: estómago, hígado, intestinos, a ello nos hemos avocado procurando contener una hemorragia que podría llegar a ser mortal, estimamos que los esfuerzos por colocar y rehabilitar los órganos dañados resulten exitosos y sea posible propiciar su correcto funcionamiento en el futuro... sin embargo existen otros problemas que me temo, son mucho más serios.

-¿Qué problemas doctor, quisiera ser tan amable de explicarnos? –Demandó Solveig.

-El doctor Arias lo hará con mucho gusto –contestó el cirujano.

-Se trata de lesiones padecidas en el esqueleto, desde la que ha sufrido en el parietal derecho, es decir a un lado de la cabeza, en el orificio occipital y en los dos cóndulos que articulan el hueso con el atlas, o sea la primera vértebra; esto ha ameritado otra intervención que dada la gravedad del paciente, nos atrevimos a realizar conjuntamente y que espero resultará positiva...

-Entonces... -aventuró Denia tratando de ser optimista.

-Queda algo todavía por resolver. Y eso tendrá que ser objeto de otra o tal vez más intervenciones.

-¿Qué dice usted? –exclamó Esmirna lívida llevándose el rostro entre las manos-

-Me refiero a la vértebra dorsal, a las vértebras lumbares y coccígeas...

Un periodista se atrevió a intervenir:

-¿Luego se trata de algo todavía peor?

-Así es –afirmó Arias- Hoy hemos hecho todo lo que nos ha sido posible incluso remendar una costilla rota y un apófise.

-¿Apófise? –preguntó Harrison.

-La prolongación ósea de una vértebra –aclaró el trumatólogo- lo demás amerita el empleo de recursos con los que aquí no contamos..

-Nuestros hospitales de Houston y de Rochester disponen de excelentes especialistas –terció Harrison.

-No me refería a eso señor, aquí también los tenemos. Puedo asegurarle con absoluta certeza de que nuestros traumatólogos latinos pueden ser tan capaces como los norteamericanos o europeos, sólo que en este hospital no hay los recursos necesarios, entonces lo deseable sería que prosiga su completa rehabilitación en México.

-¿Cuándo será posible trasladarlo? –preguntó el gringo.

-No es posible determinarlo por ahora. Ahora se haya bajo terapia intensiva y todo dependerá de su evolución.

-El capitán Ordoñez evitó con su pericia un problema de consecuencias incalculables, con la consiguiente pérdida de vidas humanas. Después de todo el descenso se realizó casi en picada. –Declaró el director del aeropuerto.

-No lo dude. –Dijo Esmirna con energía.

-¡Es un héroe! –declaró entusiasta Jaimito- ¡Y como tal debería ser honrado!

Harrison lo miró despreciativamente.

-Eso no podemos afirmarlo ahora –replicó el yanqui- primero debemos analizar los peritajes y las encuestas...

Pero los periodistas ya habían tomado partido por el piloto, y el Licenciado Salcedo deseando llevar agua a su molino y prestigiar a una compañía que tenía verdaderos héroes en sus pilotos, se encargó de alimentar las mejores opiniones propiciando evitar que entre los usuarios cundiera la desconfianza de volar con la intercontinental.

Al día siguiente los titulares de los diarios, las informaciones repetidas en los noticieros radiofónicos y por supuesto la televisora proclamó la acertada hazaña de un

piloto que no dudó en arriesgar su propia integridad física con tal de evitar lo que hubiera llegado a ser un catastrófico desastre aéreo.

Tres días después el ingeniero Domínguez, el piloto Iriarte y los pasajeros fueron dados de alta, en tanto que la tripulación regresaba a México, y el avión era objeto de mil revisiones, pesquisas y una minuciosa cuantificación de los daños sufridos.

-5-

Ordoñez continuó encamado en el hospital alimentado con una sonda y bajo el efecto de los sedantes que en cuanto empezaban a descender su efecto, lo sumían en inmisericordes dolores que le horadaban hasta los huesos haciéndole estallar los nervios a través de los que gemía su columna descoyuntada, con las vértebras violentamente desprendidas de su sitio.

En sus breves momentos de lucidez escuchó primero las voces conocidas de sus compañeros, otorgándole la vaga sensación de que por lo menos no estaba solo, y es que en realidad aquellas hedonistas muchachas aparentemente tan superficiales se habían congregado llorosas y sollozantes con los inequívocos signos de fatiga, ni tan siquiera alrededor del lecho del enfermo, lo que no se les hubiera permitido, ya que se encontraba aislado por completo y sometido a los aparatos de la terapia intensiva; sino en los pasillos cercanos adonde se acomodaban lo mejor que podían sobre los duros bancos de madera, a veces intentando dormir y relajarse del terrible stress que padecían, otras pendientes de la aparición de los médicos y enfermeras a quienes acosaban con las mismas preguntas.

Jaime nervioso, discreto, sinceramente dolido de la situación de su jefe a quién profesaba apego y admiración, tal vez porque representaba lo que él nunca había logrado llegar a ser, esclavo de su naturaleza, de su cuerpo equivocado, o de la sin razón de haber nacido y ser así; se debatía al igual que sus compañeras en la desesperación que los llevaba a recorrer con la nerviosa obsesión de la bestia enjaulada, el largo y blanco corredor con su hilera de puertas que daban a las habitaciones de los pacientes que dejaban escapar toses, ayes, quejidos, todo ese repertorio con el que suele expresarse la miseria humana; y que traspasaba las salas, y hasta el quirófano cuya puerta se abrían para dar paso a las camillas sobre las que se acomodaban los cuerpos exhaustos rodeados de médicos y enfermeras.

No obstante estar inmersos en medio de esa consternación, Sylvia intentó en repetidas ocasiones comunicarse con la oficina de México buscando a Azalea, a quién nunca le fue posible localizar y cuando al final logró comunicarse con la jefatura de sobrecargos le dijeron que la señora Ordoñez ya había sido informada del accidente. Silvia se quedó perpleja preguntándose porque Azalea no se había presentado aún, pero sus compañeras intentaron tranquilizarse asegurándole que en cualquier momento la verían seguramente aparecer.

Luego Marco dejó de escuchar repentinamente aquellas voces, pero empezó a escuchar otras, más lejanas, cómo si se tratara de un murmullo apagado y hasta le pareció haber visto de cerca relámpagos de luz que se extinguían; y cuando abandonó el cubículo de terapia intensiva y lo condujeron a una habitación, en medio de la somnolencia, recordó haber oído la voz de alguien quién pretendía respondiera a algunas preguntas, que él, con la lengua pegada al paladar, los labios resecos y aquellos dolores en la espalda y en el vientre le impidieron responder. Días después, les oyó

decir a las enfermeras que se trataba de reporteros ansiosos de fotografiar su imagen deteriorada y arrancarle alguna declaración.

El paciente perdió la cuenta de las horas, de los días, ignorando cuanto tiempo hacía que se encontraba allí, sobre aquel lecho duro, imposibilitado de moverse, prendido a tubos, agujas, con una pantalla al lado y padeciendo aquella horrible sed que le quemaba la garganta, mientras intentaba acaparar la razón que tan pronto parecía recobrar, huía, obligándole a caer en aquella inconsciencia que lo conducía siempre a la profundidad de un abismo tan negro que no alcanzaba a saber si tenía paredes, techo o fin que lo limitara, o se tratara sólo de un caos, un enorme vacío, muy diferente por cierto de la comba turquesa, perlada de nubes, estrellas y astros a la que sus ojos estaban habituados a tener por delante, sino que más bien era cómo un embudo denso que contenía en sus adentros la más horripilante pesadilla: la soledad, de la que nunca se conseguía ni tan siquiera distinguir la luz de una salida, o escuchar algún sonido

Una noche, que la adivinó más bien, por la azulada claridad que se filtró a través de las persianas de la ventana, Marco se sintió abrasado por una llama que le invadió de pronto todo el cuerpo, era la fiebre que seguramente se debía a alguna infección que así se manifestaba, y que le hizo perder el sentido; entonces con los ojos cerrados Marco creyó escuchar las voces de los médicos luchando por conjurarla, en tanto que la alta temperatura debió haberle provocado aquel sudor pegajoso que le empapaba el rostro, luego sintió que una mano con algo que debió haber sido una gasa o una esponja se posaba en su frente, aquel contacto le obligó a abrir penosamente los ojos, sólo para alcanzar a percibir con vaguedad una figura blanca; en su aletargamiento algo le avisó a su mente que aquella silueta era la de una mujer, y hasta entonces recordó que él tenía una y trabajosamente emitió, más que lo que debían interpretarse cómo unas palabras, un sonido ronco, extraído de sus órganos despedazados, que advirtió seguramente estarían cosidos, adheridos, en aquel tórax doliente, cuyas heridas le lastimaban tanto y de las cuales debía estar escurriendo aquel líquido que le humedecía. Entonces, realizando un enorme esfuerzo profirió una palabra, arrastrándola trabajosamente

-Aza ... Aza ... Azalea

-Azalea no tardará en venir. -le respondió la borrosa figura blanca, pero él volvió a repetir aquel nombre:

-Azalea...

-Azalea está por llegar, ya viene muy cerca, pronto la verá, pero ahora debe calmarse, eso es, estar tranquilo, dormir... dormirse

La figura blanca le clavó una aguja y el volvió a rodar al fondo de aquel abismo sin fronteras, algo debió extraerle del horror de la pesadilla para sumirlo en un sueño más benigno, y él se vio espectador y protagonista, piloteando el descomunal 747 de aquella fatídica noche de tempestad, volando a una velocidad vertiginosa, de pronto se apareció la tierra, la tierra que como un formidable imán atraía la nave donde seguramente iría a estrellarse; y entre aquel delirio le pareció que más allá, entre las cortinas de las nubes plomizas, casi negras y amenazantes, estaba el rostro de Azalea llamándole, gritando su nombre que se perdía entre el ruido de los motores, pero que él sabía que ella lo estaba pronunciando, entonces intentaba responderle: ¡Espérame! ¡Espérame! ¡Allá voy! ¡Allá voy! ¡Ahora somos tres! Decía ella y repetía- ¡Somos tres! ¡Tres! Y el coreaba enloquecido ¡Somos tres! ¡Somos tres! Luego llegaba lo peor, el piloto percibía horrorizado que el avión descendía a una vertiginosa velocidad, mirando con espanto la tierra, las cadenas de montañas, las luces de las ciudades, ¡Nos vamos a estrellar! ¡Nos vamos a estrellar! Se repetía sin voz, mientras hacía esfuerzos por detener el avión con todos los motores encendidos, que producían un ruido tan ensordecedor que anulaban su palabras desesperadas ¡Nos vamos a estrellar! ¡Nos vamos a estrellar!

¡Azalea! ¡Sálvame! ¡Sálvame! Repetía angustiado, pero ya no veía su rostro aunque aún continuaba llamándola: ¡Azalea ¡ ¡Azalea! ¿Dónde estás? ¿Dónde estás?... entonces, precisamente en el momento en que iba a estrellarse haciéndose añicos, el hombre volvió en sí, sudoroso, extenuado, como si tornara del reino de la muerte.

Había estado delirando por más de siete horas, respiraba con trabajo y estaba conectado a un tanque de oxígeno, su corazón debía estar latiendo muy acelerado y su pulso debió haber sido muy irregular. Las palabras que concientemente se negaban a salir de su boca habían brotado gritadas, cavernosas, destempladas, incomprensibles, pero tenazmente aferradas a un solo nombre: ¡Azalea! ¡Azalea!

Alrededor de su lecho había tres hombres vestidos de blanco al igual que las figuras que recordaba haber visto antes de sumergirse en la horrible pesadilla, todos hablaban en voz baja y uno de ellos portaba una tabla con papeles sobre los que hacía anotaciones, entonces procuró abrir bien los ojos y con voz ronca volvió a pronunciar la misma palabra:

-¡Azalea!

Uno de los hombres se acercó para responderle:

-Su esposa está en camino capitán y la verá muy pronto. Ahora debe volver a descansar.

-¡Azalea! –insistió tercamente el enfermo intentando moverse.

-No haga eso por favor – advirtió la mujer de blanco- ya hemos avisado a su esposa y ella está en camino, pero usted debe guardar calma, mucha calma, entonces se pondrá bien. Y usted seguramente desea que ella lo encuentre bien ¿No es así?

El paciente asintió con la mirada.

-Entonces es preciso que esté quieto.

La voz había hablado suavemente tal si se dirigiera de un niño pequeño y Marco se dejó caer nuevamente en aquel letargo. La enfermera le acercó a los labios un líquido caliente. Era té. Y el hombre sintió cómo el contenido de aquel recipiente caía bienhechor en sus entrañas proporcionándole bienestar en todo su cuerpo, entonces con la voz mucho más clara demandó ¡Más! ¡Más! intentando calmar aquella sed, la horrible sed que le había atormentado tanto y que ahora al contacto de aquel líquido se calmaba refrescándole a la vez los labios, la lengua, la garganta.

Unas horas después su respiración se tornó regular, le fue retirado el oxígeno y su corazón latía acompasadamente.

-¡Ya pasó lo peor! –oyó decir, entonces sintió que alguien le oprimía las manos y que estas se le habían llenado de algo caliente, abrió los ojos y vio que reclinada junto a él estaba Azalea: pálida, demacrada, llorosa, Marco quiso hablar, pero las palabras se le atoraron en los labios, las lágrimas empezaron a brotarle de los ojos mientras el rictus de algo que pretendía ser una sonrisa se empezaba tenuemente a dibujar en sus labios.

Con la columna vertebral dislocada y los nervios espinales seriamente dañados, el capitán Ordoñez se aferraba obstinadamente a la vida, tal si la presencia de Azalea valiera más que todos los médicos, las intervenciones quirúrgicas y las medicinas. Sucio, demacrado, con la indisciplinada barba crecida, los labios resecos, los cabellos pegajosos, su imagen estaba muy lejos de aquella cautivante apostura que le volvía fáciles a las mujeres y le granjeaba la simpatía de cuantos le rodeaban; ahora era sólo un paciente declarado fuera de peligro de muerte, pero inútil, incapaz de mover las piernas.

A trechos le fueron retirando los tubos que le habían sostenido en aquella cruel agonía, una transfusión de sangre, seguida de otra al día siguiente, lo revitalizaron, poco a poco la respiración se volvió normal y ya no hubo necesidad del tanque de oxígeno que le fue retirado definitivamente; aparecieron signos de estabilización, pero fue imposible prescindir de los sedantes, pues retirarlos significaba sumirle en torturas inenarrables, que motivaban las vértebras desprendidas de su sitio, entonces el efecto tranquilizador, lo sumía más bien en un letargo que en un sueño.

Azalea se instaló al lado de su cama en un sencillo catre de tijera que le proporcionaron, y en sus momentos de lucidez le explicó que había venido desde México acompañada de Jorge, quién había solicitado un permiso para acompañarla, seguramente preocupado por constatar su postración nerviosa, y sobre todo la dificultad para caminar, consecuencia de un resbalón en las escalerillas, al tratar de bajar rápidamente del avión, y que le había sembrado de moretones todo el cuerpo, la joven explicaba su tardanza y la zozobra que padeció encamada en la enfermería del aeropuerto, había acudido tan pronto sus fuerzas se lo permitieron, pero llegar a Cartagena no le había sido fácil, porque buscando acortar tiempo, había conseguido un vuelo a la isla de San Andrés, donde se quedó anclada tres días, debido a la imprevista suspensión de vuelos de la empresa colombiana que programaba o suspendía sus viajes de acuerdo a las necesidades de reparación y mantenimiento de los pocos aparatos que integraban su deficiente dotación, con la que además debía cubrir un extenso territorio tan necesitado de transporte, que aquellos aviones viejos, destartados, e inseguros constituían el único medio de comunicación entre poblaciones donde la selva impenetrable, la cordillera, los ríos desbordados, las lluvias impetuosas aislaban materialmente a las poblaciones cuyos habitantes sufrían de la falta de carreteras o caminos transitables particularmente en la época de lluvias.

Marco la escuchaba mudo, abriendo de vez en cuando los ojos, o extendiendo las palmas de las manos, buscando las de ella, y cuyo sólo roce le concedía la tan anhelada serenidad.

Al día siguiente de su llegada Azalea se dedicó a rasurarle y a lavarle los cabellos, hundiendo entre ellos sus dedos, y a Marco le pareció que con la sonrisa de su esposa se iluminaba todo alrededor, y aunque la voz se le había fugado de la garganta le expresaba su inmensa gratitud con la mirada entregándole una sonrisa triste que se le adelgazaba en los labios cuando acudía el dolor.

A los dos días Jorge anunció que debía tornar a su trabajo y se despidió del enfermo y de Azalea quién le dijo tristemente:

-Hoy nos ha tocado ser elegidos por el infortunio, pero en medio de la desgracia hemos encontrado un verdadero amigo.

-Yo estaré siempre que me necesites –aseguró Jorge- y espero que nos encontraremos pronto en México.

Azalea le dejó ir con los ojos brillantes mientras le daba un largo apretón de manos; luego, al quedarse sola, comprendió que necesitaba de todas sus fuerzas para enfrentarse al traslado de su esposo a México, lo que suponía además la dificultad de que al no haber un vuelo directo, debían ir primero a Santa Fe de Bogotá y conectar con la Hemisphere, toda vez que las autoridades de la empresa hubiesen gestionado la hospitalización del piloto a su llegada a la capital, para continuar con su rehabilitación..

Largas conferencias telefónicas, trámites, confrontaciones con los médicos y autoridades del hospital y del aeropuerto, a fin de que le concedieran licencia de abandonar Cartagena pese a su estado todavía muy delicado; y para colmo: encuestas, peritajes, cuantificación de daños al avión, a los pasajeros, responsabilidades y opiniones divergentes que se inclinaban a favor del comandante cuya actuación

calificaban unos casi de heroica y otros de temeraria; entrevistas de los diarios locales deseosos de agregar a sus titulares amarillistas fotografías de la hermosa sobrecargo quién era la envidiable pareja del osado aviador, pero sobre todo el inmenso dolor de ver postrado, inválido, transido de dolor al hombre que amaba, que lucía ahora tal y si hubieran pasado treinta años en aquellos pocos días; y cuando al fin caía rendida sobre el improvisado catre, esforzándose por cerrar los ojos dos o tres horas y recuperar las fuerzas indispensables para enfrentar el día siguiente, en el agitado sueño aparecía la otra desolación, la que provenía de la pérdida del hijo anhelado, con el que apenas había empezado a soñar, cuando ya la crueldad del destino se lo había arrebatado. Entonces buscaba con ansiedad a Dios, aunque no sabía si era para solicitar el consuelo, que tanto necesitaba, o para preguntarle que ofensa le pudo causar tan grave enojo, y su fe, por momentos tambaleante, intentaba aferrarse a los años de su juventud allá en el colegio monjil donde la sabia ingenuidad de la hermana Isolda le hubiera hecho recobrar la esperanza de que pasada la prueba todo volvería a ser como antes, y Marco recobraría completamente la salud y ellos volverían a amarse y seguramente lograrían volver a intentar procrear aquel hijo hoy frustrado, que sería el divino premio por la paciencia y la resignación, entonces, aquel vínculo doblemente esperado los uniría más y para siempre, y Azalea se tocaba el vientre, intentando asegurarse que sus órganos procreadores de la vida estaban aún intactos y que aquel sueño adorado hecho carne sobre una cuna, sería al fin culminación y realidad, y se ponía después las manos sobre los senos soñando que se le habrían de llenar de leche para amamantar a la más adorable criatura, luego, la duermevela terminaba y al abrir los ojos y contemplar sobre el lecho a Marco doliente, medio destrozado, le asaltaba la sospecha de que acaso aquel hombre potente, viril, hubiese perdido la capacidad de engendrar ese hijo que deseaba y volvía a dolerse de mirar a su hombre, -como ella le llamaba en su interior- extenuado, vencido y apenas con fuerzas para cerrar entre las suyas, la mano que ella le dejaba; horrorizándose ante la idea de que ya nunca pudiera volver a recuperar las energías perdidas y el entusiasmo por vivir y amar, y se quedaba pensando en esa paradoja que es el cuerpo humano, donde se asientan por igual el placer y el dolor, la vida y la muerte, el amor y la decadencia. Luego el sueño al fin la vencía y dormía unas horas.

Una mañana le avisaron que todo estaba dispuesto para que en un vuelo que despegaría a las cuatro de la tarde el capitán fuera conducido a la capital colombiana y de allí inmediatamente a México.

Azalea comunicó la noticia a su esposo mientras le ponía en la boca su desayuno de enfermo: manzana cocida, gelatina desabrida, pan tostado y café tibio, que con el chorro de leche lucía como deslavado. Al fin su cuerpo empezaba a aceptar el alimento y sus movimientos se volvían más vivos. Recuperó la voz y los recuerdos afluyeron lentamente.

-Aquella tarde me habías anunciado una sorpresa... y yo estaba impaciente por saber de que se trataba, cuando al fin me lo dijiste me sentí el más feliz de los mortales.

-¡Por Dios Marco! -respondió Azalea sin poder contener el llanto.

-Me sentía eufórico. ¡La vida me concedía mucho más de lo que hubiera soñado merecer! Luego... sobrevino esa tempestad ¡Cómo una horrible pesadilla! Y yo tenía que vencerla, que salir airoso de ella, no sólo por defender la vida de los pasajeros y de mi tripulación, que me había sido conferida, sino también mi empleo, mi prestigio profesional, del que iba a requerir más que nunca porque tú me ibas a dar un hijo ¡Un hijo tuyo y mío! ¡Un hijo que seguramente habrá de parecerse a los dos!

-Sí Marco a los dos...-repitió Azalea, pero ya las lágrimas le habían bañado el rostro.

-Entonces ¿Por qué lloras? ¿O es acaso que ya no lo deseas?

-¡No digas tonterías! ¡Cómo no habría de quererlo?.. sólo que..

-¿Qué?

-Cuando volví de Denver y me dieron la noticia de que tú... de lo que había pasado... me puse muy nerviosa y como te lo he dicho, perdí el control, y caí en las escalerillas.. y con los golpes, perdí al niño...

Azalea se echó a llorar inmensamente desconsolada, entonces Marco haciendo un penoso esfuerzo alargó el brazo tratando de acercarla.

-¡No llores por favor! ¡No llores! Fue una pérdida lamentable, pero lo principal es que yo no te he perdido a ti, ¡A ti! Que eres lo que más amo en la vida.

En ese momento avisaron a Azalea que debía contestar una llamada urgente en la oficina.

Era Emilio que enterado de la doble tragedia por los periódicos, había buscado a la pareja hasta que finalmente reinformaron que aún seguía en Cartagena. Azalea le informó que aquella misma tarde salían para México y que aún cuando el comandante viajaría sobre una camilla, esperaban llegar a la madrugada del día siguiente. Emilio la escuchó consternado y con la voz opaca le aseguró que no se movería del aeropuerto hasta no verles desembarcar.

A las dos de la tarde dos camilleros subieron con extremos cuidados el cuerpo del capitán Ordoñez, mientras Azalea a su lado apretaba entre las manos un pañuelo empapado de lágrimas

-7-

En el hospital al sur de la ciudad de México, una junta de médicos que habían examinado minuciosamente el estado del paciente dictaminaban la inaplazable urgencia de una nueva intervención.

Azalea, Emilio quién había acudido con su hermano Carlos, tres funcionarios de la Hemisphere y un comisionado del Sindicato de Pilotos que habían permanecido silenciosos, se dispusieron a escuchar al traumatólogo, quién intentó explicarles en términos accesibles el procedimiento mediante el cual pretendían rehabilitar “hasta donde fuera posible” las funciones orgánicas del enfermo.

*-La médula espinal es el centro de muchos reflejos y la vía de transmisión de los estímulos que van al cerebro o vienen de él, es el órgano esencial del sistema nervioso central y comprende parte del encéfalo, terminando al borde inferior de la primera vértebra lumbar. En la pantalla el galeno les mostraba cómo ese órgano de 45 centímetros aloja en su mitad el conducto central epéndimo que abarca su longitud y los nervios espinales. -La mitad inferior es igual a la médula cervical, y contiene una ala gris interna y una blanca exterior -y ayudándose de un bastón señaló: -\_a nivel de las neuronas del décimo par se aloja el neumogástrico o vago donde se hallan los importantísimos centros respiratorio y circulatorio, por fortuna no lesionados, sin embargo el impacto no sólo ha dañado las vértebras, sino la propia médula oblongada, ocasionándole la absoluta incapacidad de sostenerse y bloqueando el movimiento de las piernas.*

Azalea escuchó llorosa y consternada las explicaciones del galeno a quién los representantes de la Hemisphere, formularon preguntas intentando adentrarse en las razones que ameritaban una nueva intervención, en tanto Azalea preguntó ansiosa:

-¿Se recuperará totalmente mi esposo?

-Eso esperamos- afirmó el cirujano y pareció asomarse en sus palabras una certeza que animó a la joven, pero que no convenció totalmente a Emilio.

Al final fue aceptada por unanimidad la propuesta que al decir de los médicos alejaría definitivamente las molestias y dolores que aquejaban al paciente, mientras tanto debía ser preparado para que su organismo fuera capaz de resistir satisfactoriamente lo que se preveía como una intervención difícil.

Azalea llorosa y con las huellas visibles del sufrimiento, escuchó las palabras de aliento del comisionado sindical y de los funcionarios de la compañía sinceramente preocupados por la recuperación del piloto, ofreciendo reiteradamente todo el apoyo necesario, sus palabras de aliento fueron rubricadas con una cálida despedida, mientras Emilio y Carlos le reiteraron la certeza de que los avances de la ciencia, la indudable capacidad y probada competencia de los médicos así como el incondicional apoyo de la compañía que no regatearía su apoyo manifestándose dispuesta incluso a enviar a su piloto al extranjero, obrarían a favor de Marco quién seguramente habría de volver a ser el hombre fuerte, capaz y dispuesto para continuar siendo el comandante estrella de la Hemisphere.

Emilio ofreció regresar por la noche, y Carlos aunque había asistido silencioso se despidió deseando a su vez la pronta recuperación del enfermo.

Una llamada de Jorge desde La Paz, Baja California, para informarse sobre el dictamen médico, fue agradecida por la muchacha quién apreciaba la solicitud de su compañero. Un minuto después estaba vigilante frente al lecho de Marco.

Ya en el auto, Emilio se dirigió al despacho de arquitectos en el que laboraba su hermano, indudablemente impactado por el drama del que había sido testigo

-A veces quisiéramos negar los hechos –comentó Emilio- creer que la desgracia realmente no nos ha tocado, que nuestro infortunio es falso... entonces nos inventamos disculpas y tratamos de averiguar razones, para al final tener que admitir la espantosa realidad, y aceptar que lo que nunca hubiéramos creído que nos ocurriera, ha pasado y que aún a pesar de sentirnos invulnerables, intocables, privilegiados, lamentablemente la vida está muy distante de mimarnos y aún nos da sorpresas amargas. Y de pronto ahí está el hachazo imprevisto que corta de pronto nuestra precaria estabilidad, el sople maléfico que derrumba cuando menos lo esperamos el frágil castillo de naipes en el que se apoya nuestra frágil confianza, probándonos lo débiles que somos. Y ya lo ves, Marco, el siempre triunfador, aunque tal vez no del todo feliz; apenas había conseguido traer a su vida aventurera e inquieta la verdadera paz, la satisfacción que sólo el amor logrado puede proporcionar, y el día menos esperado le ocurre lo peor...

-No obstante su acción ha provocado encomios, la prensa ha elogiado mucho su capacidad profesional.

-¿Y eso resuelve su situación actual?...tengo serias dudas acerca de su cabal recuperación.

-Los médicos han dado seguridades.

-Di más bien esperanzas.

-Luego ¿Dudas de que hayan sido sinceros, honestos?

-No me atrevería a tanto, pero tampoco me inclino por su fallo demasiado optimista.

-¿Quiere decir?

-Que la vida es sólo eso. Un inagotable manantial de amarguras, salpicado de algunas gotas esporádicas de felicidad.

-Pero eso es caer en el más absurdo pesimismo, a lo Shopenhauer...

-Siempre nos rehusamos a aceptarlo, pero esa es la realidad.

-¿Y Dios?

-Dios está allí: impasible, oculto, imponiendo sus designios, tal vez sabios, pero absolutamente fuera de la comprensión de los humanos que no entendemos el porque de los acontecimientos, que ignoramos porque tienen que ocurrir así los hechos... porque debemos sufrir y enfrentar eso que la religión llama pruebas y que no son más que derrumbes, catástrofes que en vano tratamos de minimizar.

-¿Qué pretendes decir?

-Que somos demasiado vulnerables, que no estamos excluidos de lo peor...

-¿Y qué es lo peor? ¿La muerte?

-No. El tener que continuar viviendo y padeciendo.

-¿Padeciendo?

-Exactamente. Padecemos cuando los médicos con su académica verborrea, sus relucientes aparatos, su ciencia pregonada y superada nos declaran la enfermedad terminal, el plazo de vida que está por vencerse; padecemos cuando el tribunal ha fallado en nuestra contra, no obstante la certeza de que tenemos la razón; cuando nos han reprobado en el examen que preparamos a costa del sueño, cuando el jefe de personal de la empresa de la que nos creíamos parte y le habíamos dedicado nuestro mejor esfuerzo nos llama para comunicarnos el despido irremisible, cuando descubrimos que la esposa adorada tiene un amante, cuando el amigo más leal ha perecido en un accidente automovilístico, cuando nos quedamos solos, y los hijos, o quienes creímos más fieles nos traicionan o nos olvidan, y cuando llega la vejez con su carga de achaques físicos, de soledad y de marginación... y aún así nos obstinamos en seguir viviendo y en buscar pretextos, acomodados, consolándonos en la idea de que los muertos no lloran, ni se lamentan, ni piden... aunque sabrá Dios si aún en esa desconocida dimensión donde habitan, también aman, sufren, desean, padecen...

-¿Y Dios? –preguntó tercamente Carlos.

-Dios está allá, en ninguna o en todas partes, pero me temo que viendo de lado...

Estaban en el entronque de Avenida Revolución con la Desierto de los Leones, Carlos descendió del vehículo impactado con las amargas palabras de su fraterno, Emilio lo despidió con un ademán, todavía era hora para llegar a impartir su clase en la Facultad.

-8-

Tal y como fue decretado Marco debía ser sometido a otra intervención, si bien esta vez a cargo de un equipo prestigioso y altamente calificado.

Azalea no se separaba ni un momento de él, aunque era asistido por un grupo de enfermeras profesionales que se alternaban para cuidarlo, cumpliendo estrictamente con las instrucciones de los doctores que a toda hora vigilaban la evolución del paciente.

Pronto su habitación se llenó de visitantes aunque estos eran solamente admitidos unos breves minutos: la señora Lucrecia y su compañero, la hermana Isolda que ofreció rogar junto con sus monjas el favor divino en sus plegarias y por supuesto Emilio, Clara, Carlos, funcionarios de la empresa, del Sindicato de Pilotos, compañeros no solamente de la Hemisphere sino incluso de otras líneas aéreas que al conocer la hazaña del piloto se solidarizaron y hasta de algún periodista que continuó explorando en su columna los acontecimientos.

El día designado para la intervención Jorge y Emilio se apostaron desde temprana hora al lado de Azalea, quién sonriendo agradecida el apoyo de los visitantes no paraba de llorar.

Cuando al filo de las cinco de la tarde regresaron a Marco a su habitación aún bajo los efectos de la anestesia, ante la rotunda negativa de Azalea de apartarse unos momentos del enfermo, Emilio procuró llevarle algún alimento instándole a que comiera, mientras Jorge se afanaba por conseguir un medicamento imposible de conseguir en la farmacia del sanatorio o en las aldeañas.

Marco objeto de una severa vigilancia y asistencia fue recuperándose y sólo después de tres días de la intervención, cuando los peligros de un imprevisto habían pasado, Azalea se ausentó unas horas para poner algún orden en los asuntos de su casa y reportarse a la compañía. Estaba visiblemente desmejorada si bien había empezado a caminar con soltura y los moretones empezaban a diluirse en su piel, entonces ante la casi exigencia de su madre y de la señora Clara se entregó a un sueño de más de siete horas que le dieron fuerzas para continuar al pendiente de su esposo y poder atender además las innumerables visitas que llegaban incesantemente por parte de funcionarios de la compañía, y de telefonemas de parte de compañeros que inquirían ansiosos por el estado del paciente, y que le reiteraban sinceros votos por su total restablecimiento.

Transcurrida una semana de hospitalización, se habló de que el paciente sería muy pronto dado de alta, las amenazas de complicaciones se habían alejado definitivamente, y el capitán había empezado a ingerir alimentos sólidos. Un falso optimismo pareció apoderarse de Azalea quién leía en el semblante de su esposo una palpable mejoría, en tanto que la señora Lucrecia aseguraba que la buena constitución física del comandante había respondido satisfactoriamente; y el secretario general del Sindicato, quién se complacía por haberlo conocido hacía diez años, afirmaba que su vitalidad y excelente constitución se debían a una salud envidiable y que el piloto era ante todo un hombre fuerte, opinión que compartía con Jaimito quién no se cansaba de pregonar que su jefe estaba en la plenitud de su vida y que no tardaría en volver a plantarse el uniforme y regresar a los controles del 747 donde le aguardaban sonrientes sus compañeras encantadas de volver a volar en su compañía.

No obstante Emilio se resistía tercamente a compartir aquella euforia alimentada más por el aprecio y los buenos deseos que por la realidad, pues el piloto continuaba postrado en el lecho, y adivinaba tras de las palabras amables de los médicos, que estaban encubriendo algo que tarde o temprano habrían de revelar, entonces trató de restar importancia a sus presentimientos, tachando de ridícula aquella intuición que parecía prevenirle siempre de lo que estaba a punto de ocurrir.

Y los barruntos de desconfianza se justificaron aquel día nefasto en que los doctores convocaron nuevamente a los familiares del piloto, incluyendo a Don Pascual que había venido expresamente a ver a su hijo y a los ejecutivos de la empresa para expresarles con rebuscada sinceridad que si bien la intervención quirúrgica había sido exitosa y el enfermo había recuperado rápidamente los signos vitales, el daño en sus vértebras y en la médula espinal era irreversible y por lo tanto, tal y cómo desde un principio lo habían supuesto, aunque se abstuvieron de afirmarlo en ese momento, el comandante Ordoñez no recuperaría el funcionamiento de las piernas.

-¿Quiere decir que ya no podrá volver a caminar nunca?

-Digamos que por ahora no podría ser posible –respondió alguno de los galenos- aunque no descartamos la posibilidad de que con los avances de la ciencia...

Azalea más pálida que un muerto musitó:

-¿Quiere decir que...?

-El comandante deberá habituarse a usar una silla de ruedas.

La joven sintió que iba a desmayarse y Jorge se acercó pretendiendo sostenerla.

-Pero esto es inaudito –protestó- entonces ¿No ha servido de nada la operación ni cuanto se ha hecho?

-Señora –se adelantó a responderle otro de los doctores- se le ha salvado la vida, de no haberse operado nos habría sido imposible responder por la supervivencia de su esposo. Azalea se llevó las manos al rostro convertido en un verdadero mar de lágrimas; medio sofocada por los sollozos, ni siquiera Jorge o Emilio se atrevieron a tocarla, y se quedaron mudos, respetuosos con la cabeza baja.

Un médico continuó hablando de recuperación, de la conveniencia de ocultar al paciente aquella triste realidad, de los días que todavía tendría que permanecer bajo cuidados, vigilado, para al final, y una vez adquirido el instrumento que le habría de encadenar a la inmovilidad de por vida, pudiera regresar a su casa, ya que no a su trabajo, aunque se recomendaba por ahora alimentarle alguna esperanza, que en el momento adecuado habría de ir desterrando poco a poco, para que al fin pudiera aceptar su nueva situación, el galeno pregonaba cierto conformismo ante lo irremediable, el comandante aunque inmóvil de medio cuerpo, podría continuar siendo un hombre valioso, pues sus facultades mentales se hallaban intactas y él encontraría seguramente alguna alternativa que hiciera no sólo soportable sino útil y placentera su vida.

Emilio siempre objetivo, percibió cierta falsedad en aquella superficial argumentación. ¿Qué podía hacer un hombre habituado a la actividad, inútil y baldado? Un hombre acostumbrado a valerse por sí mismo, a disponer, a controlar un aparato tan complejo como el 747, donde era indispensable esa coordinación del intelecto y del físico, de la destreza, la seguridad, la confianza...¿No equivalía aquello a cortarle las alas al ave acostumbrada al vuelo?¿No era como arrebatarle aquella ansia siempre latente de libertad, aquel goce de dominar el cielo, y esa enorme curiosidad que le había llevado a indagar por cada rincón de la tierra?

Cuando al fin concluyó aquella amarga sesión y se trataron de ofrecer con las lamentaciones y cortesías los consuelos falsos que intentaban en vano atenuar la pena que invadía a la esposa adolorida, las esperanzas vagas en las que ninguno creía y que descansaban en la utopía de los avances científicos, Emilio casi indignado rechazó aquellos pobres argumentos; incapaz de proporcionar otro consuelo dejó descansar unos momentos su mano sobre los hombros de Azalea y salió silencioso seguido de su esposa, la ciencia –se quejó- la cacareada ciencia incapaz de detener los crónicos males de la humanidad, de frenar el desgaste de los cuerpos, la vulnerabilidad de la naturaleza humana, la preservación y el buen funcionamiento de los órganos, es acaso cómo todas las pretensiones humanas, algo muy relativo, un saber jactancioso que en ocasiones es incapaz hasta de atenuar el dolor, y que jamás habrá de conmutar la condena irreversible del cáncer, la locura, el sida, las sífilis y por supuesto la parálisis, esa terrible condena que sin matarlo ata los miembros de un hombre a la más dura de las prisiones, arrebatándole el don de sentirse libre, de moverse, de ir y venir y caminar, y correr y vivir...

Clara le escuchó con paciencia ¿Qué podía contestarle? Haciendo acopio de serenidad condujo el auto hasta el hogar.

Al siguiente día fue adquirida la silla de ruedas, al principio se le hizo creer a Marco que sólo la iba a usar mientras sus piernas cobraban fuerzas para sostenerlo, pero el capitán presintió que aquel instrumento iba a ser su compañero por el resto de su vida. Jorge y Emilio tuvieron que subirlo hasta el piso alto, donde se ubicaba el apartamento, y por sugerencia de Azalea lo instalaron cerca de la puerta-ventana, frente al enorme balcón, para que al decir de sus amigos se distrajera, pero crueldad impensada, más bien para que desde allí presenciara como los demás caminaban, apoyándose en sus piernas, en sus pies, mientras que a él ni siquiera podrían sostenerle un solo momento. El pánico lo invadió al pensar que ahora quedaba totalmente a merced de los demás, de su esposa, que en lugar de ser protegida ahora debería asumir

el papel de cuidadora, y hasta de la misma Ursula que le recibió sinceramente dolida, compadeciendo al señor, al hombre que bebía distancias, que invadía el inmenso pero vedado reino de los cielos, de los aires, al desafiador de las leyes, que podía hacer el milagro de atravesar en pocas horas las naciones acercando a los habitantes dispersos del planeta.

Azalea al verlo sintió que algo se le había ido de las manos, algo que se perdía... y que a la vez se desmoronaba en su interior, y mientras pugnaba por ocultar las lágrimas procurando mostrarse confiada y sonriente, Marco que hasta entonces se había comportado impasible, valeroso, sintió que las lágrimas le quemaban las mejillas y tuvo miedo, el temor de que le faltaran las fuerzas, para eso que los griegos llamaban anaké y que no es sino el destino deparado a cada ser, y que acaso no es sino el sendero que habrá de conducirnos al único punto donde habremos de converger todos los humanos: la incógnita nunca develada de la muerte.

### **TERCERA PARTE**

-1-

Al principio Marco intentó asumir con valentía el papel que el destino le había asignado, en lo que no dudó iba a ser su nuevo ciclo existencial, muy diferente a cuanto había sido por cierto su vida anterior.

Las circunstancias se prestaron al engaño, a la evasión, y no sólo se dio a la mentira de la supuesta rehabilitación de sus facultades, sino a otra falacia peor, la de haberle hecho consentir que su maniobra no sólo había sido acertada sino casi heroica.

Los sensacionalistas periódicos de Cartagena elogiaron la pericia del osado piloto que evitó un desastre cuyas proporciones hubieran representado un alto costo con pérdida de vidas humanas y hasta un posible incendio del coloso, un periodista despistado atrapó esa versión muy a tono con el gusto de los lectores mexicanos hartos de leer críticas acerbas, denuncias por corrupción, negligencias, incapacidades y tranzas; sin proponérselo sus artículos fueron muy bien utilizados a favor de los intereses de la poderosa transnacional que anunciaba sus servicios en los periódicos de mayor circulación, fomentando la confianza tanto en el equipo de la Hemisphere sometido a un riguroso mantenimiento y a exhaustivas revisiones, como en su personal operativo, quienes eran verdaderos expertos y escrupulosos guardianes de la seguridad de los pasajeros. Astutamente la empresa dejó correr esa interpretación que a su vez le facilitaría para conseguir una absolutoria frente a una docena de demandas de pasajeros que alegaban golpes, retrasos, daños físicos, económicos y psicológicos apoyándose en pruebas irrefutables que avalaban trastornos originados por el brutal descenso, según los tinterillos, totalmente innecesario.

A su vez los leguleyos de la Hemisphere se defendieron y pronto se estableció una de esas batallas legales, cuyos embrollos suele alimentar el grosor del expediente,

pero que careciendo los contendientes del indispensable soporte técnico, daban la ventaja a la compañía aérea que si podía sustentar sus argumentaciones con el concurso indispensable de quienes saben el oficio.

Sin embargo en las esferas gerenciales de México y de Nueva York tanto en la línea aérea como de la aseguradora, corrían criterios enteramente opuestos, basados en dictámenes, peritajes, cuantía de daños a la aeronave cuya total reparación implicó invertir cientos de dólares, incluyendo su traslado a la constructora de origen, y significó además una considerable pérdida por un paro prolongado; estas lamentables consecuencias fueron achacadas a lo que se dio por llamar “impericia total” de la tripulación y muy principalmente del comandante Ordoñez a quién se empezaban a fincar responsabilidades, culpas, ineptitud y hasta sospechas, pese haber sido sometido antes del vuelo al minucioso chequeo médico que lo encontró absolutamente apto, en posesión completa de sus facultades y exento de cualquier malestar real o imaginario debido a alimentos, alcohol o drogas, sin habérsele encontrado tampoco ningún signo de stress, cansancio físico o mental, o mala coordinación en sus reflejos lo que hubiera bastado para impedirle volar procurando al momento un sustituto. En plenitud de sus capacidades era imposible que se inclinara a efectuar una maniobra innecesaria, con efectos riesgosos o negativos, no obstante esta conclusión no detuvo los desencadenados ataques acicateados además por los cuantiosos gastos que había representado la hospitalización, intervenciones, medicamentos y estadía del paciente en el centro hospitalario y que la compañía aseguradora regateaba pagar.

La amañada versión también obedecía al resguardo de los intereses financieros de la compañía que estaba obligada a continuar cubriendo a su empleado –a quién ahora tildaba de incompetente y hasta de inútil- los sueldos y prestaciones relativos por el resto de su vida, según las cláusulas concernientes establecidas en el contrato colectivo de trabajo; además debía cubrirle la consiguiente indemnización por la pérdida absoluta del movimiento de sus piernas, que desde luego ya gestionaban los abogados del Sindicato de Pilotos ante la compañía que amenazaba incluso, para evadirla, con fincarle responsabilidades civiles y hasta penales.

Marco, en plena convalecencia, y precisamente cuando su cuerpo torturado aún no terminaba de recuperarse, empezó aquella batalla legal con sus molestas implicaciones: visitas, abogados, citatorios, declaraciones, recriminaciones, falsedades, careos, triquiñuelas legales vendidas al mejor postor y todo ese nefasto abanico de embrollos administrativos y judiciales.

El expediente iba engrosando y Marco llevado de un lugar a otro, presionado, tratado por momentos, como héroe, o casi como un vulgar delincuente, se enfrentaba a quienes en lugar de conceptuarlo cómo víctima lo orillaban con perversas insinuaciones a declararse casi culpable.

En medio de ese pleitear en que se trataba de salvaguardar la avaricia extranjera, conoció la amarga verdad, certificada por los médicos que le habían asegurado lo contrario, y que en franca contradicción con su dicho, avalaban con todas las pruebas inimaginables, atestiguando que jamás podría volver a caminar; al conocer tan terrible sentencia el piloto no pudo evitar que gruesas lágrimas se le escurrieran por las mejillas. -¡Soy un inválido de por vida! –Se lamentó, mientras volvía los ojos a Azalea, entre un mudo reproche, por no habérselo dicho. Ella le tomó las manos tratando de consolarlo, mientras Emilio le susurraba:

-Siempre habrá una esperanza.

Marco adivinó que aquellas palabras lejos de ser sinceras, no hacían sino subrayar la mentira piadosa, la enorme mentira que él consideraba indigna de alojarse en los labios de su mejor amigo a quién atribuía estar siempre en posesión de la verdad, atado a una

ética inflexible, entonces sonriéndole tristemente le respondió con las palabras del Cesar caído:

-¿Tú también Emilio?

Emilio se sonrojó al instante, adivinando en sus palabras el reproche de traidor, de embustero comparable a los hipócritas charlatanes de bata blanca que le habían hecho concebir falsas esperanzas, pero aunque se sintió injustamente vituperado tomó inmediatamente su defensa y se justificó respondiendo:

-¿Qué podríamos decirte en los momentos en que tu vida se estaba escapando?

-Soy hombre –respondió Marco

Pero Emilio mirándole fijamente a los ojos aclaró:

-Por eso mismo Marco, porque hasta los hombres más aguerridos y valientes, son sólo eso: seres humanos.

Y ambos dieron por satisfecha la aclaración.

-2-

De retorno a su casa la pareja tuvo que adaptarse a las nuevas circunstancias. Habían concluido los días de euforia en que el romance, el sexo, el afán de tenerse uno al otro eran la dominante. Ahora se empezaban a espaciar silencios, si bien al principio no muy prolongados, pero que fueron haciéndose más largos.

Marco se quedaba en su silla de ruedas: grave, pensativo, meditando tal vez en la tremenda vulnerabilidad humana, en ese caprichoso destino que hoy decreta todas las dichas inimaginables, incluyendo las que no han tenido cabida en la más exaltada imaginación y al día siguiente, en un giro inesperado, haciendo aparecer las verdaderas constantes humanas: el sufrimiento, la enfermedad, la vejez y la muerte.

Aunque jamás lo habían hablado, y parecía como un acuerdo tácito, se daba por hecho que Azalea no regresaría al trabajo, no obstante nunca había presentado la renuncia formal y sólo renovaba permisos, que desde luego le eran concedidos dada la imperiosa necesidad de atender la recuperación de su esposo; y al principio ella manifestó en repetidas ocasiones el deseo de permanecer a su lado, confortándolo, acompañándolo y aunque se adiestró a Ursula, la convalecencia del enfermo llevaba consigo la atención a tantas necesidades, que apenas el trabajo continuo y organizado de las dos mujeres medianamente podía satisfacerlas, ello implicaba la preparación de alimentos de acuerdo con las especificaciones de los doctores, el estar pendiente de administrarles las medicinas ingeridas o inyectadas, que amortiguaban los agudos dolores que padecía, los precisos para revitalizar su cuerpo maltrecho; la impostergable necesidad de conducirlo a la cama, al comedor, a la ducha y cuando era necesario con el auxilio del portero y del chico que cuidaba y lavaba los autos, el bajarlo sobre la silla de ruedas e instalarlo en el auto que habría de conducirlo a los tribunales donde se ventilaban sus asuntos. En esos meses la ayuda de Emilio, de su esposa Claudia, y de su fraterno Carlos fueron verdaderamente invaluables.

Trascurridos once meses aquella vida para la que Azalea no estaba hecha empezó a fatigarla. Verdaderamente no tenía vocación ni de enfermera ni mucho menos de hermana de la caridad, además aquella racha que ella atribuía a la mala suerte había agotado sus energías, sus nervios, al grado de que sentía que la vida se le estaba escapando de las manos, con renovada voluntad se sentaba frente a Marco para acompañarlo, pero el humor del comandante también se alteraba con frecuencia; pronto el ajeteo la hizo sentirse verdaderamente agotada, hasta el grado de que no conseguía tiempo ni deseos para maquillarse y con la cara lavada, después de pasarse brevemente el cepillo sobre los cabellos descuidados, salía a la calle, sintiéndose marginada,

marchita, como si de pronto hubiera dejado de ser mujer y se hubiera convertido en uno de esos anónimos seres que llevan faldas, pero que hace tiempo se nota a las claras que dejaron de ser mujeres, incapaces de llamar la atención, de gustar, y hasta de vivir.

Un día se percató que llevaba meses sin asistir a ningún espectáculo o evento social, que ya no sabía en que la giraban sus amigos y compañeras, y que si bien algunas de ellas frecuentaban su casa era con el único fin de visitar a Marco y volver a hablar del eterno tema: el accidente, su postración, la incapacidad de los médicos, el lento y escaso resultado del tratamiento y los pleitos con la empresa, las constantes entrevistas con los dirigentes del sindicato, las discusiones con los representantes de la aseguradora y aquel pleitear con la empresa extranjera en la que relucían su avaricia, su racismo y que pretendía por todos los medios evadir las leyes nacionales a las que estaba sujeta; todo ello empezaba a aburrirla..

En ocasiones le distraía la visita de Solveig quién la buscaba en sus días intocables y que después de enterarse de los avances de salud del capitán solía hablarle de las compañeras, sus vuelos, sus más recientes aventuras y por supuesto de sus romances, y aún se desvivía por oír los chismes de Jaimito que siempre fiel al comandante se aparecía llevándole un pan o una gelatina comprados en una pastelería fina.

Por las noches acompañaba a Marco quién leía algún periódico y se empezaba a aficionar –quehacer de solitario- a la lectura, que alternaba escuchando discos o se quedaba absorto ante el televisor, entonces ambos parecían evadirse tras la placentera trama de una película y hasta en la ridiculez enervante de las telenovelas que transmitían en episodios, buscando encadenar al televidente al siguiente día, y hasta llegaron a compartir las aventuras de los animales que vivían allá en las apartadas selvas de Africa o sobre las eternas nieves polares, y sólo cuando llegaban los horarios de los noticieros con su inevitable caterva de desastres, problemas y muertes, preferían evadirlos por salud mental, cambiando de señal o apagando el televisor.

Luego volvían quedarse mudos, una vez Clara les dijo que el silencio es la mejor fórmula para hacer durar una pareja, semejante afirmación les hubiera parecido sencillamente ridícula o casi monstruosa apenas hacía algunos meses. Ahora sus silencios, no eran como los de antes, en que ambos cansados de haberse hecho el amor, se quedaban exhaustos, satisfechos, sin ganas de pronunciar una palabra porque ya se lo habían dicho todo con el cuerpo, entonces Marco la volvía a acariciar suavemente, ya despojado del voraz impulso de la pasión, tocándole los senos, el vientre, el rostro y ella hundía los dedos entre sus cabellos o ponía las palmas sobre sus mejillas, mientras los dos se buscaban los labios, ya no con la premura ansiosa del beso pasional, sino ensayando el roce delicado; y cuando ella empezaba a recoger sus prendas interiores, él le tomaba las manos y la obligaba a seguir a su lado desnuda, para gozar decía del maravilloso espectáculo de su cuerpo y una vez, cuando le había dicho --¡Tengo frío!- él se había acercado amorosamente para proporcionarle al tan deseado calor con su cuerpo, entonces el deseo volvía a encenderse y a los besos suaves seguía otra vez aquella euforia que le humedecía la vagina, le aguaba la boca y le entrecortaba deliciosamente la respiración.

Ahora todo era muy diferente. El varón se quedaba inmóvil y ella empezaba a tener reparos en desnudarse por las noches frente a él y prefería ir a plantarse el pijama en el baño y retornar a la alcoba con el camisón largo o la bata. Luego venía lo peor, Ursula y las fuerzas de Azalea debían conjuntarse cada noche para colocar el pesado cuerpo de Marco sobre la cama. El hombre experimentaba con el movimiento fuertes dolencias que le impedían recogerse de lado, en tanto que la posesión de boca arriba le había escaldado la espalda, cuya piel debía ser protegida por ungüentos y cremas.

Una tarde se presentó Alexandra quién después de interesarse por la salud del piloto, objeto de su visita, aceptó tomar una taza de té, en la plática que prolongó un par de horas habló sobre una película de reciente estreno sobre la vida de un famoso prestidigitador que se hacía llamar simplemente Houdini, Azalea escuchó encantada el relato de su compañera y esta insinuó que le gustaría gozar de la compañía de la pareja cuando les agradara ver el film y que por su parte no tendría inconveniente en volver a disfrutar una vez más, Azalea respondió que trataría de encontrar alguna copia para instalarla en su videocasetera, pero Alexandra insinuó que nunca podría apreciarse igual en la reducida dimensión del televisor, Marco le concedió la razón y cuando a la semana siguiente la joven volvió a aparecerse Marco a quién fatigaba y apenas inferir la molestia de ser cargado al bajar las escaleras, sugirió a Azalea que acudiera al cine con su amiga y que posteriormente le refiriera completa la película; Azalea se rehusó al principio pero terminó por aceptar lo que le pareció era una consideración generosa de su esposo, y cuando ambas se despidieron, previo beso cariñoso de Azalea y la cordial despedida de Alexandra, Marco las vio partir complacido y tomó distraídamente el libro que había empezado a leer.

Azalea gozó la película, aunque pendiente a cada rato de ver el reloj, y apenas terminó, cuando aún no se encendían las luces, manifestó a su compañera que estaba urgida por regresar al lado de su marido, a quién encontró cabeceando en su silla de ruedas. Ella lo despertó con un beso y como había sido convenido le refirió los pormenores del film; y Marco entrevió que aquella breve salida había hecho mejorar el ánimo decaído de su esposa, y como las llamadas y visitas de Alexandra se fueran haciendo más asiduas volvieron a acompañarse una media docena de veces al cine.

Una vez Azalea invitó a su amiga al concluir la función para degustar juntas un café y la conversación como tenía que ocurrir se centró en torno al trabajo, los vuelos, los compañeros que preguntaban incesantemente por ella y esperaban su pronto regreso, entonces Alexandra mencionó insistentemente a Jorge, que aunque llamaba a Azalea de vez en cuando para enterarse de la salud de su esposo, se contentaba con enviarle postales expresándole sus mejores deseos de bienestar y augurándole que una vez pasada la tormenta surgirían seguramente la tranquilidad y la dicha, Azalea habló agradecida de su compañero, refiriendo que le había prestado un apoyo sostenido en aquellos días particularmente aciagos;

-No sólo, como te consta cuando me resbalé, sino en mi desdichado viaje a Cartagena.

-¿Hasta allá fue Jorge? No lo alcancé a ver, pues debimos regresarnos antes.

-¡Claro! –admitió Azalea- Y su compañía me fue tan necesaria, que sin ella no se que hubiera hecho. Pero hay más, cuando regresamos a México, él me estaba aguardando para apoyarme en su traslado al hospital y cuando la intervención no se apartó un solo momento, incluso aún después, cuando lo tuvieron en terapia, supongo que debió haber solicitado muchos permisos y hasta debió haber sido sustituido con tal de servirme.

Alexandra preguntó atropelladamente.

-¿Está enamorado de ti?... porque eso sólo lo hace un hombre que anda loco tras de uno. Azalea le miró desconcertada, tal si de pronto se hubiera percatado de que detrás del compañero servicial, del amigo incondicional, sonriente, comedido, respetuoso, se alojaba encubierta la pasión y reconoció que se comportaba siempre demasiado obsequioso y amable con ella, aunque apenas le correspondía con las buenas maneras de una mujer educada.

A los cafés breves, se añadieron los agregados de pastelillos o helados, cuyo consumo ameritaba dejar a Marco solitario más tiempo, aunque Azalea buscaba que sus ausencias no se alargaran demasiado, y como compensación ordenaba un pastelillo para

su esposo y otro para Ursula quién se esmeraba seguramente compadecida en servir lo mejor que podía a su patrón.

Azalea refería puntualmente a su marido los pormenores de la conversación con su amiga y hasta tuvo la ingenuidad de contarle que Alexandra suponía que Jorge había actuado así con otro interés.

-Créemelo que nunca se me había ocurrido –aseguró Azalea.

Marco la escuchó satisfecho. En medio de su incapacidad, de la pérdida de sus piernas, de su empleo, de su prestigio que día a día se derrumbaba, al menos tenía a su lado todavía lo que más quería su esposa.

-3-

Se había llegado al punto en que la Hemisphere ya no estaba dispuesta a conceder a Azalea más permisos y por lo tanto ella debería determinar en un plazo no mayor de cinco días si continuaba o no en el servicio u optaba por renunciar.

Azalea trató de conseguir la intervención del sindicato, pero las gestiones de sus representantes fracasaron ante una rotunda negativa, no la estaban despidiendo aclararon, se había tenido suficiente consideración con ella, debido al hecho de ser la esposa del comandante Ordoñez accidentado en servicio, pero debía determinarse su situación.

La joven se enfrentó a una verdadera encrucijada y una mañana cuando el perentorio plazo estaba por vencerse decidió hablar con su marido. Aunque aparentemente decidida a abandonar para siempre lo que había considerado hasta entonces una verdadera realización, había tanta tristeza en su rostro, que Marco, comprendiendo cuanto implicaba para ella el dejar de volar le pidió que si realmente deseaba retornar a su trabajo no se detuviera por él quién ya se arreglaría con Ursula quién le continuaría atendiendo cuando ella se encontrara ausente. La respuesta de Azalea se detuvo un momento en sus labios, pero aún insistió en su negativa, dispuesta a sacrificarse por lo que estimaba era más importante; su bienestar. Marco lo agradeció haciéndole notar que el hecho de que continuara haciendo lo que a ella le agradaba no significaba en modo alguno que lo abandonara, ni que descuidara su hogar, en donde él apreciaba que se estaba verdaderamente asfixiando, porque no había nacido cómo muchas mujeres que fácilmente se resignaban a ser sólo amas de casa, lo que equivalía a someterse a una reclusión sin rejas, ella era una chica moderna, ansiosa de sentirse útil no sólo para su esposo, sino para la sociedad; además no debían olvidar lo que había luchado para conseguir hacer real su aspiración y no sería él quién coartara ese anhelo legítimo; y generosamente le recordó que la había conocido precisamente desempeñando su trabajo y que eso significaba que a él también le gratificaba que lo siguiera haciendo.

Azalea se quedó mirándole fijamente a los ojos, tal si le pidiera más argumentos para persuadirla, si bien, en el fondo, estaba convencida de que era eso lo que deseaba.

Entonces Marco le habló de que los acontecimientos ocurridos cuyas consecuencias aún venían arrastrando le habían cambiado el carácter, y que ella ya no era la misma persona de antes, la que había conocido y le sedujo.

-Es como si la alegría se te hubiera esfumado –le dijo y agregó:- cuando vuelvas a encontrarte en tu ambiente, volverás a ser la de antes.

Azalea alegó que seguía siendo siempre igual, y además que continuaba enamorada y que él y su matrimonio le importaban más que seguir fomentando aquellas ilusiones de chiquilla que finalmente ya había realizado.

-Ya estuve muchas veces a bordo del 747 y supe lo que es ser una anfitriona, ahora mi puesto es contigo.

Entonces por primera vez argumentó un asunto del que ninguno de los dos había deseado volver a tratar.

-¡Si hubiese tenido a mi hijo, seguramente hubiera tenido que renunciar!

Marco guardó silencio un instante para exclamar con infinita tristeza:

-¡Hasta eso me negó la vida!

Entonces Azalea se levantó de la silla que había estado ocupando frente a él, y tomándolo por los hombros le susurró dulcemente:

-Pero tú eres mi niño. ¡Mi niño muy querido! El niño que me necesita ahora.

Marco besó las manos de su mujer y con infinita ternura, levantó los ojos humedecidos de lágrimas para pedirle.

-¡Y ese niño te pide que seas feliz! Ese niño no desea ver a su linda mamá triste, ni marchitándose en el encierro de esta habitación. Ese niño quiere tener siempre una mamá guapa, sonriente, amante de la vida ¡Una madre que goce su juventud, porque tiene derecho a ello!

-¿Y quién dice que el estar a tu lado aquí no me hace feliz? Es verdad que a veces no me queda tiempo de arreglarme, o no me llegan las ganas de hacerlo, se cuanto aprecias la apariencia de una mujer, y por lo tanto tienes derecho de esperarla de la tuya, pero te prometo que desde ahora volveré a ser como antes y me arreglaré lo mejor que pueda para ti.

-Gracias. También te lo va a volver a exigir tu trabajo. Recuerda que cuando nos conocimos y volamos juntos por primera vez, me pareciste la más linda aeromoza de cuantas había conocido. ¡Eras una real princesa! ¡La princesa que todos los hombres hemos idealizado en nuestros sueños

-¿Yo era eso?

-Y lo sigues siendo par mí –aseguró Marco y con una sonrisa triste aunque satisfecha añadió- y debes continuar siéndolo para ti misma y para los demás.

-¿Y a mí que me importan los demás? –protestó Azalea- ¡Me importas tú! ¡Solamente tú!

-Sí. Lo se. –consintió el piloto- pero también se que eres mujer y que naciste para ser admirada. Cuando visitamos Buenos Aires, Hawai, Las Vegas yo me sentía muy orgulloso de que fueras a mi lado, yo me imaginaba que seguramente te habían contado, esas historias tontas sobre mí, que era un mujeriego empedernido, que gustaba de tener muchas parejas a la vez, ¡Ya no se! Ni me importa recordar si lo fui o no, sólo puedo decirte que jamás me había enamorado, que tú fuiste y has sido mi primer y mi único amor, mi verdadero amor, y si hubo una o cien mujeres en mi vida, ninguna significó nada, es decir, más allá de un momento que estuvo totalmente olvidado en el momento de apreciar todo lo que tú representas ¡La más hermosa, la más dulce y femenina de todas las mujeres!

Marco se quedó callado, con la mirada perdida en quién sabe cuales pensamientos.

Azalea profundamente halagada con sus palabras sonriéndole le pasó los dedos por debajo de la barbilla en una caricia como descuidada

-¿De veras Marco? ¿Eso era para tí?... entonces porque me trataste de esa manera...

-¿Cómo?

-Primero con indiferencia, casi con dureza. Y luego me acosaste, me perseguiste, sentía que me desnudabas cada vez que me veías.

-Y era verdad. ¡Y es verdad todavía!

-¿Tanto te gustaba? ¿Tanto me deseabas?

-Al principio debí haberme engañado. Pensé que era solamente eso. Me volvía loco con la idea de hacerte el amor, de acostarme contigo y penetrarte... luego, poco a poco fui comprendiendo que ambicionaba mucho más de ti, algo, que no se habría de saciar sólo con el sexo, que exigía algo más, ¡Mucho más! Algo que ni siquiera sabía cómo nombrar porque nunca me había sucedido. Esa misma noche que nos encontramos acababa de hablar con Emilio, ¡Qué casualidad! Después de tantos años de no vernos y él me hizo ver que le faltaba algo a mi vida ¡Lo principal!

Marco echó atrás la cabeza como si quisiera aligerar el tropel de ensoñaciones que le venían a la memoria.

-¿Quiere decir que Emilio te predispuso para que te enamoras de mí?

-No exactamente Azalea. Nadie se enamora porque nos induzcan a ello. Ni siquiera porque nosotros podamos decidirlo. Ahora se que el amor, es cómo un árbol, que nace, crece, y se da, no importa si tiene buena tierra, o aire, o sol, sus ramas brotan y se elevan... más tarde fui comprendiendo que sólo tú me podías conceder algo que nunca había tenido, algo que ni siquiera había logrado saber si existía o me era posible merecerlo, pero que me haría inmensamente dichoso, y que yo a mi vez debía hacer otro tanto contigo.

-¡Y lo has conseguido Marco! ¡Me has hecho inmensamente feliz!

Y apretó la cabeza de su esposo contra su pecho tratando de ampararlo, mientras él sollozaba pegado a la carne femenina que tantas veces había colmado de besos, con esa adoración casi fetichista que va mucho más lejos de la simple atracción de la carne, entonces agregó:

-Por ello no quiero verte nunca desdichada. No me perdonaría que por mi causa... por causa de todo esto que me ha ocurrido...que nos ha ocurrido, perdieras la sonrisa, la frescura, el buen humor ¡Ese don maravilloso que eres tú!

-¿Y por qué habría de perderlo si te tengo a ti? Sí aquí estás a mi lado ¡Conmigo! Te estás dejando llevar por tu imaginación, y la fantasía no siempre es buena consejera. ¡Estoy contigo Marco! ¡Aquí me tienes!

-Y confío que siempre lo estarás. Que siempre habré de tenerte y que no te irás de mi vida nunca, aunque...

-¿Aunque qué Marco? ¡Aunque estés imposibilitado! ¡Aunque ese maldito accidente te haya privado de poder caminar! Aunque ya no puedas hacer lo que hiciste toda tu vida.

-Aunque regreses a lo tuyo ¡Y vuelvas a volar!

-¿Luego insistes?

-Por tu bien -y suavizando la voz repitió- ¡Por nuestro bien!

-¿Y que es nuestro bien? ¿No es acaso estar juntos lo más importante?

Marco de pronto no supo que responderle, entonces acudió a un argumento, que aunque carecía de fundamento en el fondo, podría aparentar ser convincente:

-Azalea: sabes de sobra cual es mi situación con la compañía. Aún no se acaban de poner de acuerdo acerca de mi actuación aquella endiablada noche.

-El sindicato te ha defendido y debe continuar haciéndolo.

-El sindicato ¿Quién cree en el sindicato?

-Es fuerte. Y debe cumplirte.

-Tal vez lo intenten, pero la compañía tiene mucho dinero, tanto que puede comprar a ellos y hasta las mismas autoridades, en cuyo caso si terminan declarándome culpable, negligente o inepto, podrían hasta llegar a negarme la indemnización a la que tengo derecho.

-Pero aún siempre nos quedaría algo para vivir.

-¿Lo crees realmente? ¿Crees que la raquíca jubilación del seguro nos permitiría vivir así? ... es verdad que somos dueños de este departamento, pero también lo es que

implica gastos su mantenimiento, que los medicamentos que preciso son costosos y que sin ellos acabaría vencido por los dolores, que necesitamos recursos para pagar a Ursula, para sostener el auto, y para continuar llevando una vida decorosa conforme a lo que estamos acostumbrados.

-Podremos hacer ahorros. Incluso despedir a Ursula. Prescindiríamos del auto, de lo que no fuera estrictamente necesario, soy una mujer Marco, no una inútil, vengo de gente humilde, puedo ir a un mercado y obtener los alimentos a bajo precio y aprender a cocinarlos, con poco nos bastaría para vivir, pero juntos...No nos vamos a morir de hambre!

-Pero nos sería difícil adaptarnos, renunciar a las pequeñas comodidades que tenemos; además, tengo esperanzas de volver a caminar, y tal vez acudiendo a otros médicos, quizás en Europa... o en los mismos Estados Unidos, entonces recabaría otras opiniones, y habría que tocar muchas puertas hasta agotar todos los recursos habidos y por haber.

-Y yo me sentiría encantada de acompañarte hasta que lo lográramos.

-Pero para ello precisaríamos recursos. ¿Comprendes? ¡Contar con recursos! El mundo gira en derredor del dinero ¡El dinero es cuanto cuenta! ¡El dinero es lo que hace milagros! ¡El que podría incluso salvarme! Entonces... tu sueldo nos sería necesario; y hasta estoy seguro que tú lo aportarías con gusto.

-¡Claro está! ¿Pero nunca te informaron cual es el ingreso de una sobrecargo? No es una fortuna

-Pero contaríamos con algo más.

Azalea bajó la cabeza. Estaba vencida. En el fondo se sentía inmensamente satisfecha, deseaba volver a volar, a sus compañeras, a las ciudades que no se cansaría nunca de conocer, visitar, a los hoteles, a comer en los restaurantes, a continuar siendo la de siempre, la admirada, la codiciada la invitada, aunque desde luego ahora no aceptaría ninguna invitación, ni mucho menos llegaría a ser como las otras, que por muy casadas que estaban siempre se metían a la cama con alguno, aunque ni siquiera fuera por dinero, ni por curiosidad, simplemente por el goce, por la putería de disfrutar el placer de la aventura, sin detenerse a pensar que la conclusión resultaba siempre la misma, que todos eran en resumidas cuentas lo mismo. No, ella no iba a ser el rato ni la diversión de nadie, porque tenía lo suyo ¡Su hombre! Al que amaba, y que ahora inválido la necesitaba más que nunca y al que no traicionaría por nada del mundo.

-¿Entonces lo has decidido? –interrogó ella, tal si buscara inconscientemente evadir la responsabilidad de tomar ella partido y se acogiera como buena esposa mexicana a la palabra de su marido.

-Lo hemos acordado –aclaró Marco- porque te conozco y se que en el fondo lo estás deseando.

Azalea protestó aún.

-Tengo miedo.

-¿Miedo? ¿De que tienes miedo?

-De dejarte solo, de que te ocurra algo cuando yo esté trabajando.

-¿Qué me ocurra algo aquí? ¡En mitad de estas cuatro paredes? ¡Qué más podría ocurrirme? Ya pasó lo peor que pudo haberme sucedido.

-Puedes necesitar algo.

-No estaré solo. Ursula se queda conmigo y en cualquier problema que pudiera presentarse está Emilio.

-La obligación es mía no de un extraño.

-Emilio no es un extraño. Es nuestro mejor amigo.

-Yo soy tu esposa y debo ser la verdadera responsable..

-Lo eres. Además no estarás eternamente fuera.  
-Trataré de buscar que me asignen vuelos de ida y regreso el mismo día.  
-No intentes sobornar a nadie. No te lo concederían si no hay un pago de por medio.  
-¿Qué estás diciendo? Jamás consentiría que ni se atrevieran a insinuármelo. Puedo hacer muchas cosas, incluso ofrecer algún dinero o regalos, cualquier cosa donde no esté de por medio mi persona. ¡Tengo miedo de dejarte! ¡De que te vaya a suceder algo!  
¡Nunca me lo perdonaría!  
-Todos vivimos acosados de miedos, incluso por cosas que nunca llegarán a ocurrir. Lo mismo podría sentir yo. También a ti podría ocurrirte algo.  
-Yo sabré cuidarme siempre. Quiero la vida, porque no es mía sino tuya.  
-Entonces atravesando el cielo, o entre las paredes de este departamento, seguirás siendo igual.

Aquella mañana, unas horas más tarde, Azalea se reportó a la compañía dispuesta a continuar activa en el servicio..

-4-

Una día de verano muy temprano Azalea se plantó el uniforme que la noche anterior había tenido que planchar previo arreglo de la falda que ya no le ajustaba y a la que tuvo la necesidad de ampliarle la cintura cinco centímetros. Había engordado. Su vida aunque ajetreada por el cuidado del marido carecía del movimiento intenso al que el trabajo la sometía.

Le habían asignado un vuelo que salía a temprana hora a Chicago del que regresaría hasta el día siguiente. Aunque en apariencia Marco dormía, cuando ella le plantó un rápido beso en la mejilla a modo de despedida, él le tomó el brazo para acercarla.

-¡Felicidades Azalea, porque vas a volver a lo tuyo!

-Tú lo has querido, -Dijo ella, apresurándose a tomar el maletín.

-Yo sólo deseo tu felicidad. ¿Dispones todavía de un minuto?

Azalea no le respondió, estaba nerviosa y tenía prisa pero se quedó esperando por saber que se le ofrecía.

-¿Me puedes ayudar por favor?

-¡Claro! Y tomó las manos de su marido para levantarlo y que se acomodara sobre su silla de ruedas.

-Es aún muy temprano par que te levantes -le dijo, mientras le acercaba su bata.

-Sólo quiero verte partir. Voy a acercarme a la ventana.

Ella atendió el pedido de su esposo y se despidió con un chao apresurado.

En la penumbra de la mañana que apenas comenzaba a clarear Marco se quedó mirando hacia abajo. Un minuto después la camioneta de la Hemisphere se detuvo y Azalea la abordó con destino al aeropuerto. A través de las persianas vio como se acomodaba dentro y hasta le pareció escuchar el sonido de la portezuela al cerrarse, luego arrancó llevándose lo que más amaba. Encendió el televisor. En aquella temprana hora la locutora seguramente desmañanada repetía las noticias trasmitidas la noche anterior y alguna más sobre un asalto ocurrido en la madrugada.

A las ocho bajó Ursula.

-¿Se ha ido la señora? -Preguntó.

Así es Ursula -respondió Marco y consultando el reloj añadió:- Ahora debe estar despegando.

-¿Quiere que le prepare ya el desayuno? –le dijo mientras recogía el periódico que habían dejado ante la puerta.

-Como quiera Ursula; y si es posible, por favor venga a desayunar conmigo.

La mujer no respondió fue a la cocina y empezó a exprimir naranjas, hervir café e introducir panecillos en el horno.

-¿Cómo quiere los huevos? Hay: tocino, chorizo y jamón.

-Cómo prefiera usted comerlos –contestó Marco, reiterando la invitación. Ursula se apresuró a disponer la mesa, poniendo mantel, cubiertos y lo necesario.

-¿De veras desea el señor que lo acompañe? –preguntó con cierta incredulidad.

-De veras. –Asintió Marco.

Ursula acercó el desayuno.

Marco continuaba con la vista clavada en la calle por donde había partido tres horas antes la camioneta de la línea aérea.

-¿Se siente solo, verdad? –interrogó Ursula en un amable tono que pretendía borrar la indiscreción. Marco no respondió y ella añadió:-¡No la hubiera dejado ir!

Marco se le quedó mirando.

-Lo hice porque me imaginé que se estaba aquí aburriendo mucho, cuidar a un inválido no es grato.

-Pero es su esposa... -atajó ella, mientras escanciaba el café de la tetera sobre las tazas.

-¿Quiere usted darme a entender que es su obligación?

-Cómo la mía. Yo también la siento doblemente para el señor que ha sido tan bueno conmigo, que me paga más de lo que vale mi trabajo y me dan de comer lo que mismo que ustedes.

Marco la miró con simpatía.

-Usted se lo ha ganado Ursula. No podríamos portarnos de ninguna otra manera, sobre todo ahora, que ya lo ve, no puedo hacer nada por mi mismo; y en cuanto a lo de la paga, nunca vuelva a mencionarlo por favor, si pudiéramos darle más lo haríamos; y no piense que no se lo gana, pues ya ve que tiene que trabajar todo el día.

Ursula no respondió. Sirvió los huevos con tocino y tal y como se lo solicitó Marco compartió con él el desayuno. Cuando terminaron levantó la mesa.

Marco empezó a hojear el periódico.

-Tengo que dejar al señor un rato para ir por el mandado. ¿Qué desea comer hoy?

-Lo que usted quiera Ursula. Todos sus guisos me gustan.

-La señora va a querer cenar cuando regrese.

-No volverá hasta mañana. Hoy nos quedaremos usted y yo.

Ursula salió. Marco se quedó enfrascado en la lectura del diario.

A la hora regresó Ursula comentando que había encontrado pescado fresco, y añadió que lo prepararía con sal y limón antes de hornearlo.

-Ahora voy por usted para llevarlo al baño.

Marco objetó:

-No hace falta Ursula, cuando vuelva Azalea me bañaré.

-¡Por Dios señor! Soy una mujer vieja. y no me va asustar ver a un hombre desnudo, además la señora debe encontrarlo limpio y bien rasurado.

Marco calló. Debía aceptar la triste condición que le imponía aceptar depender de los demás. Allí se anclaban el pudor, la intimidad,, el derecho a ser digno, todo cuanto hace a un hombre independiente y capaz, sólo que él ya no era el hombre fuerte de aquellos días en que empuñaba los controles del 747, ahora era solamente un inválido incapaz de moverse para tomar una ducha que le limpiara el cuerpo, si bien el cable de la rasuradora eléctrica había sido alargado para que él pudiera afeitarse sin la intervención de nadie.

Cuando retornó a su silla de ruedas: bañado, afeitado y con el cuerpo oloroso a desodorante, talco y loción Ursula se ufano:

-¿Ya ve como si pude sola con el señor? Más vale maña que fuerza.

-Ya lo comprobé Ursula y muchas gracias.

Marco se quedó silencioso, tomó un libro, era uno de esos tomos de “La Comedia Humana” de Balzac. “Las catástrofes motivan a todos los hombres a la filosofía, incluso a los fuertes y a los inteligentes”. Balzac hablaba con lógica ¡Qué diferencia de este gran pensador con los franceses que él había conocido: prepotentes, desconfiados, tacaños, y tan poco aficionados al baño que habían hasta tenido que inventar los perfumes para poder soportarse, aunque en ocasiones la mezcla de ambos olores resultara verdaderamente insoportable en el metro de Paris, o en los ferrocarriles donde se incrementaban las nauseabundas aromas con el empleo de la calefacción.

Al día siguiente pasadas las cuatro de la tarde retornó Azalea. Venía cambiada. El viaje la había trastornado. Se le veía alegre, sonriente, juguetona, dicharachera, apenas abrió la puerta se le oyó reír y fue a abrazar a Marco llenándole besos el rostro.

-¡Si supieras! ¡El vuelo ha sido de maravilla! Las compañeras me recibieron muy bien y les dio gusto que estuviera nuevamente trabajando. ¡Todo el mundo me preguntó por ti! Y les dije que estabas mucho mejor, que el día menos pensado te volverían a ver... y luego, fijate, hasta en el hotel se acordaron de ti, y me recibieron muy bien. ¡Te acuerdas de Johnatan, el Gerente? Pues me preguntó como estabas, se enteró de lo del accidente y me pidió darte sus saludos y me dijo que mencionara que te deseaba una pronta recuperación y que volvieras pronto... y luego imagínate que entro en mi cuarto y veo una fuente con fruta y una botella con su tarjeta dándome la bienvenida . –Y mostró la botella que ostentaba la etiqueta de los viñedos californianos.

-¿Y el trabajo? –interrogó Marco- ¿Cómo te fue? porque después de haber dejado de laborar tanto tiempo debe haberte cansado mucho

-¡Nada! ¡Cómo estaba fresca! ¿Crearás que ni siquiera lo sentí? Y eso que fuimos y regresamos con vuelo completo.

Azalea se despojó de la chaqueta del uniforme mientras se desprendía también de las zapatillas con tacones altos.

-Los pies si me molestaron un poco... ya ves que aquí me la pasaba siempre con zapato bajo... y luego, ayer por la tarde, me fui con Esmirna y Denia a ver las tiendas.

-¿Y que dicen las chismosas?

-Cómo siempre. Te mandan saludar. Esmirna dice que un día de estos vendrá a verte.

-¿Y Denia?

-Estaba engordando mucho y tuvo que ponerse a régimen, sino la bajan del avión; pero parece que han logrado controlarla con pastillas y esas cosas... entramos a Penny's y me compré pantaletas –dijo sacando las prendas de una bolsa- ¡Cómo a ti te gustan! –añadió mostrándoselas.

-No me las enseñes así –dijo Marco- prefiero vértelas puestas.

-Pero además traje esto para ti –Y le alargó el frasco de un loción.- Es una aroma nueva y la estaban ofertando, ¡Ah! y te traje espuma para que te rasures.

Luego se dirigió hasta la cocina donde saludó efusivamente a Ursula.

-¿Cómo se portó mi maridito; -Preguntó.

Ursula le mintió. No podía verle dicho que la tristeza y la pesadumbre se le transparentaban a Marco hasta por los poros.

-Bien señora. El señor se la pasó leyendo y luego en la noche me pidió su máquina de escribir.

-Te compré un sweter –le dijo Azalea- a ver si te queda –y sacando la prenda del maletín, empezó a medírselo por los hombros.

-Pero señora...-dijo Ursula entre confusa y agradecida- ¿Cómo fue a molestarse?  
-¡Anda! Para que veas que siempre me acuerdo de ti... ¡Ah! y no hagas nada de cenar, traje un poco de comida del avión. Antes me aburría, y ahora haz de cuenta que nunca la había probado. -Y dejó sobre la mesa una charola

Marco la contemplaba sonriente. Le pareció que aquellas horas sin verla habían sido una eternidad, pero sin embargo remota, pasada, tal si nunca hubiera ocurrido. Ahora la tenía nuevamente allí, cerca de él, en su hogar, a su alcance; y comprendió cuanto la amaba, cuanto significaba para él. Ella, aunque locuaz captó aquella mirada y le lanzó la consabida pregunta:

-¿M extrañaste?

Marco no le respondió, pero en su mirada húmeda estaba su respuesta.

-5-

Los meses fueron transcurriendo, Azalea volvió a su rutina: volar a donde la destinaban. En un principio intentó procurar que su asignación comprendiera solamente la república donde era factible ir y retornar el mismo día, argumentó cuan necesario era asistir a su esposo, el programador intentó complacerla sobre todo cuando se trataba del comandante Ordoñez quién se había granjeado las simpatías de todos y particularmente de sus compañeros, pero la inclusión de Azalea era indispensable en los vuelos internacionales debido a que hablaba con cierta soltura el inglés, indispensable para el trato con los extranjeros que visitaban México.

Marco mientras tanto se consumía por la tardanza en la resolución final del juicio, verdad es que los abogados del sindicato habían conseguido mantener vigente su paga, tal si se hallara en activo, sin embargo su preocupación mayor no era precisamente el dinero, sino la continua ausencia de su esposa.

En ese tiempo ella solía dedicar los intocables al cuidado de su casa y a acompañar a su marido compartiendo íntegramente con él esos cinco días que aguardaba con impaciencia, entonces tornaba a preparar platillos exóticos con sus bien aprendidas recetas culinarias y hasta llegaron a asistir a algún concierto y cuatro o cinco veces fueron al cine. Azalea se sentía satisfecha de caminar al lado de su pareja, ostentando la etiqueta de esposa fiel, abnegada, cuya conducta causaría la admiración; una vez un par de jovencuelos a la salida de un restaurante la increparon soezmente: ¡Larga ese anciano y vente con nosotros! -Le dijo uno de los mozos- Azalea respondió indignada: -¡Ese que tú llamas anciano es mi marido y de no estar enfermo de un solo bofetón te rompería esa cara que tienes de hijo de puta! ¡Malnacido, pendejo! Los tipos se rieron en sus narices, eran los representantes de esa estirpe cínica, cobarde, de mala entraña que predomina desgraciadamente entre una buena parte de la juventud citadina, donde la droga, la vagancia, el alcohol, la falta de principios y la total ausencia de una brizna de piedad y menos aún de calidad humana desquician a la sociedad actual. Marco se indignó al grado de que dentro de su impotencia se levantó de la silla y pudo sostenerse, imposible saber como, para volver a caer vencido, con la cólera mezclada a la vergüenza.

Pasados esos días de lo que llamaban cortas vacaciones la pareja tornaba a continuar su vida normal. Azalea no ocultaba su alegría de regresar a su trabajo y Marco se quedaba nuevamente atado a su silla de ruedas que estratégicamente había optado por colocar frente a una puerta ventana balconera, para verla partir y llegar. Comenzó a tomarle gusto a la lectura y en ocasiones distraía los ojos en alguna película que acomodaba Ursula en la video, aunque sobre la pantalla del televisor se había colocado

un enorme retrato de Azalea que él no se cansaba de contemplar obsesivamente en todo momento, luego alargaba la vista al reloj de pared sólo para descubrir que sólo habían pasado dos o tres horas, tal si el consabido medidor del tiempo se hubiera vuelto lento y un cansancio invadiera sus manecillas. A veces se queda dormido pensando en ella, y cuando lograba soñarla se complacía en recrear la imagen que aun cuando aparezca distorsionada, como suelen aparecer las personas en los sueños, la identificaba plenamente; luego al despertar descubría que habían pasado algunas horas, y que cada minuto transcurrido aproximaba su regreso, el momento sublime en que el vehículo se detenía frente a la puerta y luego, mediando apenas medio minuto, se escuchaban los tacones de Azalea, el ruido de la cerradura que le abría la puerta y al fin volvía a realizarse el prodigio de su voz, de su risa, de esa alegría que como su perfume emanaba perennemente de ella, entonces aguardaba el premio a su espera, el beso rápido que le dejaba sobre la mejilla.

Había también días en que Marco se sentía inmensamente triste y hasta descubría que mediante el pensamiento, la soledad puede acercarnos a lo distante. Y cuando Azalea volaba de noche, Marco le pedía que de vez en cuando se asomara por los ventanillos para recoger los guiños de las estrellas donde habían de encontrarse.

Una vez ella regresó seria y cuando Marco intentó besarla su cara se hizo a un lado eludiendo el beso. Marco se quedó pensando quién podría descender hasta los más recónditos pensamientos de una mujer, la siempre desconocida, la eterna incógnita.. La joven se despojó del uniforme y volvió envuelta en una bata acolchada y se quedó mirando la televisión con aire distraído, Marco le preguntó si estaba cansada y ella le respondió casi ausente que se sentía aburrida, pero que no le hiciera caso. Un momento después conversaba animada, cuando Ursula preguntó si servía la cena declaró que no tenía hambre, hizo la misma pregunta a Marco quién respondió que tampoco cenaría, Azalea visiblemente molesta le dijo: -Cena tú, si yo no siento hambre, no voy a comer a la fuerza- luego recapacitando añadió: -Si quieres por acompañarte tomaré una taza de té, mañana tengo vuelo temprano y debo levantarme antes de las ocho. Finalmente accedió a tomar algún bocado del plato. Al día siguiente se despidió igual que siempre. Marco trató de no dar mayor importancia al incidente, conocía demasiado a las mujeres y sus repentinos cambios de humor debidos a sus hormonas, sin embargo aquella mañana mientras daba sorbos al café mañanero que Ursula le preparaba, uno de esos juegos misteriosos que suelen irrumpir en nuestra conciencia, implacables e inoportunos irrumpieron cruelmente para obligarlo a verse a si mismo, se encontraba pálido, extenuado, por la mañana al rasurarse había descubierto las primera canas sobre la patilla, otras habían le salido en la frente, y en el rostro empezaban a hacer su aparición las primeras arrugas. La razón le hizo ver que Azalea tenía demasiados motivos para sentirse decepcionada, aquella duda le oprimió las sienes. Motivos no deben faltarle – concedió- ver a un hombre viejo metido en aquella maldita silla de ruedas no puede ser nada gratificante para una mujer joven, hermosa y seguramente –le costó gran trabajo admitirlo- apetecible y por lo tanto muy pretendida. ¡Si hubiera antepuesto la razón sobre mis sentimientos, no la hubiera dejado volver a volar! -Se reprochó- aunque también es verdad que no habría adelantado gran cosa con retenerla aquí las veinticuatro horas del día, su buen humor terminaría por irse deteriorando, y hasta es posible que a mí me esté ocurriendo lo mismo. La soledad tiene algo de jaula; y en las jaulas se aísla a los fracasados, a los rechazados, a quienes por quién sabe que causas kármicas les es vedado el don de la presencia de una mujer, aunque debo admitir que ella no me niega su compañía, ni me la ha regateado jamás ¡Todavía es mi esposa! Y sin saberlo porque Marco empezó a sufrir por ella, y no existe sufrimiento más incontrolable, aunque bien es cierto que es el que más se goza, que el se padece por amor.

Marco convino que debía controlar sus emociones, después de todo cuando la veía llegar y que ella le contaba los pormenores del vuelo, del hotel, de los compañeros, del pasaje, Marco compensaba aquellas horas tristes e imaginándose todas las escenas, volvía a estar en aquellos lugares conocidos, viviendo a través de ella la vida a la que se había acostumbrado y de la que no hubiera deseado prescindir jamás.

Entonces se presentó el otoño. Marco abría por las mañanas, cortinas, persianas y vidrieras y aspiraba el aire frío que le refrescaba la cara. Luego, a partir de la nueve, los inciertos rayos del sol empezaban a alumbrar el día, y sólo hasta las doce a calentarlo medianamente. A la una o dos se esparcía un calorcillo sabroso y él gustaba sentirlo y hasta se deshacía del sweter o de la chamarra, a las tres pedía a Ursula la comida que en ocasiones compartían juntos, a poco la lluvia empezaba a anunciarse con un vientecillo fresco y a las cuatro caía regularmente el primer aguacero de la tarde. Se cerraba la puerta-ventana y él contemplaba como la tupida cortina de agua se escurría por las vidrieras, anegaba las calles, las fachadas, el pavimento y hasta el pequeño jardincito, que hacía las veces de parque frente a la casa, donde venían a jugar los chiquillos que salían en tropel de la escuela primaria vecina; entonces el piso de las calzadas se convertían en una pasta lodosa y si el aguacero había sido fuerte no quedaba ninguna flor, aunque las hojas de los árboles que lograban salvarse lucían como enceradas. A veces la lluvia duraba apenas quince o veinte minutos, otras mucho menos intensa, se desparramaba por un buen rato y Marco veía a la gente correr y desafiarla armándose de sus sombrillas, porque nadie deseaba prescindir de arreglar sus asuntos pendientes porque estaba lloviendo, al rato el aguacero escanciaba y hasta volvía a salir el sol y la tarde simulaba que se iba a componer, para a las siete de la noche volver a soplar ese aire helado que refresca el valle de México y que parece provenir de los volcanes eternamente cubiertos de nieve, cual enormes barquillos y que tantas veces él había sobrevolado con el poderoso 747..

Cuando daban las nueve Ursula le llevaba la cena casi siempre frugal, un emparedado acompañado de un café y sólo en ocasiones algo más formal, incluyendo un poco del guisado sobrante del almuerzo y acaso una ensalada de frutas o un pastel, mejor era cuando aguardaba a su esposa ansioso de compartir con ella el último alimento del día, y en ocasiones cuando ella tenía humor disfrutaban hasta un par de tragos, se prendía el radio, se escuchaba algún disco novedoso o se quedaban uno cerca del otro frente al televisor, luego ella se levantaba argumentando que venía cansada o que debía trabajar al siguiente día -¡Tú quédate! -le decía- Al cabo no tienes que trabajar mañana- Marco percibía en la frase un reproche mudo: -No tienes nada que hacer, no eres útil, ni necesario, yo en cambio debo trabajar.

Algunos días la joven abandonaba la casa con el consabido -Nos vemos al rato, o un hasta mañana- si el vuelo era distante; en ese caso le dejaba un beso corto como de prisa, que él sentía casi como una humillación. Entonces intentaba disculparla, y hasta trataba de consolarse, restando importancia al hecho, Unas veces sus ojos mendigaban una caricia, a Don Juan se le había olvidado que las caricias no se les solicita a las mujeres, sino más bien se les arranca. Después él trataba de retener esas cortas palabras de despedida todo el día, repasándolas, volviendo una y otra vez a evaluarlas, a recordarlas, aunque intentando inútilmente meterse en el asunto de un libro, en el superficial programa de televisión o en los anuncios del diario. Así empezó a vivir en una especie de embriaguez, donde el licor eran las frases de su esposa, sus gestos, sus actitudes, sus vestidos, su conversación ¡Esa voluptuosidad que emanaba de toda ella! Aquel sentimentalismo exacerbado lo deprimía haciéndole perder la escasa alegría que su condición de parálitico le hubiera permitido almacenar. Su carne se estremecía al contemplarla, y la arrolladora sensualidad que le consumía, la voraz atracción por su

belleza, por tenerla a su lado, por disfrutar su compañía, se volvían un anhelo perenne, una obsesión cruel y despótica, un anhelo insaciable por acapararla, por tenerla, por gozar, lo que inevitablemente tendría que volver a irse.

-6-

Desde su retiro de león herido Marco enfrentaba un incierto porvenir, su pleito con la Hemisphere se alargaba y la suma reclamada y justa era regateada con esa obsesiva avaricia que norma la actividad en las empresas multinacionales, los abogados del sindicato a quienes seguramente empezaban a tentar las posibles ofertas de soborno, propusieron que Marco aceptara una jubilación del Seguro, renunciando a recibir la indemnización, lo que le eximiría de tener que enfrentar los cargos de ineptitud que se habían fincado en su contra.

Enterarse de aquella tremenda injusticia propició la adhesión de muchos de sus compañeros: pilotos, sobrecargos, mecánicos, boleteros, quienes hablaron de hacer un frente y presionar al sindicato para que defendiera debidamente, como era su principal obligación a su agremiado La simpatías por el trabajador caído se manifestaron en las frecuentes visitas que aliviaban su soledad; y Jaimito cuya admiración por su jefe nunca cesó, lo visitaba con frecuencia; Marco se alegraba de verlo, y hasta acabó por condescender con sus modales, su tono de voz, sus contorsiones feminoides, aceptando que su condición anormal le condenaba lo mismo que a él a la soledad, pues sus ocasionales aventuras casi siempre le acarreaban desventuras y desengaños sin fin, y las parejas que conseguía terminaban por abandonarlo, bien fuera porque se decidían por las mujeres, o porque les atraían otros amores, entonces él, incapaz de retenerlos se volvía a quedar frustrado y solitario. Marco concluyó por entender que si muchas veces era difícil conseguir a una mujer, propiciando una relación apegada a los designios de la naturaleza, intentar la compañía o el afecto de otro hombre resultaba no sólo aberrante sino caótico; no obstante si se hacía caso omiso de la condición del sobrecargo, su amistad resultaba grata, porque el muchacho era educado, sabía escuchar y hasta ser leal a su manera. Ursula acabó por tolerarlo y solía decir que con su afición equivocada no hacía ningún mal.

Pero otros asuntos más importantes que los referentes al juicio en contra de la compañía o al comportamiento de sus amigos, turbaban la sedentaria vida del ex piloto, porque después de dos años de haber sufrido el peor percance de su vida, sintió que las relaciones con su esposa se empezaban a deteriorar. Al principio supuso que se trataba de absurdas figuraciones consecuencia de sentirse a sí mismo inservible y abatido, pero un hecho desastroso, lo convenció del inevitable resquebrajamiento. Después del accidente la relación conyugal se hubo de quedar interrumpida, Las lesiones lo imposibilitaban para hacer movimientos y aunque el matrimonio continuó compartiendo el descomunal lecho conyugal, que los colchoneros, acentuando su malinchismo llaman Queen size, el acercamiento se reducía a un beso desabrido que preludiaba el sueño; sin embargo la proximidad de aquel derroche de mujer a veces desnuda o a medio vestir, de la esposa que amaba y cuyos encantos lo continuaban seduciendo con la fuerza del imán que lo atrajo desde el día que la conoció y que se había convertido en el pasaporte para adorarla y renunciar a su vida disoluta para consagrarse a ella, lo indujeron a intentar la cópula que ambos anhelaban y necesitaban para revitalizar aquel amor que languidecía. Una noche el baby doll de Azalea, el penetrante perfume que esparcía en todo su cuerpo, y los cabellos que se había soltado rozándole la espalda, volvieron a encender aquella pasión que más que haberse extinguido se avivaba, Marco la atrajo para colmarla de caricias y de besos que desparramó en su nuca, en el cuello, en los párpados

y que fueron resbalando por sus senos, caderas, pubis, y que como era de esperarse la enloquecieron de deseo, sin embargo pese a haberse excitado ambos, Marco no pudo obtener ni siquiera el más leve indicio de una erección. Azalea jadeante intentó que su hombre respondiera al estímulo de su cuerpo, de su vagina humedecida, pero ni con la caricia de sus manos sobre aquel pene flácido pudo obtenerse ningún resultado. Marco casi enloquecido susurraba palabras incoherentes:

-Te amo –le decía- quisiera llenarme de ti ..

-Pero ya no puedes –le atajó ella inmisericorde.

Entonces él se desplomó. De pronto se le ocurrió recurrir al sexo oral con tal de satisfacerla, pero Azalea que se recordó de la grotesca escena que había presenciada en la olvidada de orgía lo rechazó violentamente invadida de asco.

-¡No me toques! –exigió- no soy ninguna puta y no me presto a hacer lo que no se debe.

Marco no quiso encararle que en Buenos aires y en Hawai lo habían hecho, si bien sólo como preámbulo para iniciar después una relación normal, pero ella enfadada se apartó violentamente de su lado y enfundándose la tanga del baby doll entre las piernas se envolvió en las sábanas, mientras él hacía otro tanto enredándose en una manta, sintiéndose terriblemente avergonzado y humillado. Pasaron unos minutos que debieron parecerle horas, para exclamar luego con la voz enronquecida y un profundo pesar.

-No contaba con esto...

-Debiste haberlo previsto –advirtió ella, irritada por haberla excitado dejándola en aquella incómoda situación.

-Posiblemente se dañaron además otros órganos...

-Y hasta ahora te enteras –preguntó sarcástica- ¿Posiblemente?... ¡Está claro! ¡Estás acabado como hombre! –Espetó, luego se levantó del lecho y se encaminó al baño, ansiosa de acudir a la masturbación ¡Era el último recurso, para evitarse una mala noche! casi con rabia consiguió el orgasmo que la dejó más que satisfecha exhausta y nerviosa, luego se metió bajo la ducha, se envolvió en una toalla de baño, y retornó a la cama enfundada en un pijama. Marco con los ojos brillantes, retenía las lágrimas a duras penas, Azalea sintió cierta compasión de verlo así y pasado el enojo por aquella vana exaltación, lo miró sin rencor,. él sintió las boca llena de palabras pero se quedó mudo, y ambos optaron por guardar silencio. Media hora después Azalea se volvió para acurrucarse abrazando una almohada, Marco intentó medir la distancia que los separaba, en realidad ella no había buscado colocarse ex profeso lejos de él, pero tampoco había pretendido su proximidad. El frustrado amante no logró pegar los ojos en toda la noche, y tuvo que reconocer que si bien había seguido acudiendo dos o tres veces por mes al médico quién revisaba su estado de salud, sin embargo el doctor Luna nunca le había interrogado sobre el particular y él por su parte, aunque le inspiraba confianza, nunca lo había interrogado. Tal vez podía haberse tratado de un incidente que desafortunadamente suele ocurrirle a cualquier hombre y que lo imposibilita alguna vez, o lo que mucho temía, era la consecuencia de algo mucho más serio que tuviera que ver con sus órganos lesionados.

A la mañana siguiente Azalea se levantó, volvió a la ducha, se maquilló y se puso un traje sastre. Su vuelo estaba programado hasta la tarde. Ambos permanecieron mudos y Marco la contempló con cierta timidez triste, hubiera deseado que al levantarse, como en otros días, ella hubiera derrochado su risa de mujer satisfecha diciéndole: ¡Hola! Mientras le entregaba el periódico mañanero, y en su lugar había una cara adusta, indiferente.

-¿Sales? –le preguntó- ¿No desayunamos juntos?

-Quiero caminar un poco -le respondió ella- siento que necesito respirar aire fresco y salir de este cuchitril...  
Si el desaliento tuviera una cara habría sido seguramente la de Marco.  
-Lamento lo ocurrido anoche -aclaró- adelantaré la cita de la consulta y hablaré con el doctor Luna.  
-Debiste haberlo hecho hace tiempo -respondió ella.  
-Te prometo intentar todos los recursos.  
-No prometas nada.  
-Pudo haber sido algo casual, no definitivo -insistió Marco.  
-Espero que así sea -contestó ella con una sonrisa de amargura.  
-Comprenderás que no ha sido culpa mía.  
-Ni la mía.  
-Si lo volviéramos a intentar...  
-Otro día. No ahora.  
-¿Entonces?  
-No te lo tomes tan a pecho. Y no vas a cambiar nada porque hoy desayunes solo o con Ursula, yo tomaré un café por ahí y regresaré más tarde.  
Marco no respondió.  
Un adiós se desmayó en los labios de Azalea y salió de la habitación.

-7-

Azalea regresó más tarde, las pupilas de su esposo pretendía investigar su alma. El paseo pareció que la había relajado y se mostró sonriente y hasta despreocupada. Marco estaba en su silla de ruedas junto a la puerta-ventana y ella le puso un beso en la mejilla y luego fue a preguntar a Ursula lo que iba a preparar para la comida.  
-Tengo hambre -advirtió- y se puso a mordisquear un pan.  
Ursula le informó que freír pollo, y preparar una sopa y una ensalada no le llevaría más de quince minutos. Azalea aprobó la idea y empezó a disponer la mesa.  
-Como tú debes haberte desayunado supongo que no tendrás hambre todavía -dijo a su marido.  
-Sólo tomé jugo -se defendió mintiéndole, aunque la verdad era que no había probado nada y añadió amable: -Almorzaré contigo.  
Azalea volvió a la cocina y se dedicó a preparar una ensalada de berros y tomates mientras Ursula freía papas y vaciaba una lata con sopa de champiñones.  
-¿Hay helado todavía?  
-Sí señora. -Respondió Ursula.  
-Pues ya está.  
Luego, fue hasta donde su esposo y le encajó entre la camisa una servilleta.  
-¿No te has rasurado todavía? -preguntó melosa, mientras le pasaba las manos por las mejillas.  
-Ahora lo iba a hacer.  
-¡Feo! -le dijo con cierta coquetería- no me gusta verte barbón.  
Marco le agarró una mano.

-Te prometo que no me volverás a encontrar así. Llamé al doctor Luna, pero la enfermera me informó que hoy tiene el día muy ocupado para venir a verme, así que pedí a Emilio que me haga favor de llevarme mañana al consultorio.

-¿Para que molestar a Emilio? Podías haberlo dejado para otro día. No era tan urgente.

-Para mí sí. Para nosotros.

-No hablemos por favor de eso –dijo ella visiblemente molesta- vamos a comer.

Ursula dispuso pan, sopa, salsa, sal, y Azalea abrió una lata de camarones que desparramó en un plato.

-¡Pruébalos! -invitó a Marco- ¡Están ricos! –y tomando un palillo le ofreció uno.

Luego brindaron con vino blanco chileno.

-¡A tu salud! –brindó Marco.

-A la tuya –respondió ella.

Marco se quedó con la copa en la mano mirándole fijamente los ojos.

-Hasta un día de sol puede ensombrecerse con un eclipse inesperado –sentenció-

-Te dije que no quería hablar más de eso –contestó molesta corroborando que había percibido claramente el sentido de sus palabras.

Marco cedió.

-Como quieras.

Concluida la comida ella se dirigió a la recámara y trajo el barniz para colorearse las uñas. Marco volvió a su periódico. A las cinco cambió el traje sastre por el uniforme y se recogió el cabello.

La camioneta de la Hemisphere se detuvo en punto de las cinco y media.

-Chao –se despidió Azalea poniendo a su esposo una mano sobre el hombro.

-Cuídate mucho –respondió él.

Y se quedó observando como su figura se perdía entre la fugitiva claridad del crepúsculo. Escuchó como la portezuela se abría y cerraba y luego el sonido del vehículo que partía.

Le pareció que en su despedida había un manifiesto desapego.

A las seis de la tarde empezó el puntual fuelleo del viento y el departamento se fue sumergiendo entre una tiniebla triste. A Marco le pareció que la melancolía que le estaba royendo el alma se había extendido en todo cuanto le rodeaba. Luego pareció sumergirse totalmente absorto en una profunda meditación, contemplando no la calle, sino el vacío, el inmenso vacío de su vida, de esa vida que había empezado con el declive, escapándosele aquella noche fatídica y que ahora sólo Azalea podía llenar. Mil reflexiones acudieron en tropel a su mente, mientras saboreaba la densa voluptuosidad de saberse despreciado. ¿Despreciado? Trató de memorizar los gestos, los ademanes, las palabras de su esposa y admitió que en realidad ella no lo menospreciaba, y que sus figuraciones eran quienes lo estaban perturbando. Pero además tenía razón. Comprendió plenamente que era una mujer joven, que debía sentirse insatisfecha y se puso a contar los meses en que efectivamente no habían tenido relaciones, y aún se propuso creer ciegamente en su fidelidad, porque definitivamente no tenía razón alguna para suponer otra cosa; y hasta le reconfortó el razonamiento optimista de que Azalea era una mujer decente refrendando además la convicción de que lo amaba. Es posible que las mujeres bonitas sean mucho más susceptibles de ser traidoras –admitió- porque disponen de mayores oportunidades y están continuamente acosadas, pero ella no es de esa clase, lo que pasaba era que le daba pena que su esposo estuviera allí clavado en aquella maldita silla de ruedas, mientras que él, en cambio, la adoraba cada día más. ¡Qué extraño! -pensó- recordando la célebre frase de Anatole France: “*No es habitual amar lo que uno tiene*”... y sin embargo él, ¡La quería tanto! tal si su capacidad de amor, que nunca había creído poseer y que sólo se había descubierto tras de muchos años, lo que lo

indujo inducido a aceptar que estaba imposibilitado de querer a nadie, hasta que de pronto se le había revelado para condensarse en una sola mujer, aunque -como reconoció- había tenido en sus brazos muchas mujeres hermosas, aunque diferentes, entonces, se le ocurrió pensar que la belleza de Azalea resultaba tan atractiva como un profundo abismo, maravillosa sí, pero insondable y hasta peligrosa. Y empezó a debatirse entre las ruinas de su pasado y los inciertos barruntos del porvenir; y colmado de amargos presentimientos concluyó con pesar que el verdadero amor, siempre trae consigo algo de esclavitud. ¿Por qué se había enamorado? ¿Por qué le había hecho caso a Emilio? Y se le ocurrió admitir que aún cuando hubiera tenido que pasar por el amargo trago del accidente y hoy no tuviera quién le cuidara y se hubiera visto precisado a contratar alguna enfermera, aquella soledad podía ser mucho más benigna que la que debía enfrentar hoy, donde: amar, desear, esperar a una mujer y tal vez tener que mendigar sus besos y conformarse con una palabra cálida, lo enredaba inexorablemente en aquella horrible maraña de suposiciones y presentimientos

La vida sin ella podía convertirse en el más cruel de los infiernos, la más dura de las prisiones; y si además su vida sexual estaba ya concluida y el doctor Luna lo declaraba impotente de por vida ¿Qué palabras había que conseguir para decírselo? ¿Y cómo las recibiría ella? ¿Acaso podría aceptarlo y renunciar a vivir, a lo que por derecho la vida debía concederle? Marco admitió que en los humanos, subyace siempre su incuestionable condición de bestia más o menos domesticada, pero de la que no se puede prescindir, porque es precisamente ese instinto primario el engendrador de la vida... y era la vida, la vida que se estaba ensañando en él, vengándose, cobrándole la factura, ajustándole cuentas... pero ¿De qué? ¡Dios mío! ¿De qué le habían gustado las mujeres, de que se había confabulado con algunas de ellas para engañar a sus maridos torpes o impotentes como lo era ahora él? ¿De que les había llenado el hueco que sus amantes no satisfacían? ¿O de que se había regocijado con las hembras insaciables, curiosas, ansiosas de la aventura y del placer, satisfaciendo su sensualidad, colmando sus anhelos, haciéndolas felices, y hasta revelándoles lo vedado? Marco cerró los ojos, casi horrorizado de lo que casi al instante le parecieron ilógicas elucubraciones, más al intentar huir de ellas, con la negrura de la supuesta ceguera le sobrevino el pavor ¡Era el sueño negro que le había acosado cuando medio agonizaba en el pestilente hospital de Cartagena! ¡Aquel maldito sueño que era como un aviso!

Ursula se asomó.

-Señor. Se ha quedado en la oscuridad? ¿Desea que prenda la luz?

-Sí Ursula. Por favor.

-Creí que se había quedado dormido.

-Casi Ursula.

El teléfono repiqueteó. Ursula fue contestar, -Es el señor Emilio. -anunció-

-¡Hola! ¿Cómo estás? -Se le oyó decir a través de la línea.

-Bien. ¿Y tú?

-Muy ocupado, pero confirmando, que mañana estaré por ti antes de las once. Pero cuéntame ¿Qué te pasa? ¿Por qué esa premura de consultar urgentemente al médico? ¿Te siguen las dolencias?

-No Emilio. Sólo deseo hacerme un chequeo.

-Pero...¿Estás bien? ¿Te encuentras bien?

-Bien Emilio. Perdona que te haya molestado.

-No digas tonterías. Encantado de servirte, sólo que tu insistencia de esta mañana me intranquilizó.

-Gracias por preocuparte por mí –respondió- mientras pensaba que algunos pobres diablos son tan insignificantes que nadie se ocupa de ellos, y que él al menos, tenía un verdadero amigo, una esposa...y hasta un dolor que no lo olvidaba.

-¿Y cómo está Azalea? –Preguntó el padrino.

-Bien Emilio. Le dije que nos veríamos pronto y te envía saludos.

-Yo también hago lo mismo. Entonces... hasta mañana.

\_Hasta mañana y que tengas una buena tarde.

Por la noche la luna se fue asomando la luna grande, cual la enorme pátina del ojo de un ciego. Su tono amarillento manchado de figuras grises, casi negras lucía casi aterrador. Marco lo interpretó como una mala señal.

Ursula se volvió a acercar.

-¿Se siente bien señor? ¿No desea que prenda la televisión?

-No. Gracias Ursula.

-¿Qué le apetece cenar?

-Nada Ursula. Con la comida ha sido suficiente.

-¿Se siente mal?

-No Ursula, estoy bien, sólo deseo quedarme aquí.

-¿No quiere que le ayude subir a la cama?

-No Ursula. Y por ahora no se preocupe más por mí. Vaya a descansar por favor. ¿No desea llevarse a su cuarto alguna película?

-Gracias señor. Pero ¿Es que espera pasarse así toda la noche?

-A veces la soledad también nos hace bien

-Mañana deberá rasurarse. La señora lo quiere encontrar...

-Diga usted bañado.

-¡Guapo! ¡El señor siempre ha sido guapo!

-Así me ve usted Ursula. Gracias. Si alguna vez lo fui, ya no me acuerdo. Ahora han empezado a salirme algunas canas.

--Entonces irá a verse más interesante.

-Es usted amable Ursula. Gracias. Cene lo que guste, descanse y que tenga buenas noches.

-Buenas noches señor.

-8-

El doctor Luna escuchó lo que fue más bien una penosa confidencia y se abstuvo de prescribir otro medicamento que no fuera un moderado anti-depresivo, recomendando a su paciente que conservara la tranquilidad. Marco reconoció cuando le afectaba su incapacidad para trabajar y las contrariedades surgidas por el juicio que enfrentaba. El galeno que debió haber conocido lo irreversible de su mal le invitó a ser valiente y volvió a reiterarle que las lesiones sufridos eran graves y que por lo tanto debería estar preparado, para con hombría y resignación aceptar las consecuencias, aunque desde luego, era válido intentar todos los esfuerzos posibles y tratar de vencer los obstáculos, por lo tanto aconsejaba consultar a un especialista quién seguramente determinaría el tratamiento adecuado. Marco palideció. ¿Y si ya no hubiera cura posible? Luna respondió que si bien el sexo era una de las cosas importantes de la vida, no lo era toda; y que mientras mantuviera íntegra la capacidad de amar espiritualmente, estaría vivo; luego le extendió una especial recomendación al más calificado urólogo del país

Deseoso de alejar su pesimismo invitó a comer a Emilio y en el restaurante se esforzó porque la conversación de la sobremesa girara alrededor de cosas triviales que no tuvieran nada que ver con enfermedades. Dos o tres tragos lo volvieron bromista y dicharachero que hasta creyó que el licor lo había liberado, al menos momentáneamente de sus preocupaciones, si bien Emilio, conocedor profundo de la compleja naturaleza humana percibió que en el fondo su amigo estaba inquieto por algo que se esforzaba deliberadamente en olvidar u ocultar.

Al tornar a casa, y una vez extinguido el misericordioso efecto del alcohol, se dispuso a aguardar a su esposa cuyo vuelo arribaría hasta cerca de la media noche. Llamó al aeropuerto para enterarse si había algún retraso y le informaron que llegaría a tiempo.

Aquella noche empezó a sentir una irreprimible ansiedad por verla, que ya nunca más habría de apartarse de su vida

Las copas y los platillos muy condimentados le provocaron sueño y él se propuso vencerlo y para ahuyentar la modorra solicitó a Ursula le preparara una taza de café bien cargado, encendió el televisor y se puso a consultar el reloj cada cinco minutos. Debió haber dormitado un poco, despertándose cuando escuchó el peculiar chirrido de las visagras al abrirse la puerta. Era más de la una de la mañana y Azalea lucía fatigada .

-¿No te has dormido? –Le preguntó, mientras le dejaba un desabrido beso sobre la mejilla.

-Te estaba esperando –respondió el.

-¿Y para que desvelarte inútilmente si sabes que tengo que llegar? – le dijo, mientras se desprendía del sombrero y la chaqueta chaqueta,

-Deseaba darte las buenas noches y cerciorarme de que te encuentras bien y que de que hayas tenido un vuelo agradable.

-Más o menos, pero vengo muy cansada y sin ganas de hablar.

Marco recordó que meses antes, por muy fatigada que retornara, se quedaba conversando con él un buen rato.

-¡Y tú? –le preguntó ella con desgrano.

-He estado con Emilio quién te envía saludos.

Azalea se perdió en la recámara, luego en el baño y al final retornó metida en una bata dispuesta a ayudar a su esposo para instalarlo en la cama.

-¿Sabes Marco? He pensado que debemos comprar un par de camas gemelas.

-Es decir ¿Dormir separados?

-Eso es. Para tu comodidad y por la mía.

-Si mi compañía te repugna... -aventuró profundamente dolido.

-¡No hagas dramas por Dios!

-¿Deseas alejarte de mí?

.-Si así fuera te lo diría francamente, No me estoy divorciando. Simplemente deseo sentirme libre para poder descansar a mis anchas. ¿Estamos?

-No quisiera ser excluido de tu vida.

-No lo estás –respondió ella enfadada.

-He hablado con el doctor Luna quién me enviará a otro médico para tratarme.

-¡Qué bueno!

-Confío que todo volverá a ser como antes.

-Eso espero.

Marco entrado en la cama empezó a desnudarse, luego como pudo se metió el pijama.

Azalea del otro lado se desprendía el maquillaje con una crema limpiadora, al terminar se pasó una toalla y el rostro y se metió entre la sábanas, apagando las luces.

A Marco le temblaron los labios al pronunciar su nombre: ¡Azalea!

Ella les respondió molesta ¿Qué quieres?

Marco se quedó de una pieza jamás le había .respondido así.

-Sólo darte las buenas noches.

Azalea no le contestó pues se había quedado profundamente dormida.

Las luces de neón del restaurante vecino se apagaban y prendían alternativamente y los colores azul y rojo se infiltraban por la ventana del dormitorio. Marco recordó que hasta el pavimento se coloreaba. Miró al bulto enrollado en una manta que se hallaba a su lado, y hasta le pareció que la carne se le volvía inquieta, seguramente ansiosa de un desquite por el tiempo que había permanecido aletargada. Y se puso a imaginar el placer entre la bárbara tortura de no poder gozarlo

-9-

A partir de aquel infortunado incidente la relación matrimonial se fue deteriorando primero paulatina y luego precipitadamente, aunque en realidad fuera de la involuntaria situación que la había propiciado, no existía ningún motivo que la justificara ya que ni tan siquiera se dio jamás el más leve desacuerdo o la más insignificante discusión que barruntaran la amenaza de un rompimiento..

Azalea continuó su rutina de ir y venir, y en sus cada vez más cortas estancias en su casa empezó a manifestar a su esposo un humor cambiante y una volubilidad, donde predominaban sobre el trato cordial que le debía, indiferencia, aburrimiento, o desagrado tal si el sólo hecho de encontrarlo, o de tolerar su presencia fueran la causa de una animadversión

En veces escuchaba displicente cualquier comentario con el que Marco pretendía deshielar su desinterés o su disgusto, aunque Azalea no se dignaba muchas veces ni tan siquiera responderle o al menos prestarle un mínimo de atención. Otras ocasiones lo miraba con cierto aire de lástima y sólo cuando se encontraba de mejor humor le dejaba una sonrisa que llevaba luz en aquella cara hermosa que él no cesaba de adorar.

El infeliz hemipléjico apenas la veía llegar la seguía con la mirada por todas partes, espionando su cuerpo, recorriendo el contorno de sus senos, de sus caderas, imaginándola desnuda o medio desnuda, hurgando cada milímetro de aquella carne con esa obsesión insaciable del deseo que al no desfogarse se acrecienta. Cuando ella lo descubría lo miraba con hostilidad.

-Tal parece que nunca has visto nunca a una mujer –le espetó un día- me miras como si fuera una marciana...

-No eres cualquier mujer. Eres mi esposa –aclaró Marco.

-Sí, tu esposa, aunque sólo sea de nombre. -Respondió ella con cierto pesar, olvidándose de que hacía apenas unos años, cuando el sólo escuchar aquella palabra la había enaltecido, colmando sus aspiraciones y su orgullo de mujer.

Marco completó la frase:

-Y aunque te rehusaras a continuar en mi vida, seguirás siempre siendo mi amada.

Azalea levantó los ojos.

-¿Luego quiere decir que nunca dejarás de quererme?

-¿Y por qué había de dejar de hacerlo? ¡Eres la única mujer a la que he llegado a amar! Por ti conocí el amor. Y aunque a mi pesar he descubierto que no es precisamente lo que me imaginaba, ya no podría continuar viviendo sin amarte.

Ella al oírle levantó los ojos, sintiéndose en el fondo halagada:

-¿Quiere decir que haga lo que haga me seguirás amando?

- El amor no entiende de razones sino de emociones y sentimientos.  
-¿Y ahora piensas así? ¿Quién podría habérselo imaginado entonces?  
-¿Te refieres a las épocas turbulentas de mi juventud, cuando aún no te había conocido? entonces veía todo diferente.  
-Pero eras mucho más divertido ¿No es así?  
-El amor es serio Azalea.  
-Y hasta aburrido.  
-Tal vez tengas razón.  
-Es lo mismo de siempre ¡La obsesión! ¡La necesidad!  
-Dices bien la estúpida necesidad que nos puede llevar hasta la muerte con tan de no renunciar a lo que amamos.

Azalea hizo un gesto de disgusto que le restó absolutamente la gracia a su rostro, Marco se siguió escuchando a si mismo aquellas palabras solitarias, Azalea enfadada tal vez de escuchar lo que le parecía que la obligaba, comprometiéndola a vivir atada a un hombre que cada vez le interesaba menos, se aprontó a hacer lo único que por lo visto, parecía interesarle realmente por aquellos días: su arreglo personal.

En esa época la dio por llenarse de joyas, vestidos, adornos, perfumes; probando en si misma todos los peinados que veía publicados en las revistas de modas y que hacía ensayar a las peñadoras del salón de belleza aledaño; y hasta podría afirmarse que ese culto fanático por su persona se le había vuelto una manía. Así, dedicada a su persona, poco a poco fue relegando en Ursula los escasos cuidados que como una dádiva caritativa prodigaba de vez en cuando a su marido baldado e indefenso. Marco por su parte jamás exigió nada y se quedó allí clavado, mendigando una palabra, o una mirada, con esa ansia tristonera del falderillo ansioso de un bocado arrojado por la mano de su amo, y mientras sentía crecer que su amor era del tamaño del mundo, ella apenas, le dejaba caer una sonrisa o si amanecía de humor, hasta una regateada palabra amable; que el infeliz agradecía y almacenaba en su memoria como un don inmerecido e inapreciable. Alguna vez le preguntó, mas por cortesía que por interés si seguía consultando al urólogo afamado que le recomendaron, Marco le respondió que sí, aunque en verdad ella nunca se tomó la molestia de llevarlo en el auto del que se había adueñado por completo, y Marco había preferido ocultarle el terrible diagnóstico que dictaminó que su mal era incurable, ya que se había dañado seriamente su médula espinal, aunque Dios sabe cómo aquella dura revelación empezó a comerle la vida, si es que a aquella postración sin esperanza se le podía llamar así, pero él se abstuvo de comentarlo a nadie, ni siquiera a Emilio a quién la confianza le orillaba a abrirle las compuertas de su corazón. El brutal veredicto era en realidad una sentencia a medio morir ¿De que podría servirle la existencia si estaba convertido en un eunuco a quién se le habían prohibidas para siempre las puertas del amor y del placer, de la satisfacción y de la vida misma, excluyéndolo de poseer la suprema felicidad que el cuerpo disfruta y el alma goza? Y sin embargo Marco, el hombre hasta entonces incapaz del disimulo, de la mentira, de esa hipocresía que lo mismo oculta las llagas purulentas del sifilítico o del leproso, que los síntomas del sida; se abstuvo de decirle a su mejor amigo la amarga verdad, y en su propia esposa trató de no cegar la posibilidad de una esperanza en algo que no habría de concretarse nunca, porque no estaba a la vista del presente ni del porvenir, y que era sólo eso, el tesoro para siempre perdido en la más abrupta de las montañas o en el último y más profundo rincón del fondo del océano.

Si embargo la mentalidad fría y calculadora, unida a la despierta inteligencia de Azalea adivinaron el horror que encerraba aquella verdad que se le ocultaba, y cuando él habló de “posibilidades” le clavó los ojos con una mirada tan punzante, que quería decir que con su mentira se había delatado solo; sin embargo, ambos prefirieron mejor

seguir la patraña, perpetuar el engaño, él bebiéndose un placebo, que no era sino agua endulzada, ella, firmemente convencida de que no habría ninguna recuperación, pero aparentando más que una esperanza, la ilusión de que con el famoso tratamiento habría de producirse un milagro.

Ursula a su vez colgó a su patrón un escapulario; y en alguna iglesia al que la buena sirvienta lo indujo a visitar, lo llenaron de rosarios, estampitas y novenarios inútiles, porque Marco había intuido desde joven, que aquella utópica religión no hacía sino frenar desesperaciones y que Dios, no atendía súplicas, ni concedía caprichos y que sus decretos que obedecían a causas inexorables e inconocibles para los hombres eran inmutables.

Ante tan tristes conclusiones el ex-piloto empezó a contentarse con esa triste costumbre que vuelve aparentemente tolerables a las relaciones, aún cuando no estén ampliamente correspondidas por ambas partes; y en los ratos en que sus ojos veían a Azalea la volvían a seguir pendientes de todos sus movimientos, volviendo a recorrer con tenacidad enfermiza su cuerpo maravilloso, enterrándole la mirada hasta en los pliegues más discretos de la ropa, deseándola, adorándola, tal si se tratara de un fetiche y fuera como el último aliciente de su vida, o el desquite de ésta por los años de hartazgo y de placer que le había concedido y cuyo pagaré ahora le cobraba, por sus bien vividos tiempos de aventurero, en los que jamás conoció la más mínima inquietud por una llamada telefónica que no llegaba, por la cita que nunca le cancelaron, y menos aún por que una mujer, se le hubiese negado, o que después de haber sido gozada, no agradeciera mimosa el placer. Hoy en cambio, las miradas huidizas de su esposa lo herían, mientras que a ella sus ojos suplicantes en lugar de conmovérle la irritaban

Ursula asistía anónima y silenciosa como una tumba, al desmoronamiento de aquel matrimonio. Y sin atreverse a manifestarlo se compadecía de la dura suerte del infeliz hemipléjico que incapaz de mover medio centímetro de su medio cuerpo muerto, resultaba todavía mucho más impotente de mover la piedad en el alma de su esposa, de acercarla siquiera un poco, a él que pasaba las horas recordándola y rememorando los lugares donde habían estado juntos, y de los que habían coleccionado tantos testimonios. Y precisamente recreándose en ellos había encontrado su pasatiempo favorito, repasando una, otra y hasta cien veces los manoseados cuadernos de fotografías, algunas más mucho elocuentes que las desdibujadas imágenes que el solitario conservaba en su imaginación. Y con cuanto orgullo se las enseñaba a Emilio cuando este lo visitaba y a la misma Solveig, a Esmirna, a Jaimito y hasta a Ursula cuando no encontrada ojos y oídos ante quienes ponderar la belleza de Azalea en las Vegas luciendo el atuendo de noche, y en sucesión interminable sus elegantes trajes: el blanco, el azul plúmbago, el verde limón, el amarillo, el vino, y por supuesto el soberbio vestido negro que portó en Buenos Aires cuando bailaron tangos hasta el amanecer en el cabaret porteño, la falda de olanes cuando pasearon en la barquichuela por el río Tigre, el minúsculo bikini que dejó boquiabiertos a todos los bañistas en Acapulco y hasta el collar de flores que le pusieron en Hawái, donde aparecía también recostada sobre la playa arenosa, y en otra pose, portando el gorro de hule que le cubría hasta los oídos mientras nadaba en la piscina del hotel, y luego entre un desfile interminable: Azalea, sonriente, divertida, comiendo, bebiendo, bailando, soñando bajo las palmeras de Can-Cun o caminando en la quinta avenida de Nueva York, elegante, distinguida, airosa, única; y todo para que después de después de mostrar aquel arsenal fotográfico, pudiera declarar casi con ostentación: ¡Ella ha sido mi vicio! ¡Y el único vicio que me queda es continuar adorándola! Y había determinación en sus palabras.

Si embargo es justo decir que no todo era siempre igual, había días en los que la bella sobrecarga volvía a ser la mujer de otros días, entonces hablaba a su esposo de sus vuelos, de sus cortos paseos por las ciudades y hasta confesaba cuanto le habría gustado ir acompañada del que a no dudarlo había sido su experto guía.

Entre alguna de esas infrecuentes charlas se presentaron una mañana los portadores de las dos camas gemelas que substituirían al gran lecho matrimonial. Ella ponderó su buen diseño pero en el rostro de Marco se dibujó un reproche mudo, no obstante que ella añadió:

-No son tan estrechas que no pueda caber un huésped.

Y Marco pretendió encontrar en aquel comentario, la ilusión de que algún día volvería a disfrutar la tibieza de su cuerpo, y aspirar el perfume que lo envolvía

Nada más lejano en la mente de la joven. porque a las pocas semanas, empezaron a producirse, primero una que otra llamada de sus compañeras, y luego, de voces masculinas inquiriendo si ella se encontraba, algunos preguntaban cortésmente, pero también había quién al enterarse de que no era Azalea quién contestaba, colgaba inmediatamente. Jorge, el más asiduo, la dio por llamarle a todas horas, si bien disimulando siempre y tomándose al menos la molestia de informarse como se encontraba el comandante y hasta solía dejarle buenos deseos por su recuperación.

Fue entonces cuando en el apartamento llegó para alojarse un huésped negro llamado celos.

Al principio Azalea la dio por preguntar cuando retornaba de su trabajo si se había recibido alguna llamada para ella durante su ausencia, y hasta comentaba que sus compañeros la buscaban para invitarla a reuniones y fiestas; y llegó un día a decir a su marido que había declinado asistir a un cumpleaños por quedarse a acompañarlo. Marco lo agradeció y procuró esforzarse porque la renuncia al festejo no la pusiera de mal humor y pasara a su lado al menos divertida y hasta le propuso jugar a las damas chinas sobre un tablero que Ursula rescató arrumbado en un closet.

Pero aquel día fue una excepción.

Azalea atendía todas las llamadas y hasta hacía otras, entonces él vigilaba cauto sus miradas y sus sonrisas, con ese miedo, que también tiene su dosis de veneno, del hombre celoso, del que no se atreve a preguntar, porque sabe de antemano que aunque le asista algún derecho la respuesta será dura.

Azalea disimulaba normalmente, aunque a veces las largas conversaciones, las risas, las palabras amables dichas en voz baja, delataban intimidades, secretes, complicidades mil que Marco no se atrevía ni siquiera a pretender indagar; otras veces, ella explicaba que se trataba de llamadas de Esmirna o de Denia contándole chismes y asuntos de sus constantes flirteos, y algunas ocasiones comentaba abiertamente que se trataba de Jorge quién enviaba saludos al jefe,

Cuando la conversación era inconveniente o se alargaba demasiado la mejor manera de sustraerla a la curiosidad de Marco era mantener la puerta del dormitorio cerrada, entonces Azalea medio recostada se quedaba media hora en el teléfono, Marco tragaba bilis, procurando que su disgusto no delatara en su rostro la contrariedad, luego ella terminaba de arreglarse y a veces comentando que se iba de vuelo, aunque no portaba el uniforme y el maletín y otras diciendo simplemente: -Nos vemos- salía del hogar sin dar mayores explicaciones, abrogándose ese derecho de mujer libre, dueña de su tiempo, de su persona y de sus acciones.

Marco intentó demandar alguna vez el motivo de la salida, pero la respuesta de ella, lo dejó helado:

-¿Es que debo pedirte permiso hasta para salir? No soy una esclava, y no tengo porque estarte informando de todo lo que hago.

-Sólo pregunto si al menos vendrás a comer. –Preguntó Marco.

-No sé. Si no llego a la hora, puedes hacerlo tú.

-Esperaba que al menos de vez en cuando desearías compartir...

-Lo haré cuando quiera. Estoy harta de quedarme en casa ¿Entiendes? Soy una mujer joven, además trabajo, y supongo tener derecho por lo menos a cambiar de ambiente.

-Y de compañía.

-Tú lo has dicho: ¡Y de compañía!

Marco quedó anonadado ante la brutal respuesta y no volvió a insistir más. Sólo que para su sorpresa aquella vez Azalea volvió a las dos horas trayendo un paquete con comida japonesa que venía a compartir con su marido, quién dócilmente agradeció el detalle y conversó con ella hasta la hora en que debía alistarse para el trabajo.

Entonces se entabló en él una verdadera lucha, por una parte trataba de confiar en ella, recordaba su cariño, sus detalles, sus juramentos de lealtad, suponía que no podía olvidarlos, y que aún permanecerían en su memoria, entonces la duda le hacía juzgarse ruin, desconfiado, inseguro; otras en cambio, aceptaba con indignación que aquel papel triste era indigno del último de los hombres, y que él, aunque inválido e incapaz, era todavía eso, un hombre, un ser humano, al que no se debía pisotear así, y que aún padeciendo su desgracia, merecía al menos acogerse al último recurso: la dignidad. ¿Pero es posible ser dignos cuando se ama?

Otras veces el pobre diablo clamaba a Dios con todas las fuerzas de su desesperación, implorándole que la mujer que amaba no le fuera infiel; y hasta se proponía confiar en ella intentando justificar sus ausencias, sus retardos después de las llegadas de los vuelos, consolándose de que hasta el momento Azalea nunca había faltado una noche a su casa, fuera de las que de antemano se sabía que estaba laborando, pero a la siguiente semana todo se desvanecía y quedaba la realidad que se volvía obvia; y mordiéndose los labios de desesperación tuvo que aceptar que su esposa, la que amaba, por quién hubiera entregado lo que le quedaba de vida, hacia tiempo que llevaba una vida secreta, y que su cinismo, su absoluta carencia de principios, de educación o delicadeza, la inducían a retornar a su casa, tal si nada hubiera sucedido.

Apabullado, solitario, rehusando hasta encontrarse frente a los ojos de Ursula, quién a su vez prefería bajarlos, el pobre desdichado avanzaba pegado a su silla de ruedas hasta el tocador de su esposa solamente para aspirar su perfume impregnado en sus ropas, adherido en todo cuanto ella había tocado, sus objetos, sus pertenencias, ¡Era lo único que tenía de ella! ¡Lo único que restaba de aquel amor! Y entre el violáceo resplandor que penetraba por las vidrieras, Don Juan vencido, indefenso como un chiquillo, lloraba, gemía y a hurtadillas tomaba las prendas íntimas de su amada, para dejar en ellas el beso que una vez puso en la carne, y hoy, tristemente, dejaba en el estuche.

-10-

Era el último viernes del mes de noviembre pasadas las nueve de la noche. Marco había llamado cinco veces al aeropuerto preguntando por el vuelo de la Hemisphere, procedente de Washington que debía haber llegado a las 17:45 tiempo de México con Azalea a bordo. Le habían respondido que el vuelo estaba demorado y que su probable arribo estaba previsto a las 22:40. En ese año habían menudeado: cordonazos, frentes fríos con tormentas de nieve, huracanes, monzones, ciclones y tormentas tropicales a granel y como sabía por experiencia que el Golfo de México era traicionero y que hasta solía dar dolores de cabeza, el retraso había empezado a inquietarle.

Hundido en su silla de ruedas e invadido por una indecible melancolía, se había quedado mirando entre la tarde lluviosa como caían las gotas menudas de lluvia tras los cristales de su puerta ventana; unas iban a escurrirse en los alfeizares, otras salpicaban paredes y vidrieras, formando hilos delgados y brillantes, y escurriendo en las fachadas de los edificios vecinos, para finalmente ser engullidas por la tierra porosa, y solamente muy pocas se salvaban quedándose sobre las hojas de los árboles, cuyos ramajes se han ido elevando tanto que ya rebasaban los cables de la luz y hasta amenazaban con llegar hasta la altura de su terraza.

Hacía una hora que le había solicitado a Ursula que se retirara a descansar, haciendo honor a su manera civilizada de reclamar su privacidad. Marco sabía que la soledad implicaba asumir la verdadera condición humana, ya que nacemos y morimos solos, y sólo en ese intermedio, en el que se manifiesta nuestro instinto gregario e intentamos la convivencia con los demás se presentan los infinitos problemas que suelen agobiarnos, derivados de nuestros deseos de comunicarnos con los demás. También sabía que estar a solas, no es lo mismo que estar solo. Y era en el espeso y oscuro escenario de su soledad, en ese estar sin ella, pero pensándola, donde el destino le había asignado en su edad adulta, y para probar que la vida todo lo desquita, el cobro inaplazable por aquellos años de dicha fácil que presidieron su juventud alocada, por esos tiempos despreocupados que ya nunca retornarán, intensamente gozados, y que como inacabables voces del pasado hoy tornaban a su memoria como un tropel de sombras huidizas, que quisiera no haber vivido, con tal de no tener hoy que pagarlas..

Hacía media hora que había renunciado a la precaria compañía del libro que le hubo cansado sin entretenerle, y cuyo asunto, para infortunio de su autor, no pudo conseguir evadirlo ni siquiera un poco de su sufrimiento. Se diría que la tristeza que se le había ido incrustando, casi como una costumbre, era la única compañía que había invadido sin tregua, sus días y sus noches; ¡Y cómo había llorado sin lágrimas, esas horas lentas, inmisericordes, alargadas, de ese estar, estar sin ella, y tener que estar!

Y es que en sus sentimientos se habían empezado a desplegar tantas cosas, que iban desde la sexualidad dormida pero no muerta, alimentada por un erotismo que no conocía límite, hasta la más exacerbada ternura, pasando por el miedo, el despecho, los celos; y tal vez hasta el odio, ese hermano gemelo y bastardo del amor.

¿Y que es el amor? –se preguntaba él que antes llamaban con admiración y respeto el comandante- ¿Esa obsesión enfermiza cargada de incertidumbres? ¿Ese egoísta afán de poseer lo que nunca habrá de tenerse por completo, simplemente porque la persona amada, jamás se da en su totalidad, y porque en toda posesión, la más absoluta, hay algo que siempre se escapa del ser amado, algo que se evade, se resbala de nuestra ambición insaciable? ¿O es sólo ese tormento, el más refinado, el más cruel aunque dulce, que oscilando en una contradictoria paradoja nos hace felices e infelices alternativamente?

Marco había aprendido que la palabra pasión quiere decir padecer, y que se padece por lo que deseamos y no tenemos, aún cuando a veces la vida para burlarse de nosotros instantáneamente nos conceda la burbuja de una dicha, que apenas ha llegado y ya se está alejando; luego entonces cuanto más se ama más se sufre, y él sufría ahora espantosamente el inmenso dolor de adorarla con toda las fuerzas de su alma, cuando asistía al funeral del amor-pasión, cuando ella había empezado a dejar de quererlo, cuando ya no hay yo sin tú. Y el desdichado terminaba por admitir, que en la vida de todo hombre, aún en la despreocupada, galante, animosa, e infiel de Don Juan, siempre hay una hora tarde o temprano que se llora por una mujer ;y hasta rememoraba la sabia paradoja de Octavio Paz: *“todo amor, incluyendo el más feliz, es trágico”*

Y es que el amor, esa sublime ilusión efímera, tema inacabable de poetas, de filósofos y artistas, termina siendo siempre lo mismo: una nostalgia más. Porque la rosa más espléndida, cuyos suaves pétalos nos cautivan, se da entre una vara de espinas que inevitablemente nos hieren, y una sola mirada femenina es capaz de cambiar el destino de cualquier hombre, volviéndolo héroe, santo, o delincuente, perverso, sabio, loco o imbécil. ¡Ah! entonces cuan peligroso resultaba entonces embriagarse con sueños y emborracharse con los encantos de un rostro, y luego, ebrio de ideal, ir a tumbarse en un lecho de célibe, aterido de río, de angustia, de soledad, porque el cálido cuerpo anhelado no está a nuestro lado, porque lo que hemos pensado con todas nuestras fuerzas, o imaginado con toda nuestra fantasía, no es a fin de cuentas, más que la ilusión que se agota, el sueño del que se despierta, el ideal que nos traiciona, el fantasma que se va ... y del que apenas queda ¡Oh paradoja! la llaga incurable, la herida que no cierra, ¡La renuncia que más lastima! ¡Lo que más se quiere y más se teme! ¡Y más se goza y más se pierde! ¡La ausencia!

Y entre tan sombrías conclusiones Marco terminaba por aceptar que habría sido mucho mejor no permitir que el amor entrara en su vida; y que los hombres, siempre ilusos y torpes, estamos más enamorados del ideal que de la mujer que deseamos, y que posiblemente nuestro dolor, no sea sino el puente entre nuestra fantasía y la realidad, entre lo que soñamos y la vigilia. ¡Y sin embargo ese amor, esa vieja enfermedad, ese pegajosa necesidad de que nos quieran, ese esperado milagro que a veces ni siquiera llega un día, esa vieja aspiración humana pegada en la piel de Adán desde que moraba en el aburrido paraíso, cuando llega y nos toca, cuando nos flecha y nos cautiva con la consabida sorpresa por lo nuevo y lo desconocido, es la más bella experiencia humana!

Y Marco asentía que todos precisamos una compañera., un refugio, un apoyo, una voz que mitigue nuestra orfandad y recordaba ¡Oh prodigio de la memoria! La elocuente sentencia del Talmúd: “*Quién no tiene mujer, no tiene bien, no tiene alegría, no tiene bendición, ni sostén, ni religión, ni paz, no puede llamarse hombre.*” pero Marco reprobaba la premisa, la utopía, la mentira, aparentemente tan misericordiosa, pero tan falsa en la realidad; porque sabía que cuando estamos más expuestos y vulnerables a depender de otra persona es precisamente cuando amamos, y cuando somos más infelices es precisamente cuando hemos perdido –a veces sin haberla ganado nunca- a la mujer amada. ¡Y él había perdido el amor de Azalea! La había perdido porque las mujeres modernas no se satisfacen ya con el amor romántico sin la indispensable dosis de erotismo, la había perdido, porque ella reclamaba su derecho a una sexualidad tan plena y libre como la vive el hombre, como la demandaba la época y cómo la vivió él mismo en los años de su juventud, la había perdido porque el amor es un compuesto de alma y cuerpo, que no se concede ni por gratitud ni por lástima. Tal vez Azalea le vivía en el fondo agradecida por los momentos felices que él le había dado, tal vez en medio de su brutal egoísmo se dolía de sus males, pero el amor es otra cosa muy ajena a esos sentimientos, y mientras escuchaba como entraba una llave en la cerradura de la puerta recuerda las palabras de Oscar Wilde : “*todo hombre mata lo que ama*” y Marco pensaba: o se mata él mismo.

-11-

La puerta rechinó, y su sonido tuvo algo de sollozo

Marco adelantó su silla de ruedas para recibir a su esposa.

-Que bueno que has llegado. Tenía pendiente por el retraso.

-No deberías preocuparte por mí –respondió ella, mientras dejaba el maletín y el bolso de mano.

-¿Entonces por quién?

-Te gusta hacerte la vida difícil –dijo ella- se diría que gozas con el papel de víctima.

-¿Qué estás diciendo?

-Que si te has pasado la vida en esto, deberías saber que los retrasos son frecuentes. Salimos tarde y eso es todo.

-Espero no haberte molestado.

-Me incomoda que estés espiando, que me pidas cuenta de cada cosa que hago.

-No era esa mi intención, sólo quería saber si no habías tenido algún problema.

-Si algo me sucediera, ya te lo avisarían, y sabes mejor que nadie los riesgos de mi trabajo.

Marco apretó los dientes y bajó la cabeza. Estaba vencido.

-Ya veo que has venido de mal humor.

Azalea ni siquiera le respondió, se metió en la recámara y empezó a cambiarse. A los diez minutos salió transformada. Se había puesto un vestido muy escotado y se retocó con rapidez el maquillaje y el peinado.

-Voy a salir –anunció con el tono resuelto de quién no habrá de detenerse ni un minuto más.

-Son las once y media de la noche. –Dijo Marco.

-Ya lo se –respondió Azalea- No te he preguntado por la hora.

Marco sintió que el rostro se le ensombrecía con la ceniza de la más honda tristeza mezclada con una rabia reconcentrada,

-¿A dónde vas?

-A divertirme un poco. ¿No tengo derecho? Soy una mujer joven y además trabajo.

-Porque así lo deseas –replicó Marco- Yo tengo lo suficiente...

-No quiero depender de ti, ni tampoco quedarme recluida en esta casa viéndote todo el día.

-Creí que para eso nos habíamos casado. Para estar cerca uno del otro.

-No sabía entonces que el matrimonio pudiera resultar tan aburrido.

-Hay cosas que yo tampoco hubiera preferido no saber nunca. –Respondió Marco.

Ella se encogió de hombros y salió dando un portazo.

El ex piloto sintió que una ola amarga le inundaba la boca del estómago. -¡Oh Dios! Qué dura puede ser una mujer a veces. Me deja perplejo esa crueldad refinada. ¿Cómo la misma persona puede ser a la vez tan dulce y tierna para unos y tan innecesariamente inhumana para otros? luego tratando de controlar su impacto emocional respiró profundo, aunque al momentáneo alivio sobrevinía aquella horrible carga de angustia. Su corazón latía con regularidad, pero su espíritu estaba profundamente agitado. Quiso pensar que aquellos desaires, aquel desprecio iban dirigidos a otro hombre que no era él, que la dignidad pisoteada no era la suya, que no habían dirigidas para él aquellas palabras innobles, cínicas, aquel desamor que contenía tanto desprecio, tal ausencia, ya no digamos de decencia sino de piedad. Seguramente va a meterse en una de esas discotecas apestosas de la mal llamada zona rosa, que es más bien el barrio de la prostitución barnizada, o en alguno de los antros que abundan en las aceras de la flamante avenida de los Insurgentes, donde la corrupción de las autoridades menores tolera la venta de drogas, de alcohol adulterado, de tráfico de personas; y todo ello con el fondo musical del rock, cuyos sonidos propician ese onanismo depravado...allá no puede haber más que estupidez y vicio –pensó Marco- ¡Si tan siquiera pudiera hallarse en esos antros una pareja enamorada! Pero no, ese sentimiento se considera ridículo, obsoleto, ¡Cómo yo mismo lo calificué algún día! Sumergido como todos esos

jovenzuelos en ese hedonismo imbécil, en esa monotonía que lleva al cansancio, a la desilusión, pero que a final de cuentas resulta mejor que todo esto por lo que estoy pasando. Y Azalea ¡Mi Azalea! Seguramente se habrá ido allá, acompañada de Jorge o de cualquier otro muchachillo, que después de bailarla, besuquearla, emborracharla o medio drogarla, la irá a meter en cualquier motelucho aledaño para consumir la última hazaña: ¡Desnudarla! ¡Gozarla! ¡Tenerla una y otra vez hasta que el placer termine por cansarlos, y el hastío haga su inevitable aparición! Entonces ella se volverá a aparecer por aquí, con la cara despintada, alardeando de su condición de mujer dizque liberada, para recrearse en aplastar al marido inválido, al ingenuo que creyó para su desgracia, en esa patraña estúpida e infame del amor.

Luego trató de serenarse, de razonar que la mujer actual no parece estar dispuesta a sacrificarse ni por nada ni por nadie, su egoísmo es más brutal que el del hombre, porque su época de juventud es mucho más corta. Más ¿De que podrían servirle esos razonamientos cuando la rabia, la desesperación, la impotencia, la vergüenza de ser tratado así, lo aplastaban, aniquilando lo último que le puede quedar a un hombre, el respeto que todo ser humano se debe a si mismo?. Y arrastrando su silla miserable se dirigió a la cantina en busca de un poco de alcohol que lo sosegara al menos. Llegó hasta el mueble, pero los licores habían sido colocados en la repisa fuera de su alcance, Marco intentó enderezarse y sostenerse pero las piernas inútiles no le respondieron e intentando alcanzar la botella, sólo consiguió que los vasos y copas rodaran, estrellándose algunos sobre la barra o desparramándose sobre la alfombra. Ridículo, inútil, vencido, se puso a llorar cómo un chiquillo ante el juguete destrozado, en su abandono pensó en Dios, en ese poder invisible implorándole que le devolviera el invaluable don que es la paz del espíritu, y clavando los ojos en el reloj, se puso a contar las horas que faltaban para que Ursula se levantara y ella o Emilio lo ayudaran a llegar hasta la más próxima iglesia; y recordó que desde el día que se había casado pocas veces había vuelto a poner los pies en un templo, y reconociendo su mezquindad admitió que a la casa de Dios sólo se va a consumir ilusiones o a llorar decepciones y que sólo buscamos la protección divina para solicitarle milagros, o para que escuche nuestras protestas, para implorar la salud perdida, la riqueza ambicionada, el regreso del amor, del amor ido, el reconocimiento del mundo; cuando estamos: abandonados, solitarios, fracasados, excluidos, pero cuan notorio es nuestro olvido para agradecerle el goce concedido, y más aún, para pedirle la máxima riqueza, el milagro de todos los milagros: la salud del alma atormentada, del espíritu angustiado.

Con el estrépito causado por la caída de los cristales Ursula se apresuró a bajar de su habitación y al encontrar a Marco en tan triste estado se apresuró a auxiliarlo.

-¿Qué le pasa señor?

-Nada Ursula. Siento haberla despertado. Sólo pretendía alcanzar una botella para servirme un trago

-Yo se lo serviré ahora mismo señor ¿Qué desea tomar?

-Cualquier cosa Ursula. Lo que haya a la mano. Un poco de brandy. Eso es: brandy.

Ursula iba a preguntar si ya había llegado Azalea, pero se detuvo al ver el maletín del viaje sobre un sofá y adivinando la escena se abstuvo de hacer ningún comentario, luego sirvió el brandy en un vaso que le alargó.

-¿Desea añadir coca-cola o agua mineral?

-Nada Ursula –dijo tomando el vaso con mano temblorosa- Muchas gracias. Lo tomaré así solo. Deje cerca la botella y vaya a dormir por favor. Es casi madrugada.

-¿No desea que lo acompañe señor?

-No Ursula. Sería injusto abusar de su bondad. Es mejor que descanse –y agregó apenado- Azalea no tardará en volver- dio un sorbo a su brandy, tratando de que lo cobijase en su esponjosa resignación.

Ursula le clavó los ojos tristemente, y de la boca de aquella mujer sencilla, humilde, ignorante, brotaron las más sabias palabras:

-¡Tenga paciencia señor! ¡Ya pasará! ¡Todo tiene que pasar, porque nada es eterno!

-12-

A partir de aquella noche la situación empeoró. Marco intentó transigir considerando que su esposa era una mujer joven, moderna y deseosa de divertirse, y se impuso cierta tolerancia, confiado en que ella había de reaccionar positivamente. Sentía amarla como nunca, como se ama lo que no se tiene; y estaba resuelto a defender su matrimonio haciendo uso de todo su tacto e inteligencia.

Por su parte Azalea por delicadeza o por lástima, trató de minimizar lo que representaban sus escapadas, argumentando que sólo buscaba bailar y divertirse; e ingenuamente Marco, pese a su experiencia de zorro viejo, se cobijó en la falacia de que al menos no tuviera algún amante y de que sus salidas, no pasarían de ser encuentros sin consecuencias con jovencitos que buscaban desahogarse entre el tumulto estrepitoso del rock.

Incapacitado de poder actuar como marido, se reservó el papel de padre bonachón, consentidor y complaciente. Pero detrás de la mentira de ambos se escondía una descarnada verdad.

Azalea, como la mayoría de las mujeres, se habituó a disimular, y Marco prefirió cerrar los ojos ante el aire ausente y en veces despreciativo que ella adoptó en su trato, y para retenerla, aceptó incluso sus sonrisas con un dejo de sorna, si bien, en otras ocasiones, por unos días, una semana, o hasta un mes, ella volvía a comportarse con amigable naturalidad, tal y como sucedía en los mejores tiempos de su matrimonio. Entonces Marco convenía que toda mujer es por naturaleza inconstante y llegó hasta la absurda conclusión de imaginar que el placer saciado, repetido, habría de conducirle al hastío y hasta el repudio mismo de lo que aparentemente la había enajenado. Otras veces cuando ella volvía a sus disimulos y mentiras con los que trataba de ocultar su doble vida, el desdichado inválido admitía que aquella insaciable sed de placer y de diversión y seguramente de aventura, se había apoderado del único amor de su vida; y de que la inmensa necesidad de su compañía, el miedo, que era casi pavor, de no perderla, lo habían atrapado de tal manera, cual si fueran los tentáculos de un pulpo de cuyos garfios no fuera factible escapar, sino tan roto y averiado que le fuera imposible seguir viviendo. Resignado a su suerte se quedó aguardando una muestra de la nobleza y generosidad que no dudaba poseía su esposa; y tratando de reafirmar la convicción por sus buenos sentimientos, convencido de que sus acciones no llevaban un malévol propósito de herirlo, mientras sus huidas emponzoñaban sus noches, el infeliz procuraba calmar sus nervios averiados con algún trago, o pretendiendo sumergirse en la lectura de algún libro, si bien, aunque lector de todos, ninguno había logrado apartarlo ni siquiera por una hora, de aquella obsesión que lo envenenaba, pegados los ojos al reloj y deseando que sus manecillas corrieran de prisa.

En aquellas madrugadas frías de largas esperas, Azalea volvía a casa, a veces valiéndose de su propio auto y otras seguramente conducida por su acompañante, entonces se le veía llegar fresca, despreocupada, jamás con las señales de haber bebido, ni mucho menos con los signos de que hubiera ingerido alguna droga, dándole las

buenas noches algunas veces con absoluta indiferencia y otras con una amable cordialidad.

También alternaban gratas veladas en que después de su trabajo o en los intocables, ella optaba por quedarse en casa y compartían la comida, la cena, alguna película, un programa de televisión, o escuchaban música y se leían uno al otro algún libro, entonces conversaban animadamente de viajes, países, y hasta chismorreos e incidentes entre las compañeras de trabajo y lo que benignamente llamaban aventurillas y flirteos, de pronto, mientras Azalea preparaba la cena para su esposo y este se sentía seguro de disfrutar su compañía, una llamada telefónica echaba a perder todo, y ella se pasaba un cepillo por los cabellos, se retocaba los labios, y alistándose el bolso o el abrigo, anunciaba con una audacia que tenía mucho de desvergüenza, un –Nos vemos al rato- que volvía a sumir a Marco en la angustia y en la soledad.

Pero la falta de hombría suele pagarse cara, el temor de Marco de provocar una ruptura que significaría no volver a verla, alentó su descaró y las llamadas telefónicas se multiplicaron no sólo cuando se hallaba en casa, sino en sus ausencias; y ella se ponía a charlar animadamente en la recámara, sin importarle en lo más mínimo que su esposo pudiera enterarse de cuanto hablaba con sólo levantar la extensión. Aquella crueldad empezó a consumir al pobre hemipléjico aniquilándolo por completo. Una mañana en la que ella se había entretenido en una larga charla telefónica Marco enardecido, pálido y rabioso intentó enterarse quién era su interlocutor, sólo que para su mala suerte, en aquella ocasión hablaba con Alexandra, Marco sintió que el color retornaba a sus mejillas y colgó el auricular, pero a los cinco minutos, apenas hubo colgado la bocina se encaró furiosa, reclamándole que la dejara en paz, que respetara su intimidad a la que según ella tenía derecho y se abstuviera de estarla espionando a todas horas, desbocada y casi histérica, le gritó que estaba harta de él, de su mutismo, de ver su cara triste, de tener que soportarlo todos los días; Marco aterrado por aquella explosión escuchó la perorata sin pronunciar una palabra; y ella envalentonada, como un chiquillo perverso que tortura a su perrito y éste en lugar de defenderse se resigna a llorar y a mirarlo, incitando más su crueldad; la muchacha colérica salió golpeando la puerta, y a los pocos segundos, ante la atónita mirada de Ursula quién había presenciado la penosa escena, se escuchó el acelerón del auto. La mujer, muda, pálida, temblorosa, se fue a refugiarse en la cocina, no se sabe si para lamentarse de la estúpida debilidad de aquel hombre, o indignada ante la brutalidad de su patrona. Marco se quedó clavado en su silla, y cuando pasó un cuarto de hora, sin mediar una palabra, Ursula le acercó una taza de té, que le ayudara a conjurar lo que la sirvienta suponía podía ocasionarle un derrame de bilis.

-13-

Azalea portando pantalones se aposentó en una mesa del Sanborn's ubicado en la glorieta del Riviera, dio algunos tragos al café bien caliente que le sirvieron y se puso a hojear una revista de modas, intentando olvidarse de la escena que acababa de protagonizar, tal vez sino exactamente arrepentida, aceptando que había ido demasiado lejos, dejándose llevar por la cólera, y admitiendo que el pecado de su marido no ameritaba los reproches e insultos que le había lanzado. A los quince minutos se presentó Alexandra y con el mutuo saludo y consabido besuqueo se pusieron a charlar tal si tuvieran mucho tiempo de no verse, aunque sus frecuentes vuelos en que coincidían las acercara al grado de que la mutua compañía desembocaba en una ilimitada intimidad, así que no esperaron encontrarse en el salón de belleza para platicarse sus aventurillas.

-Imagínate- comentaba Alexandra- que en el vuelo de Mérida, se puso a platicar conmigo un viejo.

-¿Un viejo? –repitió Azalea casi horrorizada.

-Bueno, pero no te vayas a imaginar que se trataba de un anciano, el fulano debe andar por los cincuenta o cincuenta y cinco años, guapetón todavía, bien vestido y muy educado. Debíamos haber traído unos veinticinco pasajeros y por no aburrirme condescendí con él.

-¿Y que te propuso? –Preguntó Azalea.

-¡Oh! Nada de lo que te imaginas. Realmente se comportó muy caballeroso y cuando llegamos me dejó su tarjeta poniéndose a mis órdenes.

-¿Y qué?

-¡Pues nada! No le he llamado, aunque reconozco que he estado tentada a hacerlo. Se veía que es una persona de buena posición; y ya estoy harta de salir con chamacos, que para lo único que te buscan es para la cama, y apenas te conocen y ya la quieren gratis, ciertamente reconozco que la juventud es un buen momento de la vida, pero toda la vida andan limitados por el dinero, los hombres adultos siempre tienen más recursos.

-Por mi parte te juro que no me gustan los viejos y no me atrae en absoluto salir con un hombre mayor de cuarenta años.

-Te diré, hay jóvenes viejos incapaces de amar, de divertirse, incluso hasta de hacerte pasar un buen rato, se diría que están secos por dentro y por fuera, y encima son torpes en la cama y hasta tacaños... también hay viejos jóvenes, enamorados, que saben divertirse y te llevan a buenos lugares y que hasta se sacan de algún apuro o cuando menos te hacen buenos regalos.

-Yo diría –afirmó Azalea- que los hombres de más de cincuenta años son ridículos y hasta patéticos.

-Aunque a veces pueden llegar a ser sublimes. Cuando estaba haciendo la carrera...

-¿Qué carrera? –preguntó Azalea importuna, pero sin malicia.

-La que no terminé tú, la de Administración, tuve un maestro que no te imaginas como me perseguía, pero no en el sentido de que te supones, siempre fue muy respetuoso conmigo, el pobre señor me andaba llevando cajitas de chocolates que además me entregaba discretamente, y hasta alguna flor que procuraba dármela cuando no nos estuvieran observando y hasta me hizo algunos versos...

-¡No me digas! ¿Todavía se usa eso?

-Pues seguramente ya no, pero ay como ves, los tengo guardados todavía.

-¡Y nunca te los ha encontrado tu?...

-No ha dado con ellos, y tampoco le permito que ande trasteando en mis cosas. ¿Y a ti, como te va con tu marido?

-Se ha puesto viejo, calvo, feo y hasta creo que ha adelgazado, y para colmo me cela, aunque no abiertamente, hoy, sin ir más lejos, mientras hablábamos hace un rato se puso a espiarnos por la extensión.

-¿Y si te descubre con Jorge?

-Pues allá él. Debe suponerse que tengo alguien, pero nunca me ha dicho nada. Y el otro, como se las da de listo, cuando me habla y yo no estoy, así le conteste la sirvienta o el mismo Marco pregunta muy cortésmente por su salud, deseándole que se restablezca muy pronto.

-¿Y se mejora efectivamente?

-¡Qué se va a mejorar! Nunca podrá volver a caminar y además está completamente inútil... a veces, siento lástima de él, porque ya no puedo quererlo.

-Deberías demandarle el divorcio.

-No lo hago por compasión, pero es un estorbo en mi vida y encima tengo a veces que servirlo.  
-Pero si tienes a Ursula.  
-Bueno, si no contara con ella, entonces si que ya lo habría largado a que lo cuidaran en algún hospital.  
-Pero si no es todavía ningún viejo.  
-¿No? ¿Te parece poco cincuenta y seis años?  
-Era bastante guapo. Cuando empecé a trabajar en la Hemisphere me di la gran apantallada con él.  
-¿Hace cuántos años?  
-No me acuerdo. No te voy a decir los míos, lo único que recuerdo es que era un tipo muy varonil.  
-¡Si lo vieras ahora!  
-¡Ay! Pues ya lo he visto... no deben haber pasado más de seis o siete meses que fui a ti casa.  
-¿Y como te pareció?  
-Pues muy acabado como tu dices... pero interesante.  
-¿Interesante? ¡Si ya no puede hacer nada!  
-Bueno, pero tienes a la refacción, joven y guapetón.  
-Sí —aceptó Azalea, quedándose pensativa— pero lo peor es que me estoy enamorando de él...

-14-

*“Hay un país de los vivos y otro de los muertos y el puente es el amor”* Marco subraya las sentencias de Thronton Wilder, y se pregunta si él es ya un muerto.

Ha tenido una mala noche y la pesadilla lo ha llevado hasta el neblinoso abismo que cual un embudo negro lo dejaba aterrorizado por largas horas, mientras yacía en el hospital de Bocagrande. Al despertarse y comprobar que es de día pidió a Ursula que corriera todas las cortinas para darle entrada a la claridad, la luz y la vida.

A las nueve ha llamado Jaimito y como Azalea ha ido de viaje, Marco lo ha invitado a desayunar, a lo que ha accedido gentilmente.

Antes de una hora el muchacho ha llamado a la puerta y Ursula le hizo entrar con excepcional amabilidad, al menos él visita y distrae al señor haciéndole al menos un par de horas más agradable su reclusión. El muchacho se alegra de ver a su ex jefe y Marco lo recibe con un cálido apretón de manos que testimonia su aprecio.

Ursula puso la mesa y el olor a café recién hervido, las frutas bien cortadas, los huevos pasados por agua, las salchichas azadas y los panecillos prometen un acogedor disfrute.

Jaimito agradece a su anfitrión tanta gentileza y no olvida tampoco dar las gracias a Ursula a quién proclama una excelente cocinera y califica como ¡Toda una señora, ama de casa! Ursula a quién halagó el cumplido, le pide que por favor frecuente más al señor, quién seguramente se sentirá muy halagado de su compañía y añade:

-Hoy ha desayunado mejor que nunca, porque a veces no prueba bocado.

-No me suele llegar el hambre por las mañanas y menos aún si debo desayunar solo. –  
Comenta Marco

-Pero la señora Azalea –pregunta Jaimito- seguramente cuando no está de viaje le acompañará ¿No es así?

Marco y Ursula cambian una mirada, entonces tal si hubiera algo entendido entre ambos  
Marco habla:

-De eso mismo deseaba hablarte Jaimito.

Ursula hace como que levanta la mesa, aunque en realidad busca dejarlos solos y se retira a la cocina cuya puerta cierra.

-Usted dirá capitán –responde el chico acercando la silla para escucharlo-

-Las cosas se han puesto difíciles entre nosotros. Azalea ya no es la de otros tiempos.  
Ha cambiado mucho.

Jaimito asienta y todavía cauteloso se atreve a responder.

-La han hecho cambiar capitán.

-Los humanos somos seres cambiantes, hoy sentimos y pensamos de una manera y mañana de otra.

-Pero ella –afirma envalentonado el muchacho- debe ser respetuosa de usted, que por eso es su marido.

Ya ha soltado de pronto lo que debía callarse, y aunque se arrepintió casi al momento, ya no tuvo a la mano el medio de retroceder.

-Tienes razón, pero no es tan sencillo como parece. Y aunque no se si esté bien que lo haga, quisiera solicitarte un favor en nombre de nuestra amistad, y que por supuesto puedes contestarme francamente si estarías o no dispuesto a concedérmelo.

Jaimito se le quedó mirando fijamente.

-No me consta nada capitán, ni mucho menos desearía hablar de más, o portarme desleal con la señora, que como sabe, igual que usted es una buena compañera y excelente amiga, pero si de todos modos lo va a saber ¿Qué más da que lo sepa por mi boca o que se entere por otro medio? Después de todo, no hay nada oculto y tarde o temprano todo se descubre y llega a saberse.

-¿Y que es lo que yo no se?

-¡Ay capitán! Ese muchacho Jorge, se ve a todas horas detrás de la señora. A la buena estoy hablando demás y sólo son buenos amigos. Usted no debiera haberle permitido que volviera a trabajar.

-Tienes razón. Lo hice porque temía que se aburriera aquí, entre estas paredes, tú sabes, al lado de un hombre imposibilitado.

-Pero ese era su deber. Y en cuanto a imposibilitado, usted puede trasladarse en su silla donde quiera que lo desee.

-No es tan fácil como supones, pero si podría hacerlo, aunque debes suponer que para una muchacha no será cómodo ir al lado...

-Perdón capitán, eso mismo que le ocurrió a usted, pudo haberle pasado a ella, o a cualquiera de nosotros, a mí, por ejemplo ¿Y entonces?

-Entonces yo la hubiera cuidado y me habría dedicado íntegramente a ella- respondió Marco convencido.

-Luego entonces usted lo ha dicho. Ella debe hacer lo mismo.

-Debe. Pero no es posible obligarla. No podemos pedir a nadie que nos quiera.-Se lamentó el piloto.

-Pero usted no eligió estar así. Todos sabemos que se trató de un accidente de trabajo y su comportamiento fue verdaderamente..

-No para la Hemisphere –lo atajó Marco.

-¡Son unos desgraciados! –se exclamó Jaimito- y en cuanto a la señora Azalea ella debería estar orgullosa de usted.

-Eso no vale para las mujeres cuando han dejado de querernos Jaime. Ahora sólo deseo saber que es lo que realmente hace ella, porque cada día está menos en casa, y hasta tengo la sospecha de que muchas veces que me dice que tiene algún viaje, aunque salga con el uniforme puesto, me quedan dudas; y entonces, tu comprenderás que sería impropio estar llamando a la jefatura para cerciorarme.

-Le prometo conseguirle oportunamente una copia de su asignación mensual cada mes y traérsela oportunamente capitán, así podrá exigirle que al menos cuando no tenga trabajo permanezca en su casa.

-¿Exigir? ¡Eso sería casi imposible!

-Entonces ¿Para que le puede servir la dichosa lista? ¡Para atormentarse más?

Marco se quedó meditando en la buena lógica del muchacho.

-Tienes razón ¿Para que podría servirme?

-Lo que debe hacer es hablar con ella y en su caso con Jorge.

-¿Así que es Jorge?

-Ya lo debe usted haber supuesto capitán. Y él tendrá que entender que la señora es una mujer comprometida y dejar...

-¿Dejar?

-De seguirla a todas partes. A veces vuelan juntos, pero otras uno al otro se buscan y se encuentran y se les ve cogidos de la mano. Es cuestión de parar al muchacho y hacerle entender por las buenas o por la mala...

-Las alas ya no tienen fuerza para emprender esos vuelos.

-Hay otros medios –advirtió Jaimito, con un relámpago en los ojos.

-¿Y que conseguiría con ello? –interrogó Marco- ¿Qué ella me odiara? Ya es bastante con que haya dejado de quererme, pero aún así sigue conmigo y no se decide a abandonarme, tal vez porque hasta ahora no le he dado motivo para que me aborrezca.

-Si ella no lo aprecia, usted debe hacerse apreciar, actuando como se debe en estos casos.

Marco lo miró confuso, el invertido le daba lecciones.

-Yo lo mantendré enterado de lo que vea y de lo que sepa capitán. Cuente conmigo, y espero que no me irá a tomar por un chismoso ¡Si le dijera que también a las muchachas les indigna el comportamiento de la señora! Claro, con excepción de Alexandra de quién es uña y carne.

Marco sintió que se desmoronaba ¿Quería decir que su hombría, su prestigio, andaban de boca en boca, despertando burlas o compasión?

-Todo lo que acontece es transitorio –respondió- parafraseando las palabras de Ursula, luego se quedó mirando hacia el cielo, buscando el rostro de Azalea entre las nubes- ¡Si te dijera que pienso en ella en cada avión que pasa sobre mi cabeza! –Añadió nostálgico.

Unos minutos después Jaimito se despidió, reiterando las gracias por el desayuno. Marco no hizo por detenerlo más tiempo y Ursula salió a acompañarlo hasta la puerta.

A las siete de la noche llegó Azalea y cual era su costumbre se fue derecho a la recámara a cambiar el uniforme por un vestido y a retocarse el peinado y el maquillaje.

Marco se quedó esperando que saliera pegado como siempre a la vidriera de la puerta ventana.

A la media hora apareció trasfigurada, portando un vestido rojo Los senos le resplandecían entre los encajes del sostén de igual color, Marco la observaba con infinita tristeza delatando su angustia. De pronto una mariposa negra irrumpió en el

departamento, Ursula se espantó y salió con una escoba y luego con el plumero, decidida ahuyentarla. Azalea dio un grito horrorizada del animalucho.

-En un momento vuelvo –le dijo a Marco a modo de despedida.

De pronto Marco sintió que su corazón latía con una fuerza irresistible.

-¿Te esperamos a cenar?

-No. –respondió ella.

-A veces la soledad me acerca a ti –murmuró él.

-Ya deberías haberte acostumbrado a estar solo. Yo en tu lugar no lo soportaría. –Lo miró con cierto aire de burla, con ese desdén que tanto hería al inválido.

-Yo no he escogido esto, lo que me pasa no me lo he procurado yo.

Ella se encogió de hombros.

-Entonces aunque no lo hayas elegido, debes aceptar el destino ¡Tu destino! Yo tampoco tengo la culpa ¿O sí?

Marco sintió que los labios empezaban a temblarle.

-Azalea... entonces... entonces ¡Es verdad?

-¿Qué es verdad?

-Que tienes un amante.

-¡Y hasta cuando te das cuenta! ¿Estás ciego o eres idiota?

Y tomando el bolso y el abrigo de mink que Marco le había regalado salió precipitadamente de la casa, golpeando la puerta como era su costumbre.

No cabe duda de que la paciencia suele tener sus compensaciones, al menos así fue para Jorge. Cuando llegó a la Hemisphere era un desempleado con la carrera de derecho trunca, entre otros motivos porque carecía absolutamente de vocación para los pleitos, pues era un muchacho pacífico. Necesitado de ocupación y de dinero solicitó trabajo en la línea aérea. Agradable en su trato, contaba además con una buena presencia física, que se manifestaba en su estatura, el color de su piel donde aparecían las inequívocas trazas de llevar una buena dotación de sangre española, unos ojos café claros que miraban siempre con franqueza y la boca demasiado roja donde bailoteaba a veces un bigotillo rubio que por temporadas él se hacía desaparecer..

La empresa lo contrató como boletero de su sucursal ubicada en la Avenida de las Palmas. En ese ambiente burgués sus maneras amables y educación le valieron conservar el puesto más de tres años, atendiendo teléfonos y mostrador donde aplicaba sus dotes de persuasión, había leído minuciosamente todos los folletos sobre las interesantes ciudades, playas y destinos turísticos a donde volaban los jets de la transnacional, pero un día un compañero le hizo notar un equívoco grave en la información que había proporcionado a algunos clientes y Jorge tuvo que admitir que no conocía la mayor parte de los lugares, por lo que a partir de ese momento insistió en su cambio de adscripción, que le fue concedido después de retrasos, objeciones y un curso de capacitación como sobrecargo. Al principio le disgustó que en lugar de permanecer apoltronado haciendo boletos, su nuevo trabajo implicara servir tragos, comidas, acomodar maletas y pasajeros y hacer un triple papel de mesero, y ayudante de todo cuanto fuera necesario, en cambio el puesto ofrecía otras compensaciones tales como conocer lugares, disfrutar de viáticos, y comer y beber gratis; su novia, recepcionista de una empresa cuyas oficinas estaban en Polanco protestó airada pues sus viajes nulificaban la diaria compañía del joven quién iba puntualmente todos los días por ella para llevarla a su casa. –No me agrada tu nueva ocupación –le dijo la

muchacha- Aprecio que tu puesto era de mejor categoría- pero sus reiterados comentarios no lo hicieron desistir, pues de pronto se encontró con un ambiente mucho más atractivo colmado por el gracioso abanico de oportunidades femeninas. Una de ellas, Azalea, le impresionó a tal grado que no le importó romper la relación con la novia que no cedía a otra cosa que no fuera compartir un café, una película o ir bailar algún viernes por la noche, Jorge no desdeñó divertirse con alguna de sus compañeras que se prestaban sin mediar promesas ni compromisos, pero intentó acercarse a la que él consideraba la más agraciada.

Jaimito incondicional de Marco, le hizo ver que Azalea no era como las demás y que era la novia del primer piloto de la Hemisphere, lo que añadido al trato que le dispensaba la joven terminó por resignarlo a ser sólo un compañero de trabajo, desengañado además de que no iría jamás a competir con el piloto; y cuando Azalea anunció que se casaba se deslumbró viéndola vestida de novia y si bien no deseó mal a la pareja, admitió que le despertaba envidia el comandante que se llevaba a la más hermosa de las mujeres que él hubiera conocido en su vida; así cuando la linda azafata resbaló por las escaleras, Jorge no sólo se impactó por el accidente, sino porque le hubiera ocurrido precisamente a la persona que más deseaba y admiraba, entonces se lanzó inmediatamente a auxiliarla, y aunque hubiera hecho otro tanto por cualquiera de sus compañeras, la recompensa de tenerla entre sus brazos unos momentos justificó de sobra su devoción por apoyarla y servirla, advertido de que actuaba desinteresadamente y sólo porque su esposo se encontraba lejos.

Jorge respetó el dolor de la joven y sin dejar de ser comedido y servicial la acompañó hasta Colombia, lo que le ganó la estima de ella quién apreció su nobleza, si bien no escapó a su intuición de mujer lo que Jorge sentía por ella.

Cuando Marco debió de ser hospitalizado en México, Jorge volvió a estar cerca de los que ingenuamente llamaba “sus amigos”. Después llegaron aquellos largos meses en que Azalea se ausentó y él debía conformarse con llamar de vez en cuando preguntando por la salud del piloto; y cuando volvió a encontrarse con ella quién portaba nuevamente el uniforme, Jorge si bien concedió que tenía unos años más, no dejó de continuar considerándola guapa y atractiva; y se prendó nuevamente de ella, pero no sin aceptar que se trataba de una mujer casada y además de que intentar jugarle una trastada al marido inválido, aunque ella lo hubiese consentido, equivalía a una vileza de tal dimensión como pegarle a un ciego atado e indefenso.

Pero la belleza de ella era un imán poderosísimo y Jorge no podía dejar de pensar en ella. Poco a poco el trato frecuente, que los invitaba a tratarse como dos buenos camaradas, la frecuencia con la que volaban juntos y el hecho mismo de que aparentaba ocuparse de la salud del marido los fueron acercando.

Azalea por su parte, ansiosa de un hombre, habituada a una vida sexual intensa como correspondía a una mujer de su temperamento en plena juventud, no disimuló la simpatía que le inspiraba su compañero. Aunque reservada y aún adherida a la idea de conservar su posición y formalidad de mujer casada, que apenas se asomaba al restaurante del hotel para picar algún platillo, una noche en Miami, el calor en algunas ocasiones exasperante, la obligaba a recluirse en el interior del hotel, cuyo benévolo aire acondicionado la libraba de aquella canícula insoportable. Sedienta y francamente aburrida de pasársela en la habitación hojeando revistas, mientras aguardaba la hora de volver a México, decidió bajar aquella noche al ladies bar para refrescarse con una piña colada.

Jorge, su compañero de vuelo en aquella vez la encontró de espaldas trepada en una silla alta con los codos sobre la barra. Ella era la esperada, la mujer que había soñado y deseado tantas veces, que hasta le pareció, en uno de esos engaños con los que

los humanos sabemos mentirnos y mentir a los demás, que su anhelo por una mujer así, venía desde siempre y que aquella presencia magnífica superaba todo el ideal y aún rebasaba sus sueños, a tal grado que condensaba todo lo que el había deseado en su vida para ser feliz, y que por la dicha de sólo verla sentía que se le cortaba hasta la respiración. Entonces, obedeciendo a uno de esos impulsos ancestrales, que los siglos de civilización del planeta no han conseguido eliminar en los humanos, le puso un beso en la nuca que Azalea en su huída del calor se había dejado descubierta mediante un ingenioso peinado alto. Jorge hubiera deseado saborear, detener aquel beso robado, que aunque tenía todas las trazas de calificarse cómo un verdadero asalto; cometido el antojo reaccionó intentando pedirle disculpas pero ella lejos de molestarse se volvió sonriendo y le preguntó:

-Jorge ¿Qué haces? Y además en medio de la gente...

-Perdóname –le dijo él- no tengo disculpa... fue un impulso irresistible, no debí haberlo hecho... -tartamudeó más rojo que una amapola.

-¡Por Dios! –respondió ella conciliadora- ¡No has matado! Ven, siéntate un rato para platicar, me estaba aburriendo allá arriba y salir a la calle con este calor no es recomendable.

De pronto Jorge no supo que hacer, esperaba sino una bofetada si una merecida reprimenda de su compañera quién además no le había dado motivo alguno para comportarse de la forma que lo hizo, pero se sentó a su lado guardando la distancia.

-¿Qué estás tomando? –le preguntó por hablar de algo.

-Algo que me refresque –respondió ella.

-Yo pediré un whisky –dijo para darse valor; y cuando el barman se lo sirvió el muchacho le dio un largo trago- tendrás que disculparme por favor –insistió.

-¡Por Dios, olvídale ya! Pero no vuelvas a hacerlo en público.

Jorge se quedó pasmado, ella le pedía no volver a hacerlo en público, pero le estaba insinuando que podría hacerlo en lo privado.

-Azalea... -le dijo desbocado- no debo ni siquiera pensarlo, menos decirlo, no tengo ningún derecho, pero debo decirlo, debo decirte... ¡Siempre he estado enamorado de ti!!

Azalea lo miró sonriente.

-Me lo imaginaba. –le dijo mirándole a los ojos.

-Si entonces hubiera tenido una oportunidad, si me hubieras permitido acercarme un poco a ti, te habría pedido que te casaras conmigo.

Azalea sonrió francamente.

-¿Pero que me estás diciendo?

-La verdad, la pura verdad, que cuando te conocí ya eras la novia del comandante y que además me tratabas con indiferencia.

-¿Te parece? Yo ya ni me acuerdo, después de todo tenemos algunos años de conocernos y de trabajar juntos.

-Digamos salud –propuso Jorge-

-¡Salud! –respondió ella.

Jorge puso un billete en la charola del barman.

-¡Me permites invitarte?

-Como quieras –dijo ella-

-Otros dos más –pidió Jorge- quiero brindar y celebrar contigo.

-¿Qué es lo que pretendes celebrar?

-El que no me hayas dado una bofetada.

-¿Y porqué habría de dártela?

-Dices bien ¿Y por qué?... solamente ¿Por qué me gustas mucho? ¿Por qué desde siempre me has gustado mucho?

-¿De veras? –preguntó ella con coquetería.

Jorge se sonrió y levantando el vaso añadió:

-Nunca digo mentiras! Salud por nuestro encuentro.

-¡Salud! –respondió Azalea

Y rieron los dos.

-16-

A los tragos siguió un rato de amable conversación. A las nueve de la noche Jorge sugirió:

-Me han hablado de un restaurante a media hora de aquí donde se presenta cada noche un original show a la usanza medieval, imagínate escenifican un torneo con jinetes montados en caballos, que van ataviados con armaduras, cascos, máscaras y mallas de acero y por supuesto banderines, escudos, estandartes, espadas, heraldos que anuncian los encuentros con trompetas y damas bobaliconas y románticas que conceden pañuelos con un color que identifica a sus galanes.

-¡Qué interesante! –Aprobó Azalea.

-¡Ah! y además te sirven vino en recipientes metálicos y enormes trozos de carne asada que sirven desde una enorme hoguera.

-¡Muy divertido! Pero todo eso ha de costar algunos billetes.

-Nada para ti, porque yo te invito esta noche. Te juro que pasaremos un buen rato.

-Y seguramente una buena desvelada. –agregó Azalea- y mañana debemos estar a las seis en el aeropuerto, me imagino que durmiéndonos de pie.

-Es un pequeño inconveniente.

-Acepto la invitación pero mejor lo dejamos para otro día, todo consistiría en prevenirnos con una siesta y por la noche estaríamos bien repuestos.

-Entonces me iré a saborear a solas ese beso que te robé, impregnado todavía del grato perfume que supongo derramas generosamente en tu cuello.

-No. Simplemente irás a buscar a alguna de las muchachas, tal vez a Mireya o a Nancy, que no desdeñarán acompañarte.

-No Azalea. Soy hombre de un sólo amor.

-¿Qué estás diciendo? ¿Te has olvidado que soy una mujer casada, y además de que mi marido me adora?

-Se me olvida todo menos pensar en ti; y en cuanto a tu marido pues yo te adoro tanto como él.

-¿Y crees que podría corresponderte? ¿Acaso se puede amar a dos personas al mismo tiempo?

-Creo que es mucho lo que te pido.

-Podemos seguir siendo amigos.

-¿Solamente?

-¿Y te parece poco? No es fácil que yo conceda mi amistad.

-Lo se y te lo agradezco sólo que...

-Se puede ser amigo de una mujer sin que tenga que mediar forzosamente el amor, ni tan siquiera la atracción sexual.

-Creo que me sería difícil.

-¿Nunca has tenido una amiga?

-Sí claro, pero es difícil por tratarse de una mujer como tú.

-¿Y qué tengo yo?

-¡Qué eres la más maravillosa muchacha que he conocido, que me gustas, que te deseo, y que cuando te veo siento una secreta alegría en el fondo del alma.

-¿Y yo? ¿Crees que me lo perdonaría? Finalmente lo que me pides es que cometa una infamia. ¡Qué traicione a mi esposo!

-Tenemos que aprender a perdonarnos. Yo también tendría que perdonármelo.

-¿Qué?

-Las noches que he pasado prendido a ti, restándoselas al sueño.  
Habían llegado hasta el elevador.

-¿En que piso estás?

-En el quinto, 503.

El elevador subía con lleno completo y ambos hablaban a corta distancia, pegando casi sus rostros uno frente al otro, Azalea percibía sobre sus mejillas el cosquilleo de la boca de Jorge demasiado próxima, y él a su vez sentía su respiración que rimaba en su busto y en su vientre; y cuando estaban al fin en el 503, Jorge la atrajo tomándola de la cintura para besarla, al principio ella intentó deshacerse de sus brazos, pero luego vencida le echó los suyos al cuello, y se besaron tan largamente que parecía que aquel beso no fuera interrumpirse nunca. Cuando al fin ella logró zafarse, introdujo nerviosamente la llave en la cerradura de la puerta del 503.

-Bueno, ya te has dado gusto –admitió–ahora vete a dormir en paz y déjame hacer lo mismo –y entró al cuarto, pero Jorge introdujo el pie, impidiendo que ella pudiera cerrar la puerta.

-¡Azalea!

-No soy ninguna puta –le respondió.

-¿Y quién ha dicho eso? ¡Sería el peor de los hombres con sólo pensarlo!

-¿Entonces?

-Ya te dije que me hubiera casado contigo.

-Ya estoy casada.

-Pero yo te amo. He estado siempre enamorado de ti. Lo que siento es otra cosa muy diferente.

-¿Diferente? Quieres acostarte conmigo. Eso no es diferente.

-Sí, deseo hacer el amor contigo. Lo he deseado siempre, pero no pretendo usarte como un objeto sexual.

-¿Y qué otra cosa puedo ser para ti?

-¡Mi amor! ¡Mi sólo amor! ya que no puedo ser tu esposo, déjame al menos ser el hombre que más te quiere. –Imploró Jorge con el pecho palpitante por la emoción, y empujó suavemente la puerta.

Azalea tuvo que encoger el pie. La habitación estaba semi-alumbrada.

El muchacho la tomó entre sus brazos y casi enloquecido la volvió a besar en el cuello, en el rostro, en los cabellos, en la frente y en la boca donde buscó su lengua para succionarla.

-¡Déjame! ¡Déjame! –exigió Azalea- ¡Ya te he dejado hacer bastante!

Entre el consabido jaloneo fueron a dar a la cama, entonces ella hizo el último intento de deshacerse de él.

-No quiero Jorge. No debemos. No está bien eso que estamos haciendo. Debes contenerte, detenerte.

Forcejeando Ella resbaló sobre la alfombra, de pronto Jorge se detuvo casi espantado.

-Mira lo que has hecho. ¡Tirarme al suelo!

-Azalea, perdóname, perdóname por favor, no ha sido esa mi intención. Sólo que te quiero, te deseo, como no he deseado nunca a una mujer.

-¡Valiente canción! –dijo ella- imagínate que me dejara tener de todos los que me dicen eso. ¿Cómo terminaría? Entonces sí, siendo eso: ¡Una puta!

-No. –Reiteró Jorge- Tú nunca serás eso para mí.

Pero a verla en el suelo, despeinada, con el vestido a media pierna, Jorge metió la mano derecha entre sus muslos, mientras con la izquierda trataba de sujetarla, jadeantes ambos, casi le arrancó las pantaletas, y la poseyó con furia concentrada, con ese ardor intenso, que los desbordó a ella en un orgasmo que hacía meses no experimentaba y a él en una larga eyaculación.

-Esto es una violación –dijo Azalea cerrando las piernas.

-¡Es un acto de amor! –Se defendió él- ¡El éxtasis mudo de un acto de amor!

-¿Y si me embarazas? ¿Qué diablos le voy a decir a Marco?... si él está imposibilitado de tener una relación conmigo.

-Azalea –exclamó Jorge recuperándose- ¿Quiere decir?

-Que no he hecho el amor en casi cuatro años.

-¿Y has podido conseguirlo? ¡Una mujer en la plenitud de la vida! Cualquiera otra hubiera salido a buscar lo que no tenía en casa.- Y la besó con esa timidez que un avaro pondría en una joya valiosísima, luego recapacitando agregó- Ahora has roto ese pacto conmigo. Aprecio tu virtud, nunca dudé que no fueras una mujer decente.

-Hace un momento no lo demostraste así –dijo ella, mientras se subía las pantaletas y se acomodaba el vestido.

-El amor es también eso ¡Locura! ¡Algo que es difícil reprimir! ¡Y yo te amo!

Al fin Jorge abandonó la habitación para saborear a solas aquellos besos.

A la mañana siguiente, ambos se mostraron muy normales tal si no hubiera ocurrido nada.

Luego les fueron asignados vuelos en los que no coincidían.

Al principio Jorge pareció sobrellevar el delicioso tormento del amor distante, casi imposible, pero llegó un momento en que ya no se pudo contener y con el pretexto de informarse acerca de la salud del comandante empezó a llamar a casa del matrimonio...

Azalea lo tomó como un atrevimiento y sólo cuando Jorge logró explicarle la zozobra y la nostalgia que lo intranquilizaba, fue cediendo para aceptar alguna tarde un café y hasta fueron un par de veces al cine.

En alguna de esas salidas el muchacho volvió a insistir en tener su compañía íntima, y después de algunos besos que la enternecieron cedió a entrar con él en algún discreto motel.

Al entrar en la recámara Jorge puso algo de música suave.

-Al menos no lo haremos esta vez sobre el suelo –comentó ella-

Jorge se echó a reír y ella a su vez dejó estallar la risa como cohería de feria.

-Aprenderás a comportarte. No se te ocurra volver a arrancarme la ropa. Desnúdate ahora-le mandó ella y se metió en el baño, cuando regresó, seguramente desnuda, llevando apenas una delgada tanga dijo a su acompañante- Voltea hacia la pared –el muchacho obedeció, entonces ella se introdujo entre las sábanas y Jorge al sentir su cuerpo tibio la estrechó apasionado.

A la una Azalea decidió dar fin a la sesión y regresar a su casa. Jorge cumplido y caballeroso se vistió y en menos de veinte minutos la dejó en su domicilio.

Así continuaron. Jorge la buscaba y solía tenerla a veces, pero ella parecía que nunca iba a acabar de entregarsele por completo.

Jorge empezó a desconfiar si era verdad que ya no hacía el amor con su esposa, y principio a celarla, y cuando volaban juntos no le quitaba los ojos de encima, muy al pendiente de que ella hablara una palabra de más con algún pasajero.

Pero al final, pese al disimulo de ambos, todo el mundo se fue enterando de que Azalea tenía un amigo, aunque Jaimito lo calificó como un amante.

-17-

Los meses se fueron de prisa pero la situación del matrimonio no mejoró. Marco creyó que el tiempo pasaba para los demás pero no para él, que continuaba clavado en su silla de ruedas esperando que su esposa regresara de sus viajes y de sus escapadas.

En ocasiones al volver le daba un afectuoso saludo y hasta se preocupaba porque no faltara nada en la casa y Ursula preparara puntual las comidas y tuviera siempre listas las ropas de uso de su marido y si venía de buen humor le preguntaba sobre la marcha de su demanda contra la compañía.

Pero otras se portaba indiferente y después de un regateado ¿Cómo estás? Se refugiaba en la recámara de la que disponía por completo, pues Marco había sido relegado a ocupar el estudio, donde ahora dormía, entonces, al poco rato se ponía a hablar por teléfono.

Marco la miraba entrar y salir con una concentración intensa, dolido de la indudable intuición que le anunciaba inequívoca que aún después de trascurridos dos o tres días de ausencia, ella no habría tenido un sólo pensamiento para él.

Dolido en lo profundo se llevaba las manos a las sienes, mientras se acodaba sobre la mesa donde distraía sus ocios leyendo, sumido en el amargo pesar del desamor. Aquella mujer, su mujer lo despreciaba. Ella, quién podía ser gentil y cariñosa como ninguna, hasta llegar a apropiarse de los mismos de una gata, al mismo tiempo, también sabía ser cruel y clavar las uñas con intensa saña hiriendo y desgarrando sin piedad; y todo ello envuelto en su naturaleza voluble e ilógica, basada tal vez en un instinto primario, que era como la parte animal de su feminidad; y cuando la escuchaba parlotear y sonreía para otros, cuando a él, que era su marido, le negada una sola palabra amistosa, el ex piloto dejaba caer la cabeza entre las manos con un gesto de infinita desesperación.

Para su mayor desventura los informes que le proporcionaban lo enteraban anticipadamente, de todos los movimientos de su consorte, haciéndole saber los destinos que le eran asignados mensualmente, por lo que se quedaba ansioso esperando verla regresar de cada uno de ellos.

En ocasiones Marco se humillaba ante ella y le dedicaba palabras cariñosas, preguntándole detalles de los vuelos y si se sentía o no cansada y ella le respondía según su estado de ánimo.

Pero el espionaje de Marco a través de su informante, era un pecado que conllevaba la respectiva penitencia, porque lo ponía al tanto de su relación con Jorge, ahora casi pública y de todos comentada y conocida.

Acosado por la incertidumbre, los celos, la pasión, el infeliz trataba en ocasiones de entender que su esposa tenía como cualquier mujer, la necesidad tiránica del sexo que él era incapaz de satisfacer.

La desesperación lo llevo a otra torpe manía, la de consultar los horóscopos que publicaban los diarios, obligando a Ursula para que muy de mañana estuviera al pendiente de la llegada del muchacho quién descargaba frene a su kiosco, ubicado en una de las esquinas colindantes al parque, su paquete de diarios, cuyas secciones dispersas se ponía velozmente a organizar. A veces acertaban las predicciones y sobrevenían encuentros agradables, otras auguraban complicaciones o dificultades y

Marco abrigaba el temor hasta de dirigirle la palabra seguro de la respuesta que podía ser grosera; y el hombre que había sido: seguro, mundano, dueño absoluto de su vida y de su futuro, se tornaba ahora en ese pobre ser miedoso que había llegado al extremo de tratar de exprimir de las letras de un diario un pequeño rayo de esperanza, una gota de ilusión, aún cuando la lógica le previniera que nada había cambiado y peor aún, que nada habría de variar en la conducta de Azalea; entonces concluyó en que aún cuando la relación con el joven terminara por cansancio de uno u otro, habría de adoptar otro amante o varios inclusive; y hasta tuvo que dar la razón a Jaimito quién le hizo entender que no valía la pena que odiara al intruso, pues no era el principal culpable; y Marco recordó las múltiples ocasiones que con audacia y desconsideración absoluta él había hecho lo mismo sin preocuparse en lo más mínimo de los maridos engañados; y con la certidumbre de que ahora la vida le cobraba el pagaré de todos sus atentados, él mismo era ahora un pobre diablo, condenado cómo una ardilla dentro de una jaula a la que se ha puesto a girar todo el tiempo pero sin adelantar nunca ni un solo milímetro.

Un día inmerso en el desaliento rehusó rasurarse, pospuso el día que habría de ser llamado el peluquero y después de pasadas un par de semanas con la barba y los cabellos entrecanos e hirsutos haciendo marco a un rostro en el que comenzaban a aparecer las arrugas, se vio casi horrorizado, como un viejo casi decrepito; entonces su relación con Azalea comenzó a empeorar; y así cuando apenas se aproximaban los esperados días intocables, ella y su amante planearon pasarlos en Los Cabos, y una mañana Azalea se apresuró a preparar su maleta donde no faltaran ni los minúsculos bikinis, el bronceador, los lentes de sol y su colección de playeras y faldas amplias, Marco sospechando su partida, se había quedado a la espera de que le dirigiera alguna palabra antes de abandonar la casa, pero los minutos se alargaban y Azalea no terminaba nunca, al fin se apareció en la estancia.

-Nos vemos –le dijo- voy a estar fuera tres o cuatro días.

Marco apretó los codos contra su pecho.

-Tenía la esperanza de que te quedaras esta vez en casa para acompañarme, comprendo que te fastidie estar aquí, pero debes suponerte que me siento muy solo.

-Podías ir a quedarte un tiempo a la casa de Emilio, seguramente visitarlo te distraería.

-No deseo dar molestias a nadie, si ellos no me invitan sería inadecuado imponerles mi presencia, además, todo el mundo tiene sus ocupaciones y compromisos.

-Entonces cuando regrese te prometo quedarme para acompañarte. –concedió sintiéndose generosa y se acercó para ponerle un beso en la mejilla, Marco intentó acercarle más el rostro para prolongar la caricia.

-¡Azalea! –murmuró- ¡Mi amor! ¡Mi gran amor!

Pero ella retrocedió al instante.

-No te has rasurado bien, tu barba me lastima y además tienes mal aliento.

Y salió rápidamente.

Marco concedió que tenía razón. Me he descuidado últimamente, -masculló sin preocuparse de que hablaba solo- ya no soy un hombre, sino apenas un guiñapo humano. Es imposible que ninguna mujer pueda quererme viéndome en este estado, pero al punto lo asaltó una espantosa reflexión: -¿Pero es que me ha querido alguna vez?... debo suponer que nunca, y aunque me hubiera engañado me hizo sentirme el más feliz de los hombres. Y ahora también pago por ello, pero estoy cierto de que si no me hubiera enamorado de ella, incluso así, como me encuentro ahora: inválido, fracasado si no me hubiese prestado oídos a esa mentira monstruosa que es el amor, la estaría pasando menos mal y no sería tan desgraciado como siento serlo ahora.

Ursula, que le oyó hablar se quedó escuchándolo, luego se acercó para animarlo.

-Señor, no hable solo ¡Eso es muy triste! Mejor, como le aconseja la señora, busque al señor Emilio.

Marco agradó los ojos que sentía preñados de lágrimas.

-Mejor. ¿Verdad?

Hizo caso del consejo y trató de comunicarse con su amigo, pero le informaron que él y su esposa se hallaban de viaje, participando en un congreso en Monterrey y que volverían en una semana.

Marco volvió a su libro, a la televisión, al periódico y a sus horóscopos.

A los tres días apareció Azalea. Venía casi morena con las inequívocas señales del sol sobre la piel.

-¿Dónde estuviste? –Le preguntó Marco.

-Por allí –respondió ella evasiva- ya sabes que no me gusta dar explicaciones de lo que hago.

-No te pregunto con quién te has ido-aclaró él- sólo supongo que te fuiste a alguna playa.¿No es así?

-Lo supones bien –concedió ella- pero era tan insoportable el calor que decidí regresarme antes.

Marco se alegró, porque ello equivalía a disfrutar a su esposa un par de días antes de que ella tuviera que regresar a su trabajo.

-¿Te agradaría que preparara comida tailandesa? –sugirió- Antes te gustaba mucho.

-No me parece mala idea –aceptó ella- iré con Ursula al super y conseguiremos los ingredientes.

-No olviden por favor la salsa de soya.

El día apuntaba ser magnífico. Marco volvió a la cocina y se les oyó bromear. Ursula creyó que al fin la pareja se reconciliaba y que ya no iba a tener delante sus ojos la imagen decadente de un pobre hombre languideciendo en la penumbra de la habitación haciendo hasta lo imposible por ocultar los sollozos; pero ella al igual que Marco se engañó porque pasadas las ocho de la noche y después de veinte minutos, salió trasformada de su recámara, portando nada menos que el vestido negro que había adquirido en Buenos Aires.

Marco la observó dolido, y aunque habituado a sus salidas intempestivas, se sintió defraudado pues ella le había dado su promesa de guardar uno o dos días para él y he aquí que cuando había consentido llevar a su corazón unas horas de tranquilidad ella traicionaba doblemente aquella endeble confianza.

-¿Te vas otra vez? –preguntó- pensé que habían sido suficientes tres días para divertirme. Azalea le pasó por encima una mirada cínica.

-¿Qué quieres? Ya te hice el gusto de quedarme el día entero contigo haciéndola de dama de compañía y me he aburrido bastante.

-El matrimonio sueles ser a veces un largo aburrimiento. No te hubieras casado. No debimos habernos casado nunca ni tú ni yo.

-Pues estamos muy a tiempo de deshacer el matrimonio. Sólo es que tú lo consientas que yo por mi parte estoy dispuesta ¡Y hasta me harás un bien de liberarme de todo esto!

-¿Liberarte?

-Sí, de estar jugando a la pareja feliz. Yo no nací para ser esclava, ni enfermera, ni para permanecer recluida en esta casa por el resto de mi vida, viviendo al lado de un hombre viejo que ya no me interesa.

-¿Hasta ahora has caído que tenemos una diferencia de años?

-Hasta ahora me fijo que no soy para un sólo hombre, porque me gustan mucho los pantalones y tampoco puedo ser una de esas hipócritas abnegadas.

-Esas hipócritas abnegadas son las mujeres decentes.

-Entonces hiciste mala elección. Debiste haberte buscado una de ellas, si es que todavía quedan refundidas en un pueblo incivilizado. Yo no soy una de ellas, soy una mujer de mi época y quiero ser libre y divertirme.

-No pensabas así cuando nos casamos.

-No creí que el matrimonio fuera sólo esto: compromiso, dependencia, acostarse a diario con el mismo hombre; y en cuanto a nosotros ni siquiera eso porque tu no puedes...

-No es mi culpa. En la vida todo implica un riesgo.

-Que yo no estoy dispuesta a correr más, aunque después de todo ya te entregué una buena parte de mi juventud.

-Y yo mi vida y mi libertad, porque creí que eras sincera.

-Mira Marco –dijo ella abriendo la válvula del cinismo- yo te di algo que no me importaba: mi cuerpo, y tú me diste algo que tenías de sobra: dinero. ¡Y aún así nunca me llegaste al precio, a lo que yo valgo!

-¿Y tu amante si te valora?

-Mi amante es un joven que me satisface en la cama y además que no me anda celando, ni me pide cuentas de lo que hago.

-Al menos su nombre no debe andar rodando como el mío.

-Pues divorciémonos y todo arreglado, así no tendrás que quejarte que te desprestigias.

Azalea dio unos pasos hasta la puerta.

-Azalea, al menos quítate por favor ese vestido.

-¿Qué quieres que vaya desnuda?

-Ese vestido lo compramos en Buenos Aires, en los días que nos amábamos o que tú creías quererme.

-Los años te han convertido en un viejo romántico.

-En ese tiempo fuimos felices, o al menos pretendíamos serlo.

-Eso de la felicidad es una tontería, como la de estar viviendo en el pasado. Sólo contamos con el día de hoy para divertirnos, para hacer lo que nos da la gana Y yo lo voy a hacer mientras pueda, mientras esté joven y los hombres me busquen y me deseen.

Azalea abandonó la casa con el consabido portazo. Marco cerró los ojos no supo si por enojo, angustia o tal vez por el repudio a su hedonismo bestial.

-¡Si pudiéramos atrapar eso que llaman felicidad! –se lamentó Marco, pero ella ya no alcanzó a escucharle, pues debió haber estado dentro del automóvil que partió veloz.

Marco entrevió los horrible días que le aguardaban. Todo se había derrumbado y él ni siquiera podía salir de los escombros. Quiso llorar pero no le salieron las lágrimas, incapaz de desterrarla de su mente se la imaginó con el vestido negro en aquellos días dichosos de Buenos Aires, Buscó entre sus discos los tangos que tanto le gustaban y se puso a escuchar “Nostalgia”

“En un café de céntrica avenida,  
Bailaba el tango inspirando amor,  
Iba de negro, como ella se vestía,  
Y resaltaba más su perdición.  
Jugóme una negra traición”  
Por otro querer me dejó...

-¡Ah! ¡Era la mujer, la misma mujer de cualquier parte del mundo! Efectivamente inspirando el amor, y repartiéndolo a su capricho, cuando ella quería y a quién quería su sexo, su compañía y su cariño...y allá iban los hombres siguiéndola, implorándola, haciéndole tangos, poemas, novelas...¡Intentando atraparla, retenerla, amarla! Sin

acabar de entender que ella, la dueña de la vida, es inaprensible, resbaladiza, inconstante, voluble, y que siendo así el hombre terminará siempre rindiéndose... porque el amor es un virus para el que no se ha encontrado nunca la vacuna efectiva.

Y recordando aquellas horas inolvidables, únicas, le brotaron las lágrimas... las bienhechoras.lágrimas

-18-

Emilio encontró a su amigo muy decaído apunto de sucumbir en la más honda desesperación.

-Me da mucho gusto verte –dijo Marco-y gracias por acudir a mi llamado.

Emilio lo abrazó.

-También a mi me alegra verte y te traigo saludos de mi hermano Carlos y un abrazo de mi esposa, quién a diario me pregunta por ti.

-Gracias. Yo también los recuerdo; y te ruego decirles cuanto los aprecio.

-Y ahora dime ¿Cómo estás? ¿Cómo van tus asuntos?

-No del todo bien, y es la causa por la que te he buscado.

-¿Pasa algo grave? Te veo muy serio.

-Ya hace mucho que se me olvidó sonreír. Atravieso ahora por un período de mi vida muy difícil.

-¿Es por ese asunto de la Hemisphere? ¿Se ha alargado demasiado!

-No sólo es eso. En última instancia es lo que menos me importaría.

-¿Tu salud no anda bien? ¿Acaso el urólogo?...

-También eso cuenta, pero hay algo mucho más grave, a lo que no le encuentro la solución.

-¿Qué no le encuentras la solución?

-Emilio. Mi matrimonio está en bancarrota.

-¿Tu matrimonio? Pero... ¡Eso me parece increíble! Tú y Azalea siempre se han llevado muy bien. A Clara siempre le ha parecido que son cómo la pareja ideal.

-Tal vez lo fuimos alguna vez. Ahora Azalea ha cambiado mucho.

-Pero... ¿Por qué ese cambio? ¿Cual es la causa? ¿Acaso tienes problemas de dinero?

-No exactamente. Se trata de algo mucho más complicado. Azalea tiene un amante.

-¿Qué tiene un amante? ¿Y de donde diablos sacas tú eso?

-Ella misma me lo ha revelado.

-¿Qué ella misma te lo ha dicho?

-Cuando una mujer ya no te ama es capaz de todas las crueldades y su frialdad se vuelve refinada. Reconozco que por lo menos no ha sido hipócrita, aunque en realidad no ha hecho otra cosa que reafirmar cínicamente lo que yo ya sabía. A veces, el desengaño tarda en llegar, y tú vas atando poco a poco los hilos de esa espantosa trama hasta que no te queda más remedio que admitirlo, pero otras, esto irrumpe violento, cómo la hoja del puñal de un asaltante que te sorprende pronto a la mitad de la noche en mitad de alguna calleja oscura.

-Pero todo esto que me cuentas me parece inaudito, me cuesta trabajo creerlo.

-A mí también me pasó lo mismo. Al principio yo no quise admitir que sus frecuentes salidas...

-¿Qué salidas? ¿Las de sus viajes? Tú mismo me habías comentado que estabas de acuerdo que ella continuara trabajando en la compañía.

-No me refiero a eso, sino más bien, a la costumbre que adoptó hace algunos meses de abandonar la casa con frecuencia por las noches, con el pretexto de ir a divertirse, cosas de muchachas que quieren bailar y desvelarse.

-¿De que muchachas me estás hablando?

-Bueno, convengamos que las mujeres jóvenes actualmente, son más liberales, y piensan de otra manera.

-Indudablemente. Pero se trata de muchachas inmaduras que además no tienen ningún compromiso y la dan por meterse a esos antros que llaman discotecas, pero de ninguna manera una señora casada, con responsabilidades y además con un esposo enfermo al que tiene la obligación moral por sobre todas las cosas de atender...

-Yo cedí a ello Emilio,

-¿Tú has permitido eso?

-Lo hacía por evitar discusiones y que ella se estuviera aburriendo en la casa...

-Pero tu esposa no es en modo alguno una mujer libre. Y además debe darse a respetar.

-Emilio yo la amo.

-Pero el hecho de que la quieras no quiere decir que tengas que aceptar sus caprichos.

-En mi situación yo no podría acompañarla.

-Y ella debe comprenderlo de sobra y por lo tanto abstenerse de hacerlo. No tendría que ser una obligación, ni aunque estuvieras apto para cumplirlo.

-Yo sólo he tratado de retenerla, de evitar hasta donde he podido el desplome total de mi matrimonio. Azalea es lo único que tengo y no quiero perderlo. Ha sido, como tú bien lo sabes, el único amor de mi vida.

-Pero eso no implica que tuvieras que ponerte voluntariamente de tapete. —exclamó Emilio, mientras contenía a duras penas la indignación.

-Mira —se disculpó Marco- todos nacimos para ser esclavos de algún amo.

-¿Qué tonterías me estás diciendo?

-Todos tenemos una adición o un vicio y dependemos de él

-Es posible que así sea, pero en ese caso resulta más cómodo sufrir eso que tú llamas esclavitud a tener que trabajar y luchar por liberarse.

-¿Liberarse? ¡Y crees tú que yo puedo liberarme?

-¡Claro! ¡Y además debes hacerlo inmediatamente!

-Emilio: estoy viejo, feo, impotente, atado a esta silla de ruedas. ¡Sería muy difícil el sólo hecho de intentarlo!

-Marco somos hombres. No somos niños. ¡Ni mucho menos hemos nacido para ser unos peleles, unos pobres diablos!

-Alguna vez todos debemos quemar las alas, los sueños, las naves; y luchar como tú dices, pero por otra cosa muy diferente: ¡Detener el naufragio!-

-¿Más naufragio del que estás padeciendo? ¿Qué otra cosa todavía peor esperas que te ocurra?

-Que ella me abandone.

-Ya lo ha hecho. Lo ha estado haciendo a pausas, pero salir de tu casa para irse a divertir, a bailar, sin importarle dejarte abandonado en manos de una sirvienta, privándote de su compañía a la que tienes derecho, de los cuidados que ella tiene el deber de guardarte porque para eso se casó y es tu esposa y lleva tu nombre...

-Yo supuse que sus salidas no tendrían mayores consecuencias, que eran un pasatiempo sin importancia y que ella no se habría de comprometer o...

-Perdóname, esa ingenuidad ni siquiera un chico de diez años sería capaz de aceptarla, mucho menos un hombre como tú que has tenido aventuras a montones, que gastaste tu vida en eso.

-Eran otros tiempos Emilio ¡Mis tiempos! Y las circunstancias son muy diferentes ahora. Ya no soy un hombre joven, ni fuerte, ni sano, no puedo ni siquiera moverme de aquí, hacer el más movimiento con las piernas ¡Las tengo muertas! ¡Muertas!... la juventud se me ha acabado

-La juventud, tú lo has dicho, porque todos más tarde o más temprano somos víctimas de esa miseria fatal: la pérdida de lo que fuimos físicamente, pero nunca la renuncia de la dignidad y perdóname que te lo diga, porque eres mi mejor amigo, más, mi hermano, de la vergüenza. ¡Nunca debiste haber consentido semejante humillación! ¡Nunca debiste arrastrarte como un gusano, como una cosa! ¡Eres un hombre! Sí, de acuerdo, enfermo, imposibilitado, pero no eres un objeto, un guijarro al que se le puede dar de puntapiés.

-Comprendo que he caído demasiado bajo, pero no tenía otro recurso. ¿Qué podía hacer para impedir que saliera? ¿Qué puedo hacer ahora para evitar el adulterio?

-Mira Marco Buda enseñaba que los tres enemigos del hombre son: la vejez, la enfermedad y la muerte, pero también lo serán para ella, y te puedo asegurar que ninguno seremos la excepción.

-Es muy difícil que acepte este razonamiento, creo que está enamorada; y las emociones son siempre mucho más fuertes que la razón..

-¿Enamorada?... yo diría más bien encaprichada, engreída por lo que tú mismo le has permitido. Me temo que Azalea no ha conocido nunca lo que realmente es el amor y acaso lo confunde con el deseo, y el deseo querido amigo no es más que el déspota de nuestros sentidos, y la pretendida posesión de la carne, la reja que nos suele aprisionar y de la que no hay escapatoria; a veces Clara piensa que no es sino una forma compartida de masturbarse.

-Tienes razón –concedió Marco- Vivimos atormentados por los instintos de los que no nos es tan fácil separarnos. Yo la entiendo porque a mí me pasa igual, aunque para mí, desdichadamente tenga otro nombre: ¡Amor! Y el amor, que tú tanto me ponderabas, la ilusión en la que tú y nadie más que tú, me indujo a creer a mí, que era el ateo más recalcitrante para comprenderlo y menos aún para sentirlo, es sólo esta siniestra locura, esta obnubilación monstruosa, ¡La más miserable farsa de nuestra vida!

-Cuando el amor por legítimo que sea se convierte en una pasión insana se degrada amigo mío, y deja de ser una virtud, el máximo regalo de Dios; por lo tanto nunca debemos en su nombre alterar la dignidad y la conciencia moral, nunca debemos llegar a convertir que el más bello sentimiento humano, el don supremo que Dios ha concedido al hombre, que es su capacidad de amar, se degrade

-Pero si se nos concedió eso que tú llamas privilegio, y que es poder y saber amar, también se nos dio, cómo todas las cosas que nos han sido dadas, la contraparte, amar para tener que sufrir. Y mi intenso sufrimiento ha sido como el doloroso aullido demandando, ese pan del alma que es el amor...porque dime ¿Qué sería mi vida sin ella? ¿Qué somos sin el ser amado?

-La mujer es un ser inexplicable; y casi siempre inestable por naturaleza. ¡El eterno femenino! A ella le debemos nuestras mejores horas de dicha, pero también los mayores infortunios. A veces, como en tu caso, ¡Pobre amigo mío! No es que hayas perdido a tu mujer, es que no supiste ganarla nunca.

-Admitir eso que has dicho sería aún peor, porque finalmente en medio de mi desesperación, yo busco cobijarme todavía, al menos en los recuerdos, en el pasado, cuando ella me dedicaba todo su cariño, sus atenciones, su tiempo, sus caricias, sus palabras... ¡Su don de mujer! ¡Ah, mi querido amigo! ¡Qué triste es contemplar ahora que la copa rebosante de besos, que contenía el más embriagante licor del hartazgo, de la satisfacción, de la pasión compartida, que iluminó nuestras vidas con un halo rosa de optimismo, de dicha infinita, terminó en un miserable pedazo de vidrio que sólo contiene el vino amargo del abandono, la borrachera innoble de la desesperación, el elixir cuyo veneno conlleva el sombrío brindis de la soledad y de la muerte!

-Pero esos recuerdos gratos que tu guardas, también los debe tener Azalea.

-Lo dudo. Un perro siempre acaba al final por quererte, una mujer por olvidar. Ahora veo que los hombres tenemos semejantes con un camello de noria siempre dando vueltas alrededor del mismo brocal, sin saber donde empieza o donde termina, y sin tener derecho siquiera investigarlo, ni mucho menos aspirar a descubrirlo; y allá vamos, condenados a ese trepidar fatigoso, escuchando el agua sin alcanzarla... a veces el camellero, que hemos dado en llamar Dios, se conmueve y hasta se apiada y deja un balde con un poco de agua para que la pobre bestia mitigue un instante la sed, entonces, es cuando le entran espejismos engañosos, y nos creemos dueños del destino, porque nos han arrojado unas migajas de esa estúpida utopía que hemos dado en llamar felicidad, y que acaso sólo es un poco de luz para que nos ayude a descifrar y comprender ese eterno trinomio que desveló al viejo Shopenhauer: el amor, la mujer y la muerte... lástima que esa débil antorcha sólo nos sirva solamente para alumbrar la magnitud de nuestra derrota, y no para encontrar el camino, el sendero que nos lleve a la paz...

-Yo hablaré con Azalea. Te prometo hacer hasta lo imposible por persuadirla, por hacerle ver por cuanto medio esté a mi alcance que aparte de caprichos tiene deberes y obligaciones que cumplir ante la sociedad, ante la vida y ante Dios mismo.

-¿Ante Dios dices?... Acaso Dios sólo esté hilando allá arriba la malla de nuestros destinos, entretejiéndolos para hacernos hoy felices, mañana desventurados, hoy hartos, mañana hambrientos. A veces pienso que la más leve palabra de Dios bastaría para liberar a sus hijos de esa inmensa red, de ese telar despiadado que llamamos hado. ¡Entonces, eso sí sería realmente nuestra salvación! La cacareada salvación de la que hablan todas las religiones y las filosofías. Entonces ¡Todos los hombres nos haríamos buenos porque seríamos felices! Y no existirían ni el desamor, ni la ingratitud, ni la injusticia y tanto menos la desesperación, la crueldad, la desesperanza, la duda, el dolor, el infinito dolor que es cómo otra forma refinada de la voluptuosidad, de esa voluptuosidad que subyace en nosotros dominando nuestras acciones... ojalá y por lo menos, al final de nuestra vida tuviéramos un encuentro con la verdad y la luz del conocimiento nos alumbrara para morir, y supiéramos por que vivimos y para quién.

-¿Y de que nos serviría Marco? Si la sabiduría ya no podemos aplicarla, sería sólo una carga inútil.

-¿Carga inútil? No Emilio, sería una manifestación de su piedad ¡Y Dios debe tener piedad!

-¡Y la tiene Marco! ¡La tiene! ¡Aunque a veces no la detectemos! ¡Y también tiene paciencia!...y te diré algo más: tu blasfemia, porque el dudar de la misericordia divina es la más grave blasfemia, el peor insulto no es más que el reclamo violento a las puertas de Dios, el ansia colérica que se manifiesta por verlo, por sentirlo, el aullido para que nos escuche, el rezo imperativo sin adornos ni metáforas, el grito de rebeldía y de miedo, el horrible miedo de lo que nos puede suceder, cuando el temor es mayor que el daño mismo. Y tu miedo Marco, el que te hace hablar así, es el de la humanidad entera, el miedo a la soledad, a la ignorancia, el miedo a no encontrar un juez a quién temer, una piedra donde reclinarsse, un lazarillo o al menos un bordón que nos ayude a guiarnos. No te lamente de amar querido Marco porque Dios es amor; y el amor, cuando se ha vuelto imposible, es cuando verdaderamente podemos nombrarlo así. Comprendo que para un hombre de talento, como tú, es terrible estar desempeñando tan desairado papel, la vida dices bien, está entretejida de desgracia, pero sólo el que ha conocido la claridad y la oscuridad, el ascenso y el descenso ha vivido realmente.

-¿Vivido? ...¿Vivir es acaso pasar por este drama?.

-La gente se ha quedado sin dramas porque se ha quedado sin sentimientos, porque el miedo de sufrir, como tu sufres ahora, la ha vuelto temerosa y prefiere no entregarse, ni correr riesgos...

-Entonces....

-Si de algo sirven mis palabras convencerán a tu esposa, y si no, reza amigo mío, y ten valor, pero te aseguro que en estos aciagos momentos no te faltará un amigo...

-19-

Emilio debió haber cumplido cabalmente su ofrecimiento y en el afán de ayudar a Marco a quién veía destrozado puso en juego todas sus dotes de persuasión de que era capaz, acudiendo a todos los recursos inimaginables, incluso el de buscar la compasión hacia el hombre que la amaba y que ahora inválido y sin familia necesitaba más que nunca de ella, pero Azalea fue inflexible y no cedió un ápice, de hecho su interés prioritario era divorciarse para obtener su libertad y cuando Emilio le hizo ver lo injusto de su proceder declaró que estaba enamorada de otro hombre y de que no tenía objeto continuar un matrimonio que le satisfacía a ninguno de los dos.

-Tal vez si hubiésemos tenido el hijo que perdí me sacrificaría, aunque no tiene nada de agradable vivir con un inválido, pero no es el caso, y tengo que reconocer que hace tiempo he dejado de amar a Marco y no soy de las mujeres a quienes se les imponen deberes, Marco ya vivió su vida. Ahora es tiempo de que yo viva la mía.

Emilio se quedó atónito ante esta respuesta y trató todavía de encontrar una tabla de salvación para el matrimonio que se hundía inexorablemente, y con tacto solicitó a Azalea que meditara un poco más su resolución, a lo que aparentemente ella cedió y convinieron en que lo pensaría algunos días más, pero en realidad lo único que buscaba era quitarse de encima al molesto intermediario y a la mañana siguiente mientras Marco desahogaba alegatos y pruebas en el tribunal donde se ventilaba su pleito con la Hemisphere Azalea le escribió una nota que le dejó visible, alistándose después para un vuelo a Tuxtla de ida y regreso.

*Marco: Me di por mi voluntad y por ella misma y mi derecho a ser yo misma y a amar a quién yo quiera me recobro. He conocido a un hombre del que estoy enamorada, aunque no dejo de reconocer que te quise mucho en algún momento de mi vida. Quizás hoy te sirva de consuelo, por lo que considero estimarás como una pérdida, saber que mientras estuve comprometida contigo te fui absolutamente leal y tampoco hubiera soportado que me engañaras. No te sientas culpable de nada, yo tampoco quiero serlo. Tuvimos buenos momentos y las circunstancias ajenas a nuestra voluntad nos han ido separando. No encuentro motivo para continuar esta farsa de matrimonio que ya se ha roto. Sería inútil. No te hagas ilusiones que mi enamoramiento sea pasajero y que tus razones o las de Emilio pudieran influir para que yo cambie o desista, mejor te aconsejo usar tu fortaleza de carácter para aceptarlo, sin tener que rebajar tu dignidad de hombre. No deseo ser una pena para ti, sino un recuerdo que no te dañe. Tú también lo serás para mí y yo te viviré reconocida todo el resto de mi vida por los momentos de felicidad que me diste y que compartimos juntos.*

*Confío que el hombre de mundo que eres logrará superar este conflicto y cuando así sea, y si tu quieres, y no me guardas rencor ni enojo, podré volver a verte alguna vez como amiga, porque mi amistad es todo cuanto puedo ofrecerte.*

*Nuestros abogados se pondrán de acuerdo, no soy una mujer ambiciosa y me basta mi trabajo para seguir viviendo, tú en cambio, debes conservar tu patrimonio para sustento de tu vejez.*

*Espero que logres olvidarme pronto. Es cuanto mejor puede desearte. Azalea.*

-20-

Aquella mañana que había amanecido neblinosa el comandante Ordoñez debió enfrentar una sesión difícil, pues habían sido citados los miembros de la tripulación del desafortunado vuelo a Colombia, quienes se mostraron en todo momento solidarios para con su jefe, no así los peritos y jefes de la Hemisphere; Marco fatigado asistió en su silla de ruedas parsimonioso y en momentos casi ausente, tal si aquella verborrea técnica que buscaba únicamente defender el dinero de la trasnacional, no le incumbiera.

Se sintió ciertamente extrañado de la ausencia de Emilio después de que le había comunicado que Azalea meditaría unos días su decisión.

- A las tres de la tarde se dio por concluida la audiencia y uno de los defensores tomó la silla del parálitico y con ayuda de alguna secretaria bajaron al enfermo hasta el auto donde fue trasladado a su casa, si bien ya se vislumbraba que abogados y sindicato habían pactado para complacer a la compañía, aunque el único defensor honesto aún se empeñaba en que se hiciera justicia..

Marco se apresuró a regresar a su casa, para informar a su esposa sobre los pormenores del juicio, pero recordó que la noche anterior le había comunicado que le habían asignado un vuelo a Tuxtla Gutiérrez. Un rayo incierto de esperanza lo conminó a percibir un cambio de actitud en ella, consecuencia de la intervención de Emilio, pero fue su última desilusión porque ya estaba determinado que nunca volvería a verla. Ursula se apresuró a servirle la comida pero cuando Marco iba a llevarse el primer sorbo de sopa a la boca descubrió sobre la mesa la carta que Azalea le había dejado. Marco palideció pero trató de disimularlo. Entonces se le ocurrió solicitar a Ursula que fuera al despacho de los abogados y solicitara una copia de los autos, calculando que ello le obligaría a invertir toda la tarde, Ursula objetó que no le parecía conveniente dejar tanto tiempo solo al señor, pero él respondió que se sentía del mejor humor y la mujer debió aceptar el encargo como una orden.

Apenas abandonó la casa Ursula, Marco sereno, seguro como nunca había estado, tal si la carta de Azalea no le hubiese afectado escribió una misiva para Emilio.

*Querido amigo:*

*Hay deberes en la vida difíciles de cumplir y hoy debo enfrentarme a uno de ellos. Despedirme de ti.*

*Todos aguardamos el día de la apoteosis, la del médico que por fin ha conseguido ser célebre, la del místico quién ha tenido la feliz revelación de Dios, la del sabio que ha encontrado la verdad que apacigue su intranquilidad, la del artista que ha conseguido la trascendencia... y la de este aviador que ha decidido emprender el gran viaje, el viaje al infinito, a un mundo mejor, donde no haya falsas esperanzas, ni traición, ni fracasos y en el que sea posible encontrar el sosiego que Buda prometía, si sabíamos abstenernos de esperar o de desear.*

*Ello requiere la renuncia a existir físicamente, pues con este cuerpo maltrecho no conseguiría mi anhelada liberación; y estoy plenamente convencido de que lo que para muchos puede ser una cobardía, para mí, a quién le están cerrados todos los caminos, es la única salida que me puede salvar de mi mismo.*

*Se me ha entumido el alma y sin alma no es posible ya vivir. He pasado ya lo más duro: concluir que estoy de más sobre la tierra, y admitir que contra el amor, tal y*

*como tú me lo enseñaste, no puede nada ni nadie, ni la filosofía, ni las religiones, ni las fórmulas de los libros, ni tan siquiera la muerte.*

*Me voy convencido de que la felicidad no dura, que todo es una maya, una utopía transitoria y de que la muerte es el don más misericordioso con el que Dios ha querido favorecer a sus criaturas, porque significa la piedad, el olvido y el final definitivo de nuestros pesares. Hoy se me ha revelado mi vida y me he sentido horrorizado ante las escenas de las que antes pretendía vanagloriarme.*

*Instigado por ti dejé que el amor envenenara mi vida, pero la mujer que he amado ha sido como el huracán que lo destroza todo y por las horas en las que gocé de su compañía, he pagado el alto precio de vivir estos años saboreando la más amarga desilusión. Hubiera deseado llevarme algo más de ella, pero debo reconocer que me ha dejado más cicatrices que recuerdos; sin embargo te pido que le digas que jamás la dejé de amar aunque me haya separado de ella el intenso dolor de la uña cuando es desprendida de la carne.*

*Y en cuanto a ti, perdona a tu amigo: una mujer meció mi cuna cuando nací y yo que he rondado siempre alrededor de ellas, ahora que voy a morir, no hay una sola que me asista en la muerte.*

*Recuérdame joven, tal y como me encontraste aquella noche de hace algunos años en el aeropuerto. Seguramente me encontrarás alguna vez retratado en algún libro de esos que hablan de amores desventurados como el mío, La soledad me acercó a ellos, aunque la única verdadera enseñanza que obtuve de sus lecturas fue la de saber que una mujer, puede convertir según su capricho, a un sapo en un príncipe, o lo contrario hacer de un príncipe el bicho más despreciable y despreciado.*

*Y no guardes pesar por el amigo, que hoy inicia el gran viaje, el maravilloso despegue a la eternidad. Marco*

-

Aquella tarde mil estratocúmulos invadieron el cielo. La cordillera que rodea gran parte del valle de México se obscureció, dejando ver de vez en cuando, la incierta luz de un relámpago que intermitente alumbraba allá a lo lejos, cómo un parpadeo las montañas ennegrecidas, desde cuyas gargantas brotaban los siniestros tronidos cómo exhalaciones de un genio maléfico sumergido dentro de una caverna tenebrosa.

Un aire helado se empezó a esparcir poco después del medio día, como presagio de la tormenta que se avecinaba; y a las siete de la noche todo se había oscurecido en aquel viernes invernal del mes de los muertos.

Pronto la lluvia se precipitó como una tupida cortina gris, volviendo más densas las sombras que invadieron las calles, alumbradas deficientemente por unas cuantas luminarias, y azotando las fachadas de las casas burguesas, mientras arrasaba los ramajes de los árboles del parque cuyo césped inundado a trechos lucía fangoso y desolado.

Y todo se hizo lluvia, el viento, el caos, el tránsito penoso de los vehículos, el corretear precipitado de los peatones intentando protegerse del líquido elemento con sombrillas e impermeables, y la miseria física imperante en aquel crepúsculo de sombras se incrustó en las horas como preludio de tragedia.

En el penthouse que ocupaba la familia Ordoñez las puertas cerradas y las cortinas corridas, aislaban a su único ocupante sumiéndolo en un silencio sepulcral, no obstante el pobre inválido se afanaba en introducir en la pequeña chimenea de la

estancia, mal alimentada con tres o cuatro trozos de ocote legajos de papeles que consumían las llamas voraces convirtiendo las letras en humo, de vez en cuando Marco vertía en un vaso un poco de coñac que se llevaba a los labios con ansiedad.

A las diez de la noche, temeroso de que su esposa o Ursula fueran a regresar se vistió, tal y como se lo permitieron sus fuerzas limitadas, con su flamante uniforme de aviador comercial, previamente se había puesto la camisa blanca impecable y la corbata negra cuyo nudo se acomodó lo mejor que pudo y sólo cuando se percató que ni una sola arruga desvirtuaba la elegancia del atuendo se metió los zapatos relucientes en los pies inútiles y se encasquetó la gorra y la escarapela colocadas con el garbo acorde con su jerarquía de comandante, luego se abrochó la chaqueta con los botones dorados y enderezó las insignias, entonces con la decisión y gallardía de un atleta saliendo a la pista donde ha de ser ovacionado, altivo, orgulloso, tal si por su valor recobrara su linaje masculino fue acercando su silla de ruedas hasta el balcón, abrió de par en par las hojas de la puerta-ventana dejando que el aire frío y la brisa de la lluvia ventilaran la habitación. Dominador y magnífico contempló a sus pies la turba asustadiza que corría para refugiarse de la lluvia en los huecos de las casas, mientras que él, pese a sus huesos inútiles, a sus fuerzas menguadas se fue adelantando para abrir la rejilla de aluminio y cuando encontró libre el camino, con un impulso de sus brazos todavía vigorosos se lanzó al vacío. Un golpe seco, ahogado por el estrépito del aguacero que estaba en todo su apogeo, anunció su fin.

A los pocos minutos, media docena de curiosos a quienes no parecía importarles el impacto del chubasco que los empaparía se fueron agolpando alrededor de los miembros desparramados, alguien se tapó la cara para sustraerse al horror de contemplar aquel rostro desfigurado, del cráneo hecho trizas que desparramaba sobre el asfalto la masa de los sesos blanquecinos, y todo envuelto en un enorme charco de sangre que empapó la blancura de la camisa, y salpicó los restos de aquella silla de ruedas, potro inclemente de martirio, alguien dio aviso a la policía que acordonó inmediatamente la zona y a los pocos minutos se presentó una patrulla y en menos de unos segundos otro coche que conducía a los agentes de la judicial.

A pesar de que la lluvia no amainaba la masa de curiosos fue aumentando, en aquellos momentos llegó Ursula quién atraída por la multitud se acercó para constatar en toda su tremenda magnitud la espantosa tragedia que obligó a lanzar un grito desgarrador a la pobre mujer, interrogada inmediatamente por los policías, estos fueron guiados inmediatamente hasta el apartamento donde muy visible y sobre un florero colocado sobre la mesa se hallaba la consabida nota del suicida: *No se culpe a nadie de mi muerte*. Junto a ella un escueto recado para Ursula solicitaba que le fuera entregada a Emilio la carta que explicaba las causas de su determinación.

A las once de la noche se presentó la ambulancia cuyos integrantes iniciaron la penosa labor de recoger los restos sanguinolientos desperdigados en el pavimento y colocarlos sobre un plástico, uno de ellos levantó la silla de ruedas casi intacta, el burocratismo inició su lenta labor, a las doce y media se presentó el agente del ministerio público quién dio fe de los hechos y al fin fue posible entrar el cadáver en la ambulancia. Fue entonces cuando se apareció el auto que conducía a Jorge y a Azalea quienes motivados por la curiosidad se acercaron al lugar del tumulto, al constatar la tragedia, Azalea más pálida que un muerto se desvaneció y Jorge debió auxiliarla para evitar que cayera a tierra, Jorge tragaba saliva mientras contemplaba hebetado aquella terrible escena, identificada como la esposa del suicida, ella como su acompañante fueron conducidos ante la autoridad para rendir sus declaraciones; y sólo hasta las diez de la mañana del siguiente día y previa autopsia del cuerpo desarticulado, les fue devuelto el cadáver, cuando ejecutivos de la compañía de aviación, dirigentes del

sindicato, de la sociedad de pilotos y reporteros de diferentes diarios se agolpaban en derredor de un rostro desfigurado y de un montón de huesos que alguna vez hicieron un hombre.

-22-

No varió el humor del cielo. Una lluvia oscura tal si las aguas negras vaciaran sus odres panzones como vientres funerarios, presidió la noche. No obstante el frío, la humedad circundante y hasta el tránsito difícil, propio de las horas en que se saturan los vehículos en los fines de semana por la Avenida Insurgentes, fueron llegando los compañeros del capitán, para elevar la última plegaria en demanda del perdón divino.

Y la sala de la funeraria de la avenida Félix Cuevas, apenas pudo contener aquella masa humana constituida por pilotos, ingenieros, mecánicos, sobrecargos, boleteros, maleteros, funcionarios de la Hemisphere de todos los rangos, empleados aeroportuarios y personal de otras compañías, quienes se acercaron contritos y pesarosos formando una larga fila para ofrecer sus palabras de condolencia a la viuda enlutada, que las recibía impávida, fría, seria, murmurando con voz queda un gracias que tenía más de formalismo que de sinceridad; y hasta el amanecer no dejaron de formarse guardias que se turnaron para velar el cuerpo, honrando así los restos de aquel hombre intrépido, animoso, valiente hasta para morir, que siempre había dado sobradas pruebas de ser un profesional íntegro y capaz.

Un Cristo enorme sobre el catafalco presidía con un perenne gesto de desesperación el velorio, extendiendo sus brazos abiertos entre un inmenso abrazo en el que abarcaba a toda la humanidad doliente, hermanada en su dolor de hombre y en su compasiva majestad de Dios.

El cadáver que había sido previamente maquillado con esmero, y estaba vestido con una nueva camisa blanca y el uniforme de oficial de aviación al que se le habían lavado las manchas de sangre, mostraba signos de una absoluta paz, muy lejos de las tormentas interiores que lo habían llevado en vida, a la desesperación y a la muerte.

Y mientras bebían tazas de café hirviente, los asistentes murmuraban en voz baja las conjeturas que más que proporcionar respuestas aumentaban dudas, si bien unánimemente se preguntaban como aquel hombre quién tanto había amado la vida con pasión insaciable, había optado, seguramente en un momento de desequilibrio u ofuscación por quitársela.

No faltaban suposiciones que iban desde la posible embriaguez, aunque el capitán nunca había dado indicios de ser un alcohólico, la tremenda depresión motivada por la penosa audiencia de aquella mañana, en que los abogados de la compañía habían redoblado con verdadera saña sus demandas, acusándole de ineptitud e irresponsabilidad y levantándole cargos impagables por cuantiosísimos daños, todo lo cual debió haber pesado tanto en el ánimo de aquel hombre nacido para surcar los cielos convertido en una águila humana Y hasta los compañeros que veían en él a un rival triunfador, al protagonista de la pericia, se condolían de las triquiñuelas de los abogados contratados por una compañía extranjera, que con tal de evadir el pago de la peleada indemnización que le correspondía lo habían degradado negándole los méritos que le debían reconocer, los estudios realizados, las horas de vuelo, la capacidad probada y hasta el uso pleno de sus facultades mentales que aseguraban estuvieron seriamente afectadas en aquella noche fatal; entonces se volcaban en improperios contra la codicia sin límite de los extranjeros, de las trasnacionales entenadas de ese capitalismo inhumano y feroz que como una cloaca insaciable chupa hasta las propias vidas de los

trabajadores que sirven al pulpo; y hasta se dudaba de la acción del sindicato, cuyos representantes que aunque aseguraban habían hecho cuanto era posible por defender los derechos del difunto, seguramente habían actuado con tibieza, o todavía peor se habían vendido vilmente a cambio de dinero o de canonjías para los líderes, los eternos beneficiados de las cacareadas conquistas de los trabajadores.

En otro círculo, quienes se las daban de psicólogos atribuían el drástico fin del piloto a la desesperación nacida de la impotencia, al hecho de sentirse privado de su trabajo en el que se realizaba día con día; y la pregunta pretendía buscar una respuesta ¿Cómo a un hombre activo, se le podía privar del cielo, del poder, de la gloria, que implicaba conducir por los aires la máquina poderosa que era el 747? No era Ordoñez un partidario del ocio, no podía ser un marginado, ni un inútil un hombre nacido para la acción y el trabajo, para ser por siempre útil y respetado.

Y para colmo no faltó quién se atreviera a dictaminar la locura, porque –decían los entrometidos- sólo a un enajenado se le pudo haber ocurrido la tremenda monstruosidad de arrojar desde un piso alto, sin importarle que dejaba en la viudez y en el desamparo a una esposa joven, hermosa, que despertaba la admiración de los hombres y la envidia de las mujeres, y a la que seguramente, transida por el sufrimiento y extenuada de tanto llorar ya no le quedaban lágrimas en los ojos, y su dolor, su infinito dolor, después de los sollozos, los ayes,, los lamentos, se le había asentado en aquella resignación conmovedora, dejando en el hermoso rostro esa lividez de alabastro que la hacía todavía más bella.

Mas que engañados ¡Qué lejos de la verdad estaban todos! ¡Qué ignorantes y ajenos al verdadero drama! ¡Qué impedidos de vislumbrar la angustia, la agonía del desamor, de la desesperanza, de la inmensa amargura que debió invadir al suicida, cómo un cáncer del alma, al constatar cada día, cada hora, en las palabras, en las actitudes, en los gestos y modales el desprecio de la mujer que adoraba! ¡Qué incapaces de entrever como eligió la ignominiosa muerte violenta y repentina, a la otra, que significaba morir cada día, entre pausas cada vez más dolorosas y humillantes! ¡Sólo quién sea incapaz de imaginar el pesar infinito de enfrentar impotente, desde la postración de la invalidez, la indiferencia y la crueldad del único amor de su vida, no disculparía aquella determinación que tenía más de benigna que de absurda, y que imploraba sólo un poco de piedad, un ápice de lástima, intentando mover la más mínima fibra de un corazón endurecido, sembrarle un pensamiento noble y generoso, abrir los labios adorados a la sonrisa o a una sola palabra que contuviera un adarme de amor o de compasión!

Y cuando Alexandra se acercó a la media noche para saludar a su compañera, le susurró al oído:

-En que lío te metiste ¡Yo nunca me pude imaginar que te quisiera tanto!- Y le plantó el consabido beso en la mejilla, pero Azalea impávida disimuló las palabras y se abstuvo de responderle.

Pero aún debió hacer frente a sus compañeras: Solveig, Denia, Nancy, Esmirna, Silvia incluyendo además algunos sobrecargos y pilotos que conocían de sobra su aventura con Jorge, y quién por mínimo decoro se abstuvo de asomarse. Y la maestra en el arte del disimulo les daba las gracias sin permitir que las miradas acusadoras se detuvieran un momento, y sólo cuando se presentó Jaimito a quién era imposible ocultar la verdad, bajó los ojos, mientras que el homosexual le clavó los suyos como puñales, mientras murmuraba.

-¡Pobre capitán Odoñez, no merecía acabar así!

Pero aún faltaba lo peor, encarar a Emilio y a su esposa, ambos circunspectos, enfundados en una cortesía palaciega, y sin que un pliegue de su rostro delatara que estaban en el secreto, que no ignoraban los pormenores de la tragedia, el tamaño de la

deslealtad, la dureza de aquella mujer egoísta, cuyo hedonismo pisoteaba todas las convenciones humanas y morales que se esperaban de una esposa, ambos se adelantaron a presentarle el consabido pésame, respetando su calidad de compañera legal delante de Dios y de la sociedad.

Emilio era un hombre de tan altas virtudes que jamás se hubiera atrevido a despreciar a la mujer que su amigo había adorado, y profundamente conmovido se acercó para decirle por lo bajo mirándola a los ojos.

-Señora, Marco escribió una carta que hace unas cuantas horas me entregó la señora Ursula. En ella me pide que le transmita a usted su último mensaje, en el cual textualmente, que nunca la dejó de amar ni un solo instante y que su nombre sería la última palabra que pronunciarían sus labios.

Azalea se puso lívida, y un estremecimiento la obligó a replegarse a la pared mientras con la mano derecha se aferró al brazo de una silla. Clara trató de contenerla.

En ese momento se presentaron la señora Lucrecia de riguroso luto, su compañero Guillermo, y Luis, aquel anónimo compañero de la secundaria, quién nunca dejó de rondar en el antiguo domicilio de su amiga, ya convertido en un adulto y vistiendo un traje oscuro acorde a la ocasión.

Azalea le echó los brazos a su madre que la acogió inmediatamente, otro tanto a su padrastro, y luego tomó la mano que Luis le extendía, mientras le murmuraba:

-Lamento volver a encontrarte en tan penosas circunstancias, pero es aquí donde debe estar el amigo que nunca te ha olvidado.

-Gracias –le respondió ella y añadió: ¡Estás hecho un hombre!

Emilio, Clara, Jaimito y el piloto Iriarte, hicieron una guardia.

-¡Cuan poco se queda de nuestra vida, no somos nada! –Dijo el muchacho mientras contemplaba el cadáver de su jefe.

Emilio extrañado de la frase que contenía su dosis de filosofía le respondió:

-La vida amigo mío, es el insaciable alimento de la muerte. Y nos separa tan poco una de la otra como el grueso de un cabello.

-¿Qué estaría pasando por su alma? –preguntó el muchacho.

-Sólo Dios lo sabe, porque los secretos de las almas sólo El los conoce. –opinó Clara- y Su Providencia está por encima de nosotros, de nuestra voluntad, o de nuestras creencias. Todo está en El y depende de El ...

-Pero... -intentó continuar Jaimito-él no merecía eso, el sufría mucho...

-Todo tiene un final, también los sinsabores y los fracasos, al igual que los triunfos y la dicha...y después viene el inevitable naufragio, el fin del viaje encallando en la nada o en el todo... -comentó Emilio.

-Fue un suicidio por amor, por despecho, por celos, por la humillación de ser tratado como un trasto inútil –insistió el muchacho- ella no sólo le traicionaba, sino que se complacía en embadurnarle en el rostro su traición...

-¡Cállelo, por favor! –le pidió Emilio.

-El me pedía que yo le informara lo que hacía su mujer...mejor debí ocultárselo –dijo sollozante el muchacho- la obsesión de la muerte se le fue metiendo por los poros de la piel. –Añadió lloriqueando.

--No lo mencione nunca –insistió Emilio- ¡Guárdese en nombre de su memoria! Morir es mucho más fácil que vivir, y la muerte es una embriaguez más fuerte que el alcohol o la droga.

-El amor es el causante de nuestros males... -protestó neciamente el chico-

-Es posible que tenga usted razón ¡Pero hay de aquellas vidas que no tuvieron amor, porque pese a los altibajos de la pasión, de las traiciones, de los celos, de las cuitas y las

tristezas, el poder amar es el don más maravilloso que Dios concedió al hombre, y los que no lo han logrado sentirlo, más les valía no haber vivido!

A las diez de la mañana una carroza se alistó para conducir los restos mortuorios al cementerio.

Emilio miró por última vez a su amigo encerrado en aquel ataúd que sería conducido por el coche fúnebre.

-¿Lo van a quemar? –preguntó Ursula que había pasado la noche rezando uno tras otro rosario.

-Sí Ursula –respondió Emilio.

-Entonces ni siquiera será posible ir a visitarlo al panteón, llevarle sus flores...

-Tarde o temprano todos seremos un montón de cenizas Ursula, el polvo que habrá de confundirse en la inmensa polvareda del planeta...polvo que se disemina, que se esparce y del que al final no queda ninguna huella.

El cortejo fue avanzando.

Clara se llevaba el pañuelo a los ojos llorosos.-

A veces nuestras vidas son como una cáscara sin fruto. –Sentenció.

-Querida Clara el destino tiene caminos que a veces se entrecruzan y otra se separan, caminos que llevan lejos y senderos que son cortos. Algunos los debemos iniciar, seguir y continuar solos, otros, como los que andamos tú y yo, los compartimos, y así vamos, andando un trecho juntos, pero la muerte que nos pertenece por entero, es personal, y a ella llegamos igual que nacimos, solos, desarmados...y aún la tumba o la urna que guarde nuestras cenizas son otra soledad.

Escanció la lluvia y fue saliendo un sol tímido y amarillento.

Azalea caminaba a lado del coche fúnebre seguida por Luis

## Epílogo

Los meses decoloraron el crespón negro que fue colocado a la entrada del edificio que albergó el condominio del matrimonio Ordoñez y con el tiempo fue eliminado.

Con el moño se fue el recuerdo de la tragedia, de la que los nuevos inquilinos apenas han oído hablar alguna vez.

Quizás Azalea pensará algún día que fue inmensamente amada y que ella también amó, aunque después inexplicablemente sobrevino la entropía, esa fuerza misteriosa que acarrea la desilusión, el tedio, el desamor, el desprecio y la indiferencia ¡La indiferencia que es peor que el odio mismo! Quizá hasta tuvo algún arrepentimiento tardío. ¿Quién lo sabe? ¿Quién es capaz de poder transparentar en el corazón de una mujer y saber cuando empieza a amar, cuando deja de querer y porque? ¿Acaso por qué el amor debe siempre ser alimentado con el sexo? ¿Quién podría responder?... ni Azalea, ni ninguna otra mujer lo sabe.

Lo único real es su vida dio un giro completo. Su primera decisión fue romper absolutamente con Jorge a quién prohibió terminantemente que la buscara y a quién jamás volvió a ver.

Su renuncia a la Hemisphere fue instantánea y para perderse por completo del medio en el que se desenvolvía vendió el inmueble y se fue a vivir a un barrio muy distante de la colonia Nápoles.

Ahora atiende un pequeño salón de belleza y cuida al hijo que ha procreado con Luis con quién se ha casado, y aunque continua siendo una mujer atractiva a sus treinta y nueve años, sus intereses han variado tanto que se ha ido deshaciendo de las prendas costosas y elegantes que Marco le hubo regalado, aunque siempre ha querido conservar el abrigo de mink cuya piel acaricia de vez en cuando y lo hace introducir en el refrigerador, también guarda el vestido negro adquirido en Buenos Aires.

Todavía la inquietan los folletos que exhiben en las vidrieras las agencias de viajes y hasta se detiene para recordar las ciudades que visitó, sus tiendas, sus hoteles, aunque prefiere no hablar nunca del dorado ambiente de la aviación, página arrancada de su vida.

Luis no concluyó la carrera de ingeniería pues no obtuvo los recursos suficientes, pero trabaja como pasante en una compañía constructora y su sueldo aunado a los ingresos que obtiene el matrimonio del salón de belleza les permite vivir con modestia pero sin presiones y Luisito se educa en un Kinder particular.

Emilio ha pasado alguna vez frente al edificio escenario de la tragedia, entonces le ha preguntado a su esposa: -¿Es que a Dios le agrada ponernos trampas?- y como ella no ha sabido responderle él siempre interesado en develar misterios agrega:

-Tenemos la absurda pretensión de querer representar los papeles protagónicos en la vida, pero la mayoría de las veces, en el casting universal apenas se nos concede ser simples comparsas, seres anónimos, que pasan cómo en las novelas de Balzac por la miserias de las cárceles, los cementerios, los hospitales, los manicomios, allá donde van los fracasados de la vida, los decepcionados del amor, los solitarios, los tristes, los que nunca han conocido la felicidad, o si la conocieron como Marco, fue para ser aún más desdichados cuando sobrevino la desgracia... y al final arriban al momento ineludible, cuando todo se arruga, se disuelve, se vuelve viejo, obsoleto, inservible, hasta nosotros mismos que cada día que vivimos nos desgastamos más.

Entonces Clara le toma las manos y le dice amorosa:

-Deja a los muertos morir, porque los secretos están en el tiempo, y el tiempo sólo pertenece a Dios.

A  
l  
a  
s  
d  
o  
s  
d  
e  
  
l  
a  
t  
a  
r  
d  
e  
  
c  
o  
n  
  
c  
u  
i  
d  
a  
d  
o  
s  
  
e  
x  
t  
r  
e  
m  
o  
s  
  
d  
o  
s

c  
a  
m  
i  
l  
l  
e  
r  
o  
s

s  
u  
b  
i  
e  
r  
o  
n

a  
l

c  
a  
p  
i  
t  
á  
n

O  
r  
d  
o  
ñ  
e  
z  
,

m  
i  
e  
n  
t  
r  
a  
s

A  
z  
a  
l  
e  
a  
  
a  
  
s  
u  
  
l  
a  
d  
o  
,  
  
a  
p  
r  
e  
t  
a  
b  
a  
  
e  
n  
t  
r  
e  
  
l  
a  
s  
  
m  
a  
n  
o  
s  
  
u  
n  
  
p  
a  
ñ  
u

e  
l  
o  
  
e  
m  
p  
a  
p  
a  
d  
o  
  
d  
e  
  
l  
á  
g  
r  
i  
m  
a  
s  
.

